

Xavier M. Sotelo

LA ÚLTIMA
CASA EN LA
MONTAÑA



Xavier M. Sotelo

LA ÚLTIMA
CASA EN LA
MONTAÑA





Xavier M. Sotelo

LA ÚLTIMA
CASA EN LA
MONTAÑA

montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A mi esposa e hijas,
porque aceptan mis locuras y me quieren como soy.*

*A mi familia,
la que vive y la que me cuida desde el cielo.*

*Agradecimientos especiales a
Luz Plascencia Mayoral,
Alejandra Huseman,
María Martínez Vallina,
Ulises Arroyo,
Sam Reyes,
Diego Mejía.*

Salón de clases

11 de octubre, 1989

Maximiliano miró confundido el pizarrón y frunció el ceño. Le parecía un océano verdoso, interminable, resuelto peligrosamente a consumirlo si se descuidaba. Sus compañeros de clase, la maestra y *ella* esperaban ansiosos detrás de él.

Escuchó los murmullos de sus amigos, la empatía de algunos y la burla de otros e imaginó el sinfín de sobrenombres que le impondrían a partir de ese momento. Tragó saliva y echó un vistazo por encima del hombro. Sentía la mirada de *ella* como un puñal que se clavaba en su espalda, a la altura del omóplato, y provocaba que su brazo izquierdo se entumeciera.

El chico de nueve años tomó el gis con la mano derecha y se dispuso a escribir. Su corazón era un motor acelerado a punto de llegar a revoluciones enfermizas. Sin embargo, su mano apenas mostró un sutil nerviosismo que ninguno de los espectadores advirtió.

Maximiliano era zurdo de nacimiento, pero desde pequeño aprendió a escribir con la derecha. El gis se deslizó sobre la superficie verdosa formando grafías y palabras en una letra cursiva muy trabajada, demasiado perfecta para un niño de tercero de primaria.

El aula era un hervidero expectante a pesar del frío mañanero. Sus compañeros miraban con todo detalle cada movimiento de su mano y las palabras que iba formando en su recorrido. Pequeños halos de luz ambarina empezaron a colarse por las ventanas laterales y ayudaron a incrementar

paulatinamente la temperatura del salón.

Maximiliano respiró hondo y se distrajo por un instante. Sintió el ambiente denso, pesado, y percibió un extraño olor, agrio y penetrante, que inundaba y asfixiaba el aula. El hedor le resultó familiar: era la crema corporal que *ella* se untaba todos los días.

Terminó de escribir, dio medio paso atrás y leyó mentalmente: “¿Cómo prevenir accidentes con hachas?”... y dejó escapar un suspiro. “Listo”, pensó. “Terminé lo fácil. Ahora viene lo difícil: la mentira. ¿O no?”. Lo había repetido hasta el hartazgo y lo había ensayado tantas veces con *ella* que ya no estaba seguro de qué partes eran verdad y qué partes eran mentira.

Se sintió confundido y sacudió suavemente su cabello negro hacia el costado izquierdo. Su corte de príncipe valiente, tan popular en esos días, no ayudaba a mejorar la situación. Tomó un poco de aire para darse valor. La palma de su mano sudaba sin control, así que agarró el gis con fuerza y lo apretó con los dedos. Sus pupilas café oscuro se dilataron en el momento de girarse para mirar de frente a sus compañeros.

Los murmullos desaparecieron y fueron sustituidos por la unísona exclamación de asombro que recorrió el aula. Nadie rio o pronunció algún tipo de burla. Se quedaron en silencio, asustados. Habían escuchado ciertos rumores sobre el accidente días atrás, pero nadie había averiguado nada con certeza.

Maximiliano levantó el brazo izquierdo y todos observaron horrorizados. Llevaba un vendaje amarillento que se extendía por el antebrazo hasta llegar a la muñeca y daba vuelta de regreso. No tenía mano y algunos puntos rojos de sangre manchaban el extremo de la tela, donde debía comenzar la palma.

Recorrió el salón con la mirada hasta advertir que lo observaba desde la esquina, sentada en la última fila de butacas, con esos ojos inexpresivos, vacíos y sin vida. *Ella* asintió con gesto insidioso y golpeó su bastón contra el suelo. La voz del chico se quebró al principio. Dudaba si contar su historia o la de *ella*. Pero lo habían ensayado tantas veces que la incertidumbre rápido desapareció y logró continuar sin llamar la atención.

Comenzó explicando qué hizo durante la mañana de aquel día funesto, a qué jugó con su hermano Alfonso y cómo se le ocurrió la “genial” idea de

tomar el hacha que era utilizada para cortar leña en la casa. Las palabras que salían de su boca se desplazaban como una hermosa melodía que cautivaba e hipnotizaba a sus compañeros. Al compartir su dolor creó empatía y consiguió acercarse a ellos, algo que no pudo obtener meses atrás cuando él y su hermano se convirtieron en alumnos de nuevo ingreso a la mitad del presente ciclo escolar.

Lupita, su maestra de curso, se llevó las manos a la boca y trató de esconder su tristeza al escuchar por segunda ocasión la historia del accidente. Y no era para menos, el chico había sufrido bastante en los últimos meses y ahora le sucedía esto. No lo merecía. Maximiliano era un buen muchacho, inteligente, aunque algo aislado e introvertido.

En la esquina estaba *ella*, encorvada en el rincón más profundo y peor iluminado del salón. Con esos ojos oscuros, semejantes a los de un tiburón. Nadie se acordaba de que estaba ahí sentada, vestida de negro, como un ángel de la muerte acechando a su presa. Desde su lugar, *ella* adelantaba cada palabra en un susurro inaudible... emulando el ritmo..., las pausas..., la entonación..., todas y cada una de las emociones del lenguaje en la historia de su sobrino.

Estaba extasiada con el muchacho.

Pocos mentían como él.

El niño terminó con su relato trágico y *ella* se sintió orgullosa. Tanto que aplaudió con fuerza desde la fila del fondo. Todos voltearon pasmados para mirarla. Estaba completamente loca, cómo era posible que encomiara una historia tan descorazonada. La confusión era tal, que la profesora y los alumnos también comenzaron a aplaudir, pensando que quizás estaba orgullosa del niño por el valor mostrado.

Maximiliano escuchó el estruendo de los aplausos y quiso llorar. *Ella* lucía tan pedante y segura de sí misma que se le revolvió el estómago y sintió náuseas. Miró sus ojos y le pareció observar un agujero oscuro y hundido, vacío, donde sólo habita la nada. La odió con todas sus fuerzas. Odió todo lo que era y representaba. Pero principalmente se odió a sí mismo, odió en lo que se había convertido por *ella*. Sus padres no estarían orgullosos de él... y deseó haber muerto junto con ellos.

Aullidos por las noches

18 de marzo, 1989

Su rostro apenas se iluminó cuando inhaló una bocanada de su cigarrillo. Estaba sentado al final de la barra y tenía el cuerpo tan torcido que parecía como si cargara todos los problemas del mundo sobre su espalda. El hombre era bien parecido, pero lucía cansado, abatido. Cada vez que exhalaba humo por la boca intentaba desaparecer sus preocupaciones. Su mano izquierda jugaba con uno de los vasos tequileros frente a él; con la derecha manipulaba su tabaco.

La canción “Angie”, de The Rolling Stones, comenzó a sonar en la rocola del bar y el forastero sonrió. Después volteó hacia el lugar de donde provenía la música y pensó que quizá su suerte empezaba a cambiar. Le pareció un buen augurio y miró alrededor. Se oía el murmullo de las conversaciones por todos lados.

El lugar era pequeño, mal iluminado, pero tenía cierto encanto y estaba abarrotado. Las mesas redondas, recubiertas de una piel color café, y sus equipales se encontraban en perfectas condiciones. Sin embargo, el suelo de madera se apreciaba viejo y desgastado. La barra del fondo apenas podía atender a siete personas.

Pasados unos momentos, el forastero continuó:

—Las cosas que he visto —dijo con voz áspera, entrecortada, mientras charlaba con la silueta que se hallaba frente a él por detrás de la barra—. Las cosas que he vivido..., lo que he callado..., la voracidad con que toman y destruyen la vida de todos..., y luego durante el día pretenden que todo está bien, que todo ese maldito infierno es normal —y apretó los dientes para contenerse, pero alcanzó a rodársele una lágrima.

Las palabras del forastero le provocaban pánico al cantinero. Parecía que no mentía, que era honesto y que su dolor era genuino. Le daba la sensación de tener frente a él a un niño que es sorprendido haciendo algo indebido y decide confesarlo todo para evitar un fuerte castigo. El sujeto poseía un rostro tomado

de las películas de los años cincuenta, de tipo duro y rebelde; cabello negro y ojos café oscuro. Intentó sonreír, pero expresó dolor y angustia.

El extraño escuchó el crujir de la puerta del bar y levantó la mirada. Su visión empezaba a ser difusa y las imágenes vibraban. “Aún no me he emborrachado lo suficiente”, pensó. Apretó los ojos para enfocar mejor. No, no era el individuo al que esperaba. Sólo conocía a una persona en el municipio jalisciense de Tapalpa, y el señor que pasaba por la entrada no era él. Al fondo, una mesa de comensales atrajo su atención: tres muchachos y dos chicas hacían demasiado ruido para su gusto, pero decidió ignorarlos.

El cantinero llenó el vaso con tequila. Después tomó un trapo rojo, deshilachado y gastado, y comenzó a limpiar el poco líquido que había derramado sobre la barra de madera. En ningún momento despegó su mirada de aquellos ojos desencajados y cansados. Tenía la piel de gallina, pero estaba intrigado por conocer cuál era el origen de aquel horror tan imponente.

—Debería existir un maldito pacto, ¿sabes? —continuó el forastero—. Los hijos de la gran puta deberían tener un código de ética —e hizo una mueca burlona.

El cantinero se echó el trapo al hombro y apoyó ambas manos sobre la barra para poner toda su atención en el relato.

—Nunca interferir cuando están cazando..., debí saberlo. Los cabrones andan por ahí tomando vidas y uno no puede hacer absolutamente nada. ¡Nada! Además —y dio un trago a su tequila—, no es como que te deshicieras de un extraño si los enfrentas... Son tus amigos..., tus conocidos... ¿Cómo lidias con eso cuando todas las personas que conoces pertenecen a esa gente?

La balada de rock terminó y dio entrada a la música de banda.

—¡Ésta sí es música! —gritó Augusto, uno de los tres jóvenes que estaban sentados del otro lado del bar con las dos chicas.

Él y su grupo de amigos subieron la intensidad de su fiesta, provocando que el forastero los volteara a ver continuamente.

—¿Le falta algo, amigo? —preguntó amablemente el cantinero para distraerlo y evitar algún conflicto.

El forastero intentó sonreír y alcanzó mejor su objetivo en esta ocasión. El cantinero, acostumbrado a escuchar y lidiar con el sufrimiento ajeno, sacó una

botella especial por debajo de la barra y rellenó el vaso.

—Éste va por cuenta de la casa mientras espera.

El forastero se impresionó por la perspicacia del cantinero y alzó el tequila. Después brindó por él y se lo bebió de un trago. Al terminar golpeó el vaso bocabajo contra la barra.

—¿Cómo sabe que estoy esperando?

El cantinero repitió la rutina con el trapo rojo sobre la barra, ése era su ritual. Después se acercó al forastero para no llamar la atención de los demás comensales.

—No lo conozco —dijo en tono amigable—. Nunca lo había visto en mi bar, pero su rostro me resulta familiar. Desde que llegó no ha platicado con nadie. Sólo se ha tomado su tequila y fumado sus cigarrillos. Posiblemente ya se terminó la cajetilla que abrió al sentarse en el banco de mi barra.

El forastero abrió el paquete y sacó el último cigarrillo. Luego lo miró entretenido y asintió mientras lo encendía. Su semblante se iluminó y el cantinero observó el rostro de un hombre demacrado. También se percató del vendaje en su mano izquierda y de las dos gotas de sangre que se veían por entre la compresa. El forastero se dio cuenta de que le miraba la herida:

—Me mordió un puto hom..., me mordió un lobo. Me mordió un lobo enorme en El Real —dijo sin dar mucha importancia y se rascó la herida. Después señaló su vaso tequilero para que fuese rellenado.

—Además —continuó el cantinero—, cada vez que alguien cruza por la puerta de entrada, usted voltea para mirar si es la persona a la que espera.

El extraño levantó las cejas asombrado.

—¿Voy a tener problemas con usted? —cuestionó el cantinero cambiando el tono amable que había utilizado hasta el momento.

El sujeto lo miró sorprendido e intrigado.

—El bulto en su cintura —agregó y se acercó para verlo directamente a los ojos y medir su reacción—. Lleva un arma, ¿verdad?

El forastero se inclinó tranquilamente hacia atrás y movió su chamarra a un costado, revelando una funda de cuero en su cintura que cargaba un revólver negro calibre .38. El cantinero terminó de limpiar, se echó el trapo al hombro y puso ambas manos sobre la barra, ahora en una postura amenazadora y

menos amigable.

—¿Voy a tener problemas con usted? —repitió—. ¿Tendré que llamar a la policía?

—Es más factible que tengas problemas con los muchachos del fondo que conmigo —dijo metiendo la mano en el bolsillo de su chamarra para sacar un objeto metálico que le arrojó al cantinero—. ¿A quién crees que he estado esperando toda la noche?

El cantinero levantó el objeto para mirarlo: era una placa de policía del municipio de El Real.

—Me llamo David Rey —dijo el forastero entre el humo y apagó el último de sus cigarrillos—. Estoy esperando a mi hermano, el oficial Esteban Rey —y sacó un billete para saldar su cuenta.

El cantinero se negó a aceptar el dinero y extendió la mano.

—Mucho gusto, David. Me llamo Saúl. No puedo... —y fue interrumpido por el sonido seco y sordo que atrajo su atención desde el extremo del bar.

Todas las conversaciones cesaron en cuanto se escuchó el golpe, sólo quedó la música de banda anegando el ambiente. Las miradas de los presentes se posaron sobre la mesa de los jóvenes del fondo. Una muchacha de cabello negro y piel morena, de apenas dieciocho años, se llevó la mano a la mejilla, humillada y apenada.

—Si tu hermano estuviera aquí, esto jamás habría pasado —dijo Saúl.

—Pero yo sí estoy aquí —sentenció David.

David Rey sacó de la funda el revólver y lo puso sobre la barra del bar. Después tomó la placa de policía y la arrojó junto al arma de fuego. Con una calma extraña se incorporó del banco y empezó a caminar hacia la mesa de los muchachos. La música paró, como si lo hubiese hecho sólo por él, y sus botas hicieron crujir el piso de madera. Endureció la mano derecha en un puño que hizo chasquear los huesos de sus dedos y centró la mirada en el joven que había golpeado a la chica.

Los primeros acordes de guitarra de “The House of the Rising Sun”, interpretada por The Animals, se escucharon en todo el bar a través de las bocinas de la rocola, dando un aire de misticismo y preeminencia a lo que estaba a punto de suceder.

Augusto, al verlo caminar, dio dos pasos para atrás. No lo conocía y eso le provocó miedo. David era un hombre imponente, alto y atlético. Cualquiera otra persona del pueblo jamás se hubiese levantado de su mesa o hubiera intentado acercarse a Augusto, menos ante esos tintes amenazadores. Sus dos compinches se levantaron de las sillas y David les indicó que se sentaran. Ellos obedecieron rápido y sin cavilar.

Los dos quedaron frente a frente.

El oficial miró a la chica, quien trataba de disimular sus lágrimas.

—Oye... —dijo Augusto y fue interrumpido por la mirada intensa de David.

—¿Estás bien? —le preguntó a la joven, sin hacerle caso al muchacho.

La muchacha alzó la mirada con asombro. O el forastero era muy valiente o un completo idiota por ignorar quién era el que la había azotado.

—Mira —dijo Augusto—, no sé quién eres. Pero sí sé que te conviene no meterte en esto. No sabes quién es mi madre..., quién soy yo..., y ésta se lo merece por puta.

David respiró hondo y se acercó al chico hasta sentir su aliento sobre el rostro. Uno de sus amigos intentó levantarse del equipal pero el oficial lo sujetó por el hombro, impidiéndoselo.

—No lo hagas —dijo David—, a no ser que quieras perder los dientes.

Todas las miradas estaban puestas en la mesa de Augusto y sus amigos. Admiraban la valentía del forastero.

David observó que Augusto era apenas un niño. Al chico aún no le crecía vello facial y ya tenía esa clase de actitud arrogante que tanto fastidiaba a los hermanos Rey. Era irrespetuoso, grosero y prepotente. Incluso se atrevió a sostenerle la mirada, sin apenas parpadear. Los ojos grandes del oficial mostraron una determinación que el muchacho jamás había conocido.

Augusto salió asustado del juego de miradas. Creyó ver en las pupilas de su contrincante un destello amarillento, pequeño, que le perturbó. Fue muy extraño y pasó en milésimas de segundo, como si un relámpago hubiera atravesado el iris del forastero. Espantado, sacó una navaja del bolsillo trasero de su pantalón.

—Te repito —masculló y levantó la cuchilla—, no sabes con quién...

David no lo dejó terminar y le dio una bofetada que le volteó la cara. Las exclamaciones de asombro de los comensales no se hicieron esperar.

—¡Idiota! —dijo Augusto y escupió sangre al suelo.

La humillación nubló su juicio. Sin pensar, embistió al forastero con una estocada mortal. O así lo imaginó. David estaba borracho, pero sus reflejos se mantenían intactos. De manera muy simple esquivó y utilizó el impulso para someter a Augusto contra la mesa. Las botellas y los vasos se cimbraron sobre la cubierta de piel café y, sin saber cómo lo hizo, lo despojó de su navaja. El oficial descendió la cuchilla junto al ojo del muchacho y la clavó en la mesa, haciendo un corte pequeño y premeditado encima de la ceja.

Uno de los compinches se levantó e intentó sujetar a David por el cuello. El agente golpeó su rostro con el codo y lo dejó aturdido. Después cambió de mano, sin soltar a Augusto de la mesa, y le propinó un puñetazo en la cara. La gente que observó el suceso no supo qué cayó primero, si el muchacho o sus dientes. El otro camarada amagó con levantarse del equipal donde se encontraba.

—¿También quieres perder los dientes? —le preguntó amablemente David.

El joven regresó a su silla con una velocidad envidiable.

—Ahora escucha —dijo David después de mirar al otro chico retorcerse en el suelo—. Sí sé quién eres. Mi hermano me ha dicho muchas cosas sobre ti y lo cobarde que eres. Siempre ocultándote bajo la falda de tu madre cuando algo sale mal. ¿Y sabes qué te falta? ¡Educación y respeto! A ninguna mujer se le debe golpear o llamar puta. Es simple cortesía, ¿sabes? Formación. Y tú definitivamente no la tienes. Te invito a que te disculpes —y apretó con fuerza el brazo torcido sobre la espalda de Augusto.

El muchacho gimió al sentir cómo el dolor le recorría por la extremidad superior y se anidaba en su espalda.

—No hace falta —intervino la muchacha, quien tenía la marca de la mano tatuada en su mejilla.

—Ten un poco de amor propio, querida. Tipos como éste no te convienen —y apretó de nuevo el brazo de su presa.

—¡Está bien! Está bien —alcanzó a decir entre el dolor Augusto.

David soltó al muchacho y éste se levantó encolerizado con una mirada de

odio e impotencia. Volteó a ver alrededor, humillado, y se peinó y acomodó la camisa antes de mirar a la chica.

—Lo siento —dijo como un niño que es obligado a hablar.

El oficial lo tomó por la nuca y lo estrelló de nuevo contra la mesa. Luego lo alzó, sujetándolo por el cuello de la camisa.

—Ahora díselo como si lo sintieras de verdad.

Augusto estaba desubicado por el golpe y le costaba trabajo mantenerse en pie. Todo le daba vueltas y un hilo de sangre comenzó a brotar de su nariz.

—Vamos, inténtalo de nuevo —ordenó David.

—Lo siento..., de verdad lo siento, Ximena —dijo Augusto.

—Bien, muy bien —dijo David y le dio una palmadita paternal en la mejilla. En cuanto soltó el cuello de la camisa, el chico cayó al suelo.

Ximena sonrió nerviosa y le dio las gracias sin que el sonido de las palabras saliera de su boca. Quedó entre ellos dos. Sería su secreto. El compinche que permaneció sentado en uno de los equipales miró al forastero y le pidió permiso para ayudar a su amigo. David asintió y regresó con el cantinero. De la barra tomó su revólver y lo introdujo en la funda de cuero que llevaba en la cintura. Posteriormente tomó la placa y la guardó en la bolsa interior de su chamarra.

—Le comentas a mi hermano que vine a buscarlo —dijo.

Saúl asintió con una gran sonrisa en el rostro y lo observó caminar hasta la salida. El oficial salió por la puerta del bar entre una lluvia de aplausos de los comensales que abarrotaban el lugar.

El aire frío de la noche se sintió fresco, renovado y revitalizante. Respiró hondo y se llenó de una extraña paz que tanto había añorado en los últimos días. Se acomodó el sombrero y prestó atención a la herida de su mano izquierda. Ya no sangraba. Se desplazó por la plaza del centro de Tapalpa, echó un vistazo a las montañas y observó una leve neblina serpentear por entre los árboles del bosque. Buscó sus cigarrillos y recordó que se los había fumado. Se quedó inmóvil un momento, prestando atención en torno suyo y viendo a las parejas de jóvenes sentados en las bancas de hierro. Todos eran felices, cómplices de su amor, todos en lo suyo y sin prestar la mínima atención a David.

Se sintió afortunado por no escuchar aullidos de lobos en la distancia. Era tal su beneplácito que cerró los ojos y disfrutó del aire que se paseaba por su cuerpo como un manto invisible que lo arropaba para decirle que las cosas iban a mejorar. El viento y el alcohol terminaron por entumirle el cuerpo. Pasó su mano varias veces sobre el rostro. “Sí”, pensó. “Ningún puto aullido”, y dibujó una sonrisa.

Subió tambaleándose por las escalinatas de la plaza y llegó hasta su vieja camioneta Ford F-Series, del 77, color plata. La caja del vehículo estaba cubierta por una lona estirada y las yemas de sus dedos recorrieron lentamente la tela, como acariciando algo muy preciado. Después se aferró con fuerza al barandal y apretó los dientes. El vehículo se sacudió suavemente y el oficial derramó una lágrima.

—Lo siento —dijo—, no me di cuenta a tiempo. No estuve ahí para ayudarte..., te fallé. Eras lo más importante en mi vida y lo siento de verdad. No creo... —y rompió en llanto.

Minutos más tarde subió a la camioneta y abrió la guantera. Dentro encontró una cajetilla de cigarrillos sin abrir. Tomó sus llaves e introdujo una para activar el interruptor de la batería. Después accionó el botón del encendedor. Sin previo aviso, las bocinas retumbaron con el sonido de la batería inductoria de “Comfortably Numb” de Pink Floyd. La voz de Roger Waters se escuchaba como un confidente que lo aconsejaba.

Observó la herida en su mano y giró los ojos hacia el retrovisor: lucían rojos, hinchados e intoxicados. Miró su rostro y no se reconoció. Algo se apoderaba lentamente de su ser, de su persona, de su alma. Notó algo extraño en su globo ocular derecho y se acercó para poder observar bien. Le costó trabajo enfocar, la imagen se movía como un rehilete que deja pasar el viento a través de sus aspas. Sintió los párpados poseídos: se abrían y se cerraban sin control.

Continuó por un par de minutos hasta que finalmente lo descubrió. Encontró lo que estaba buscando, lo que estaba sintiendo. Un pigmento pequeño y ambarino se anidaba en el centro de su iris y comenzaba a expandirse por todo su ojo como un rayo que es fotografiado en el momento exacto y se alcanza a apreciar toda su estela. Supo que pronto le sería

arrebatada su humanidad.

—Dios —dijo y golpeó el volante—, no dejes que me convierta en uno de ellos.

Sacó el revólver y abrió el cilindro para comprobar que estuviera cargado. Seis balas reposaban en absoluta tranquilidad, aguardando sus órdenes. Se llevó el arma a la boca. Cató el sabor metálico en su garganta y el dedo índice se deslizó hacia el gatillo. Presionó suavemente.

No pudo hacerlo.

No podía hacerlo.

No era tan cobarde como para salir por el camino fácil. Antes hablaría con Esteban. Entre los dos encontrarían una salida a esta condena. Guardó el revólver, giró la llave que se encontraba en el encendido y el motor rugió como una enorme bestia metálica a quien despiertan de un prolongado letargo. Con su mano derecha tomó la palanca de velocidades, cambió de *parking* a *drive* y pisó el acelerador hasta el fondo. La vieja Ford desapareció por la calle Hidalgo en medio de una enorme nube de polvo, que se disipó lentamente. Poco después, el gruñir del motor se perdería en la distancia, dejando el centro de Tapalpa con su tranquilidad sabatina.

Salió del municipio y se integró a una carretera borrosa y difusa. O así le pareció. La camioneta avanzaba más rápido de lo aconsejado por el camino sinuoso que bajaba por la montaña y desembocaba en el entronque con Sayula. Los neumáticos asomaban peligrosamente al precipicio en algunas curvas y, a pesar de la velocidad, David no tenía prisa por llegar a su hogar o lo que quedaba de él.

Tiró el sobrante de su cigarrillo por la ventanilla. El aire que golpeó su rostro le provocó altibajos a su borrachera y se mareó. Para su fortuna, ningún vehículo subía por el camino y le permitió manejar a su gusto sobre el asfalto, sin apegarse a su carril. Decidió encender otro y lo sacó de su chamarra para llevárselo a la boca; entre imágenes imprecisas, su mirada buscó el botón del encendedor.

La vieja Ford se deslizó y se acomodó por en medio del camino.

David encontró el interruptor y lo sumió hasta el fondo, después levantó la mirada. Con un movimiento sutil de la mano corrigió el trayecto y la camioneta

regresó al lugar debido. “Todo va a estar bien”, pensó. “Mi hermano sabrá cómo salir de ésta”. Se escuchó el chasquido del metal y el botón del encendedor brincó, anunciando que estaba listo para cumplir con su función.

Echó un vistazo en dirección al sonido y cabeceó un segundo. A manera de reflejo estiró la mano derecha, entumecida, e intentó agarrarlo, pero lo dejó caer torpemente entre sus pies. Se agachó e involuntariamente viró el volante. La vieja Ford se movió a la mitad del camino. Sus dedos tocaron el tapete de tela sobre el piso al buscar frenéticamente el encendedor, lo que provocó que la camioneta tuviera pequeños movimientos erráticos. Finalmente sus dedos sintieron algo caliente, metálico, y se aferraron a él. David irguió el cuerpo victorioso y una luz blanca, incandescente, le penetró las córneas.

No tuvo oportunidad de reaccionar.

El impacto fue brutal.

Letal.

Embistió de frente a un coche que subía por una curva pronunciada. Los amazones de ambos vehículos se contrajeron en una sinfonía de metales que se deformaban. El cofre de la camioneta se desprendió y fue empujado hacia el parabrisas. La plancha de metal atravesó el cristal sin ningún problema y continuó a través de la garganta y el cuello de David. La cabeza cayó junto a sus pies.

El otro coche, un Chevrolet Caprice Wagon café, se volteó y se deslizó varios metros sobre el asfalto de la carretera. Después del estruendo sólo se escuchó el ronroneo de los motores que poco a poco iban perdiendo fuerza, vida, como los pasajeros en su interior.

Esteban Rey

19 de marzo, 1989

La luna creciente observó las consecuencias del percance como un testigo silencioso en el lugar y el momento indicados. El celaje se disipó en las

alturas y permitió a las estrellas tomar posesión del firmamento para titilar a su antojo. La temperatura descendió y el aire frío se apoderó del entorno.

Un automóvil Dodge Diplomat de la policía de Tapalpa se estacionó a un lado de la carretera, en el acotamiento. El chofer de la unidad observó que el resto de los oficiales del municipio ya se encontraba allí. Las luces azules y rojas de las torretas brillaban con demasiada intensidad sobre sus ojos. “Es por el cansancio”, pensó el agente Esteban Rey.

Se encontraba fatigado. Su jornada sabatina había alcanzado la cifra récord de dieciséis horas y gran parte de ese tiempo lo pasó en el hospital. De acuerdo con los estudios practicados por los doctores, el hijo mayor de sus compadres jamás volvería a caminar. El joven visitó la presa de la Laguna Verde junto con un grupo de amigos, pero ninguno se preocupó por comprobar el nivel del agua y su profundidad antes de zambullirse. El pobre chico fue el primero en tirarse un clavado y su cabeza se estrelló contra el fondo del dique, rompiéndose todos los huesos de la columna vertebral.

Esteban se frotó el rostro, tal como lo hiciera su hermano David horas antes en la plaza del pueblo, y bajó de la patrulla. Era un hombre con mucha personalidad, tanta, que daba la impresión de ser un típico héroe de historietas. Se acomodó el sombrero blanco y se acercó al primer oficial con el que se topó. Sus botas de piel hicieron crujir la grava suelta sobre la superficie de la vía. Todos los agentes dejaron de hacer lo que estaban haciendo y lo miraron. En el pueblo era muy respetado por su profesionalidad y entrega.

—Héctor —saludó al sujeto frente a él.

—Esteban —contestó Héctor y se ajustó el sombrero, a manera de saludo.

—¿Qué tenemos ahora? —preguntó resignado y observando las marcas de los neumáticos sobre el asfalto y algunos cristales rotos. Deseaba más que nada llegar a casa, tomar un baño caliente y dar un beso de buenas noches a su esposa y a su hija. Sin embargo, este maldito día parecía no terminar.

—Dos vehículos se impactaron de frente —anunció Héctor—. Por las marcas, parece que la camioneta Ford invadió la línea contraria a exceso de velocidad y chocó contra la vagoneta café que subía por su carril. Ambos automóviles terminaron fuera del camino y estamos averiguando si hay

sobrevivientes.

—¿Averiguando? —preguntó Esteban extrañado—. ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Tan sólo unos minutos. De hecho, creo...

—¡Aquí hay un niño! —interrumpió un oficial al lado del camino.

Esteban y Héctor corrieron y encontraron a un chico, no mayor de diez años, tumbado bocabajo en la carretera. Su cabeza yacía sobre un charco de sangre. La imagen les puso la piel de gallina e imaginaron lo peor. Observaron mientras el agente buscaba señales de vida.

—¡Está vivo! —dijo—. Respira entrecortado y su pulso es bajo.

—Pide la ambulancia —ordenó Esteban.

—Tenemos a un niño dentro de la vagoneta —gritó otro policía—. Parece estar bien. Creo que sólo está desmayado.

—¿Edad? —preguntó Esteban.

—Unos cinco años.

—¿Algún adulto vivo?

El oficial hizo una señal negativa. Ningún adulto que viajaba en la vagoneta había sobrevivido al impacto. Esteban sacó una pequeña libreta y se acercó para mirar. Del lado del conductor encontró a un hombre joven, con sangre saliendo de los oídos y los lagrimales. Tenía el pecho y el cuello amoratados. “Quizá sus pulmones estallaron cuando se impactó contra el volante”, pensó e hizo unas anotaciones. A un costado, en el asiento del copiloto, halló a una mujer cubierta de sangre y con el cuello prensado en el cristal del parabrisas. “Laceración en el cuello”, anotó en su libreta y pensó: “Pobres niños”. Se levantó, echó un vistazo al otro lado del camino y vio la camioneta Ford varios metros abajo. Volvió a mirar y tuvo un extraño presentimiento. Algo en la imagen le resultó familiar.

—¿Mejor suerte con el conductor? —preguntó al agente que inspeccionaba el vehículo.

—No pinta bien, señor.

—Se parece a la camioneta de David —agregó.

El oficial hizo una mueca incapaz de responder y Esteban lo supo. Soltó la libreta y el bolígrafo. Se le hizo un nudo en la boca del estómago y el

cansancio desapareció. Trastabilló un par de metros y luego se sujetó de algunos árboles para no irse de bruces. Después bajó hasta la vieja Ford y el agente que inspeccionaba el vehículo trató de detenerlo. Esteban lo hizo a un lado, se hincó con la respiración entrecortada y miró con los ojos bien abiertos hacia el interior: el cuerpo de su hermano, sin la cabeza, colgaba del asiento del conductor. El corte hecho por el cofre, en el momento de la colisión, fue limpio y letal.

—¿Su cabeza? ¿Dónde está su cabeza? —imploró Esteban.

—Señor, le pido...

—¿Dónde está su maldita cabeza?! —gritó.

El oficial señaló en una dirección y Esteban volteó sin pensar. Buscó frenético con la mirada y la encontró sobre el suelo de la montaña, a pocos metros de distancia. Sintió una descarga eléctrica que desconectó su cuerpo de toda sensación y movimiento. Intentó avanzar y cayó; sus manos y pies se revolvieron en la tierra e hicieron una cortina de polvo mientras se arrastraba hasta la cabeza cercenada de David.

La tomó con mucho cuidado, como si fuera un bebé recién nacido, y la acomodó en su regazo. Levantó la mirada, observó a los oficiales agruparse en el acotamiento y no resistió más: gritó. Gritó tan fuerte como le fue posible y empezó a llorar. Su cuerpo se sacudió en una serie de espasmos involuntarios y no supo más de sí. Todo recuerdo de esa noche sería bloqueado a partir de ese momento y el gemido de sus lamentos terminaría ahogándose con el sonido de la sirena de la ambulancia.

Fatal accidente

Noticia publicada en el diario *La Diana*, Guadalajara, Jalisco, el lunes 20 de marzo de 1989:

TRES MUERTOS EN UN TRÁGICO ACCIDENTE

Dos niños sobreviven con heridas leves, mientras que sus padres y un oficial de policía fallecen tras el impacto.

Tapalpa, Jalisco. Tres adultos murieron la noche del sábado tras un terrible accidente en el que dos vehículos se impactaron de frente en la carretera Tapalpa-Sayula, en el estado de Jalisco.

El oficial Esteban Rey, del municipio de Tapalpa, declaró que aún se desconocen los detalles exactos. Al parecer, la camioneta en que transitaba su hermano David Rey —también oficial de policía, pero del municipio de El Real, Jalisco— se impactó de frente contra una vagoneta donde viajaba una familia. Los padres: Luis González, 35, y Sandra Romero, 29, y el oficial, 40, perecieron al instante. Los niños, de 9 y 5 años, están a la espera de que algún familiar pueda ponerse en contacto con ellos. Si usted tiene alguna información, rogamos se comunique a la comandancia de la policía de Tapalpa o al Servicio Social del Estado de Jalisco.

PRIMAVERA
1989

La última casa en la montaña

Si tomamos la Enciclopedia de México de 1988 (página 56 del tomo 9), podremos encontrar la siguiente descripción:

“Tolvaneras es un municipio del estado de Jalisco ubicado en la región sur, a unos 220 kilómetros de Guadalajara, con una extensión territorial de 337 kilómetros cuadrados. De acuerdo con el Censo de Población y Vivienda de 1987, el municipio tiene 7,789 habitantes, que se dedican a la agricultura, la ganadería, la explotación forestal y la minería. El clima es semiseco y la temperatura media es de 16.7 °C, con una precipitación anual de 883.1 milímetros y un régimen de lluvias que va de junio a octubre. Los vientos dominantes son en dirección este y noroeste. El promedio de días con heladas al año es de noventa y dos”.

Al paisaje pareció no importarle que la primavera hubiese comenzado. Polvo y tierra seca, desquebrajada, eran lo único que se apreciaba a ambos lados de la carretera por donde viajaban el oficial Esteban Rey y los chicos. El trayecto era largo, recto y aburrido. Maximiliano observaba el panorama sin prestar atención. Le gustaba sentir el viento sobre su rostro, pero tenía la boca seca y pegajosa. Alfonso, su hermano menor, buscaba algo de vida en el horizonte polvoriento: ni un ave pudo encontrar. Desanimado, bajó la mirada y echó un vistazo a las dos figuras de *La Guerra de las Galaxias* que sostenía en las manos: Luke Skywalker y Darth Vader. Eran sus favoritas y las llevaba consigo a todos lados.

Al cabo de una hora y cuarto de trayecto, el oficial giró para comenzar a ascender por la montaña. Fue como abandonar el averno y entrar al edén. La extensión insulsa se tornó verdosa y un sinnúmero de árboles frondosos, llenos de vida, envolvieron el camino. Tan radical fue el cambio que Maximiliano recibió un estímulo visual difícil de ignorar: follajes de colores áureos, verdes y violetas; flores, con tintes rosas, cárdenos, niveos y ambarinos, parecieron invadir la carretera para acariciar el asfalto y llenar de frescura a los transeúntes. Y así continuó durante cincuenta minutos.

La entrada del pueblo estaba delimitada por una enorme piedra, con letras blancas, donde se leía: “Bienvenidos al municipio de Tolvaneras, Jalisco”. La camioneta pasó de largo y avanzó por la calle principal del pueblo. Esteban se detuvo junto a la primera persona que encontró en el camino:

—¡Buenas tardes! Estoy buscando la casa de la señora Carmen Chávez. ¿Sabe dónde queda?

—Por supuesto —dijo amablemente el señor—. Es la última casa en la montaña. Siga por esta calle derecho hasta el final y luego continúe por el camino de tierra unos siete minutos. No se perderá.

—Muchas gracias —y aceleró suavemente.

Podían apreciar la casa conforme avanzaban por la terracería. Curiosamente, la vieja hacienda estaba situada en un ángulo tal que daba la impresión de alejarse a medida que uno se acercaba. Después de unos momentos se toparon con un arco de cantera y una enorme y pesada puerta de metal. A ambos costados de la entrada nacía una barda de cemento que delimitaba el terreno de la propiedad. Ese portón era la única entrada al terreno y estaba emplazado justo en la parte de enfrente del camino.

“Al menos estarán seguros”, pensó Esteban.

Un pastor alemán se apoyó sobre la ventanilla del copiloto y ladró a los pasajeros en su interior. Los chicos brincaron del susto.

—¡Tequila, bájate! —dijo un señor desde el portón y la perra obedeció.

Su nombre era Eusebio López y llevaba más de veinticinco años al servicio de la señora Carmen. La mayoría de las personas en el pueblo lo consideraba un rancharo amable, servicial y educado. El tipo medía un metro con sesenta y cinco centímetros y era de compleción media. Tenía la piel

morena y se caracterizaba por dos cosas: su bigote pequeño y el buen humor con que siempre realizaba sus obligaciones.

Eusebio les dio la bienvenida y los encaminó hasta el ingreso de la vivienda. El aspecto de la hacienda era como el de entrar a un paraíso perdido, de jardines verdosos y bien cuidados que se extendían a la orilla de un pequeño lago, ubicado justo en el centro de la propiedad. Sin embargo, la casa, vieja, oscura y fría, parecía desentonar con el majestuoso paisaje.

Una mujer delgada y distinguida, con la piel apiñonada y los ojos oscuros, esperaba junto a la entrada. Poseía cierto parecido con la actriz María Félix, La Doña, pero sin una gota de expresión en su mirada. La señora aparentaba menos años de los sesenta y siete que tenía. Llevaba puesto un vestido negro con encajes, un collar de perlas, y se apoyaba sobre un bastón que tenía el mango de plata.

Era la tía Carmen.

En sus ojos no se podía distinguir si le daba gusto recibir a los niños, o si le era indiferente o si en realidad le molestaba. Su mirada ausente perturbaba; una piedra tenía más rango emocional que ella.

Esteban bajó primero de la camioneta y el aire le provocó escalofríos. La puerta de la casa se advirtió sombría y enmarcaba la silueta de la señora Carmen como si fuera una pintura de Rembrandt del siglo XVIII. Anémicos rayos de sol descendían sobre su espalda, como pinceladas, y dibujaban un contraste de claroscuros sobre su rostro poco iluminado, siniestro e incierto. Sacudió la imagen de su cabeza, caminó al otro lado del vehículo y abrió la puerta para que bajaran los niños.

Su tía dio dos pasos al frente, apoyando el bastón con firmeza y evidenciando la cojera de su pierna izquierda.

El oficial se colocó detrás de los chicos y puso las manos sobre sus hombros:

—Buenas tardes, señora Chávez. Soy el oficial Esteban Rey. Hablamos por teléfono esta semana y ellos son sus sobrinos Maximiliano y Alfonso.

Los niños se quedaron inmóviles mientras eran observados en detalle por su tía.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó la tía Carmen al mayor.

—Nueve —contestó Maximiliano.

Le pareció famélico para su altura y algo pálido. Tenía el cabello lacio, negro, y una herida en la frente que aún cicatrizaba. Sus ojos eran vivaces y su porte demostraba cierto carácter. Le llamó la atención que el muchacho le sostuviera la mirada en todo momento.

—¿Y tú? —dijo y miró a Alfonso—. ¿Cuántos años tienes?

—Cinco, señora.

Lo juzgó más frágil que su hermano, aferrado a sus muñecos y mirando el suelo constantemente. Su pelo ondulado estaba revuelto y sin forma. La tez de su piel era morena clara y sus ojos color ámbar. Le preocupó la expresión de vago en su rostro. Estaría muy pendiente de él y sus ocurrencias. Eusebio interrumpió la inquisición visual con la llegada del equipaje.

—Pasemos a la casa —dijo la tía Carmen y estiró el brazo para indicar el camino.

El cambio de temperatura era evidente en el interior del hogar. Construida hacia 1800, la edificación, un rectángulo sombrío de paredes formadas con grandes piedras grisáceas, parecía haber sido un convento dejado al olvido. Todas las puertas eran de madera. El patio estaba delimitado por arcos de cantera de cuatro metros de altura y tenía ocho habitaciones: cinco dormitorios (dos en la parte superior y tres en la primera planta), una capilla y dos cuartos destinados al resguardo de tiliches. También contaba con dos cocinas (una cerrada y una abierta) y un solo baño.

Llegaron hasta una alcoba, alojada en una de las esquinas.

—Éste será su dormitorio —dijo la tía Carmen.

Los niños asintieron y Eusebio dejó el equipaje en la entrada.

—No se preocupe —le dijo a Esteban—. Estarán bien aquí.

Esteban giró sobre su eje y miró la residencia. Sí, era enorme. El espacio le pareció adecuado, pero le dio la sensación de que no era un hogar. Simplemente no lo parecía. Le faltaba vida y calidez. Quizá los niños lo sacarían a flote y se lo proporcionarían. Respiró hondo, resignado.

—Bueno, tengo que partir —dijo mirando a los chicos.

Todos caminaron de regreso hasta la puerta de entrada. El oficial se hincó frente a los niños y quiso decir un par de palabras que se atoraron en su

garganta. En cierto modo sintió que se despedía de la esencia de su hermano, aunque no supo por qué. No quería dejarlos; de alguna manera eran su responsabilidad. Quiso decirles que lo sentía, que su hermano no fue tan sólo un monstruo que les arrebató lo máspreciado que poseían: sus padres. No pudo hacerlo. Los abrazó durante unos segundos y después los miró a los ojos:

—Estaré al pendiente de ustedes y los visitaré pronto —dijo buscando la aprobación de la señora Carmen, quien asintió sutilmente—. Me aseguraré de que el resto de sus cosas llegue pronto.

Esteban se despidió y se subió a la camioneta. Los niños lo observaron hasta que salió de la hacienda por debajo del arco de cantera y luego fueron conducidos hacia la cocina. Su tía preparó la cena y, después de comer sin decir una sola palabra, los llevó a la capilla, donde rezaron durante media hora. Posteriormente los encaminó al dormitorio.

—Las reglas de la casa son simples —inició la tía Carmen—. Yo les doy una orden y ustedes la cumplen. Ni más ni menos. No me gusta repetir las cosas, pienso que es una pérdida de tiempo. Si no prestan atención, habrá consecuencias. Siempre debemos seguir el camino del Señor y sus formas. Si no, habrá consecuencias. Su habitación será su responsabilidad. La mantendrán siempre limpia y ordenada. Si no, habrá consecuencias. Eusebio les entregará una bacinica que utilizarán por las noches, ya que no podrán salir de su habitación una vez que apague las luces. Siempre cierro todas las puertas, no dejo nada abierto. No me gustaría llevarme algún susto con ustedes. Las cosas no han sido las mismas desde el atentado que sufrió nuestro pontífice en 1981. Las personas ya no tienen educación, ya no desean acercarse al Señor para buscar la salvación. Ustedes tendrán siempre tiempo para él y le darán las gracias por todas las bendiciones que ha puesto en su vida. ¿Quedó todo claro?

Los chicos se miraron. Luego regresaron la mirada y asintieron.

—Dos cosas más —agregó la tía Carmen—. La primera: Eusebio duerme fuera de la casa, en un cuarto junto al corral de los borregos, así que por las noches no pueden contar con él. La segunda y la más importante de todas: mi dormitorio está fuera de todo límite. Jamás deben entrar. Si lo hacen, habrá consecuencias. ¡Buenas noches! —y salió de la habitación.

Escucharon que la llave giró el cerrojo y accionó la cerradura. Voltearon para observar cómo la sombra de su tía desaparecía bajo el filo de la puerta al tiempo que el sonido del bastón se iba alejando.

—No estuvo tan mal —dijo Alfonso.

Maximiliano alzó los hombros con indiferencia.

La habitación era un rectángulo frío. Sus paredes, pintadas de blanco, presentaban algunos resquebrajamientos por la humedad. En el centro del techo de doble altura colgaba un candelabro de herrería dorada y en una de las esquinas se encontraba la única ventana, con cuatro hojas de madera y dos metros de alto. Al fondo sobresalía un ropero, fabricado con roble y elaborado alrededor del siglo XV. Las camas, separadas por un buró, tenían bases de aluminio color amarillo.

Alfonso se sentó sobre el colchón y recordó que la primera noche es la más difícil. Diferente casa, camas nuevas y ruidos extraños a los cuales no estaban acostumbrados. A Maximiliano pareció no importarle, aún tomaba medicina para los dolores de cabeza y se quedó dormido muy rápido. El pequeño daba vueltas en la cama y se movía de un lado a otro. La ansiedad le impedía descansar.

El silencio predominó en el dormitorio durante un rato hasta que fue interrumpido por el crujir de las maderas. El corazón de Alfonso se aceleró como un caballo desbocado colina abajo.

—Max —llamó Alfonso confundido.

Escuchó el sonido de nuevo, seguido del rechinado de bisagras. La oscuridad se expandió y pareció envolver la habitación con un manto pesado, espeso, lleno de inseguridad y temores. El chico se aferró a la colcha que lo cubría. La cerradura del ropero chasqueó y las puertas chirriaron al abrirse. Alfonso se cubrió con la sábana imaginando que era un campo impenetrable que lo protegería de cualquier monstruo o ser que estuviese encerrado con ellos en la habitación.

Se sintió observado.

Y así era.

Su cuerpo se estremeció con espasmos pequeños y su respiración se agitó. Sintió un cosquilleo que subió y descendió por sus extremidades y la piel se le

erizó. Bajó lentamente su campo protector y decidió echar un vistazo. Tuvo que esforzarse para distinguir entre la oscuridad. Sus ojos vieron sombras y siluetas, pero nada fuera de lo ordinario. Bueno, quizás esos dos puntos verdes y distantes que llamaron su atención.

Se sentó sobre la cama y frunció el ceño. Dos círculos diminutos, color verde jade y totalmente simétricos, flotaban por entre la abertura de las puertas del armario. “Parecen ojos”, pensó. “Como cuando viajas de noche en la carretera e iluminas a un animal”. Se tapó de nuevo con la sábana. No sabía si realmente veía algo o si sólo lo imaginaba por el cansancio del día.

Una ligera inhalación se escuchó por encima de la sábana, como si algo o alguien oliese desde afuera. Alfonso se acomodó en posición fetal y cogió la sábana con fuerza. Nadie se la arrebataría. La olfateada fue creciendo en decibelios, haciéndose más rápida y entrecortada. El chico apretó los músculos del cuerpo y esperó lo peor.

El sonido se detuvo.

Esperó un largo rato antes de resolver que saldría de su campo mágico de protección y miraría en dirección al ropero. Los ojos verde jade ya no flotaban en la negrura. Sonrió y pensó que era un tonto por asustarse de esa manera. La puerta de roble crujió y se abrió escasamente. Una garra salió de la oscuridad, ¿o era una mano?, y reposó sobre la abertura. La palma se aferró con fuerza y la madera se reventó.

Sus pupilas se dilataron al ver cómo una figura brumosa y grisácea se deslizaba entre la hendidura. Era imposible que algo pasara por en medio de las puertas del armario y, sin embargo, la oscuridad se escurrió fácilmente entre ellas. La nube sombría formó la imagen de un hombre alto, triste, y bigote tupido. Las cuencas de sus ojos se moldearon y dos puntos verde jade emanaron luz desde el interior. El señor miró directamente a los ojos del chico.

Alfonso sintió ganas de hacerse pipí en la piyama. La sombra se desplazó sin mover los pies y estiró el brazo de manera sobrenatural para alcanzarlo. El dedo se acercó al rostro del chico y le tocó la frente. El niño tuvo la sensación de ser alcanzado por residuos de un polvo finísimo y gritó. Gritó tan fuerte como sus pulmones se lo permitieron y al terminar se percató de que se había

sentado sobre el colchón. Echó un vistazo en todas las direcciones y la figura ya no estaba. Su hermano permanecía dormido a pesar de su alarido.

Se frotó las manos sudorosas y frías. Su cuerpo estaba empapado de sudor y todavía temblaba. Revisó las sábanas y agradeció no haberse hecho pipí encima. Se levantó y caminó hasta la cama de su hermano. Lo agarró del hombro y lo giró para contarle lo ocurrido.

No era su hermano.

Era la figura siniestra y, al ser perturbada, emitió un chillido sobrehumano que lo ensordeció y le lastimó los oídos. Alfonso trastabilló y retrocedió. La sombra siseó. Logró mirarla en detalle y le pareció que era de ceniza. Pequeñas partículas se agrupaban en el aire para dar forma y volumen a la apariencia inhumana y demencial de la silueta, que reptó hasta el armario y se introdujo en él. Antes de que se cerrara, Alfonso alcanzó a escuchar una voz que le decía:

—¡Escapa! Lárgate de aquí con vida o quédate para siempre —y las puertas del ropero se azotaron con un sonido seco.

Se alzó sobre la cama y gritó despavorido. Su hermano Maximiliano brincó del colchón, lo sujetó por los hombros y lo sacudió para que saliera de su trance. El grito le provocó miedo, jamás lo había escuchado tan atemorizado. Trató de calmarlo sin mucho éxito hasta que recordó de qué forma su madre los consolaba cuando tenían una pesadilla.

—Poncho... ¡Poncho!

Su hermano volteó.

—Mírame..., soy Max.

Alfonso lo reconoció.

—Mira, toca mi mano —y extendió la palma.

El chico estiró la mano y entrelazó sus dedos con los de su hermano.

—Aquí estoy... Siénteme..., soy real y estoy junto a ti.

Su respiración se hizo pausada y ambos se miraron a los ojos. Maximiliano tomó la mano pequeña de Alfonso y la colocó sobre su pecho.

—Mira..., siente mi respiración. Imítala..., síguela.

Empezaron a respirar al mismo tiempo, con el mismo ritmo.

—¿Hasta dónde te quiero? —dijo Maximiliano.

—Hasta la luna —dijo Alfonso y sonrió—. De ida y de regreso. Subiendo por una planta de frijoles mágicos y sin despertar al gigante del castillo.

—De ida y de regreso —repitió Maximiliano—. ¿Estás bien?

Su hermano asintió.

—¿Pesadilla?

Asintió de nuevo.

—¿Tu cama o la mía?

Alfonso movió la sábana hacia un costado para que Maximiliano se acostara junto a él. Los dos se abrazaron hasta quedarse dormidos.

La morgue

La morgue del municipio de Tapalpa se encontraba en los límites del pueblo y era un lugar frío y brillante en exceso. Sus baldosas blancas y pulcras rebotaban ferozmente la luz neón amarilla que hipnotizaba a todos en su interior y el aire se percibía sofocante. Uno tendría que estar loco para pasar más de ocho horas ininterrumpidas bajo el torrente de luz artificial, rodeado de cadáveres.

El oficial Esteban Rey cruzó la puerta de entrada como lo había hecho cientos de veces. Sin embargo, en esta ocasión, no quería hacerlo. Tenía las piernas entumidas y los pensamientos dispersos. Había pospuesto la visita por varios días y no podía aplazarla ni uno más. Además, esta vez era diferente. Era su turno de reconocer de manera oficial a un fallecido, a su hermano David Rey.

Chuy estaba sentado sobre su escritorio, mirando una pila de papeles, cuando se percató de la presencia del agente. Rápido se levantó y extendió la mano:

—Lo siento mucho, Esteban —y lo acercó contra su pecho para darle un fuerte abrazo.

La muestra de cariño tomó por sorpresa al oficial y se sintió incómodo mientras lo sujetaba. Chuy medía más de dos metros de altura, tenía el cabello

rizado y lo llevaba largo y recogido en una cola de caballo. Se apreciaba algo gracioso cuando se encorvaba con esa gran bata blanca, pero todo lo jocoso de su apariencia era compensado con sus grandes habilidades como médico forense.

—Sabemos que tu hermano murió decapitado —dijo Chuy y lo soltó.

“Murió” y “decapitado”. Esas dos palabras retumbaron en lo más profundo de su mente como si de un sismo se tratara.

—Nada raro en eso —miró a Esteban y rectificó—: Bueno, salvo la mala fortuna de morir de esa manera... tan horrible e inesperada... En fin, hay dos cosas muy bizarras que quiero mostrarte. La primera está en la mano izquierda.

Avanzaron hasta una de las planchas. El oficial sintió que había caminado kilómetros cuando escasamente dio tres pasos. El cuerpo se encontraba sobre la camilla cubierto por una sábana blanca que dejaba asomar los pies, con una nota de cartón sujeta en el dedo gordo del pie derecho. Esteban experimentó una repentina resequedad en la boca y su pulso se aceleró al leer “David Rey” en la etiqueta. El doctor tomó la cubierta de tela y cuidadosamente descubrió el cadáver hasta la cintura.

—Tu hermano llegó con un vendaje sobre su mano izquierda y dos puntos rojos en ella. Al removerlo pude apreciar que había sido mordido, quizá por un animal salvaje, y que las manchas correspondían con los colmillos. Si te fijas bien —Chuy levantó la rígida extremidad izquierda—, se pueden ver todos los incisivos de la quijada.

El oficial se acercó para corroborar las palabras del médico.

—Ahora bien —continuó Chuy—, lo curioso no está en la mordida. Sino en que más de la mitad de la laceración ya había cicatrizado... Fíjate bien de este lado... y ahora en la parte posterior.

Iba demasiado rápido. Sus palabras eran claras, pero la idea que formaba en su cabeza parecía una imagen borrosa que no alcanzaba a asimilar. Se concibió como un idiota por no poder relacionar lo que escuchaba con lo que estaba viendo. Sintió un leve mareo que lo obligó a apoyar ambas manos sobre la fría cama de metal.

—Observa bien de la mitad en adelante, hacia la derecha, parece que la

mordida se la dieron hace muchísimo tiempo. Y en la otra parte, en el dorso, me da la impresión de que la herida se realizó hace cuatro, máximo cinco días. Muy extraño, ¿no te parece?

—No entiendo nada. ¿Podrías explicarlo más claro?

Chuy dibujó una sonrisa.

—Por supuesto, lo siento —y puso la mano derecha sobre su hombro para agregar emocionado—, así de simple: algo muy extraño mordió a tu hermano y su muerte detuvo el proceso sobrehumano de cicatrización que se estaba produciendo.

Esteban abrió los ojos y un escalofrío se paseó por su espalda.

—¿Sobrehumano? ¿De qué hablas?

—De que la mitad de la herida de su mano había cicatrizado y la otra no. De una misma mordida y eso no es normal. ¿Cuándo habías visto algo así?

Esteban meditó un momento y trató de asimilar las palabras de Chuy.

—Y ahora mira esto —continuó Chuy mientras tomaba la mano de David y hacía un poco de presión sobre la herida. Sangre roja con tintes ambarinos salió del orificio.

—¿Es veneno? ¿De víbora? —cuestionó el oficial.

—Lo mismo pensé yo al principio, pero no reacciona de la misma manera que el veneno de las serpientes. El líquido se mezcla perfectamente con la sangre y se comporta de una forma muy extraña.

Chuy caminó hasta una bandeja plateada llena de utensilios y cogió la jeringa métrica más pequeña. La preparó y trató de introducir la aguja sobre la piel del cadáver. La punta de metal se dobló. Ambos miraron el agujón deformado con aspecto de garfio.

—Esto es nuevo —dijo Chuy asombrado.

Fue por una jeringa más grande y lo intentó de nuevo, esta vez en la parte superior del brazo y alejado de las marcas de la mordida. La aguja traspasó las capas de la piel sin ninguna resistencia. El doctor jaló el émbolo y el barril empezó a llenarse con una sangre rojiza y tintes ambarinos. Terminó, retiró la jeringuilla y revolvió el líquido, obteniendo una mezcla color rojo pálido. Después caminó hacia otro cadáver cerca de ellos.

—Mira esto —dijo e inyectó el líquido sobre la sutura del pecho.

La herida empezó a cerrarse ante la mirada incrédula de Esteban. Ese extraño fluido, o lo que fuese, tenía la capacidad de regenerar tejido humano. Acercó uno de sus dedos para tocar la piel reconstruida. No sintió nada extraño. Parecía normal, perfectamente normal.

—Dijiste que eran dos cosas las que querías mostrarme —recordó Esteban volviendo a ser él, retomando su papel de policía—. ¿Cuál es la segunda?

—¿Estás seguro? Tendrías que mirar su cabeza.

Sopesó la situación en silencio por un momento. Llevaba días tratando de olvidar esos ojos sin vida que lo atormentaban en sus sueños y dudaba si podría mirarlos de nuevo. Después de un minuto le dijo:

—Muéstramela.

Caminaron hasta otra camilla que tenía un bulto cubierto con una bolsa plastificada. Chuy retiró cuidadosamente la envoltura y giró la cabeza de David para colocarla mirando hacia ellos. Esteban trató de apartar la vista pero su instinto policiaco lo obligó a observar los ojos sin vida de su hermano y esta vez fue diferente, la expresión era distinta. Había paz en su mirada. Encontró un pequeño halo de vida atrapado en ellos y observó minuciosamente.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Esteban y se agachó para quedar al mismo nivel.

Chuy trató de contener su emoción. Su amigo seguía siendo un eficaz investigador y observador a pesar de lo que había vivido en los últimos días. Lo que descubrió no era algo obvio, pero desde ciertos ángulos podía apreciarse un pequeño destello, color amarillo, dentro de las pupilas de su hermano. Parecía un pequeño relámpago encapsulado entre el iris y la córnea del ojo. Esteban miró el globo ocular de David y después a Chuy, y así sucesivamente por un par de minutos, estupefacto con el hallazgo.

—¿Es lo mismo? ¿El mismo líquido que salió de la mordida?

—Creo que sí —dijo Chuy—. Aún no estoy seguro. Lo que más me llama la atención es que desde cierta perspectiva los ojos de tu hermano parecen ser los de un animal salvaje... Mira.

Y se lo mostró.

El oficial se sintió abrumado, era demasiado para digerir en tan pocos

minutos. Luego agregó:

—¿Qué hay de los restos encontrados en la caja de la camioneta?

—¿La chica? Muerta.

—Eso es obvio. ¿La causa?

—Devorada por animales salvajes.

—¿Animales? ¿Varios?

—Sí, tiene mordidas de diferentes tamaños.

—¿Entre ellas lo mismo que mordió a David?

—Habrá que investigar. En su sangre no encontré rastros del líquido amarillo.

—Está bien.

—¿Tú sabías?

—¿Saber qué?

—¿Del anillo?

Esteban no tenía idea de qué hablaba.

—La mano izquierda de la chica tenía un anillo de compromiso —dijo Chuy—. Alguien debe de estar muy preocupado por ella. ¿No era la novia de tu hermano?

—No lo sé. Nunca la mencionó. ¿Qué necesitas para averiguar más sobre esto?

—Que firmes unas autorizaciones.

El oficial firmó los papeles y salió de la morgue agobiado, sin despedirse. El sol de la tarde se sintió bien sobre su rostro y le calentó el ánimo. Tranquilamente se acomodó el sombrero blanco y caminó hacia la patrulla.

Vomitó junto al coche.

La cabeza le dio vueltas y no logró aterrizar ningún pensamiento. No comprendía nada de lo que ocurría y los enigmas en torno a la muerte de su hermano lo estaban consumiendo lentamente. Tenía que hablar con Saúl, el cantinero, para saber qué le contó David antes de morir. Tenía excelente memoria y le sería de gran utilidad.

Mariana

A Mariana Pérez, una chica de quince años y largo cabello negro, le encantaba la hora del recreo. A pesar del bullicio y el vaivén de los alumnos, era un tiempo que podía aprovechar para sí misma, alejada de los deberes y las monótonas tareas del hogar. Al escuchar el timbre se acomodó el cabello por detrás de las orejas, salió apresurada del aula y atravesó el patio para llegar a su refugio habitual: un rincón fresco y alejado del sol, bajo un árbol de pino. Se sentó y cruzó las piernas dispuesta a comenzar con su lectura de la semana, *En las montañas de la locura*, de H. P. Lovecraft, cuando le invadió un recuerdo:

Tenía seis años y estaba agazapada en su dormitorio, debajo de un cobertor en una de las esquinas del armario, con el corazón acelerado y un cosquilleo que se paseaba por todo su cuerpo. Escuchó pasos y su cuerpo se puso rígido. Se aferró con fuerza a la colcha. Las pulsaciones apremiaron cuando dejó de escuchar los pasos y estaba segura de que pronto sufriría un desmayo. La puerta del guardarropa se abrió de golpe y fue despojada de la manta.

—¡Te encontré! —dijo una mujer y salió corriendo a toda prisa.

Mariana se enfrascó en una lucha sin éxito para deshacerse del cobertor. La mujer tomó suficiente ventaja y llegó hasta la cocina, luego se dio media vuelta y puso la mano sobre el refrigerador:

—Un, dos, tres por Mariana, que está escondida en el armario de su cuarto.

La niña arribó resoplando y con la cara roja.

—No es justo, eres más grande que yo.

—Y más rápida también —y la mujer le hizo un carño en la nariz—. ¿Y sabes qué más soy?

—¿Mi mamá?

—Sí, ¿pero qué más?

—No, eso no... —dijo Mariana con una gran sonrisa.

—Sí —dijo cambiando el tono de su voz a uno más grave.

—¡No! —y empezó a dar pequeños pasos hacia atrás—. ¡Un monstruo

besucón! —y se fue corriendo a la sala.

Su madre la alcanzó y la cargó con facilidad. Después la tiró encima de un viejo sillón color verde oscuro y comenzó a besarle el cuello y la cara. Mariana rio y gritó tan fuerte como le fue posible. Terminaron tendidas sobre los desgastados azulejos aceitunados del suelo de la casa.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó su madre con la respiración entrecortada.

Mariana lo meditó durante un breve momento.

—¿Helado de la plaza?

—Helado será.

Salieron y caminaron hasta el centro del pueblo. Su madre llevaba unos pantalones azules de mezclilla y una blusa blanca. Mariana la miró y sonrió. Le gustaba que su mamá fuera mucho más joven que el resto de las mamás de sus compañeras de clase y que jugara con ella todo el tiempo. Pero lo que más le complacía, lo que realmente le fascinaba, era observar cómo los rayos de sol rebotaban y hacían brillar su cabello castaño claro. Ella deseaba intensamente tenerlo del mismo tono.

La niña tomó la mano de su madre y dio pequeños saltos al caminar, imitando los movimientos de las patas de un caballo bien entrenado. Después de un rato llegaron hasta una pequeña casa de dos pisos, ubicada en una esquina frente a la plaza. En ella vivía don Simón, quien llevaba más de cuarenta años preparando y vendiendo nieves de garrafa. Su madre compró un vaso pequeño con helado de vainilla y su hija prefirió uno grande de limón. Las dos se sentaron en una banca de piedra y se pusieron a observar a las personas que transitaban en todas direcciones.

Mariana veía ensimismada a unos niños que jugaban dentro del kiosco en el centro de la plaza, luego se quitó sus gafas y las observó con desánimo:

—Mami, ¿por qué tengo que usar lentes? Hacen que me vea rara.

Su madre sonrió.

—Rara no, diferente.

—¿Diferente es malo?

—No, para nada. Es lo mejor que te puede pasar. Quizá te cueste trabajo al principio pero una vez que te aceptes tal como eres, serás más feliz que

ninguno de ellos, que son todos iguales.

—Tú eres diferente, mami.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te gusta leer, te gusta viajar, quieres conocer ciudades y otros países... y porque siempre, siempre, siempre tratas de hacerme feliz.

—Haces que todo sea más difícil, amor.

La niña la miró extrañada.

—¿Sabes que te quiero? —agregó su madre.

—Más que todo en el mundo —sentenció Mariana.

Su madre la abrazó con fuerza por un largo momento.

—¿Estás bien, mami?

Ella asintió y se enjugó las lágrimas.

—Vamos, regresemos a casa antes de que llegue tu papá del trabajo.

Recorrieron parte del trayecto tarareando canciones hasta que pasaron por una pequeña tienda. Mariana examinó el aparador y descubrió una lonchera metálica, color rosa, con imágenes de Hello Kitty.

—¡Woowooooow! —dijo abriendo los ojos—. Estaría maravilloso tener una de éstas para ir a la escuela.

Su madre notó que la alegría de su hija era sincera y no un mero capricho. Entró al establecimiento, habló un momento con la encargada y regresó. Por desgracia, salió sin la lonchera. La niña trató de ocultar su decepción pero no lo hizo muy bien. Volvió a casa sin emitir sonido, desilusionada y arrastrando los pies.

Tan pronto llegaron tomó una de las sillas del comedor y se sentó en la cocina, con los hombros al frente y la vista perdida. Su madre le sirvió un vaso de leche y acercó un plato con tres galletas de vainilla con chispas de chocolate. Transcurrieron cinco minutos hasta que su mamá dibujó una sonrisa, como si se le hubiese ocurrido una idea genial. Se agachó y sacó por completo uno de los cajones de la barra y del hueco cogió un sobre lleno de billetes. Mariana observó y levantó las cejas intrigada.

—Voy a salir un momento. Ve a tu cuarto a dibujar y espera a que regrese.

—Sí, mami.

Pasaron diez minutos y oyó que la puerta de la casa se abría. Mariana

corrió hasta la entrada y se encontró con su padre en la sala.

—Papi —y corrió a abrazarlo.

Se aferró con fuerza a una de sus piernas y lo apretujó. Su padre le acarició la espalda y miró hacia la cocina, vacía.

—¿Y tu madre?

—No sé. Salió.

—¿Y qué hacías?

—Dibujaba en mi cuarto.

—Continúa dibujando, yo te aviso cuando sea hora de cenar.

—No tengo hambre, papi. Comí helado y galletas.

Su padre hizo un gesto desaprobatorio, se quitó la gorra y vio a su hija regresar al dormitorio. Se quedó parado en la sala, con la mirada perdida y el cuerpo encorvado, como si le pesara la espalda más de lo habitual. Decidió entrar en la cocina y dejó caer su figura sobre una de las sillas. Había sido un día muy estresante y exhaustivo en la construcción. Empezó a sentir hambre y no quería saber nada de nadie hasta comer algo.

Se escuchó la chapa de la puerta y Mariana corrió de nuevo hacia la entrada. Encontró a su madre parada en la sala con una bolsa negra de plástico bajo el brazo y se emocionó. La niña avanzó y su mamá la detuvo con la mirada, algo en su expresión la perturbó. La observó levantar el dedo índice para pedirle que guardase silencio.

—¿Dónde estabas? —le preguntó su esposo desde la cocina.

—Salí a comprar algo.

—Pensé que no tenías dinero.

—Bueno..., pedí fiado para comprar algo para Mariana.

—¿Pediste fiado? ¿Acaso no te alcanza con lo que te doy?

—No es eso, es que yo...

—Me parto todo el día trabajando para que compres cosas con dinero que no tenemos. Van a decir en el pueblo que somos unos muertos de hambre.

Su madre le hizo señas para que regresara a su dormitorio y ella obedeció. Se recostó sobre el colchón y pretendió dibujar en su cuaderno mientras trataba de descifrar qué era lo que se hablaba y ocurría en la cocina. Escuchó a su padre decir frases como “no tienes consideración”, “no respetas tu

hogar”, “nunca alcanza el dinero” y “si no te gusta la casa ahí tienes la puerta”, expresión que no entendió del todo hasta varios años después durante una discusión con su papá.

Su madre lloró, dio explicaciones y se expresó en oraciones que incluían las palabras: aburrida, cansada, odio, asfixia, jóvenes, ciudad y lejos. La niña se levantó de la cama y caminó para escuchar mejor. Brincó al oír que algo se quebraba. Luego azotaron una puerta y la casa quedó en completo silencio. El perro del vecino ladró y su madre apareció en la entrada de la habitación con los ojos hinchados y visiblemente alterada.

—¿Quieres algo de cenar, cariño?

Mariana negó con un sutil movimiento de cabeza.

—Te traje un regalo —continuó.

La niña se sentó sobre la cama y agarró la bolsa negra de plástico que le entregó su madre. En cuanto la tomó supo que era la lonchera de Hello Kitty que habían visto en la tienda. La dejó a un costado sin abrirla.

—¿Qué pasó? —dijo su madre—. ¿Pensé que estarías contenta por tenerla?

—¿Papi se enojó contigo?

—No, cariño —y se sentó junto a ella—. Tu padre se enoja consigo mismo porque no puede conseguir un mejor empleo. Él sólo quiere lo mejor para nosotras.

—¿Te regañó por mi culpa? ¿Por comprar la lonchera?

—No, para nada —y la abrazó.

Mariana se hundió en su pecho y empezó a llorar.

—Cariño, no tienes por qué llorar. No hiciste nada malo.

—No quiero la lonchera. Dile a mi papá que la vamos a devolver para que ya no se enoje contigo.

Su madre la tomó del rostro y la miró directamente a los ojos:

—Hello Kitty es tuya. La compré con dinero que tenía ahorrado. Si a tu padre no le parece es problema suyo. Tú te mereces esto y más.

—No la quiero.

—Entonces la abrimos mañana. Vamos, hay que prepararte para descansar, ya se hizo tarde. ¿Qué cuento quieres hoy? —y tomó el primero que estaba

sobre el buró—. ¿La Cenicienta?

Mariana asintió.

Su madre se acostó junto a ella, leyó el cuento y la arropó con las sábanas. Al terminar se acercó y le dio un beso en la frente.

—Te quiero mucho —dijo ella.

—Yo también.

Se levantó, caminó hasta la puerta del dormitorio y dio media vuelta para mirarla.

Mariana tiene tatuada esa imagen en su memoria: su madre, con sus pantalones azules de mezclilla y la blusa blanca, apoyada junto al marco de la puerta con los brazos cruzados y mirándola de manera muy extraña, como nostálgica. Con el paso de los años, la chica entendió que esa expresión era más una despedida que cualquier otra cosa. Jamás volvió a verla y nunca sacó la lonchera de la bolsa negra de plástico.

Tuvo que dejar de ser niña muy rápido. No era que su padre le cargara mucho la mano, sino que comprendió que necesitaban apoyarse mutuamente para salir adelante. Él consiguió dos nuevos empleos y ella se encargó de estudiar y mantener limpia la casa para los dos. Creció odiando los libros de princesas y se volvió asidua al género de terror, decisión por la que fue marginada de sus compañeros de escuela.

Mariana leía *En las montañas de la locura* cuando alzó la vista y un par de chicos nuevos llamaron su atención. Era bastante irregular que dos alumnos ingresaran a la mitad del curso. Los uniformes que portaban eran nuevos y sus distintos tonos beige no lucían deslavados. Decidió observarlos detenidamente y notó que su forma de caminar y su manera de desenvolverse eran muy diferentes a las del resto de los estudiantes del plantel. Tenían tatuada la palabra ciudad en la imagen que proyectaban. Se interesó rápidamente en ellos y cerró su libro.

Maximiliano y Alfonso se sentaron a escasos metros de ella, sin darse cuenta de que los miraban. Los dos llevaban loncheras de aluminio con imágenes de *La Guerra de las Galaxias*. El hermano mayor sacó una caja de cereales Corn Pops. Su hermano una pequeña caja azul de Zucaritas. Ninguno

se percató de que un grupo de niños se estaba acercando.

—¿Eh, son ustedes los nuevos? —dijo el más alto.

Maximiliano contó a cinco chicos rodeándolos. Alfonso observó a su hermano y se quedó callado, sin contestar.

Otro niño pateó a Maximiliano en el pie.

—Te preguntó si eres nuevo.

Maximiliano dejó de comer sus Corn Pops.

—¿Acaso no es obvio? —dijo sin alterarse—. Hay trescientos alumnos en la escuela y nunca nos habíamos visto.

El chico no supo qué contestarle a su líder.

A Mariana le gustó la actitud del muchacho, no se andaba por las ramas.

—Obvio eres nuevo aquí —dijo el líder—, de lo contrario sabrías que están sentados en nuestros lugares.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Alfonso.

El líder titubeó.

—Cris... Cristian.

Alfonso se levantó de su lugar, vio donde estaba acomodado y luego volvió a sentarse.

—Tal como lo imaginaba —dijo mirando a su hermano—. Su nombre no está escrito en mi lugar.

Maximiliano sonrió.

Mariana también.

A Cristian le encolerizó el comentario y se le subió la sangre al rostro. Sin pensarlo dio un manotazo y tiró las Zucaritas que Alfonso estaba comiendo. Antes de que las hojuelas de maíz azucaradas cayeran al suelo, fue embestido por Maximiliano, quien lo tomó por la cintura. Ambos se desplomaron y el mayor de los hermanos empezó a golpearlo sin piedad, una y otra vez.

Los integrantes de la pandilla se miraron, todo fue tan rápido que no tuvieron tiempo de reaccionar. Uno de ellos salió de su trance y trató de agarrar a Maximiliano por los hombros. Un ardor se anidó en su entrepierna y subió como un escalofrío por su cuerpo. Se derrumbó gritando, sujetándose los testículos con fuerza. Alfonso estaba parado por detrás, le había dado un puntapié.

Los demás niños entraron a la pelea.

Maximiliano y Alfonso peleaban como animales feroces y salvajes que luchan por salvar su vida. Su motivación era mucho mayor: habían perdido a sus padres y esos chicos se las iban a pagar. En ese momento, la pandilla era culpable de todo lo que les había ocurrido y la harían pagar con creces hasta el último centavo por ello.

Gran parte de los estudiantes se unieron a Mariana, quien no perdía detalle de lo que ocurría. Todo terminó en pocos minutos. Un profesor de literatura interrumpió el espectáculo ante la queja de los espectadores. La chica vio cómo los chicos eran llevados a las oficinas y se levantó de su lugar. Decidió averiguar más sobre los nuevos compañeros.

La tía Carmen entró a la dirección general noventa minutos más tarde. Lo primero que observó fue a cinco niños que esperaban sentados en unas sillas de plástico afuera de la oficina del director, todos con caras largas y moretes en el rostro. La señora levantó la ceja sorprendida: ninguno era su sobrino. Siguió por el pasillo hasta la puerta y sin prestar atención a la secretaria que le pedía que esperase.

Los chicos escucharon el bastón de su tía y se les puso la piel de gallina. En menudo problema se habían metido y no habría forma de escapar. Curiosamente, y sin que lo supieran, el director del colegio estaba más nervioso que ellos por tener que lidiar con la señora Carmen Chávez. Aquella mujer le daba escalofríos, siempre tan reservada e inexpresiva. Si algo le angustiaba en la vida era no poder descifrar a las personas.

—Doña Carmen —dijo en cuanto la vio cruzar por la puerta sin anunciarse.

—¿Qué ocurrió, Daniel? ¿Qué es eso tan importante por lo que me pediste que viniera a tu escuela? Hasta donde tengo entendido, tú eres el director y tu trabajo es resolver los problemas con los chicos.

Un par de palabras se atragantaron en la boca de Daniel.

Carmen aprovechó la pausa y volteó a ver a sus sobrinos. Estaban algo golpeados y desaliñados, pero definitivamente en mejores condiciones que el resto de los chicos que esperaba en las sillas de afuera.

—¿Están bien? —dijo ella en tono incierto.

Maximiliano y Alfonso asintieron, luego se miraron asombrados.

—Ya lo ves, Daniel. Están bien, ¿para qué me llamaste?

—Bueno yo..., la verdad no es tan... —y se quedó callado. No podía evitarlo, se sentía lacerado con esa mirada inquisidora.

Los chicos dibujaron una sonrisa, no podían creer que el director le tuviera miedo a su tía.

—No es tan sencillo —recompuso y se acomodó la corbata tanto como sus manos temblorosas se lo permitieron—. Los niños participaron en una riña y eso no lo podemos permitir.

La señora Carmen miró a sus sobrinos:

—¿Ustedes dejaron así a los niños de afuera?

Ambos asintieron de nuevo, un poco más relajados.

Ella sonrió asombrada. Luego miró a Daniel de manera hostil:

—¿Y ya sabes cuál fue el motivo de la riña?

—No, bueno. No bien, hay que averiguar cuál versión es...

—¿Por qué pelearon? —interrumpió ella.

—Porque tiraron el desayuno de mi hermano —dijo Maximiliano.

—¿Y tú? —preguntó a Alfonso.

—Porque golpearon a mi hermano. Eran más, no me pareció justo.

Carmen respiró resignada y se giró con Daniel, quien sudaba sobre su silla como si hiciera el peor de los calores veraniegos.

—Ya lo ves, se estaban defendiendo —y azotó el bastón contra el suelo—, ese comportamiento se premia, no se reprime.

Daniel observó a los chicos y éstos se encogieron de hombros. Estaba sólo en esto. Sintió la boca seca y bebió un poco del vaso de agua que tenía sobre la mesa. Luego se arregló la corbata y trató de incorporarse de la silla. La señora levantó su mano y éste obedeció a la señal como un perro expectante a la orden de su amo.

—No quiero que me hagas perder el tiempo la próxima vez. Si no sabes cómo ser director de escuela, deja tu trabajo para alguien más competente —y se volteó con los chicos—. Vámonos, nenes —y salieron todos juntos de la oficina.

Su tía manejó en silencio todo el trayecto de regreso a la hacienda y al llegar a casa les pidió que se sentaran junto a ella en la mesa de la terraza. Maximiliano se acomodó mirando hacia los jardines y Alfonso se sentó a un costado. El pequeño sintió flojo uno de sus dientes frontales y utilizó la lengua para jugar con él, moviéndolo de un lado a otro dentro de la boca.

—Estoy orgullosa de ustedes —empezó la tía Carmen—, por defenderse y cuidarse mutuamente. Son lo único que tienen en la vida. Yo..., si no fuera por la gracia del Señor, no sé qué sería de mí, qué cosas haría. Igual ustedes. Siempre tendrán que buscar fuerza en él para salir adelante en las adversidades. Pero que les quede claro, no apoyo la violencia, aunque entiendo que en ciertas ocasiones puede llegar a ser necesaria. En algunas circunstancias, la violencia nos ayuda a corregir el camino. Si lo sabré yo, que mi padre fue muy estricto conmigo —y se llevó la mano a la mejilla, donde la golpeó tantas veces—. Que el Señor lo tenga en su gloria —se dijo a sí misma y se quedó perdida en sus pensamientos por varios minutos.

Maximiliano miró a Tequila correr por los jardines. Estaba más interesado en la perra que en las palabras de su tía. Alfonso se entretenía despegando el diente de la raíz con la lengua, le gustaba esa extraña sensación de ardor y el sabor metálico de la sangre.

—Pero bueno —continuó ella—, no quiero que vuelvan a pelear. Y sepan que siempre quise tener una familia y el Señor los trajo a mí para que los guíe y los convierta en hombres de bien. Mi trabajo consistirá en cuidarlos y protegerlos de todo mal. Aquí no tendrán nada que temer mientras sigan las reglas del Señor y lo que yo les aconseje. Si no, habrá consecuencias. ¿Está claro? Primero el Señor y luego ustedes. Así encontrarán la felicidad, alejados de las tentaciones físicas del amo de las tinieblas. Recuerden que si caen en ellas no tendría yo piedad con ustedes. Conocerían el lado menos amable y menos bondadoso de mi ser. No tolero a quienes se alejan de nuestro Señor y se consideran superiores a él. ¡Nadie está por encima de él! Así que ahora lo saben. Y ahora vayan a jugar antes de que cenemos.

Alfonso gritó y la tía Carmen se sobresaltó.

—¿Qué pasó? —preguntó Maximiliano.

Su hermano escupió sobre la palma de la mano y tomó el diente que

acababa de perder. Luego miró a su tía y sonrió emocionado. Eusebio y Tequila se acercaron intrigados.

—Miren, se me cayó un diente —dijo mientras lo alzaba como si fuera un diminuto trofeo—. El Ratón de los Dientes me va a dejar dinero por la noche.

—A ver —dijo Maximiliano.

—Esa clase de tonterías no existen —dijo tajante la tía Carmen.

El pequeño miró desilusionado a su hermano mayor.

—Pero siempre que se cae un diente...

—Esa clase de estupideces —interrumpió ella— no las tolera el Señor. El Ratón de los Dientes, bah. ¿Eusebio?

—Dígame, patrona.

—Tira el diente del nene.

Eusebio se acercó para recogerlo y el niño se lo entregó de muy mala gana.

—Pero —presionó de nuevo Alfonso.

—¡Pero nada! Y no vamos a decir una palabra más del asunto.

Maximiliano tocó el hombro de su hermano y le pidió que lo dejara. No valía la pena perturbar a su tía con esas nimiedades.

—Ven, Poncho. Vamos a jugar al jardín.

Tequila partió con ellos.

Su tía los observó con esa expresión endurecida en su rostro y, sin romper el contacto visual con ellos, le dijo a Eusebio:

—A partir de hoy los encierras en su cuarto cuando yo no esté en la casa.

—¿Señora? —dijo extrañado el rancharo.

—Es para su protección —continuó ella—, no quiero que nada les suceda en mi ausencia.

—Está bien, señora.

Carmen se levantó de la mesa y se llevó la mano a la sien: la cabeza empezaba a dolerle. Dio un par de instrucciones más a su ayudante y se marchó a la habitación sin despedirse de los niños.

Algo en su cuerpo la hizo sentir extraña. Un hormigueo que nació en la boca del estómago y se albergó en su entrepierna. No le gustó. Supo de inmediato hacia dónde la llevaría ese sentimiento físico, esa aberración que se anidaba en su ser de cuando en cuando y le despertaba pensamientos impuros.

No cedería. No más. No volvería a cometer la misma estupidez tres veces en su vida. Carmen arrojó el bastón sobre la cama y recordó que las únicas veces en que sucumbió a esas manifestaciones y necesidades fisiológicas algo muy trágico ocurrió en su vida. Primero murió su esposo. Después, con el paso de los años cuando intentó replicar ese placer carnal, su padre falleció. A partir de ese momento asoció el placer con la muerte. Optó por alejar esa sensación con un baño de agua helada y se encerró en su cuarto hasta el día siguiente.

Los chicos se prepararon para irse a la cama en cuanto se hizo de noche y Eusebio los escoltó hasta su dormitorio. Después de cambiarse, Alfonso comenzó a sentirse impaciente, nervioso, y se sujetaba la entrepierna con frecuencia.

—¿Qué tienes? —le preguntó Eusebio.

—Nada.

—¿Quieres ir al baño? —le preguntó Maximiliano.

—Sí.

—Pues ve y deja de agarrarte ahí —agregó su hermano.

—Anda, ve antes de dormir —dijo Eusebio sonriendo.

Maximiliano se iba a subir a su cama cuando lo detuvo Eusebio del brazo. Lo miró con esa expresión juguetona y alegre, de cómplice, que siempre mostraba hacia ellos. Los chicos realmente empezaban a apreciarlo, pues siempre estaba al pendiente de ellos. Él y Tequila, aunque la perra no pudiese entrar en la casa. El rancharo extendió el brazo con el puño cerrado y el chico observó intrigado. La palma de la mano se abrió y en su interior estaba el pequeño diente de Alfonso. Después le hizo una seña para que guardase silencio.

—¿Sabes qué hacer con él? —dijo Eusebio.

El chico asintió emocionado.

El rancharo sacó de la bolsa de su pantalón una moneda de plata y se la entregó. Maximiliano la agarró, sonrió conmovido y lo abrazó espontáneamente. Eusebio se quedó atónito, sin saber cómo responder al gesto del muchacho. Lo abrazó también y después lo miró acostarse.

—Listo —dijo Alfonso mientras entraba al cuarto y pasaba de largo hasta

su cama.

—Buenas noches —dijo Eusebio y cerró con llave por fuera.

—Poncho, ven..., mira —dijo Maximiliano.

—¡Mi diente!

—Sí, Eusebio lo guardó para ti. Hay que ponerlo debajo de la almohada para el Ratoncito Pérez.

Alfonso, emocionado, lo colocó por debajo de la almohada como si se tratara de una reliquia antigua extremadamente frágil y decidió esperar despierto. Tenía toda la intención de ver cómo un pequeño roedor aparecía para dejarle dinero a cambio de su diente. Al poco tiempo cayó rendido.

Maximiliano se aseguró de que Alfonso estuviera profundamente dormido antes de acercarse. Luego sacó el diente, lo guardó en la bolsa de una chamarra y colocó la moneda de plata en su lugar sin que su hermano se diera cuenta. Regresó emocionado a su colchón, imaginando la cara que pondría Alfonso al descubrir la pieza plateada por la mañana.

Recuento de la tragedia

Era escasamente el mediodía cuando el vehículo de la policía del municipio de Tapalpa se estacionó junto a la plaza principal del centro. Hacía un día hermoso. El sol brillaba en las alturas y las nubes parecían dulces de algodón blanco. La gente caminaba de un lado a otro sin ninguna prisa y los puestos de comida y helados se preparaban para la llegada de los estudiantes que pronto saldrían de la escuela.

Esteban Rey bajó del coche, saludó a un par de transeúntes y entró a un bar llamado La Sacristía. Los equipales se hallaban inclinados contra las mesas y el suelo estaba húmedo. Saúl, agachado detrás de la barra, escuchó que alguien entraba por la puerta.

—Aún es temprano para tomar, vuelva en un rato.

El cantinero se levantó y sintió una punzada en el estómago al ver a Esteban. La sangre le subió al rostro, se quedó mudo y no pudo articular

palabra para resarcirse. El oficial no se molestó con su amigo, caminó hasta la rocola y la enchufó. Esperó un momento a que el aparatejo encendiera. Toda una gama de colores emanaron desde su interior como si se tratase de una consola elegante y costosa de la NASA. Esteban seleccionó una canción y se acercó a la barra, cogió un taburete, lo bajó y se sentó.

“Wish You Were Here”, de Pink Floyd, empezó a sonar en las bocinas de la rocola. El oficial sacó un cigarrillo y lo encendió. Saúl se percató del gran parecido entre Esteban y su hermano David, y ahora que era consciente, no entendió cómo no pudo notarlo antes. El cantinero se echó el trapo rojo al hombro y apoyó las manos sobre la barra.

—¿Cuál es la historia de los Rey y el rock en inglés? —dijo sonriendo.

Esteban imitó el gesto de su amigo.

—Viene de familia, de nuestro padre, que en paz descanse, y esa música es como volver a ese lugar, con él y mi madre.

Saúl sacó dos vasos de cristal y los puso sobre la barra. Uno era tequilero y el otro más tradicional. Sirvió whisky para el oficial y tequila para él. Ambos brindaron y bebieron.

—Siento mucho lo de tu hermano.

—Yo también.

—No lo reconocí al principio, pero la verdad es que eran inmensamente parecidos. Los gestos, la forma de moverse, la manera en que fumaban cigarrillo tras cigarrillo. Hasta la maldita música que escuchaban. Esa noche pude notar que tu hermano estuvo a punto de dispararle a la rocola por tanta música de banda que habían programado Augusto y sus amigos.

Esteban sonrió nostálgico. Luego le dijo:

—Y lo habría hecho, así era él.

Hubo un momento de silencio y Saúl aprovechó para rellenar los vasos.

—¿Hablaste con él esa noche? —preguntó Esteban.

—¿Hablar? Más bien lo escuché toda la noche.

El oficial asintió para que prosiguiera con su historia.

—Tu hermano estaba muy perturbado, afligido. Algo le pasó en El Real. No sé bien qué, no fue muy claro con lo que dijo. Pero la mayoría de los habitantes sabe qué es lo que ocurre por allá.

—¿A qué te refieres?

—Habló de que las personas saben y no hacen nada al respecto —y respiró resignado—. El problema es que tu hermano nunca aclaró bien sus ideas y fue muy ambiguo. Todo me pareció sumamente extraño, como irreal, como si lo hubiera visto en un sueño, ¿sabes? Las palabras a medias, el miedo en sus ojos, y luego el tarado de Augusto y sus amigos envalentonados porque tú estabas en el hospital atendiendo el asunto del hijo de tus compadres.

—Ya —dijo, haciendo una pausa—. ¿Qué sabes tú de El Real?

—No mucho. Sé que está al norte del estado y es un lugar rodeado de bosque.

—¿Nunca lo has visitado?

—¡Qué va! Nunca he salido de Tapalpa en toda mi vida.

—Deberías salir más, un día este bar te va a matar.

Saúl se quedó pensativo por unos momentos, como perdido en algún recuerdo añejo.

—¿Recuerdas a la señora de la montaña?

La pregunta tomó por sorpresa a Esteban.

—La vieja Nahuala que vive en las faldas —agregó el cantinero.

—Ah, claro. La que te dice tu destino.

—Esa misma, ¿la conoces?

—No, jamás la he visto en mi vida. Sólo he escuchado historias que cuentan de ella.

—Creo que vivió en El Real muchos años de su vida, antes de mudarse y vivir en Tapalpa.

El oficial sintió que al fin había tenido un poco de suerte en la investigación de la muerte de su hermano.

—Deberías ir a visitarla —agregó Saúl—. Quizá sepa algo más sobre todo lo que habló David.

—Eso haré...

—¿Esteban?

—¿Sí?

—De verdad lo siento mucho.

—Gracias.

—No quiero ser imprudente... pero ¿cómo están los chicos?

—Eso es lo que más rabia me da. Lo perdieron todo por culpa de mi hermano y ahora me siento responsable de ellos, de su vida... y no sé qué debo hacer.

—Pero los llevaste con una tía, ¿no?

—Sí..., más bien es una prima hermana de su padre; tía segunda o algo así. Su madre tiene una hermana que vive en Estados Unidos pero no tuvimos forma de localizarla. Nadie sabe nada de ella desde hace un par de años. Se cambió de domicilio varias veces y le perdieron la pista. Pero bueno, están con familia y no en un orfanato, que es lo importante. Parecían contentos. Ella es una viuda bien acomodada que nunca tuvo hijos.

—Deberías presentarnos —dijo con una sonrisa.

—Vive en una hacienda en Tolvaneras, un terreno enorme al final del pueblo. El espacio es ideal para los chicos. Mucho jardín y espacio para jugar, a diferencia de la casa que tenían en Guadalajara... Ahora viven en la última casa en la montaña.

—Suena a película de terror.

El oficial dibujó una sonrisa, luego agregó:

—Creo que estarán bien, no lo sé. La señora Carmen es todo un enigma. Es seria, de carácter fuerte y religiosa. En el pueblo hay buenas referencias de ella, aunque dicen que es muy estricta y nada simpática. Ya veremos.

Esteban se levantó del taburete y agregó:

—Tendré que visitarlos de vez en cuando —y luego miró a Saúl—. Y a la Nahuala también.

—Por cierto —dijo Saúl poniendo un tono más severo—, cuídate de Augusto, no creo que vaya a dejar pasar la humillación que le hizo tu hermano.

—¿Crees? El problema fue con David y ya está muerto. Y para ser sincero no estoy de humor en este momento como para lidiar con los juegos de un muchacho idiota y prepotente.

—Lo sé, pero ya lo conoces. Lo peor que le pudo ocurrir fue que lo humillaran con el bar lleno de gente. No creo que lo deje pasar, cuídate las espaldas.

—No me preocupa, es tan sólo un cobarde al que le encanta hablar de más.

—De cualquier manera trataré de averiguar si trama algo en contra tuya.

—Gracias.

Esteban salió del bar rumbo a su casa. Quería pasar una tarde tranquila en compañía de su esposa y su hija y alejar todas las teorías que se estaban formando sobre la muerte de su hermano.

Clases de natación

Era sábado por la mañana y la nueva familia desayunaba en la terraza que daba a los jardines y el lago de la casa. Venteaba a hierba recién cortada y el ambiente se sentía fresco. El sol brillaba en lo más alto del firmamento y calentaba la fría casa desde el cielo, acompañado por trinos de pájaros y susurros de insectos. Sólo se escuchaban sonidos de la naturaleza en ese paisaje verde intenso, hermoso.

Maximiliano estaba terminando su almuerzo, mientras que su hermano apenas había probado el suyo.

—¿Qué te sucede, Alfonso? —le preguntó la tía Carmen.

El chico se encogió de hombros sin levantar la mirada.

—Pensé que era tu desayuno favorito —continuó.

El niño miró sus hot cakes y soltó el tenedor. No dejaba de pensar en que ésa no era la forma en que los preparaba su madre. Así no le gustaban, no le apetecían. Tardó un largo momento en opinar, pero finalmente se animó:

—Sí, es mi desayuno favorito pero extraño a mis papás.

Ninguna línea de expresión se movió en el rostro de su tía.

—Es normal que los años —le dijo sin mirarlo—. Es tanto nuestro egoísmo queriendo que estén aquí con nosotros que olvidamos que están en el cielo con nuestro Señor, donde deben estar, a donde pertenecen, y a donde todos iremos tarde o temprano si nos portamos bien.

—Me hacen falta —agregó el pequeño.

Maximiliano puso la mano sobre la espalda de su hermano y comenzó a moverla en movimientos circulares para consolarlo. No le agradaba verlo

triste.

—Por supuesto que te hacen falta —dijo ella sonriendo ampliamente—. Eres joven e inexperto y aún no logras comprender las maravillosas formas en que trabaja nuestro Señor. ¡Mírame!

Alfonso brincó de la silla.

—Yo, una vieja viuda sin familia y sin nadie que se preocupara por mí desde hacía años. Y ahora los tengo a ustedes, dos tesoros que llegaron a mi vida para hacerla completa. ¡Al fin tengo una familia! Y aunque es trágico que sus padres se hayan ido al cielo antes de tiempo, eso los trajo a mí, a mi lado, y por ello estaré siempre agradecida y dedicada al Señor. Y ustedes deberían estarlo también. Hay historias horribles, espantosas, de lo que sucede con los niños en los orfanatos y las casas de asistencia. ¿En dónde podrían estar mejor que aquí? En definitiva debemos agradecer todo lo que nos sucede, lo bueno y lo malo, aunque al principio creamos que es una experiencia negativa y amarga. Todo, todo en la vida, pasa por algo y presiento que su llegada a Tolvaneras..., su llegada aquí, conmigo, será algo que llevaremos con nosotros el resto de nuestra vida. Vamos, demos gracias al Señor.

Su tía los tomó de las manos y agradeció en nombre de los chicos todas las bendiciones con las que contaban en su vida. Después agregó:

—Vayan a jugar un rato.

Maximiliano, Alfonso y Tequila salieron corriendo al jardín. Jamás habían tenido tanto espacio y explorarlo los distraía lo suficiente para olvidar, por momentos, la muerte de sus padres. Descubrir cada uno de los rincones de la hacienda se traducían en una emoción incontenible que los entretenía horas y horas. En esta ocasión fijaron su atención en la pequeña isla en el centro del lago, la cual estaba conectada a tierra firme por unas delgadas y oxidadas vigas de metal.

La tía Carmen se levantó, agarró el bastón y recogió los platos para llevarlos a la cocina.

—¿Qué opinas? —dijo Maximiliano—. ¿Te animas?

Alfonso sonrió y puso la palma de la mano como visera para apreciar mejor el panorama. El trayecto hacia el islote era de seis metros y desconocían la profundidad del lago. No estaba convencido de querer hacerlo,

pero sabía que cruzar por ese viejo e improvisado puente sería una gran aventura.

—Vamos —dijo Maximiliano y empujó a su hermano para que atravesara primero.

Las vigas eran estrechas y se encorvaban justo a la mitad del camino, rozando el agua verdosa. Unos alambres de cobre las unían en tres puntos diferentes, no estaban fijas al suelo en ninguna de las dos orillas. Alfonso trepó y de inmediato entendió que tendría que utilizar toda su habilidad y concentración para poder llegar hasta el otro extremo.

Su pie izquierdo avanzó y los tirantes de metal temblaron y se balancearon con pequeños movimientos de arriba abajo. Se detuvo de inmediato, asustado, y contuvo la respiración porque creyó que caería al agua. Los chicos no sabían que hasta Eusebio se angustiaba cuando cruzaba al otro lado de la isla; sólo lo hacía cuando era estrictamente necesario regar las plantas y los arbustos que ahí habitaban.

Alfonso vaciló. Su cuerpo se llenó de un hormigueo desconocido, saturado de adrenalina y miedo mientras movía el otro pie. Las vigas se sacudieron violentamente y perdió el equilibrio. Unas manos lo sujetaron por detrás.

—No te preocupes —dijo Maximiliano.

El pequeño se aferró a su hermano y respiró aliviado. Su seguridad aumentó al instante.

—Vamos, caminemos lentamente hasta llegar al otro lado —continuó Maximiliano—. Primero el pie izquierdo y luego el derecho. Despacio, sin prisa.

En poco tiempo llegaron a tierra firme dentro del pequeño e inexplorado islote. La tía Carmen los observó desde el jardín en todo momento y sintió orgullo de que trabajaran en equipo para ayudarse a cruzar. Tequila se acercó con una vieja pelota de tenis en el hocico y la dejó caer a un costado. La señora miró asqueada y disgustada mientras apartaba el juguete con el bastón. La perra movió la cola, pensando que la inexpresiva mujer jugaría con ella.

La isla era un pequeño paraíso independiente, lleno de flora y fauna de diferentes tipos. Los niños observaron con detenimiento cada una de las flores y arbustos. Un pequeño insecto llamó la atención de Alfonso. No medía más

de ocho milímetros de largo y parecía una semiesfera brillante, una cúpula diminuta de color escarlata y puntos negros con patas y antenas cortas.

—¿Qué es eso? —preguntó asombrado mientras observaba al minúsculo bicho moteado caminar sobre una hoja.

—Es una catarina... —contestó su hermano con seguridad.

Alfonso rio para sus adentros por el nombre tan peculiar y se quedó ensimismado con el insecto. Estiró la mano y colocó el dedo índice en el trayecto del bicho para que trepase por él. Las diminutas patas caminaron sobre la punta y la catarina avanzó hasta la palma de su mano. El chico estaba maravillado, su color era de un carmesí intenso y los puntos tan negros como la noche más oscura.

Después de un momento se percató de que se había quedado solo en el islote. Maximiliano jugaba con Tequila y la pelota de tenis del otro lado del lago, junto a la tía Carmen. Alfonso, con extrema precaución y sutileza, dejó la catarina sobre la hoja de un arbusto y caminó hasta las vigas. Vio el paso por el puente y ya no le pareció de seis metros: eran al menos veinte. Su cara empezó a denotar la preocupación que le invadía como una marejada inesperada.

—¿Max? —gritó.

Su hermano alzó la vista e hizo señas para que caminara por los tirantes de metal. La tía Carmen miró a Maximiliano y luego observó a Alfonso. El niño la contempló por un momento y no pudo descifrar su expresión. No consiguió interpretar si quería ayudarlo, o si le exigía que cruzara de una vez, o si de plano era mejor esperar algunos años para ser mayor y atravesar cuando fuera menos peligroso. Le perturbaba sobremanera la dureza inexpresiva de su tía.

—¿Max? —gritó consternado.

—Déjalo que cruce solo —le dijo la tía Carmen a Maximiliano y luego se volteó con el menor—. Vamos, nene, se hace tarde para ir a misa.

Alfonso puso el pie sobre las vigas y volvió a sentir esa descarga de adrenalina y miedo que se anidó en su estómago como un gran vacío. Con mucho cuidado deslizó el pie derecho sobre los tirantes de metal y luego el pie izquierdo. Trató de recordar los consejos de su hermano para cruzar sin problemas. Su respiración se entrecortó y, sin darse cuenta, llegó hasta la

mitad del trayecto. Adelantó de más uno de sus pies y las vigas vibraron estrepitosamente. Subió la mirada en busca de su hermano.

—¡Max! —alcanzó a decir antes de caer al agua.

Maximiliano volteó y ya no vio a su hermano en el puente; había desaparecido. El lago se lo tragó en un instante.

La tía Carmen permaneció inmóvil. No se inmutó.

—¿Poncho? —dijo Maximiliano mientras dejaba caer la pelota de tenis sobre el pasto.

Su tía apretó las manos y sujetó con firmeza el bastón. De reojo observó a Maximiliano, quien corrió a ayudar a su hermano. Al pasar junto a ella lo paró en seco sujetándolo por la playera. La vieja tenía más fuerza de lo que aparentaba.

—No lo hagas —dijo ella en un susurro enfermizo—. Él solo se metió en esto, él solo sale del problema.

A Tequila le incomodó que la tía agarrara al muchacho y ladró impaciente. Entendía que algo no andaba bien.

—¡Pero no sabe nadar! —exclamó Maximiliano e intentó librarse del yugo de la mujer.

Una pequeña mano se asomó por encima del agua para hundirse de nuevo.

—¡Por favor! —imploró Maximiliano al darse cuenta de que su tía tenía la mirada perdida.

Alfonso alcanzó a vislumbrar las imágenes borrosas y acuosas de la superficie del lago y las vigas, pero le parecía imposible alcanzarlas. Su cuerpo se revolvió salvajemente, librando una batalla inútil contra el agua, que no lo sostenía. Su desesperación llegó al punto más alto cuando gastó toda su energía y oxígeno en vano. Se quedó inmóvil, flotando, alrededor de un líquido verdoso que lo envolvía como un manto de muerte que poco a poco lo arrastraba hacia el fondo.

Los segundos se alargaron y se hicieron minutos, le pareció que llevaba una eternidad bajo el agua. Toda la lucha que ejerció se convirtió en armonía y tranquilidad. El chico se hundía lentamente y lo aceptaba. No se iba a resistir, ya no iba a batallar más. El silencio a su alrededor lo llenó de una extraña paz y parpadeó para aparecer en otro lugar.

—¡Brinca! —escuchó a su madre decir.

—Tengo miedo —dijo Alfonso.

—Aquí estoy —continuó su madre—, no voy a permitir que nada te suceda. Yo te agarro.

Alfonso seguía descendiendo hacia la oscuridad.

—Vamos —dijo su madre con esa enorme sonrisa que lo hacía sentir seguro y amado.

El chico saltó desde el borde de la alberca hacia los brazos de su madre. Ella, después de un pequeño y divertido chapuzón, lo tomó en brazos.

—¿Ya ves? Te lo dije. ¿Qué te pasó?

Alfonso escupió un poco de agua y después sonrió.

—Quiero hacerlo de nuevo —y salió de la alberca para tirarse de nuevo donde lo esperaba su madre.

Alfonso acomodó los pies en el borde de la piscina.

—Recuerda —dijo su madre—, ¿cuál es la clave para nadar?

El niño enderezó la espalda y giró levemente la cabeza a un costado, recordando:

—Estar tranquilo y mover las manos y los pies al mismo tiempo.

Ella rio y Alfonso parpadeó de nuevo, tragando agua verdosa del fondo del lago. Lentamente empujó los pies adelante y atrás. Después movió los brazos de adentro hacia afuera. En cuestión de segundos se estabilizó y comenzó a ascender. El brillo de la superficie se acercó y logró sacar la cabeza para tomar una gran bocanada de aire antes de volver a hundirse.

Maximiliano vio a su hermano salir a flote por un segundo para luego desaparecer en las fauces del lago una vez más. Jaló con todas sus fuerzas para librarse del yugo opresor de su tía. Lo logró. Corrió hacia su hermano y sintió un golpe en el tobillo que lo hizo tropezar y caer. El chico gritó adolorido. El pie le quemó y empezó a dolerle como si se lo hubieran partido en dos. Echó un vistazo atrás y observó a su tía Carmen sujetar el bastón. ¿Acaso le había pegado con él? No estaba seguro. Intentó incorporarse y se derrumbó al instante. Tampoco pudo apoyar el pie derecho. Empezó a arrastrarse hacia el lago con Tequila ladrando de manera frenética junto a él.

Alfonso gritó bajo el agua y sus piernas se acalambraron. Creyó que ése

era el final. Nadie vendría por él y ya no le quedaba fuerza suficiente para escapar de la laguna.

—Aquí estoy —dijo su madre.

Y sintió que lo tomó por la cintura y le ayudó a llegar hasta la superficie. Su mano logró asirse de una de las vigas y al salir inhaló la bocanada de aire más grande que jamás hubiese tomado en su vida. En cuanto recobró el sentido de ubicación miró el abismo: su madre sonreía mientras descendía hasta lo más profundo del agua verdosa. Volteó hacia los jardines y vio a su hermano reptar y a su tía Carmen correr tan rápido como el bastón se lo permitía.

No estaba seguro de cuánto tiempo pasó debajo del agua. La cabeza le daba vueltas y sintió los pulmones llenos de agua. Alfonso se sujetó con ambas manos de los tirantes de metal y los utilizó de guías para alcanzar la orilla del lago, donde ya lo esperaba su tía Carmen. Cuando salió del agua, Maximiliano lo alcanzó y lo abrazó con fuerza. Le preguntó unas doscientas veces si se encontraba bien. Alfonso no contestó, aún se sentía aturdido y desorientado.

—Por supuesto que está bien —dijo ella—. Él es un sobreviviente. ¿Y tú? El hermano mayor que ni siquiera puede correr a ayudarlo. Prefieres jugar con la estúpida perra que socorrerlo en un momento de angustia.

—Pero yo... —inició Maximiliano.

—¡Cállate! —gritó tan fuerte que se escuchó por toda la hacienda—. ¡Suficiente con los pretextos! —dijo agarrando a Alfonso del brazo para separarlos—. La familia es lo primero y si no puedes estar para ella no vales nada como persona. Quédate aquí y pídele a nuestro Señor que te perdone por lo que dejaste de hacer hoy; seguramente el bondadoso de tu hermano también te perdonará a ti. Nos has decepcionado y espero que ese tobillo no se haya roto por estar con tus tonterías.

Las palabras de su tía entraron en su corazón como dagas ardientes que lo dejaron moribundo y confundido. No entendía qué era lo que había hecho mal y sintió pena de sí mismo. Empezó a llorar inconsolable porque supo en ese momento que ambos estaban a su merced, que ella estaba completamente loca y que sería capaz de cualquier cosa. Entre lágrimas y sollozos observó cómo alejaba a su hermano de él y los dos desaparecían por la puerta de entrada hacia la casa.

Tequila se acercó y le lamió el rostro, tratando de consolarlo. Maximiliano hundió su cara entre los brazos. El corazón le dolía más que el ardor del tobillo. Lo tomaron repentinamente por la cintura y lo levantaron del suelo.

—No pasa nada, Max. Todo va a estar bien —dijo Eusebio mientras lo cargaba hasta su dormitorio.

Fue una tarde callada y sin mucha actividad. La mudanza llegó con el resto de sus cosas y Eusebio colocó unas cajas en el cuarto de los muchachos y apiló los muebles en otra de las habitaciones. Después revisó con calma el tobillo de Maximiliano. Tenía esguince de primer grado, nada que un poco de descanso y una buena pomada antiinflamatoria no curaran en un par de semanas. Cuando acabó, encerró a los chicos en el dormitorio y se retiró para terminar con sus actividades en la hacienda. La señora Carmen llevaba más de tres horas encerrada en su alcoba y no saldría durante el resto de la noche.

La primera caja que abrieron fue la que contenía los muñecos de *La Guerra de las Galaxias*. Eran su más preciada colección, en especial para Alfonso. Tenían más de cuarenta figuras, todas con sus accesorios, y siempre jugaban con ellas para recrear las aventuras de las películas, con escenas corregidas y aumentadas. Estuvieron entretenidos un rato y, cuando estaban a punto de aventar a Luke Skywalker dentro de la Boca de la Muerte, apareció una chica junto a la ventana, por fuera de la habitación. Los muchachos se miraron asombrados.

—¡Hola! —saludó sonriente.

Ninguno contestó.

¿Quién era ella y por qué estaba en la hacienda? ¿Qué haría su tía con ellos si llegara a descubrirla? ¿Cómo supo cuál era su recámara? Esas y muchas preguntas más les pasearon por la cabeza. Maximiliano la observó y su cara se le hizo conocida: el cabello largo, negro, y esos lentes de pasta para leer. La chica se sentó en el descanso de la ventana, que parecía haber sido construido para recibir visitas por fuera, ya que los separaba una reja gruesa de hierro.

—Eres la chica de la escuela —dijo Maximiliano apenas audible.

Mariana sonrió mientras Alfonso la miraba intrigado.

—Sí —continuó Maximiliano—, la que se pasa todo el recreo leyendo.

—¿Quién lee en el recreo? —preguntó Alfonso—. ¿Estabas castigada y por eso tenías que leer tanto?

La chica soltó una carcajada y luego contestó:

—Claro que no. Leo porque me gusta.

Los hermanos se observaron con una mirada reprobatoria.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Alfonso.

—Mariana —y luego agregó con orgullo y alegría—: Tú eres Poncho y él es tu hermano mayor, Max.

Se asombraron de que supiera sus nombres.

—Debo agregar que son bastante populares en la escuela, ¿eh? Esa paliza que les dieron a Cristian y a sus amigos..., bastante impresionante, debo decir.

Alfonso sacó el pecho como si lo estuvieran felicitando. Maximiliano se encogió de hombros. Mariana notó el vendaje en su tobillo.

—¿Estás bien? —dijo mientras señalaba.

Los hermanos se miraron sin estar seguros de qué debían contestar.

—Sí —dijo después de un momento—. Me torcí el pie jugando en el jardín.

Mariana lo dejó pasar, no le dio mucha importancia. Luego cruzó los brazos y las piernas y se puso más seria:

—He notado que no hablan con nadie en la escuela y que no tienen amigos. Siempre juegan solos. Claro, se tienen el uno al otro, como yo tengo a mis libros. Por eso he querido conocerlos, porque pienso que tenemos más cosas en común de las que se imaginan.

—Pero tú eres una niña —dijo Alfonso.

—¿Y eso qué tiene que ver? —repuso Mariana.

—No tienes pipí.

Mariana se sonrojó y se quedó callada. No supo qué decirle al pequeño. Su hermano le dio un golpe en la espalda por imprudente.

—Pues es verdad que no tengo pipí —dijo riendo—. Y tampoco tengo muchos amigos, pero tengo justamente espacio para dos más. ¿Qué les parece? ¿Les late?

Ambos se encogieron de hombros.

—Voy a tomar eso como un sí —dijo Mariana sonriendo—. ¿A qué jugaban

antes de que llegara?

El interés era genuino.

—Jugábamos a *La Guerra de las Galaxias*.

—Ah, muy bien —dijo algo perdida—. ¿Y qué hay en todas esas cajas?

—Llegaron hoy —dijo Alfonso—. Son de la casa donde vivíamos con nuestros papás.

La chica sintió pena por ellos, y por un momento recordó lo que sintió cuando su madre desapareció de su vida. Sacudió esa sensación y trató de ocultarla. Ninguno de los muchachos alcanzó a percibir la tristeza en su mirada y entonces tomó la decisión de ayudarles a salir adelante e impedir que tuvieran que crecer tan rápido, como le sucedió a ella. Miró a todos lados, observando cada una de las diferentes cajas de color café, hasta que sus ojos oscuros se posaron sobre una en particular.

—Abran ésa —dijo señalando la que tenía escrito con marcador negro “Estéreo y LP”.

Los niños movieron la caja y la abrieron sin ningún cuidado. De su interior brotó una gran colección de discos de vinilo y dejó entrever un tocadiscos blanco, marca Sony, con un pequeño compartimiento para casetes de cinta magnética. También había un par de bocinas de cuarenta centímetros de altura. Ésa era la colección que sus padres habían logrado atesorar durante trece años.

Los muchachos armaron la consola siguiendo las instrucciones de Mariana, las cuales eran claras, precisas y sencillas. Después colocaron el tocadiscos en una de las esquinas y pusieron los cables.

—Muy bien, Max —dijo ella emocionada—, es importante que revise la aguja para asegurarnos de que no tenga pelusa en exceso. ¿Sabes de qué hablo?

El chico asintió. Durante años había visto a su padre realizar ese procedimiento. Se puso de rodillas y observó. Notó la bola de pelillo en la punta metálica y la retiró con mucha cautela. Se sintió orgulloso de su pequeño logro al terminar.

—Pásenme los discos. Veamos qué joyas tiene su colección.

Alfonso recogió gran parte de los vinilos esparcidos por el suelo y se los

entregó a Mariana. La recopilación era tan variada y ecléctica que incluía artistas como The Beatles, Miguel Bosé, Amanda Miguel, José José, Rocío Durcal, Cri-Cri, Chiquitete, Dulce, Dyango, Cepillín y algunas bandas sonoras como las de *Romeo y Julieta*, de Franco Zeffirelli y *Calles de Fuego*, de Walter Hill.

—Tiene que escoger uno de ustedes, hay mucha variedad y no sé por dónde empezar... Poncho, di un número del uno al diez.

—Siete —contestó sin titubear.

Mariana agarró los primeros diez discos al azar y contó hasta siete. De la selección sacó un paquete de cartón que contenía una carátula negra con grandes letras rojas y la fotografía de un joven. Tomó el vinilo y removió el papel celofán que lo cubría. Tomándolo de las orillas se lo entregó a Alfonso.

—No lo vayas a agarrar del centro, dáselo así a tu hermano.

El pequeño caminó hasta Maximiliano como si cargara una pieza delicada y costosa que estaba a punto de romperse. Sintió alivio cuando se lo quitaron de las manos.

—¿Sabes cómo ponerlo? —dijo Mariana por fuera de la ventana.

Maximiliano asintió y colocó el disco sobre el plato. Después apretó el botón de encendido de la fuente de poder y accionó una pequeña palanca que hizo girar el centro. Como si fuera un experto cirujano, situó la aguja en el lugar indicado, y se escuchó un chasquido y un poco de estática. En cuanto inició la canción, el chico fue transportado a un recuerdo que hacía años no visitaba. “Yo soy aquél”, del cantante español Raphael, cobró vida a través de los altavoces en la recámara.

Recordó a su padre en el patio de la antigua casa, en Guadalajara, sentado en una silla de aluminio grisáceo y apoyado sobre una mesa de cristal transparente. Maximiliano siempre había tenido la curiosidad de saber qué era lo que su padre hacía todos los sábados por la mañana pero, hasta ese día, nunca se le había ocurrido investigarlo. Llegó de manera sigilosa hasta el borde del vidrio y se puso de puntitas para alcanzar a ver. La misma canción se escuchaba de fondo en aquel momento.

Su padre lo observó y jugó a hacerse el desentendido. Quería saber qué

tramaba su primogénito. El pequeño analizó meticulosamente todos los artículos sobre la superficie translúcida que acapararon su atención: una libreta de papel amarillo, un par de bolígrafos de tinta azul, una taza blanca con café negro, aún humeando, y un plato con galletas de vainilla y chispas de chocolate.

—¿Qué haces, papá?

—Escribo una novela —dijo tomándolo en brazos para sentarlo en sus piernas.

Maximiliano miró la libreta y descubrió muchas palabras escritas en secuencia con una caligrafía hermosa, muy estilizada. El pequeño frunció el ceño frustrado, para él eran todos simples garabatos sin sentido. Estiró su brazo para tomar una de las galletas.

—¿Qué es una novela? —le preguntó mientras mordía la galleta.

—Una novela es como un cuento, una historia donde suceden muchas cosas extraordinarias y grandes aventuras.

Maximiliano abrió los ojos asombrado.

—¿De qué trata?

—En esta ocasión narro las aventuras de un detective que resuelve grandes misterios y pelea contra villanos desalmados. Podría gustarte mucho, tiene mucha acción.

El chico sonrió emocionado.

—El protagonista —continuó su padre—, investiga casos únicos y particulares. Siempre se anda metiendo en las peores situaciones, de esas que parecen no tener solución. Pero al final, gracias a su astucia e inteligencia, logra vencer a los malos.

—¡Wow! —exclamó el pequeño—. Eso está padrísimo.

—¿Y sabes cómo se llama el detective?

—No.

—Maximiliano.

—¿Se llama como yo?

—No, Max, eres tú —y sonrieron juntos.

El muchacho regresó al dormitorio de la vieja hacienda y sintió nostalgia al

abandonar a su padre. No pudo contenerse: bajó la mirada y empezó a llorar. No se percató hasta ese momento de lo mucho que lo extrañaba, en especial la forma en que lo cargaba cuando estaba cansado y la manera tan peculiar de abrazarlo cuando le quería demostrar afecto. Había pasado tanto tiempo desde aquel día que no se dio cuenta de que era uno de los mejores recuerdos que tenía de él. Un momento simple que nadie más conocía; tan sólo un instante que compartieron por el simple hecho de estar vivos y les perteneció a los dos.

Alfonso llegó por detrás y lo abrazó.

—Me gusta mucho esa canción —dijo Maximiliano con la voz entrecortada—. Me recuerda a mi papá.

Su hermano lo apretó con fuerza.

—Es la magia de la música, Max —dijo Mariana—. Nos puede transportar a mejores lugares de aquellos en donde nos encontramos. Igual sucede con los libros. Son un escape que nos permite conocer mundos inimaginables, hermosos y llenos de fieles amigos que entienden nuestra vida y nuestro dolor.

Maximiliano sonrió y en ese momento los tres se dieron cuenta de que serían amigos por el resto de su vida. Compartirían historias, decepciones, anhelos y secretos.

VERANO
1989

La Nahuala

Con el paso de los días, el calor se intensificó y las noches se hicieron cada vez más cortas. El pasto de la montaña se encontraba en pleno apogeo veraniego y el ambiente se percibía seco y caliente; la superficie, de lejos, se veía distorsionada por el sol. El coche del policía de Tapalpa, que iba por un camino de terracería removiendo polvo, viajaba acompañado por una sinfonía majestuosa de cigarras que enmarcaban el trayecto como una marcha fúnebre y monótona.

Esteban Rey estacionó la patrulla afuera de la casa indicada y los frenos rechinaron al detener el vehículo. El oficial no estaba seguro de querer bajarse. Le habían comentado que la mujer provenía de El Real, y que quizá podría darle algunas respuestas. Quería revelar los misterios sobre la muerte de su hermano y aun así dudaba. Un extraño presentimiento se revolvió en su estómago como un pez desesperado que intenta nadar en aguas poco profundas. “Behind Blue Eyes”, de The Who, sonaba en el estéreo; optó por terminar de escuchar la canción y después descendió del coche.

La casa tenía ladrillos de color anaranjado, estaba a medio construir y literalmente se encontraba en medio de la nada. “En peores lugares has estado”, pensó y caminó hacia la entrada. Una gallina sin cabeza revoloteó por detrás de la pequeña barda y lo asustó. Tuvo que mirar dos veces para cerciorarse de que el animal caminaba de manera natural sin tener un cerebro que lo guiara. Se acomodó el sombrero blanco y soltó el revólver que había sujetado por instinto. Del bolsillo de su pantalón sacó una moneda para tocar

con ella la puerta de metal que impedía el acceso a la propiedad.

Nadie contestó.

Llamó con fuerza de nuevo.

—Adelante —alcanzó a escuchar desde las entrañas de la casa que parecía estar abandonada.

Esteban entró cautelosamente por la puerta. Un perro perezoso, pequeño y de color negro lo ignoró cuando pasó a su lado. Lo primero que percibió fue un extraño olor que se esparcía por todo el ambiente como una infección. Pero le resultó agradable, cálido, y pareció darle la bienvenida a la casa. Se adentró un poco más y tuvo que parar, la vivienda estaba mal iluminada y sus ojos tardaron unos instantes en acostumbrarse a la repentina oscuridad.

—Vamos, oficial —dijo la voz—. Acérquese.

Ubicó una mesa pequeña, de madera, en un extremo de la habitación. Una claraboya en el centro del techo permitía la entrada de un halo de luz aleonado y sólo un tercio del rostro de la anciana era visible. Caminó con cautela para llegar hasta ella. La piel se le erizó y sintió que la temperatura descendía. La mujer extendió la mano para que tomara asiento. Él obedeció y se sentó en una silla de madera que crujió bajo su peso.

—Tardó mucho en venir —dijo la Nahuala.

—El camino es algo sinuoso y las direcciones no eran claras —dijo al tiempo que recordaba que él no había anunciado su visita con anterioridad.

—No me refiero a que tardó en encontrar mi casa, me refiero a que debió haber venido antes, justo después de lo ocurrido con su hermano.

Esteban supuso que la anciana se había enterado del accidente en las noticias.

—Dígame, oficial, ¿en qué puedo ayudarle?

El agente sacó su libreta y la puso sobre la mesa.

—Tengo entendido que es originaria de El Real.

—Así es, mi familia vivió allí durante varias generaciones hasta que yo decidí romper con el círculo vicioso que nos ataba.

—¿Círculo vicioso?

—Vino a conocer más sobre El Real, oficial, no sobre la historia de mi familia y sus errores.

Esteban se quitó el sombrero y, resignado, tomó aire. Hizo un par de anotaciones en la libreta y decidió jugar bajo las reglas, o locuras, de la Nahuala. Cualquiera de las dos.

—¿Me permite ver sus manos, oficial?

Las colocó sobre la mesa. La vieja se acercó y las observó durante unos minutos. El agente pudo ver mejor su cara. Era una mujer mayor, con el rostro completamente arrugado.

—Fue una terrible tragedia la que ocurrió con su hermano David. Mucho dolor, mucho sufrimiento. Fue lamentable. Triste que se haya ido de este mundo por un miserable error. Al final se distrajo y aún no era su momento. Creo que por eso se llaman accidentes.

“Hasta ahorita, nada nuevo”, pensó Esteban.

—Su hermano era valiente. No tanto como usted, pero lo era. Pienso que él tenía una ventaja y es que no era tan orgulloso y sabía cuándo era prudente pedir ayuda. Usted es más como un perro de caza, salvaje e instintivo. Sé que no dejará esto de lado, pero escuche bien lo que le voy a decir, grábese mis palabras en la cabeza: olvídense de El Real. Olvídense de todo lo que cree saber y, particularmente, olvide las cosas que le intrigan sobre la muerte de su hermano. Recuerde, terquedad no es lo mismo que tenacidad. No se confunda. Si se va a vivir a El Real será su perdición. No sólo para usted, sino para toda su familia.

Esteban apartó las manos.

—Marta e Isabella sufrirán con usted.

El oficial echó el cuerpo hacia atrás.

—¿Cómo sabe sus nombres?

—Ellas son lo más importante en su vida. Hágales un favor, déjelas crecer y morir en Tapalpa. No se vaya a El Real.

Un torrente de pensamientos sacudió la cabeza de Esteban, pero su instinto policiaco lo obligó a continuar.

—Mi hermano. ¿Sabe por qué murió? ¿Qué lo mordió?

—Murió porque se distrajo. ¿No me está poniendo atención, oficial? Él murió haciendo lo correcto, pidiendo ayuda para sobrellevar lo que le sucedió.

—¿Y qué le sucedió?

La Nahuala hizo una pausa, no sabía si debía continuar o no.

—¿Qué sabe de los últimos días de su hermano?

—No mucho. Sé que algo grave pasó. Sé que un extraño animal le mordió la mano y que tenía en su camioneta partes del cuerpo mutilado de una mujer. Pienso que lo que mató a esa muchacha es lo mismo que atacó a David.

—Está en lo correcto, oficial.

Esteban apoyó los brazos sobre la mesa, mostrando una actitud menos defensiva.

—¿Sabe quién era la chica? —preguntó ella.

—No, lo estamos investigando.

—Era su prometida.

El oficial apartó la mirada. Un sutil mareo le inundó el cuerpo y las pulsaciones de su corazón se hicieron presentes en sus sienes como un tambor que pronostica una guerra inminente. Un escalofrío le recorrió desde la punta de la cabeza hasta los dedos de los pies y le dio la impresión de que la habitación se congelaba. Sus manos se empaparon de un sudor frío.

Ambos guardaron silencio unos minutos hasta que la Nahuala se acercó:

—Si decide ir a El Real en busca de respuestas, hágalo solo. No lleve a su familia. Deje algo en Tapalpa por lo que necesite volver, algo que lo obligue a regresar. Espero de corazón que su búsqueda por la verdad no lo ciegue. Existen cosas en la vida que jamás entenderá y algunas que valen la pena dejarlas como están. Llore a su hermano, hónrelo y permítale descansar en paz. Deje a El Real como su pasado, no lo convierta en su futuro. Le aseguro que sólo encontrará tragedia, enemigos, y será encarcelado por el demonio en la botella.

Esteban la miró fijamente, tratando de intimidarla y hacerla sentir que no le asustaban sus palabras.

—Espere aquí —dijo la Nahuala y salió lentamente de la habitación.

Regresó momentos después con una pequeña caja de madera pulida, que contenía un cerrojo al centro.

—Esto es un obsequio para usted —anunció entregándole la caja—. No tengo la llave. Pero llegará un momento en su vida en donde la encontrará de

nuevo y la abrirá a la fuerza. En su interior encontrará algo que le ayudará a inclinar la balanza a su favor en su búsqueda de la verdad. Recuerde, hay cosas que existen desde hace siglos en el mundo e involucrarse con ellas no cambiará nada. Sólo lo destruirán a usted y a su familia —hizo una pausa—. Su mirada me dice que no piensa hacer caso a lo que he dicho.

Esteban observó la caja de madera. Tenía una especie de grabado que no pudo distinguir entre los claroscuros de la habitación. Pasó la punta de los dedos sobre el relieve y, sin mirar a la Nahuala, le dijo:

—Para que mi hermano descanse en paz necesitó saber qué le ocurrió.

—No se confunda, oficial. Usted es quien necesita saber qué ocurrió para estar en paz. Él lo supo antes de morir y fue a pedir su ayuda para resolverlo juntos. Ése era su destino. El suyo y el de su familia lo tiene en sus decisiones, no en sus caprichos. Escuche a su corazón, él sabe que lo que digo tiene sentido, que tengo la razón.

Sujetó la caja de madera con fuerza y se percató de que el escalofrío había sido reemplazado por rabia e impotencia. Decidió levantarse y dar las gracias a la Nahuala mientras buscaba su cartera.

—No —lo detuvo—. No me debe nada, oficial. Prométame que meditará con calma en mis palabras y pensará sobre lo que debe hacer.

—Lo prometo —y salió de la casa.

Esteban miró la caja de madera bajo la luz del sol y todas sus particularidades saltaron a la vista. El cofrecillo tenía grabado un lobo, con las fauces abiertas y la piel erizada, como si estuviera en plena cacería. Caminó, abrió la cajuela y arrojó la caja en su interior. Después subió al coche y partió tan rápido como pudo. La Nahuala lo despidió desde la mesa, sabiendo que el oficial ignoraría por completo las advertencias.

El bosque

El calor le irritaba la nuca y los brazos. Eusebio estaba acostumbrado a trabajar bajo el sol, pero este año era insoportable. Tenía la camiseta pegada

al cuerpo, su sombrero empapado de sudor y sentía el ardor del suelo a través de sus botas mientras trabajaba en la azotea de la casa. Llevaba más de dos horas quitando hojas secas y musgos que se acumulaban en los desagüeros; también reparó grietas sobre la superficie para prevenir goteras en la próxima temporada de lluvias que tanta falta hacía ya.

Reflexionó durante un largo rato sobre los muchachos y su patrona mientras realizaba sus quehaceres. Los primeros meses con ellos fueron bastante singulares. Los niños no conversaban y tampoco su tía. Claramente se percibía lo incómoda que se sentía. De hecho, podía asegurar que ella estaba satisfecha con mantener la relación interpersonal al mínimo. Nunca fue buena para vincularse con nadie; no le gustaba, no lo disfrutaba y lo evadía a toda costa. Y bueno, con él se limitaba a dar órdenes que Eusebio ejecutaba sin objetar.

Sin embargo, él y Tequila se habían encariñado con los chicos. La perra no se les despegaba, salvo que estuvieran dentro de la casa, lugar donde tenía prohibido entrar, y los cuidaba en todo momento. Al ranchero no le gustaba encerrarlos en su dormitorio, pero no podía objetar esa decisión. Eran tan sólo unos niños que lo habían perdido todo, por Dios, ella tenía que darles cariño y comprensión; a su criterio, se los daba a cuentagotas. Esperaba de corazón que la dinámica entre los muchachos y su tía cambiara drásticamente de un día a otro.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el sonido de un motor y a lo lejos divisó una camioneta Pickup que se acercaba hacia la entrada de la hacienda; la yegua había llegado. Caminó hasta el borde de la cornisa, donde había colocado la escalera apoyable que bajaba hasta el patio de la casa, y notó como que se movía. Con mucho cuidado se asomó por el coronamiento y vio que los niños jugaban a subir un par de peldaños y saltar al suelo.

—¡Ey! —gritó desde la altura.

Los chicos miraron asustados, apenados al ser descubiertos. Eusebio les hizo una señal para que no subieran más y bajó rápidamente por la escalera. Los miró por un momento, con la intención de reprimirlos, pero no pudo resistirse a las sonrisas de complicidad que dibujaban sus caras.

—Nunca deben subir pa'arriba —dijo en tono paternal.

Ambos asintieron.

—¿Lo prometen?

—Sí —contestaron al unísono e hicieron una gran reverencia.

El ranchero rio, agarró la escalera y la llevó hasta una de las habitaciones donde guardaban los tiliches de la casa. Quería asegurarse de que los muchachos cumplieran su promesa, así que les quitó la tentación de subir a la azotea. De cualquier manera los niños no podrían con la escalera, era pesada y alta.

—Vamos, acaba de llegar la yegua que le van a entregar a su tía.

—¿Qué tiene de emocionante un nuevo caballo? —dijo Maximiliano al tiempo que pateaba una piedra en el suelo—. Ya tenemos demasiados, ¿no? ¿O éste tiene tres patas o por qué es tan especial?

Eusebio se dio cuenta del estado de ánimo del niño. Lo percibió aburrido, pasaba demasiado tiempo en la casa, y pensó que, quizás, estar encerrado en el dormitorio tantas horas seguidas le estaba pasando factura, a los dos chicos, de hecho. Trató de entenderlo y decidió ser paciente con él.

—¿Quieren jugar en el bosque un rato? —dijo mientras se agachaba para quedar al mismo nivel de ellos.

Los niños se voltearon a ver emocionados.

—Pero regresan antes de que se haga de noche.

Entonces salieron corriendo de la casa y Tequila se unió a ellos en cuanto pasaron por la puerta que daba a los jardines. A los pocos metros se cruzaron con la tía Carmen, que acicalaba la crin de su caballo color beige. Intentaron ser prudentes al pasar, ya estaban al tanto de que su tía únicamente peinaba caballos cuando estaba teniendo un pésimo día.

—¿A dónde van? —preguntó en un tono monótono.

—A jugar un rato —respondió Alfonso.

—Ah, muy bien —añadió indiferente—. Ustedes se van a jugar mientras yo me quedo sola.

Se miraron desconcertados y sintieron un pequeño escalofrío por todo el cuerpo. Quizás el día iba muchísimo peor de lo que habían creído en un principio. Tequila se sentó entre ellos y la señora.

—Deberían estar pendientes de mis sentimientos, parece que no les importo un comino. Se pasean por ahí sueltos como animales, por toda la casa,

y sin embargo me siento más sola que nunca. No sé qué más puedo hacer para que me amen. Los alimento, les doy techo para vivir, los dejo jugar, les enseño la palabra de nuestro Señor. ¿Acaso les he fallado?

Los niños bajaron la mirada apenados.

—Lo sabía. No les importo. Lo único que quieren es retozar con los muñecos de esa estúpida película y escuchar música por las noches en su habitación. Debería darles vergüenza. Desperdiciar tanto tiempo en banalidades cuando podrían estar adorando al Señor —y dejó de cepillar al caballo—. Pero está bien —continuó—, yo puedo soportarlo. Vayan a jugar pero no salgan de la hacienda. Regresen en una hora, que tenemos que avivar la palabra de nuestro Señor.

Los niños se alejaron lentamente, caminando de espaldas y sin perder de vista a su tía. Tan pronto retomó su ritual dieron media vuelta, corrieron hacia las caballerizas, atravesaron gran parte de los campos de siembra y llegaron hasta el alambre de púas que separaba el límite de la propiedad con el bosque. Maximiliano apoyó su pie derecho sobre la cuerda metálica y con la mano izquierda estiró la segunda línea. Alfonso cruzó primero y Tequila quiso hacer lo mismo.

—No, Tequila —dijo Maximiliano y la cogió del collar—. Tú te quedas aquí. Vas a cuidar que nadie nos siga —y la acarició detrás de la oreja.

La perra lo miró confundida. No le gustaba la indicación y no estaba de acuerdo en quedarse rezagada.

—Cuida la entrada hasta que regresemos —agregó Maximiliano y pasó por entre el alambre de púas.

La perra gimió al sentarse y los observó hasta que se perdieron en las entrañas del bosque.

La tía Carmen acicalaba el caballo cuando llegó Eusebio con la yegua. Era un ejemplar hermoso, con gran porte y un andar elegante que daba la impresión de bailar en lugar de caminar. Su piel era oscura, con las cuartillas blancas y una mancha nívea sobre su cara. El color de la crin, del cuello y de la cola era castaño claro, casi dorado. Tenía un impresionante parecido con el caballo que monta Napoleón en el retrato ecuestre “Cruzando los Alpes”, que pintó Jacques-Louis David en el siglo XIX, en su versión Charlottenburgo.

La tía Carmen no quería al animal, pero le debían dinero por un negocio fallido y la yegua valía el doble de la cantidad adeudada. Seguramente la vendería en un par de semanas.

En cuanto Eusebio se acercó con la yegua, el macho que acicalaba la tía Carmen empezó a comportarse de manera extraña, como ansioso. Jadeó un par de veces y alzó levemente sus patas delanteras.

—¿Y a ti qué te sucede? —dijo la tía Carmen.

Le dio la impresión de que el caballo se movió, pero permaneció en el mismo lugar. Una extraña sensación se originó en su estómago y se transformó velozmente en angustia. Las sienas le punzaron y se sintió incómoda, mareada y sus piernas empezaron a temblar. Le extrañó que su animal se quejara y estuviera agitado. No tenía idea de qué le estaba pasando.

El caballo se sacudió violentamente y arrojó a la señora al suelo. Carmen se golpeó la cabeza contra una piedra y perdió el sentido un par de segundos. Eusebio soltó a la yegua y corrió a asistirle. El macho relinchó y bufó antes de colocarse por detrás de la hembra y montarse en ella.

La tía Carmen despertó y se tocó la cabeza, observó asombrada la mancha de sangre entre sus dedos. Después miró encolerizada a los animales.

—¿Qué hacen? ¡Quítate de encima de ella! —dijo luego de levantarse y empujar a Eusebio a un costado.

—Patrona, la yegua está en celo. Igual y...

—¡Nada! —dijo mirándolo con los ojos encendidos de furia—. ¡Sepáralos! No podemos dejar que lo hagan. No conoces las consecuencias que trae consigo el acto. Siempre pasa algo nefasto cuando hay placer.

Eusebio se quedó perplejo, atónito, y la contempló desconcertado. No entendió ni una sola palabra de lo que explicaba su patrona.

—¡Te ordeno que los separen!

—Es que no se puede, patrona. No puedo. No debemos...

—¿Cómo que no puedes?

El rancharo bajó la mirada.

—Trae mi escopeta —sentenció.

Eusebio abrió los ojos confundido.

—La escopeta de la casa. ¡Ahora!

El ranchero corrió hasta el cuarto donde guardaba el arma de fuego y regresó tan rápido como le fue posible para entregársela. Carmen revisó que estuviera cargada, la alzó y disparó. La detonación del cartucho se escuchó por toda la hacienda y la yegua cayó muerta al suelo. Algunos de los balines disparados también alcanzaron al macho y trastabilló malherido.

—¿Es esto lo que querías? —dijo girándose hacia Eusebio.

—Patrona, yo no..., yo no quería..., no entiendo...

—¿Y cómo esperas comprender si eres un bruto sin ningún estudio y además nunca te has casado? ¿Qué sabes tú de las consecuencias del goce carnal?

Eusebio guardó silencio.

El macho se derrumbó y empezó a respirar entrecortado; estaba agonizando.

—Remátalo, Eusebio. Por favor. Acaba con él antes de que regresen los nenes —dijo en un tono casi maternal.

El ranchero apretó los dientes, sacó su revólver y se aproximó al animal. Su cuerpo temblaba en pequeñas sacudidas de coraje pero obedeció la orden de su patrona sin rebatir. Buscó los ojos del caballo para pedirle perdón y disparó dos veces.

—Sácalos de mi propiedad, no quiero que los entierres aquí. Llévatelos lejos. Vende la carne, la piel, haz lo que quieras con ellos. Lo que hicieron..., lo que estaban haciendo en mi hacienda... Se lo merecían —dijo presionándose la sien del lado derecho que la atormentaba como nunca.

—Sí, patrona —contestó Eusebio sin mirarla.

Pasaron más de dos horas antes de que Eusebio regresara. Estaba alterado, enfadado y cubierto de sangre. No entendía por qué la señora se comportaba de esa manera y le preocupaba que este tipo de episodios se presentaran cada vez con mayor frecuencia. Caminaba a un costado de los campos de cultivo cuando advirtió que Tequila estaba sentada junto al alambre de púas, mirando hacia el bosque. Silbó y la perra lo miró haciendo caso omiso al llamado. No le dio mucha importancia y siguió su camino. Pronto anochecería y estaba obligado a terminar las tareas de la casa.

Encontró a la señora Carmen sentada y con la mirada perdida en los jardines.

—¿Dónde están los nenes, Eusebio? No están en la casa y se ha hecho tarde para rezarle a nuestro Señor. Entiendes que tendré que castigarlos, ¿verdad?

—¿No han regresado?

—¿Regresar de dónde?

—Del bosque. Se fueron a jugar.

—Yo específicamente les pedí que no salieran de la propiedad —dijo mirándolo directamente a los ojos—. ¡Habrán consecuencias!

—Voy a buscarlos, patrona.

—No, no vas.

El rancho la observó sin bajar la mirada.

—Ellos se metieron en este lío —continuó ella—, ellos deben regresar y afrontar las consecuencias.

Eusebio se quedó callado, pensativo, y después dio media vuelta dándole la espalda.

—¿A dónde crees que vas? —exigió.

—Por ellos, patrona.

La señora Carmen se levantó de la silla y golpeó el bastón contra el suelo.

—¡Te prohíbo que vayas!

—Usted es mi patrona, no mi madre —le refutó y empezó a correr rumbo a las caballerizas.

Tuvo el extraño presentimiento de que debía llegar con los chicos lo más pronto posible. Ensilló un caballo prontamente y se montó en él. Aceleró en dirección a Tequila y brincó por encima del alambrado de púas. Después se paró, giró y bajó del caballo. Con su bota izquierda pisó el primer cable y con su mano derecha alzó el segundo.

—Vamos, Tequila. ¡Encuentra a los niños!

La perra salió disparada como bala de cañón y se internó en el bosque. El rancho subió al caballo y apretó el paso para no perder de vista al animal. Su única preocupación era poder encontrar con bien a los chicos, ya después lidiaría con su patrona.

Los niños habían caminado un largo trayecto sin rumbo específico durante dos horas. Treparon a varios árboles, se maravillaron con las impresionantes y complejas telarañas que ahí había, jugaron a las escondidas y observaron insectos de diferentes formas, tamaños y colores. El bosque les ofrecía una gama interminable de actividades que les parecía como haber encontrado una mina de oro fuera del dormitorio.

Caminaban pateando piñas de pino cuando Alfonso se sujetó la entrepierna y bailó un poco. Maximiliano lo miró enojado.

—¿Ya tienes ganas de hacer pipí otra vez?

—Claro que no —y se apretó con fuerza dando dos pequeños brincos.

Su hermano entornó los ojos.

—Siempre que tienes ganas de hacer pipí te agarras así.

—No me vayas a dejar —y caminó hasta un pino.

Maximiliano se sentó a esperar y agarró una rama del suelo. Con el rabillo del ojo notó un sutil movimiento encima de unas hojas secas y se volteó para mirar un insecto de cabeza redonda, como de tres centímetros de largo, color negro rojizo. Tenía una gran mancha amarilla en el arranque de las alas y se paseaba por el follaje muerto sin hacer mucha presión, como si no pesara ni un gramo. El grillo de campo lo miró con esos ojos prominentes e ignoró la presencia del muchacho.

El chico contempló ensimismado al insecto mientras éste brincaba de un lugar a otro. Optó por jugar con él y acercó la rama lentamente para no exaltarlo. Un par de hojas secas se levantaron violentamente y por debajo salió una enorme y peluda araña negra con anillos blancos en sus patas. El arácnido atrapó al grillo, lo llevó a su escondite en milésimas de segundo y dejó las hojas de nuevo en su lugar, inamovibles, como si nada hubiera ocurrido. Maximiliano brincó asustado. Nunca imaginó tan funesto desenlace. Pensó por un instante en qué se sentiría ser insecto, atrapado y sin salida, y a la espera de sucumbir en cualquier momento. “Quizá muerto se deja de sufrir”, pensó. Alejó la reflexión de su cabeza y decidió que era hora de volver a casa.

Su hermano regresó y notó una pequeña mancha de humedad en sus jeans. “Ya aprenderá”, pensó. La alarma programada de su reloj Casio Wr, de esos que tienen calculadora y que tan populares se hicieron en los últimos años,

empezó a sonar y el chico lo miró asustado.

Alfonso sintió lombrices en la panza y sus pupilas se dilataron. Supo que era la hora de bajar a rezar y estaban muy muy lejos de la hacienda. Nunca llegarían a tiempo. Los chicos empezaron a correr a toda velocidad por entre los árboles de pino y avanzaron varios metros cuando Maximiliano gritó y se paró en seco llevándose ambas manos al ojo izquierdo. Su hermano no reaccionó tan rápido y se detuvo varios metros más adelante sin entender qué ocurría con Maximiliano.

—¿Qué te pasa?

Maximiliano gritó de nuevo.

Alfonso brincó y tensó el cuerpo asustado:

—¿Estás bien?

—Mi ojo. Algo se me metió al ojo.

—A ver, déjame revisar —y se acercó.

Maximiliano trató de calmarse pero el ardor del ojo era insoportable. El escozor recorría todo su cuerpo y ejercía presión dentro de sus oídos. Con los dedos agarró el párpado y lo abrió tanto como le fue posible.

—Me arde mucho —dijo llorando.

Alfonso titubeó, un escalofrío le recorrió el cuerpo y sintió las manos frías. Miró de nuevo con incredulidad: un pequeño insecto estaba en el ojo de su hermano.

—Max...

—¿Qué?

—Tienes un bicho en el ojo.

—¡Pues sácalo!

—¿Y si me pica?

Maximiliano gimió impaciente. Sentía como si una diminuta lija de agua se paseara por el exterior de su ojo de un lado a otro.

Alfonso intentó agarrar al insecto de color pardo. Su cuerpo tenía un aspecto abigarrado, con franjas oscuras y ambarinas, y las patas eran delgadas y largas, de color carmín. El bicho se movió al sentir el contacto con el dedo índice y se aferró con fuerza a la córnea del ojo.

—¿Qué haces? Me duele más.

—Ni te he tocado.

—Sácalo ya.

Alfonso suspiró preocupado, no quería hacer sufrir a su hermano. Acercó el pulgar y el índice con mucho cuidado y cogió a la pequeña chinche de bosque para sacarla. Las patas del insecto se anclaron a la córnea y una pequeña masa transparente y gelatinosa se estiró alrededor del ojo junto con él.

—¿Te duele? —dijo Alfonso mientras una marejada de sensaciones en forma de mareo le recorría el cuerpo y lo dejaba helado.

—No, ¿por qué?

—Por nada.

El chico intentó con mayor pujanza y la chinche no cedió. Se había plantado firme sobre la córnea y la había declarado suya. El pequeño sintió escalofríos al ver cómo la masa transparente y gelatinosa se separaba de la pupila cada vez que intentaba sacar al bicho y su cuerpo se convirtió en un manojo de nervios. Sin embargo, su mano se mantuvo firme. Lo jaló de nuevo y cerró los ojos para no impresionarse.

Maximiliano chilló y Alfonso soltó al insecto.

—No, así no. Me duele mucho cuando le haces así —se quejó Maximiliano.

Se estaban terminando las opciones y no había tenido éxito. Alfonso pensó un momento, suspiró y agarró al bicho. Apretó los dedos lo más que pudo y acto seguido se escuchó un crujido como de ramas secas. Las patas de la chinche soltaron la córnea. El pequeño le enseñó el cadáver del insecto a su hermano.

—El muy cabrón —dijo Maximiliano tallándose el ojo.

Alfonso se impactó con la palabra, como si alguien pudiera escucharlos y regañarlos por haberla dicho. Luego echó los hombros al frente y rio ligeramente al recordar que nadie más estaba junto a ellos.

—Vamos, tenemos que regresar —dijo Maximiliano—. Seguramente la tía ya está molesta con nosotros.

Y emprendieron la caminata en sentidos opuestos.

—Poncho, es por aquí.

—No, Max. Es por acá.

Su hermano se rascó la cabeza. Luego agregó:

—¿Estás seguro?

—No —y levantó la ceja—. ¿Tú?

—No.

Los chicos estaban rodeados por grandes árboles de pino y no tenían la menor idea de qué camino los llevaría hasta la hacienda.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Alfonso—. ¿Hacia dónde caminamos?

—No lo sé.

El pequeño metió la mano en el bolsillo de su pantalón y esbozó una gran sonrisa. Luego miró a su hermano con cara de complicidad.

—¿Lo echamos a la suerte?

Maximiliano no pudo evitar sonreír. Su ojo estaba mejorando pero aún le ardía y le costaba trabajo mantenerlo abierto.

—Sí.

Alfonso sacó la moneda de plata que le había intercambiado el Ratón Pérez por el diente que mudó, la colocó sobre sus dedos y la lanzó. Los niños miraron expectantes, mientras la moneda giraba en el aire, a la espera de conocer cuál sería su destino y rumbo a seguir. La moneda cayó sobre la tierra.

—Cara —dijo Alfonso.

—¿Qué camino escogimos para cara?

El pequeño miró desconcertado y dijo:

—¿Escogimos?

Su hermano sacudió la cabeza en desaprobación e hizo una mueca. Luego agregó:

—Si sale cara caminamos en dirección a donde se está ocultando el sol. Si cae cruz caminamos en dirección opuesta.

La moneda de plata zumbó de nuevo y cayó al suelo mostrando cara. Decididos y seguros de sí mismos empezaron a desplazarse sin saber que era el camino equivocado para llegar a casa. Mientras caminaban se fueron preparando mentalmente para asumir cualquier castigo que su tía les impusiera al llegar. “Espero que sea rezar un par de horas más y encerrarnos dos o tres

días en la habitación”, pensó Maximiliano.

Caminaron diez minutos sin lograr salir de la parte más densa y arbolada del bosque. El día moría paulatinamente con el paso de los minutos y la iluminación en el cielo comenzó a cambiar de tonalidad. Los rayos áureos dieron entrada a los colores escarlatas e índigos. Alfonso se sintió incómodo. Una idea en forma de mal augurio se albergó en su cabeza y podía asegurar que algo los observaba. Intentó alejar esa idea de su mente y se concentró en los ruidos de la naturaleza.

Un sonido extraño llamó la atención de Maximiliano: fuertes pisadas aplastando hojas secas se acercaban velozmente hacia ellos. Algo corría entre los árboles a toda velocidad. El chico detuvo a su hermano poniéndole la mano sobre el pecho. Su estómago se llenó de un miedo irreconocible y las manos se le pusieron heladas y temblorosas. Era como si cientos de bichos le estuvieran consumiendo las entrañas.

—¿Qué sucede? —dijo Alfonso.

—¡Shhhhhhh!

Lo que fuera que corría por el bosque se acercaba peligrosamente a cada segundo que transcurría. Entre las bases de los troncos de los pinos divisó una silueta de animal que se desplazaba a cuatro patas.

—¡Tequila! —dijo Alfonso emocionado.

Maximiliano no estaba seguro de que fuera la perra.

—Es Tequila —dijo Alfonso y dio un paso al frente.

Una descarga de electricidad disparó las revoluciones del corazón de Maximiliano.

—No es Tequila —dijo en un susurro.

El pequeño hizo una mueca, miró atentamente y corroboró el origen del recelo en las palabras de su hermano. Era un lobo. Un lobo de cuerpo esbelto, con cabeza angosta y grandes orejas rectas con las puntas redondeadas. Medía poco más de un metro de largo y su pelaje gris se desvanecía hasta volverse café, con algunas manchas negras sobre el lomo.

—Corre —dijo Maximiliano.

Su hermano apretó los dientes y se quedó anclado al suelo. Maximiliano se giró, puso las manos sobre las mejillas de Alfonso y lo miró a los ojos:

—Ey, estoy contigo. No te voy a dejar —y lo tomó de la mano sin decirle que estaba muerto de miedo.

Los chicos dieron media vuelta para descubrir que estaban rodeados por cuatro lobos más de características similares. Las bestias pelaron los dientes y los rodearon, cerrando cualquier posibilidad de escape.

Maximiliano regresó su atención hacia el lobo que corría y descubrió que estaba aminorando la velocidad. Ahora trotaba con paso constante y porte amenazador entre los pinos. El chico miró al suelo en busca de cualquier cosa que pudiera servir como arma para defenderse del inminente ataque de los lobos. Agarró dos cosas: una piedra bastante pesada y una rama lo suficientemente grande para improvisar una lanza. La punta no era totalmente puntiaguda, pero, dada la extrema situación en la que se encontraban, cumpliría con el trabajo.

—¿Max? —dijo Alfonso—. ¿Por qué sólo nos miran?

Voltéó a ver a los lobos a su espalda y lo comprendió todo. El animal que se acercaba despreocupado era el macho alfa de la manada. Se lo habían enseñado en la escuela, en Ciencias Naturales, y todo lo que había aprendido al respecto golpeó su cerebro en vendavales desbocados de información. Comprendió que no harían nada hasta que llegara su líder. Él sería el encargado de ejecutar el primer ataque. “Yo seré el hermano alfa”, pensó y se acomodó de espaldas a Alfonso, sin separarse de él.

—No dejes de verlos —dijo—. Si alguno se mueve me dices.

Alfonso tragó saliva y una de sus manos se aferró a la cintura de su hermano mayor.

El lobo alfa se detuvo a unos metros de distancia posándose majestuosamente sobre una piedra. Sus ojos se ensañaron con los de Maximiliano y su hocico se contrajo. Gruñó para valorar la reacción del muchacho. El chico mantuvo la mirada y, por puro instinto, también enseñó los dientes de forma agresiva.

Alfonso sintió literalmente cómo el miedo le recorría todo el cuerpo. Su mirada se paseaba entre las cuatro bestias y observaba con cuidado cada movimiento que hacían. No quería defraudar a su hermano.

El lobo alfa aulló y la manada contestó el llamado. El tétrico lamento que

auguraba la muerte de las presas y el inicio en la cacería erizó la piel de los muchachos. Alfonso agarró con fuerza a su hermano. Maximiliano gritó tan feroz como pudo para opacar el bramido de las bestias. El lobo saltó de la piedra y corrió. El mayor de los hermanos dio medio paso al frente para enfrentarlo. El animal abrió las fauces y el muchacho empuñó la lanza. Una sombra pasó a toda prisa por el costado de los chicos y embistió de frente a la bestia.

Era Tequila.

Tres de los lobos rompieron la formación para ayudar a su jefe. Tequila lanzó una mordida y se prensó del cuello del lobo alfa. Los dos cayeron al suelo y se revolvieron violentamente levantando una nube de polvo. Los animales se incorporaron rápidamente gruñendo y enseñando los dientes.

Maximiliano miró atónito, no supo con exactitud qué acababa de ocurrir, salvo que el lobo restante iba por su hermano, así que avanzó tan rápido como pudo y arrojó la piedra, golpeando al animal en la cabeza. Sin desaprovechar el impulso corrió y empuñó la lanza con ambas manos.

Tequila y el lobo alfa luchaban entrelazados a muerte, sólo uno saldría victorioso. La perra mordió el lomo de su adversario y sintió un tirón en la pata trasera que la obligó a soltar a su presa y retroceder. Sintió otro mordisco y chilló. El líder y dos integrantes de la manada agredieron sin piedad al can. La lucha dejó de ser pareja y la perra no opondría mayor resistencia ante el nuevo ataque.

El lobo, aturdido por el golpe de la piedra, se apresuró con el hocico abierto y Alfonso se quedó petrificado. Sus pies se transformaron en grandes pedazos de plomo y sólo apreció su respiración acelerada mientras el aire frío del atardecer invadía sus pulmones. Todo estaba pasando muy rápido y no sabía qué hacer. La bestia arrancó tierra del suelo con sus garras, se cernió sobre el niño pero fue alcanzada por la lanza de Maximiliano, a la altura de las costillas, antes de llegar a su presa. La fuerza de la embestida no fue letal y apenas le rasgó la piel. El animal aulló herido y cojeó hacia un costado.

Los niños se voltearon y alcanzaron a ver a Tequila sujetada de las patas traseras por bestias que las jalaban. Se escuchó el crujir de huesos y la perra chilló con todas sus fuerzas, desgarrándoles el alma. Los lobos la destrozaron

en cuestión de segundos y se dieron un festín con ella. Maximiliano empuñó la lanza y su hermano lo detuvo: era muy tarde para salvarla. No les quedaba más opción que escapar o verla sufrir.

Se escuchó una detonación de arma de fuego que hizo brincar a los chicos y a la manada. La descarga se impactó en la cabeza de Tequila y la perra paró de sufrir. Fue un disparo de misericordia por parte de Eusebio. El caballo relinchó y los muchachos miraron con asombro la imagen del jinete, pistola humeante en mano, y el vapor de la respiración agitada de su corcel.

Un lobo aprovechó el momento y la emprendió contra Eusebio con las fauces ensangrentadas. El rancharo amartilló el revólver y disparó. El proyectil se incrustó por debajo del ojo del animal y salió por un costado del cuello. La bestia se derrumbó sin vida junto a los muchachos. Eusebio agarró de la camiseta a Alfonso, lo levantó y acomodó por delante de él para que se sujetara de la cabeza de la silla de montar. Después extendió la mano, agarró a Maximiliano del brazo y lo colocó sobre la parte trasera de la montura. El niño situó las manos alrededor de la cintura del jinete.

—Agárrense fuerte —ordenó y apretó las espuelas sobre las costillas del caballo.

El corcel arrancó y tres lobos emprendieron la persecución. Las bestias eran ágiles y ligeras; les dieron alcance con prontitud. Eusebio giró medio cuerpo y apretó el gatillo del arma. El estallido a quemarropa se escuchó infernal para los oídos de los niños, pero una de las bestias cayó muerta en medio del camino.

El lobo alfa y el último integrante de la manada, un canino de piel oscura, persistieron con el propósito de darles alcance y entrecruzaron los trayectos para correr por detrás del caballo, alejados de la visibilidad del jinete. Los chicos se sujetaban con todas sus fuerzas para no caer. El animal de piel oscura se acercó peligrosamente a las patas traseras del caballo y abrió el hocico. Eusebio miró por encima de su hombro y alcanzó a ver la imagen borrosa de la fiera. La bestia preparó la mordida. El rancharo bajó el brazo y amartilló el arma. El cilindro giró para dejar listo un cartucho nuevo. Eusebio disparó en dirección al sonido del animal. El cuerpo del lobo se tensó tras el impacto de la bala y se clavó contra el suelo.

La última bestia saltó por encima de su compañero caído y tomó su lugar en la cacería. Su instinto cambió drásticamente de supervivencia a venganza. Quería matar al jinete del caballo e iba sólo por él. Apretó la velocidad de las patas y ganó terreno en la carrera. Rápidamente alcanzó al corcel y gruñó de manera salvaje. Eusebio repitió el movimiento con el brazo y apuntó su revólver hacia la mancha borrosa que los acechaba, entonces disparó y el martillo se estrelló contra la base del casquillo. Se escuchó el clic, pero no le siguió la detonación. El arma ya no tenía tiros útiles en su interior.

El lobo alfa atacó y los colmillos de su hocico se incrustaron en el tobillo de una de las patas traseras del caballo. El equino pateó al animal y se liberó del yugo opresor. Al apoyarse de nuevo dio un traspie y tropezó. Eusebio y los niños rodaron en direcciones distintas. El lobo alfa se recuperó, aturdido, y sangrando de la cabeza.

El rancharo se incorporó con un violento vaivén, todo le daba vueltas e ignoraba dónde había caído el revólver. Levantó la vista y localizó a Maximiliano tumbado boca abajo sobre un costado. El niño no se movía. Escuchó el llanto de Alfonso a pocos metros de distancia. El lobo observó al jinete y luego al pequeño. Estaba cansado y regresó la mirada hacia el interior del bosque, pensando en retirarse y abandonar la cacería que ya le había costado perder a su manada.

—Vamos, hijo de puta —dijo Eusebio—. ¡Vete! —y se agachó para sacar el cuchillo que guardaba dentro de su bota izquierda.

La fiera erizó la piel y sacó las garras para afianzarse sobre la tierra. Después arqueó el cuerpo y gruñó mirando al costado. Optó por enfadar al jinete y hacerse con la presa más débil.

—Ni lo pienses, cabrón —dijo Eusebio.

La bestia se lanzó contra Alfonso aprovechando que estaba de espaldas. Eusebio corrió a interceptarla. El lobo alfa avanzó veloz y retractó el hocico para morder al pequeño en la nuca. Eusebio sujetó el arma con ambas manos y brincó hacia delante con todas sus fuerzas. El animal abrió la boca y el rancharo descendió de manera letal sobre la fiera. Encajó su cuchillo a través del cráneo y después lo empujó por la quijada para dejar empalada a la bestia sobre el suelo.

El bosque quedó en completo silencio mientras los últimos rayos de sol se ocultaban detrás de las montañas. Eusebio pisó la cabeza del lobo, sacó el cuchillo y lo limpió en su pantalón.

—¿Estás bien? —le preguntó a Alfonso.

El pequeño se giró para descubrir el cadáver del lobo a pocos centímetros y retrocedió dos pasos. Lo escudriñó y vio que el animal ya no respiraba. Algo frente a él llamó su atención y señaló a su hermano.

—¿Qué pasó? —preguntó Maximiliano sujetándose la cabeza.

—Sobrevivimos —dijo Eusebio y se acercó para revisar al caballo.

El animal relinchó y se incorporó con la ayuda del jinete.

—Buen chico, lo hiciste muy bien —dijo Eusebio y le hizo un cariño en el lomo.

Los cuatro regresaron en silencio a la hacienda, con dolor en los músculos del cuerpo y abatidos por la pérdida de Tequila. El frío de la noche les calaba en los pulmones al respirar y no ayudaba a mejorar su estado de ánimo. Era como si hubieran participado en una masacre. Eusebio tenía manchas de sangre y lodo en la ropa y los niños parecían recién salidos de una mina de carbón. El caballo caminaba por detrás cojeando de la pata trasera.

La tía Carmen esperaba bebiendo té de azar en la mesa de la terraza que daba hacia los jardines. En una mano tenía la Biblia y en la otra un rosario. Los tres se pararon frente a ella como ciudadanos que esperan con incertidumbre el veredicto de un juez, el cual está decidido a dictar sentencia en su contra. La señora los observó durante un largo momento.

—Ustedes dos —dijo señalando a los niños—, a bañarse.

Los hermanos miraron a Eusebio y se despidieron de él. En cuanto cruzaron por la puerta el rancho dijo:

—Patrona, yo...

—Silencio —interrumpió serenamente—. Recoge tus cosas y vete de mi hacienda.

El rancho abrió los ojos con incredulidad. No entendía lo que le habían dicho.

—Patrona, es que...

—Sal de mi propiedad. No quiero volver a verte.

—Los niños, patrona...

—Ni a ellos ni a mí nos sirves si no sabes seguir órdenes.

Eusebio se sintió defraudado. La boca le temblaba de forma involuntaria e hizo un esfuerzo por no llorar.

—Que el Señor te perdone —dijo ella y dio media vuelta para entrar en la casa.

Media hora más tarde, los chicos ya estaban listos para ir a la cama. Su tía realizó el ritual y los encerró en su dormitorio. Alfonso estaba a punto de apagar la luz cuando Eusebio apareció por fuera de la ventana, como lo hacía Mariana normalmente.

—Max, Poncho, vengan aquí.

—¿Te castigó feo? —preguntó Alfonso.

El rancho sonrió.

—No, Poncho. La patrona no me dijo nada.

Se miraron y sonrieron aliviados.

—Tengo algo que decirles —añadió Eusebio.

Los niños se acercaron hasta los barrotes de fierro del ventanal.

—Me tengo que ir.

—¡No! ¿Por qué? —dijo Maximiliano.

—¿Qué pasó? —agregó Alfonso.

—Porque la patrona así lo desea. Yo no quiero hacerlo, no los quiero dejar. Pero no tengo otra opción. Tengo que afrontar las consecuencias de mis actos.

—¿Es por nosotros? —preguntó Maximiliano—. ¿Es por nuestra culpa que te vas?

Eusebio los miró afligido.

—No, nada de eso. En esto no hay culpables. Yo hice algo que no le pareció y ella tomó su decisión. Ya hablaremos cuando esté más calmada. Mientras tanto, les quiero dejar un regalo.

El rancho sacó una pequeña llave del bolsillo de sus jeans, extendió el brazo por los barrotes de la ventana y se la ofreció a Maximiliano.

—Es de su recámara, para que puedan salir para afuera cuando ella no

esté. No dejen que la vea o que sepa que la tienen. ¿Está bien?

Asintió de mala gana.

—No quiero que te vayas.

—Yo tampoco —añadió Alfonso.

Eusebio sintió cómo las palabras se atoraban en su garganta. Una tristeza profunda lo invadió desde las entrañas y le hizo apartar la mirada. Se había encariñado con ellos, los quería mucho, y ahora no deseaba dejarlos solos. Los miró a los ojos:

—Yo tampoco quiero irme..., pronto regresaré.

—¿Lo prometes? —dijo Alfonso.

—Lo prometo.

Los tres se dieron un fuerte y largo abrazo con los barrotes de fierro de por medio. Después de un momento se separaron y Eusebio partió por el camino mirando constantemente hacia los chicos. Ellos no se despegaron de la ventana hasta que dejaron de verlo por la oscuridad. El rancharo desapareció esperando cumplir con su promesa y regresar en un par de días a la hacienda, pero la señora Carmen jamás se lo permitiría.

El Real, Jalisco

Isabella despertó de improviso por una sacudida. Había dormido tan plácidamente en el asiento trasero de la camioneta que olvidó que llevaba horas en la carretera. Rayos de sol se escabulleron por una de las ventanillas laterales y la deslumbraron, obligándola a sentarse. Se frotó varias veces los ojos y bostezó. Su mente estaba en blanco y tardó unos momentos en recordar dónde se encontraba y hacia dónde se dirigía.

—Hola, hermosa —dijo Esteban mirándola por el espejo retrovisor.

La niña hizo una mueca, no le gustaba hablar adormilada. Siempre tardaba algunos minutos en regresar a la realidad y despertar.

—Estamos llegando —dijo Marta girándose—. Faltan quince minutos nada más.

No contestó y pegó la cara al cristal de la ventana para observar el paisaje. Grandes árboles frondosos, llenos de vida, se extendían a ambos lados del camino. Estaba acostumbrada a los bosques de Tapalpa, pero esto era excesivo. El follaje verde, intenso, abarcaba tanto como su vista alcanzaba a apreciar.

Bajó el cristal a la espera de toparse con aire fresco y así fue, pero en lugar de sentirse reconfortada experimentó una sensación de pesadez que le revolvió el estómago. Cerró los ojos y respiró con la boca abierta un momento. Odiaba la sensación de mareo y le daba asco vomitar, así que trató de evitarlo a toda costa.

La entrada al pueblo estaba enmarcada por un gran arco de cantera blanca y enormes letras doradas donde se leía: “Bienvenidos al municipio de El Real, pueblo de leyendas y paisajes”. La camioneta pasó por debajo de la arcada e Isabella volteó para descubrir, en la parte posterior y pintado con grafiti, una manada de feroces lobos con los hocicos abiertos y manchas de sangre alrededor. La imagen le provocó escalofríos.

Se sentó sobre sus piernas en cuanto llegaron al poblado. El Real le pareció polvoriento, sucio, desangelado y sin vida, casi como un pueblo fantasma. La calle principal y las fachadas eran viejas y descuidadas. Las casas tenían extraños símbolos pintados en el marco de las puertas, y no logró descifrar su significado. Todo el panorama le pareció surrealista, era como estar en una pesadilla de abandono.

Su padre bajó la velocidad, no quería caer en alguno de los tantos hoyos que decoraban la vía. Le dio la impresión de que a nadie en el pueblo le importaba cómo lucía el municipio o qué podrían hacer para convertirlo en un lugar más atractivo para los visitantes. Esteban observaba con atención el frente de las viviendas y sus ventanas: algunas tenían marcas de zarpazos y rasgaduras de animales que medían más de medio metro de largo. “Deben de ser enormes”, pensó y continuó conduciendo con precaución. Las pocas personas que cruzaban por su camino no levantaban la vista ni les hacían gesto alguno de bienvenida.

Marta notó la falta de amor y cuidados que le impedían ser un pueblo hermoso y único. Era muy sencillo en realidad: unos ajustes por aquí, algunos

arreglos por allá, y el lugar se convertiría en un espacio maravilloso y turístico. Ya disfrutaba de los elementos necesarios y el potencial para llevarlo a cabo, sólo tenían que ser explotados. Decidió que si su marido continuaba obsesionado con este lugar y acababan mudándose, ella sería la encargada de organizar y hacer lo necesario para poner en marcha la remodelación.

Esteban estacionó la camioneta junto a la plaza principal del pueblo e Isabella fue la primera en descender. Estiró las piernas y los brazos. La luz del sol se sintió bien sobre su piel y las náuseas no tardaron en disiparse. Echó un vistazo alrededor y descubrió la tienda más importante del pueblo. Era uno de esos curiosos establecimientos donde uno puede encontrar cualquier cosa que necesite: abarrotes, electrónica, farmacia y un sinnúmero de chucherías para llevar como *souvenirs*.

—Tengo sed, mamá —dijo Isabella.

—Yo también —contestó su madre y volteó a ver a su marido—. ¿Cómo nos organizamos?

El oficial miró su reloj.

—Faltan quince minutos para que llegue José y me lleve a la casa de David. Compren lo que quieran y después se registran en el hotel. José comentó que hay dos: uno pequeño a media cuadra de la plaza y otro más lejos, en el bosque, es el Hotel Lago, aunque dicen que lo tienen un poco descuidado.

Marta pensó por un momento. No le agradó mucho la idea de pasar la noche en un espacio apartado, desconocido, por más hermoso que pudiera ser. Sabía que a su esposo le daba igual, así que decidió en nombre de la familia:

—A media cuadra será.

Su esposo le regaló una sonrisa, luego agregó:

—Vayan ustedes, yo las espero aquí.

Isabella se percató de que un niño, de cabello oscuro y ojos grandes, la miraba desde el extremo de la plaza. Tenían la misma edad, trece años, y su rostro le pareció amigable, atractivo. El chico hizo un gesto con la mano y la saludó. Cientos de mariposas revolotearon dentro de su estómago y las piernas le temblaron. Un torrente caliente se apoderó de su cuerpo y sintió cómo se

sonrojaban sus mejillas. Apartó la vista para cerciorarse de que la saludaban a ella y, al comprobarlo, devolvió tímidamente el saludo.

Su madre se acercó y la tomó de la mano para cruzar la calle pero ella se zafó. Le dio pena imaginar que su nuevo admirador creyera que aún era una niña que necesitaba ayuda para cruzar la calle. Emiliano, que así se llamaba el chico, la siguió con la mirada hasta que desapareció en el interior de la tienda.

Esteban se acomodó sobre una banca de piedra, encendió un cigarrillo y observó a las personas que pasaban por ahí. Empezó a sentirse incómodo por la forma extraña en que lo miraban, con recelo. Todos mostraban la misma actitud: pretendían estar concentrados en sus quehaceres y aceleraban el paso cuando pasaban junto a él.

Su esposa y su hija tuvieron mejor suerte.

—Buenas tardes —dijo una voz ronca y profunda por detrás del mostrador.

—Buenas tardes —dijo Marta.

Isabella se detuvo y contempló al sujeto junto a la caja. Roberto era un hombre robusto, como de dos metros de altura y 140 kilogramos. Tenía el cabello oscuro y una enorme barba, la más grande que jamás hubiera visto. Su amabilidad desentonaba con su aspecto. La niña continuó su camino sin poder ocultar su asombro.

—¿Cómo te va, pequeña? —dijo Roberto.

La niña volteó a ver a su madre y luego regresó la mirada.

—Hija, el señor te preguntó cómo estás...

—Bien..., creo —dijo la pequeña.

Roberto se echó a reír y su carcajada sacudió toda la tienda. Isabella caminó junto a su madre y se posó por detrás asustada. Marta le puso la mano en el hombro. “El tipo impone”, pensó. “No me gustaría toparme con él en una noche oscura”.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo Roberto.

—Queremos algo de tomar.

—Al fondo a la izquierda, pasando este pasillo, se encontrarán con los refrigeradores.

—Gracias.

Caminaron por el corredor y sacaron un refresco Seven Up y un Frutsi de

frutas. Marta se sintió observada en todo momento y notó a su hija intranquila. Algo en la personalidad de ese hombre las había dejado perplejas, pero no pudo identificar qué con exactitud. Regresaron a la caja y entregaron las cosas. Roberto agarró el refresco, lo destapó y lo vertió en una bolsa de plástico transparente. Luego agregó un popote y cerró la bolsa.

—¿Es todo lo que necesitan? —preguntó con esa voz tan peculiar.

—Sí —dijo Marta y pagó.

Su hija sujetó el Frutsi y lo volteó boca abajo. Después mordió la base del envase de plástico e hizo una pequeña hendidura. El líquido comenzó a brotar y le dio un sorbo. Su semblante cambió y dibujó una sonrisa. En ningún momento despegó la mirada del enorme señor frente a ella.

—Aún no entiendo por qué lo beben así —dijo Roberto.

—Sabe mejor —dijo Isabella.

El cajero levantó las cejas entretenido. Luego añadió:

—Ahora me queda claro. Muchas gracias por su visita.

—Pareces un oso —dijo la niña.

—Me gustan más los lobos que los osos —y le hizo un guiño.

Hubo un momento de genuina complicidad entre los dos. Marta tomó la mano de su hija y salieron tranquilamente de la tienda, cruzaron la calle y se sentaron junto a Esteban en la banca de piedra. Él sonrió al verlas.

—¡Hola! —saludó su esposa.

—¿Qué tal? —contestó él.

—¿Su esposa lo deja salir solo siendo tan guapo?

Y el oficial experimentó una alegría juvenil que no sentía desde hacía años. Las células de su cuerpo reconocieron el sentimiento perdido y lo revivieron con emoción y felicidad. Luego se ajustó el sombrero blanco y dijo con un aire juguetón, arrogante:

—¿Le parece que soy la clase de hombre que le pide permiso a su esposa para salir?

—¡Oye! —y le dio un golpe en el brazo—. Más te vale que lo pidas, ¿eh?

—¿Puedo ir a jugar un poco? —interrumpió Isabella.

—Sí, pero quédate donde pueda verte —contestó su madre y se sumió en el pecho de su marido, como si fueran novios que recién empiezan a salir.

Isabella caminó hasta el extremo de la plaza. Su estómago se llenó con un cosquilleo efervescente que se expandió y le entumió el cuerpo. Pensó que caería al suelo en cualquier momento, pero se las arregló para que eso no sucediera. Alcanzó con éxito la esquina y disimuló su nerviosismo cuando se paró junto al chico que la había saludado antes. Intentó hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

—Hola —dijo él.

—Hola —balbuceó ella.

—¿Cómo te llamas?

—Isabella. ¿Tú?

—Emiliano.

—Eres nueva aquí, ¿vienes de visita o se van a mudar?

—De visita nada más.

—Ah, qué mal. ¿Te gustan los Transformers?

—No mucho.

—Bueno, no importa. Te quiero regalar una de mis cartitas favoritas. Así cuando la veas te acordarás de mí. Mira... —y se escuchó el claxon de un automóvil.

Los niños descubrieron el viejo Dodge, color café, rotulado con el escudo de la policía de El Real. Emiliano alzó la mano y saludó al oficial José Ramírez. El coche dio vuelta alrededor de la plaza y se estacionó sobre la acera, no lejos de donde se encontraban los padres de Isabella.

—Es él —dijo Esteban.

—Lo imaginaba diferente —comentó su esposa.

—Cambió mucho desde el accidente —agregó él.

Lo observaron descender con dificultad de la patrulla. José Ramírez, segundo al cargo en el municipio, era regordete y caminaba con una leve cojera en la pierna izquierda. Él y Esteban se conocieron años atrás, cuando juntos tomaron un curso de capacitación en procedimientos y tácticas impartido por agentes federales de Estados Unidos. Por aquellos años era liviano y veloz, pero al poco tiempo sufrió un accidente que le lastimó la pierna y su estilo de vida cambió por completo.

Esteban se incorporó de la banca de piedra y se alegró al verlo caminar sin

bastón, pero se emocionó especialmente por contar con una cara familiar dentro del pueblo que pudiera guiarlo y darle respuestas sobre lo que hizo su hermano en los últimos días antes de morir.

—¿Qué tal, José? —dijo dándole un fuerte abrazo.

—Esteban, qué gusto verte. Siento mucho lo de David, hombre. La verdad es que a todos nos tomó por sorpresa y nos sacudió.

—Gracias... Te presento a mi esposa Marta.

—Mucho gusto, señora. Si le parece me llevaré a su marido prestado un par de horas y se lo devuelvo más tarde.

—Es un placer conocerte, José —y se giró con su marido—. Cuídate mucho, amor —dijo besándolo en la mejilla.

Ambos oficiales se despidieron y se encaminaron hacia a la casa de David. La cabaña estaba ubicada justo a la mitad del camino que llevaba hacia el Hotel Lago, a veinticinco minutos de distancia en relación con la plaza principal del pueblo. Además tenían que avanzar por una terracería que no se encontraba en las mejores condiciones. José inició la charla tan pronto subieron al coche.

—¡De verdad que es una pena lo de tu hermano, chingado! Me había acoplado excelente a su forma de trabajar.

—No termino de creerlo, ¿sabes? A veces quiero tomar el teléfono y llamarlo para saber cómo está.

—Está cabrón. No puedo ni imaginar cómo debes de sentirte.

—¿Sabes qué es lo más mierda de todo? No saber nada de lo que ocurrió.

—¿A qué te refieres? ¿No se accidentó alcoholizado?

—Sí, pero son los pequeños detalles los que me hacen falta. Las cosas que no tienen sentido y que me están volviendo loco. Sin mencionar que el pendejo dejó huérfanos a Poncho y a Max. Cabrón. Ojalá se hubiera muerto sólo él.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno, sabes a lo que me refiero. Si de cualquier manera se iba a morir, mejor solo que acompañado de los padres de los chicos, ¿no crees?

—Pensándolo así, sí. La verdad...

—En fin —interrumpió Esteban—. Hay tantas cosas que quiero preguntar que no sé por cuál comenzar.

—Tu hermano se ganó el cariño de muchas personas en El Real. Imagínate, vivió tan sólo un par de meses en el pueblo y hasta se convirtió en padrino de uno de los muchachos. ¿Lo sabías?

—Sí, algo me había comentado. Se llama Jorge, ¿no?

—Sí.

—¿Sabes para qué quería David mi ayuda? ¿Qué fue lo que pasó que me fue a buscar a Tapalpa?

—No, no sé nada. Lo vi por última vez dos o tres días antes del accidente.

Esteban, frustrado, se mordió un dedo. Tuvo el extraño presentimiento de que no obtendría las respuestas que buscaba. Del bolsillo de su chamarra sacó la pequeña libreta y revisó rápidamente sus anotaciones. Luego se giró hacia José.

—Él murió el domingo de madrugada... ¿Tú lo viste el miércoles o el jueves?

—Creo que el miércoles. Sí, el miércoles. Lo recuerdo porque pasó por la comandancia a firmar un acta que debíamos entregar.

—¿Y todo estaba normal? ¿No te mencionó nada extraño?

—No, todo como siempre. Dijo que saldría de viaje y no volví a verlo.

—¿Mencionó a dónde iba?

—No.

—¿No se lo preguntaste?

—No.

Esteban escribió “mierda” en la libreta, seguido de varios signos de interrogación. Después agregó:

—¿Qué animales cazan en la zona?

—¿A qué te refieres?

—Animales salvajes. ¿Qué clase de animales hay en El Real?

José hizo una pausa y tragó saliva. Su amigo notó el nerviosismo. La pregunta lo incomodó y tardó en responder.

—Pues tenemos lo mismo que en los pueblos aledaños. Venados, ciervos, osos y así. Quizá más lobos de lo normal.

—¿Son grandes?

—Tan grandes como pueden ser.

—Te pregunto porque algo mordió a David... y no creo que un simple lobo lo asustara como para pedir mi ayuda.

—¿Crees que lo mordió un lobo?

—Esperaba que tú supieras algo.

—Quizá lo mordieron en el bosque, pero es bastante normal por aquí. Hay registros de ataques en la zona desde antes del siglo XVII. Las personas saben que no deben salir por las noches a caminar, que es peligroso. Hemos tenido encuentros con ellos durante años.

—¿Y no han intentado disminuir la población de lobos?

—Muchas veces, pero no es tan sencillo. El Bosque Aquetzalli cuenta con muchas montañas, cuevas y recovecos. Es imposible cazarlos a todos. Ya te tocará ver o escuchar a más de alguno por la noche.

—¿Y animales ponzoñosos? ¿Alguno que muerda e inyecte una especie de veneno amarillento que se mezcla con la sangre?

—¿Te refieres a víboras?

—No sé..., creo que me estoy volviendo loco. Hay cosas tan extrañas que encontraron en la sangre de David que no sé qué pensar. Quisiera empezar por lo básico y averiguar qué lo mordió y por qué fue a buscar mi ayuda.

Por un momento sólo se escuchó el motor del coche y el crujir de los neumáticos avanzando por el camino de tierra. Esteban pensó que resolvería rápido el misterio sobre la muerte de su hermano y estaba fallando. No contaba con estrellarse de frente contra una pared de incertidumbre e inseguridad que le obstruiría la investigación. A lo lejos divisaron la cabaña y su amigo detuvo la patrulla al llegar, luego volteó y le dijo:

—¿Quieres que te acompañe?

—No, quiero hacerlo solo.

En realidad dudó si quería bajarse sin compañía. La idea de inspeccionar la cabaña de David había dado tantas vueltas en su cabeza durante los últimos meses que, sin importar qué cosas o pistas descubriera en ella, sabía que saldría decepcionado. Lo echaba en falta y quería tomarse un whisky con él. El pensamiento de no volver a verlo jamás le fastidió el humor. También el hecho de que su imprudencia y estupidez ocasionaran que dos personas más perdieran la vida. Los niños no tendrían por qué estar viviendo con su tía.

Nadie había visitado el lugar en meses. El cobertizo y el techo de la casa estaban cubiertos por ramas y hojas secas de diferentes tonos de café y amarillo. Su estómago se contrajo y un nerviosismo se manifestó a través de un cosquilleo que le recorrió la piel. Observó con la mirada perdida la vivienda de su hermano y la sintió ajena. La desconoció por completo. Sus pies se abrieron paso por entre el pasto elevado y la maleza para llegar hasta la entrada. Tomó aire, sujetó la manija con fuerza y la puerta se desprendió del marco cayendo al suelo.

—¿Estás bien? —gritó José desde el coche.

Esteban levantó el dedo pulgar y se introdujo en la morada. Apenas dio un paso y tuvo que llevarse la mano al rostro para taparse la nariz y la boca. La sala apestaba a humedad, animales muertos y moho. Continuó por debajo del tejado, que colgaba suspendido en partes a medio caer. Por todos lados encontraba manchas de humedad y plaga, que habían proclamado la cabaña como suya ante el abandono. Le dio la impresión de que el espacio había dejado de ser un hogar para convertirse en un basurero de alimañas.

“Algo muy malo pasó aquí”, pensó. “Mi hermano jamás habría abandonado su casa en estas condiciones”. Sobre la chimenea encontró un portarretratos empañado. Lo cogió y lo limpió. La imagen le provocó un sentimiento cálido de alegría. En la fotografía aparecían sus padres, David y él. Decidió llevarlo consigo y lo guardó en el bolsillo de la chamarra. Siguió la búsqueda de pistas sin estar seguro de qué buscaba en realidad. Siempre se dejaba llevar por el instinto en situaciones así, pero le resultaba difícil concentrarse por tratarse de su hermano.

Sus pies se revolvieron entre hojas húmedas y escuchó rodar algo metálico en el suelo. Se agachó y removió las láminas a un lado. Encontró casquillos de balas calibre .38. “¿A qué le disparaste?”, pensó y entró en uno de los dormitorios. La puerta también estaba desprendida del marco y descubrió un pequeño fuerte hecho con el armario, el buró y el colchón de la cama. “Claro”, pensó. “Algo te acechó y tuviste que buscar refugio, pero ¿qué?”.

Junto a la base de la cama halló una maleta. Pesaba mucho debido al agua que se le había metido por las lluvias. Revolvió su interior y sacó algunas prendas de ropa de mujer, pero ninguna identificación que le diera una pista

sobre la persona a la que le pertenecían. “¿Quién iba a tu lado?”, pensó. “¿Se estaba mudando contigo o ya vivían juntos?”. Y entonces las descubrió. Vio en todas las paredes y muebles las marcas de zarpazos. Largos, profundos y perfectamente delineados, como si los hubieran hecho con un cincel de metal. Algunos a la altura de su pecho. Esteban se paró junto a las marcas y midió. “Su puta madre”, pensó. “Alcanzan más de un metro setenta de altura”.

Salió de la habitación y se encarriló hacia la salida. Miró de reojo y un bulto llamó su atención. Tenía mayor grosor que las hojas secas y húmedas y estaba rodeado por un par de ratas. Se inclinó y descubrió el brazo derecho de una persona. Hurgó y encontró huesos. Quizá con ellos completaría el esqueleto de la mujer que viajaba en la camioneta de su hermano. Los observó detalladamente: estaban acomodados como si un animal los hubiese roído para comer la carne y después abandonarlos en un rincón. Se levantó y se enredó con una gruesa y pegajosa telaraña. Maldijo su suerte.

Salió de la cabaña derrotado, sin encontrar algo concreto que le ayudara a entender lo que ocurrió con David o por qué fue a buscarlo. Sintió el aire espeso y un leve mareo que poco a poco se transformó en enojo. Caminó hasta el Dodge y se topó con José y un hombre calvo de mediana altura y gran peso. El hombre utilizaba el cabello lateral más largo y lo pasaba por encima de la calvicie, por lo que lo peinaba constantemente. Llegó hasta ellos y percibió un olor agrio y seboso. La apariencia desagradable del extraño le provocó aprensión.

—Esteban, te presento a Abraham Nuño —dijo José.

—Mucho gusto, carajo —dijo el señor.

Se estrecharon las manos y el oficial asintió.

—Siento mucho lo que paso con David, carajo. Era buen tipo. Prácticamente era mi vecino.

—¿Vives cerca? —le preguntó y sintió una leve esperanza por encontrar respuestas.

—A unos ocho kilómetros en esa dirección, pasando el cementerio. Soy el dueño del Hotel Lago.

“Mierda, es imposible que hubiera escuchado algo”, pensó Esteban. Aun así lo intentaría:

—Es una pena que vivas tan lejos, tenía la esperanza de que pudieras decirme algo sobre David y la última noche que pasó en El Real.

—¿Por qué, carajo? ¿Qué ocurrió aquí?

—¿No lo sabes? —agregó Esteban lanzando el anzuelo.

—No.

—Al parecer se metió un animal salvaje a su casa y lo atacó.

—No me digas, carajo —y se dirigió a José—: ¿Es en serio? Los putos lobos son tan territoriales.

—¿Han atacado tu hotel? —preguntó Esteban.

—Lo intentaron. Una vez maté a uno de cincuenta kilos que merodeaba en las afueras.

—¿Tan grandes son?

—Pues hay de diferentes tamaños, carajo. Pero todos son muy peligrosos. Incluso los pequeños. Todos saben que no se debe salir a caminar en las noches.

—Gracias por el consejo.

—Mira, carajo. Si quieres conocer más sobre El Real tienes que vivir aquí. Es la única forma de entender.

—¿Entender qué?

—Cómo son las cosas en este lugar. Lleva años acostumbrarse a la gente y al estilo de vida. Pero una vez que te adaptas es tan hermoso como cualquier otro pueblo. Es más, carajo, si vienes de visita puedes quedarte en el Hotel Lago. La primera noche será cortesía de la casa. Eso sí, las noches de luna llena siempre estamos saturados y es casi imposible que consigas una habitación.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta.

—¿Quieres volver? —dijo José.

Esteban asintió. Los oficiales se despidieron de Abraham y tomaron el camino de regreso.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó José.

—No, en realidad no.

—Me da pena escucharlo.

—¿Qué sabes de la mujer?

—¿Qué mujer?

—La que llevaba David en la camioneta.

—No sé de qué hablas, Esteban.

—¿Es que nadie sabe nada en este pueblo de mierda? —dijo y apartó la mirada.

José guardó silencio.

—Lo siento —continuó Esteban—. Encontramos partes del cuerpo de una mujer y nadie sabe nada de ella.

—Lo desconocía. Pero sí te puedo asegurar que no es nadie de El Real.

—¿Por qué?

—Porque nadie ha desaparecido.

—¿Entonces no sabes nada de la chica?

—No, pero ya estoy intrigado por saber más de ella.

Esteban miró por la ventana y alcanzó a ver algo con el rabillo del ojo. Giró la cabeza para observar mejor y descubrió un lobo de pupilas amarillas caminando a un costado del camino. El animal lo miró por un momento y después desapareció entre los árboles. “Es muy pequeño”, pensó. “Un cachorro de ese tamaño jamás hubiese derrotado a David. Menos entrar a su casa y escapar con vida”. Su hermano era buen cazador y tenía una puntería envidiable con el revólver.

Su mente se saturó con miles de pensamientos mientras la oscuridad se cernía en el horizonte, dejando el ambiente sombrío. Se desesperó por no tener ningún control sobre lo que ocurría a su alrededor, por lo que estaba viviendo. Cada vez que salía en busca de respuestas terminaba con más preguntas e incógnitas. No era justo. En especial odió el sentimiento de no contar con alguien de confianza en el pueblo. José era una buena persona y era su amigo, pero sus respuestas le dejaron en claro que su lealtad estaba con El Real y no con él.

Al poco tiempo llegaron al hotel y Esteban vio a tres adultos y un menor platicar junto a la entrada. No reconoció a ninguno y la actitud que mostraban le dio mala espina. Poseían cierto aire de soberbia y arrogancia.

—Esteban —dijo José.

—¿Sí?

—Las tres personas que ves, las que están junto al hotel, controlan y dicen qué es lo que se hace en El Real. Ten cuidado con lo que dices, podrías crear enemistades y cerrarte las puertas del pueblo.

El oficial lo miró con el ceño fruncido y agradeció el gesto:

—Muchas gracias, José. ¿El chico quién es?

—Es Jorge, el ahijado de tu hermano.

Esteban se bajó de la patrulla antes de que se detuvieran por completo y caminó decidido hasta los tres individuos y el muchacho. Jorge era alto para sus quince años, tenía la piel apiñonada, el cabello chino y los ojos oscuros. De su cuello colgaba un escapulario que le regaló su padrino el día de su confirmación. A su lado se ubicaba Roberto, el dueño de la tienda junto a la plaza. Le seguían Matías, un señor de cabello blanco y vestido con un traje muy formal, quien administraba la farmacia, y finalmente el padre Carlos Hernán, de complexión demasiado atlética para ser el sacerdote del pueblo.

—¿Tú eres Jorge? —inquirió Esteban al tiempo que escuchó a un lobo aullar en la distancia.

Roberto dio un paso al frente y se acomodó por delante del chico.

—¿Hay algún problema, oficial? —le preguntó.

El agente alzó la mirada y lo miró directo a los ojos:

—¿Cómo sabes que soy policía?

—Aquí todo se sabe —intervino Matías—. Eres Esteban Rey, hermano de David —y puso la mano en la espalda de Roberto, quien retrocedió.

—Les pido una disculpa —recompuso Esteban—. Debí presentarme.

—No te preocupes, hijo —dijo el sacerdote—. Entendemos la pena que cargas y la frustración que debes de sentir por la pérdida de tu hermano. Para eso estamos aquí, para ayudarte. Pero debes entender que todos hemos perdido seres queridos. No eres el primero y no serás el último.

—Lo siento —dijo falsamente Esteban—. Quería hablar con Jorge sobre David.

El muchacho buscó la aprobación de Matías y éste asintió.

—Quise mucho a su hermano y me dolió que muriera. Fue el único que me apoyó cuando nadie más lo hizo.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —preguntó Esteban y escuchó otro

aullido de lobo.

—El viernes por la tarde.

—¿El viernes? —dijo el oficial abriendo los ojos, sorprendido.

—Sí, nos encontramos en el camino del bosque y se ofreció a llevarme a casa. No quería que me topara con algún animal porque estaba oscureciendo.

—¿Y qué pasó?

Jorge buscó de nuevo a Matías, y Roberto le puso la mano en el hombro, animándolo a que prosiguiera.

—No mucho. Subí a la camioneta y me llevaron a casa.

—¿Te llevaron? ¿David y quién más?

El chico bajó la mirada y pateó una pequeña piedra sobre el suelo. Después buscó nuevamente la aprobación de Matías.

—Está bien, Jorge —intervino el padre Carlos—. Cuéntaselo todo.

—Me presentó a su prometida. Creo que se llamaba Patricia, no recuerdo bien...

“Prometida”, pensó Esteban. “¿Será que la vieja Nahuala tenía razón?”.

—... y hablamos de algunas cosas —continuó Jorge—. Me preguntó que si tenía novia y así.

—No parece sorprendido, oficial —dijo Matías—. ¿Conocía a la prometida de su hermano?

—¿Sorprendido? Estoy decepcionado. Parece que todo el mundo sabía que mi hermano estaba comprometido menos yo.

—Ellos me dijeron que era la primera persona a quien se lo contaban —dijo Jorge.

—Pues también lo sabe una vieja Nahuala que era de El Real y ahora vive en Tapalpa.

Matías miró a Roberto y éste frunció el ceño.

—Así que es ahí donde se encuentra la vieja —dijo Roberto.

—¿La conocen? —preguntó Esteban.

—Lo suficiente como para decirte que está más loca que una cabra, hijo —dijo el sacerdote.

—Cualquier cosa que te haya dicho esa mujer —dijo Matías—, lo hizo con el afán de confundirte y envenenar tu alma.

—¿Y qué pasó después? —le preguntó Esteban a Jorge para no perder el hilo de la conversación.

—Nada. Me llevaron a mi casa y se fueron.

—¿Eso es todo? ¿No pasó algo extraño o platicaron de algo más? —se escuchó el aullido de tres lobos consecutivamente.

—No, no que yo recuerde... Ah, sí. Hablamos sobre la luna llena.

—¿Qué de la luna llena? —dijo Esteban y trató de no distraerse con el lamento de los animales.

—De lo hermosa que se veía sobre las montañas. Patricia dijo que jamás la había visto tan hermosa.

—¿Y después?

—Se fueron.

—¿Sabes si David tenía un vendaje en la mano izquierda? ¿Una herida?

—No recuerdo que la tuviera.

—¡Todo esto es una mierda! —dijo Esteban.

—¿Lo estás llamando mentiroso? —intervino Roberto.

—No lo llamé nada —dijo sosteniéndole la mirada—. Pero llevo todo el puto día en este pueblo y resulta que nadie sabe qué ocurrió con David o de dónde salió Patricia. ¿No les parece extraño? —y se giró con Matías—. ¿No decías que aquí se sabe todo?

Se escuchó a lo lejos el aullido de toda la manada.

—¿Y qué hay entre El Real y los putos lobos? —agregó—. ¿Siempre es así? ¿Todas las noches?

Roberto se echó a reír. Luego le dijo en un tono más severo:

—Deberías escucharlos en las noches de luna llena..., te vuelven loco.

“Los que están locos son ustedes”, pensó el oficial.

—Mira, hijo —dijo el padre Carlos—. A todos nos perturbó que tu hermano muriera. Se estaba acoplando muy bien a la vida del pueblo e iba a ser uno de nosotros. Pero así son los caminos del Señor y recuerda que Él siempre es justo en sus decisiones.

—Si el Señor fuera justo, jamás habría creado la plata —sentenció Roberto.

—Cállate, Roberto —intervino Matías y luego se dirigió a Esteban—. De

verdad quisiéramos ayudarte, pero no sabemos más. Y como puedes notar, no somos muy amigables con los forasteros. Las cosas serían diferentes si decidieras ser uno de nosotros y convertirte en un residente más de El Real.

Esteban lo miró con recelo.

—Si necesitas algo más, hijo, puedes encontrarme en la parroquia y hablaremos sobre tus problemas.

—Gracias, padre. Pero así estoy bien.

—¿Podemos hacer algo más por ti? —finalizó Matías.

—No —dijo Esteban—. No por el momento. Si se me ocurre algo más, tengan por seguro que pasaré a buscarlos. Cuenten con ello.

—Muy bien, hijo.

Así pues, los cuatro caminaron hasta la bocacalle, y Roberto aulló como un lobo antes de girar alrededor de la acera. Su risa se escuchó mientras se alejaban llevándose cualquier información que no se les antojó compartir sobre la muerte de David. Esteban subió a la habitación y se recostó junto a su esposa. No pudo dormir durante horas dándole vueltas a la situación. Optó por dejarlo por la paz antes de volverse loco. Sabía que ocultaban algo pero no había logrado descifrar con exactitud qué era.

Ave fénix

Maximiliano esperaba impaciente el sonido de la campana que daba inicio al recreo. Movía su pie de arriba abajo y golpeaba el bolígrafo contra el escritorio de forma ansiosa. Sus ojos observaban al frente sin ver y llevaba media hora sin prestar atención a la lección de la maestra. La temperatura tampoco ayudaba. En las últimas semanas, alrededor del mediodía, el calor se intensificaba dentro del aula y lo hacía sentir fatigado y somnoliento. Libraba una lucha constante por mantener los ojos abiertos; la espera por salir de allí y refugiarse bajo los árboles, ver a su hermano y hablar con Mariana le representaba un verdadero martirio.

El chico fue el primero en abandonar el salón cuando sonó el timbre.

Caminó de prisa hasta el aula donde se encontraba Alfonso y esperó como un guardaespaldas, fiel e impecable en la ejecución de su trabajo. El pequeño salió despreocupado entre el grupo de compañeros y fue interceptado por Maximiliano para dirigirse hacia el patio. La actitud del hermano mayor era muy diferente desde que Eusebio se fue de la hacienda y ambos trataban de acostumbrarse a la dinámica de hacer su vida sin él. En definitiva eran más aburridas, pasaban más tiempo encerrados en el dormitorio y el margen de equivocación para relacionarse con su tía había disminuido. Eso sí, cuando salía de la propiedad, aprovechaban la oportunidad para escabullirse y explorar los secretos del resto de las habitaciones en la casa.

Atravesaron las canchas de básquet que poco a poco eran invadidas por un mar de estudiantes y llegaron hasta el pequeño espacio arbolado ubicado al fondo del terreno de la escuela. Mariana ya los esperaba en el lugar habitual con una gran sonrisa.

—Hola, chicos.

—Ey —contestó Maximiliano.

Alfonso se acercó y la abrazó de forma espontánea con una fuerza que no correspondía a su pequeño tamaño. La chica soltó el aire y tuvo que ajustarse los lentes al terminar. Después le dijo emocionada:

—Yo también los extrañé, Poncho.

Los tres empezaron a sacar los bocadillos de las loncheras. Los muchachos llevaban sándwiches y un par de jugos. Mariana cocinó en casa huevos con chorizo para el desayuno de su padre y con las sobras preparó un bocadillo para ella. Comieron en silencio mientras observaban a sus compañeros de escuela correr y divertirse en diferentes actividades. Cristian y la pandilla caminaron frente a ellos. Maximiliano lo observó intensamente y Cristian bajó la mirada y continuó por su camino, con los secuaces por detrás. Alfonso mordió el sándwich y un trozo se le pegó en el paladar. Tuvo que meterse dos dedos a la boca para despegar la pieza.

—Están muy callados hoy, chicos, ¿todo bien? —dijo Mariana.

—Sí —contestaron al unísono, muy sincronizados para la perspicacia de su amiga.

—¿Qué han hecho últimamente?

Alfonso hizo una mueca de desagrado.

—No mucho —dijo—. Comer, rezar, jugar con los muñecos de *La Guerra de las Galaxias* en el cuarto y ya.

—¿No salen a los jardines a jugar?

—Casi no —dijo Maximiliano—. Desde que Eusebio se fue pasamos todo el tiempo encerrados en la casa. Es vieja, oscura y aburrida. Imagina jugar con grandes paredes de piedra todo el día.

—Sí —añadió Alfonso—. Yo ya les puse nombre a las piedras de las paredes: Luke, Vader, Lando, Chuy, Arturito... ¿Sabes qué extraño de verdad?

—¿Qué? —dijo intrigada.

—Una tele. Extraño las caricaturas y las películas. Extraño jugar Nintendo. Extraño los videojuegos... Seguro que ya perdí práctica y moriría en los primeros niveles de Mario Bros —se lamentó mirando nostálgico al cielo—. Haría lo que fuera por volver a escuchar esa musiquita que tanto odiaba.

—Yo extraño la sensación de no tener que preocuparme por nada —dijo Maximiliano.

Mariana sintió pena por ellos. Por un instante recordó lo duro que fue para ella cuando su madre la abandonó. Ella tampoco salía de su casa, en especial de su cuarto, y el sentimiento abrumador de pesadez que eso le ocasionó en su estado de ánimo la envolvió como un amargo recuerdo.

—Las malas rachas son temporales —dijo Mariana—. Por eso las llaman periodos, etapas. Estoy segura de que pronto regresará Eusebio y todo volverá a ser como antes. Su tía es una persona muy obstinada y su orgullo es demasiado grande para reconocer que lo necesita en la hacienda. Que ustedes lo necesitan y lo extrañan.

—No pensé que lo iba a extrañar tanto —dijo Maximiliano—. No me gusta que las personas que quiero me abandonen.

—Tus padres no los abandonaron. No por decisión propia.

—Da igual, no están con nosotros.

—Pero es diferente. Yo habría preferido que mi mamá hubiera muerto a no volver a saber de ella. Tener en la cabeza que está viva, en algún lugar... y saber que no le importo... no es agradable.

Maximiliano se encogió de hombros. Quizás ella tenía razón.

Alfonso terminó el bocadillo y se levantó.

—¿A dónde vas? —le preguntó Maximiliano.

—Al baño.

—Está bien —y lo siguió con la mirada hasta que desapareció.

Mariana aprovechó la oportunidad para hablar a solas con él.

—Max, ¿qué tal con tu tía?

—Normal.

—¿Los trata bien?

—Sí.

—¿Es dura con ustedes?

El chico titubeó, pero decidió confiar en ella.

—Es rara. Hay días en que es muy cariñosa. Otros está malhumorada y se molesta por cualquier tontería. Es difícil acostumbrarse a ella. De repente pareciera que nos quiere mucho y luego odia que vivamos ahí. No lo sé..., es muy extraña —y alzó la vista en busca de su hermano.

—No puedo imaginar lo complicado que debe de ser para ustedes vivir con ella. En el pueblo la respetan mucho, pero es una persona difícil de tratar. Es recia, tajante, no tiene amigos y no se anda por las ramas.

—Creo que no es mala —dijo Maximiliano—. Pero no me gusta que nos haga sentir mal, culpables de todo lo que hacemos.

Mariana apreció el temblor en sus palabras y lo notó nervioso, incómodo. Le llamó la atención que constantemente volteara para ver si su hermano regresaba o no del baño.

—Oye —dijo Mariana en diferente tono—, ¿les ha pegado alguna vez?

—No —dijo Maximiliano recordando el ardor del tobillo—. Es la forma en que nos trata lo que no me gusta. Y desde que se fue Eusebio siento que tengo que estar más pendiente de lo que hace o dice Poncho, para que no se enoje con nosotros.

—¿Qué hace cuando se enoja con ustedes?

—Nada.

—¿Max? —presionó.

—Nada, de verdad.

Mentía y ella lo supo. El chico levantó la mirada y relajó el cuerpo al ver

que su hermano regresaba.

—Eres su hermano, no su papá —dijo Mariana.

Maximiliano suspiró.

—¿De qué me perdí? —dijo Alfonso.

—Le comentaba a Max que se preocupa demasiado.

—No tienes idea —dijo Alfonso—. Siempre se preocupa de todo. Me recuerda a mi mamá..., aunque ella era más paciente conmigo. Max nunca quiere que hable o que diga algo si mi tía está presente. Dice que no quiere que nos metamos en problemas por mi culpa.

Mariana sintió un hervor en la sangre. “Son niños, por el amor de Dios”, pensó. No quería que terminaran creciendo tan rápido como le sucedió a ella. Decidió que hablaría con su tía y se hizo la promesa de que los visitaría más a menudo por las tardes, aunque sólo fuese desde afuera del dormitorio.

—¿Qué se sentirá? —dijo Maximiliano.

—¿Qué se sentirá qué? —dijo Mariana.

—No estar aquí.

—¿En Tolváneras? —dijo Alfonso.

—No. No estar vivo. Quisiera estar con mis papás en donde sea que estén ahorita. Mi tía dice que se fueron al cielo y que es un lugar hermoso, mucho mejor que aquí. ¿Es cierto?

Mariana se quedó callada. La profundidad de la pregunta la tomó por sorpresa. Después agregó:

—Creo que no soy la persona indicada para decirte si existe o no el cielo. Quisiera creer que sí, pero no tengo prueba de eso.

—¿Duele estar muerto?

“En qué momento la plática se desvió a estos temas”, pensó Mariana. Se sintió desorientada y poco preparada. No tenía la menor idea de cómo debía contestar.

—¿Te duele cuando duermes? —fue lo primero que salió de su boca.

—No —dijo Alfonso—. A no ser que sueñe con mis papás o que se abre la puerta del armario.

Maximiliano le golpeó la pierna.

—¿Cómo? —dijo Mariana.

—Nada —se apresuró a contestar Maximiliano—. A veces tiene pesadillas con monstruos y fantasmas.

—Sólo con fantasmas —corrigió Alfonso.

Los chicos estaban frustrados. La pasaban mal en casa de su tía quisieran aceptarlo o no.

—Como les dije antes, todo es temporal.

—Hasta la vida —dijo Maximiliano—. No sé, cuando pasó lo de los lobos pensé que moriríamos y últimamente, cuando mi tía nos hace limpiar la azotea de la casa, me asomo por la cornisa y siento algo raro en la panza. Es una especie de emoción y miedo. Entonces miro al vacío y parece que me llama, que me atrae, y me dan ganas de lanzarme y reunirme de nuevo con mis papás.

Mariana trató de ocultar el asombro y miró confundida a Alfonso.

—Sí —dijo el pequeño—, está bien loco mi hermano.

Maximiliano apretó la boca y su piel se erizó. No mentía y le causaba dolor admitirlo.

—Aplica un punto y coma —dijo Mariana.

—¿Qué? —dijo Maximiliano.

—Sí, un punto y coma. Como en la gramática. ¿Sabes cuándo se utiliza?

—No.

—Si lo tomamos literal, el punto y coma se utiliza cuando una pausa en el ritmo del texto es mayor a lo que representa la coma, pero menor a lo que representa el punto.

Maximiliano la miró extrañado y algo desconcertado. Su amiga sonaba como la profesora de gramática. No entendió qué le quiso decir.

—Mira —continuó ella—, para personas como tú y yo que hemos vivido situaciones complicadas, el punto y coma puede significar esperanza en tiempos difíciles y la determinación de seguir adelante y no rendirnos, ¿me explico? Llega un momento en la vida en que quieres que todo termine y tú mismo puedes terminarlo si quieres, pero encuentras la fuerza para sobreponerte a las adversidades y continúas con tu vida.

Alfonso hizo una mueca confundido.

—¿Cuántos años dijiste que tenías? —preguntó el pequeño—. No entendí nada.

—¿Y tú, Max? ¿Entendiste lo que expliqué?

—¿Que todo pasa? —dijo Maximiliano.

—Así es, es tan sólo una etapa. Te lo prometo.

El chico entendió perfectamente el subtexto de la charla con su amiga. Sin embargo, a Alfonso lo perdieron cuando mencionaron la palabra “gramática”.

—¿Alguna vez quisiste poner punto final a tu vida? —preguntó Maximiliano apenado.

—Hace muchos años lo pensé. Creía que mi mamá no me quería y no quería saber nada del mundo. Pero en realidad me di cuenta de que yo misma no me quería. Estaba confundida y no me gustaban muchas de las cosas que ocurrían en mi vida. Creo que no me gustaba la vida en sí... pero un día leí sobre la mitología del ave fénix y cambié de idea. Decidí comenzar de nuevo sin darle gusto a nadie más. Muchas personas a tu alrededor se sienten mal cuando eres feliz y te dirán cómo debes vivir tu vida. Unas lo hacen con buena intención, otras no. Pero la clave está en que cada uno debe decidir por sí mismo, siendo fiel a lo que cree y quiere en la vida, a lo que ama... y tomar decisiones con base en eso. Claro, sin lastimar a nadie más en el camino.

—¿Qué es un ave fénix? —preguntó Maximiliano.

—Es una criatura mitológica. Es un ave capaz de renacer de sus cenizas. Dicen que debe interpretarse como un símbolo universal de la muerte generada por fuego, la resurrección, la inmortalidad y el sol. Otros dicen que representa la delicadeza y el balance en la vida porque vive del agua del rocío sin lastimar a ninguna criatura viviente.

La campana sonó para anunciar el final de la hora del recreo. Los alumnos comenzaron a caminar de mala gana hacia sus salones.

—Antes de que se vayan —dijo Mariana—, les traje un regalo.

La chica se giró y sacó algo de su mochila.

—Cierren los ojos —dijo—. Me fue difícil conseguirlo pero se los doy con mucho cariño. No es nuevo, está usado. Pero su estado es impecable.

Los muchachos obedecieron y pusieron las manos al frente. Ella colocó el regalo cuidadosamente para que ambos pudieran tocarlo al mismo tiempo.

—¿Qué es? —preguntó Alfonso emocionado.

—Ya pueden abrir los ojos.

La expresión en sus rostros fue única. Jamás los había visto sonreír de esa manera en el tiempo que llevaba de conocerlos.

—¿Es verdad? —dijo Maximiliano—. ¿Es para nosotros?

—Sí, es para ustedes por sus cumpleaños. Sé que no los celebraron, pero no quise dejar pasar la fecha.

Los chicos la abrazaron durante un largo momento. Ella les correspondió e intentó no llorar durante esa muestra de cariño. No tenía idea de que ese pequeño detalle les iba a causar tanta alegría.

—Me lo trajo un primo de Guadalajara —añadió Mariana.

—Es fantástico —dijo Maximiliano—. De los mejores regalos que hemos recibido.

—Vamos, no debemos llegar tarde a clase —y se dirigieron a los salones.

Estaban maravillados. Miraban las imágenes impresas a ambos lados del empaque de cartón y no daban crédito a sus ojos. Los tres llegaron hasta la puerta del salón de clases de Mariana y ella se detuvo bajo el marco.

—Los quiero mucho.

Ellos sonrieron y siguieron su camino. Era el primer disco de vinilo que les regalaban en su vida, y qué mejor que éste: la banda sonora de *La Guerra de las Galaxias*. Lo escucharían tan pronto llegaran a casa.

El incendio

La taza de café humeaba sobre el escritorio. Chuy ya había bebido seis a lo largo del día (ésta era la séptima) y no sabía a qué hora regresaría a casa. Estaba siendo una de las jornadas más largas de toda su vida. Pensó en Baltazar, su gato, y si estaría enojado por haberlo abandonado todo el día. Trató de recordar si le había dejado comida suficiente y se quedó observando sin un punto fijo las baldosas blancas que se extendían por el suelo y las paredes de la morgue. Las luces de neón amarillentas comenzaban a pasarle factura en los ojos y sentía la vista cansada. “Me estoy haciendo viejo”, pensó y se dejó caer sobre la silla junto al escritorio.

Miró su bata: estaba empapada de sangre fresca y seca. Un tiroteo durante la mañana saturó la morgue del municipio contiguo y alguien tuvo la genial idea de trasladar cinco cuerpos a Tapalpa para que les practicara la autopsia. “Qué descaro”, pensó. Era el único día de descanso que tenía y, en su opinión, ya pasaba suficientes horas encerrado allí como para volver los fines de semana. Había realizado cuatro, una más y a descansar por lo que restaba de la noche. El trabajo a realizar no era nada del otro mundo, pero sí involucraba mucho papeleo de actas en donde terminaba escribiendo las mismas conclusiones: “Muerte a causa de múltiples impactos de proyectil de arma de fuego”. En este caso: calibres 9, .38, .22 y 7.62 milímetros.

Se estiró en la silla y levantó los brazos y las piernas. Después dio un sorbo al café y revolvió unos papeles sobre el escritorio. Debajo de unas carpetas color verde olivo encontró su polvoriento y desgastado Sony Walkman Wm-fx10 con los audífonos. Lo miró asombrado, hacía mucho tiempo que no escuchaba música, así que lo tomó con gusto. Lo jaló suavemente del costado y abrió el aparato. Un casete de cinta magnética gris transparente y sin etiqueta reposaba en su interior. Decidió descubrir qué música había grabado en él. Chuy cerró la tapa, se colocó los receptores en los oídos y presionó el botón de reproducción. Instantáneamente fue sorprendido por la inesperada percusión que da entrada a la melodía “Triste canción”, de la banda El Tri.

El médico forense sonrió, cerró los ojos y comenzó a menear la cabeza al ritmo de la polifonía. Después se levantó y empezó a bailar alrededor del escritorio, haciéndole coros al vocalista Alex Lora. Toda la tensión y el cansancio acumulados desaparecieron al imaginar que se convertía en estrella de rock y cantaba frente a miles de seguidores.

Esteban Rey entró al cuarto y descubrió que su amigo bailaba y cantaba a todo pulmón. Chuy estaba dando el show de su vida y el oficial no pudo evitar sonreír. Decidió quedarse parado junto al marco de la puerta hasta que su amigo se percatara de su presencia. No lo quiso interrumpir, mucho menos asustar. El doctor giró sobre su eje y sacudió la cabeza de arriba abajo, alborotando su larga cabellera china, ensimismado escuchando el clímax de la canción. Durante uno de sus movimientos observó una silueta con el rabillo

del ojo y se sobresaltó. La sangre le subió al rostro.

—Esteban —dijo tratando de recuperar el aliento.

Su amigo aplaudió y el forense hizo una reverencia.

—Veo que, para ser domingo, tienes buen ánimo —dijo el oficial.

Chuy sonrió, se quitó los audífonos y dejó el Walkman sobre el escritorio.

Luego se mostró sorprendido:

—Lo olvidé por completo.

—No te preocupes.

—Me llamaron temprano y perdí la noción del tiempo.

A Esteban no le suponía un problema, conocía a la perfección los hábitos laborales y la dedicación de su amigo.

—No sabes el gusto que me da verte —dijo al tiempo que notó que llevaba ropa de civil—. ¿Trabajaste hoy?

—No, no tuve guardia. Pero escuché sobre el tiroteo en Sayula, por eso vine a buscarte aquí.

—Ah, muy bien —dijo Chuy mirando de un lugar a otro—. Tengo muchas cosas que contarte sobre lo que descubrí en el cuerpo de David. También del líquido amarillo en su sangre —y sonrió emocionado—. No vas a creer los resultados de las pruebas que realicé.

Esteban creyó que finalmente recibía un poco de suerte en la investigación.

—Espera —continuó Chuy—, déjame revisar mis apuntes..., no sé por dónde comenzar. Siento una especie de miedo y emoción al mismo tiempo.

—¿Puedo usar tu baño antes?

—Por supuesto, adelante.

El oficial entró al baño y Chuy cogió una carpeta roja que reposaba sobre la mesa, debajo de una gran pila de papeles. Empezó a revisarla cuando escuchó que se abría la puerta de entrada. Alzó la vista discretamente y vio a un muchacho, no mayor de veinticinco años, que vestía sombrero y chamarra negra, botas y jeans. Mostraba cierta expresión de dureza en el rostro que lo hacía lucir poco amigable. Sus ojos eran grandes y brillantes como los de un gato.

Lo seguía un chico que no alcanzaba la mayoría de edad. Éste tenía el cabello castaño oscuro; lo llevaba al rape en los costados y largo en la parte

de atrás. Vestía una camisa beige (demasiado grande para él) y pantalón oscuro. Sus zapatos color negro le agregaban cinco centímetros más de altura.

Chuy dejó la carpeta sobre la mesa cuando entró un tercer individuo: un hombre maduro, de semblante exasperado y mal encarado, con chamarra de piel negra, jeans y botas del mismo color. Portaba grandes y gruesas cadenas de oro en el cuello y en las manos. El extraño caminó despreocupado por detrás de sus amigos con un bidón de quince litros en la mano derecha.

—Buenas noches —dijo Chuy extrañado—. Hoy no pueden pasar a reconocer los cuerpos. Tendrá que ser mañana.

—No vinimos a reconocer los cuerpos —dijo el muchacho a quien llaman Gato.

—Vinimos a llevárnoslos —dijo el chico, JR.

Las palabras de los invasores no causaron revuelo en el doctor. Pero curiosamente, no era la primera vez que sucedía: algunas personas se encuentran en estado de shock o negación por la muerte de un pariente cercano y se cierran a la realidad. En automático vienen por sus seres queridos para llevarlos a casa sin querer aceptar que han fallecido.

—Pues miren —y se acercó—. Hay un procedimiento y una forma específica para disponer de los cuerpos.

—No lo entiende, Doc —dijo con voz ronca Rojo, el hombre maduro, mientras posaba el bidón sobre el escritorio.

Chuy alcanzó a percibir el olor a gasolina y un nerviosismo se apoderó de su largo cuerpo. Los miró detenidamente y lo entendió todo. Eran sicarios. Seguramente sus compañeros habían muerto en el tiroteo de la mañana y venían a llevarse los cuerpos para cumplir con sus bizarras tradiciones sepulcrales. En una ocasión había tenido un altercado parecido, pero estos hombres le emitían una sensación diferente. No sería fácil disuadirlos.

—No quiero problemas —dijo después de un momento.

—Híjole, Doc —dijo Rojo—. No es que los quiera o no. Le trajeron unos cuerpos que no debían y pues tenemos que sacarlos de aquí, desaparecer los otros y ya sabe, mandar mensaje y todo eso.

Chuy tragó saliva. No estaban jugando. La seriedad y cadencia en la forma de hablar del hombre maduro le pusieron la piel de gallina y tomó una

decisión:

—Está bien, llévense los cuerpos. Están sobre las planchas de allá.

Rojo asintió. JR y Gato caminaron hasta las camillas para identificar los cadáveres, dejando huellas de tierra sobre las baldosas blancas del suelo.

—Éste es el Mudo —dijo JR levantando la sábana de la primera camilla.

—Aquí está el Por —dijo Gato.

—¿Y cómo los movemos? —preguntó JR.

—¿Tiene algo para desplazar los cuerpos, Doc? —preguntó Rojo.

—Hay una camilla al fondo.

JR buscó por detrás de las planchas y encontró una camilla destartada y oxidada al fondo de la morgue. Las llantas rechinaron sobre el piso al violentar su quietud. Con mucho cuidado, y con la ayuda de Gato, empezó a subir los cuerpos a la estrecha cama portátil.

—Pesan un huevo —dijo JR haciendo su máximo esfuerzo.

—Vete acostumbrando, así es siempre —repuso Gato.

Ambos empujaron la camilla hasta la puerta y se detuvieron justo antes de la salida. Gato regresó al escritorio y agarró descuidadamente el bidón, salpicando los papeles. Luego se trasladó al fondo de la morgue dejando un camino de gasolina y vertió frenéticamente el combustible sobre los cuerpos restantes. El líquido inflamable salpicó por las paredes y el piso.

—Tengan cuidado con eso —dijo Chuy—, no quiero que se les vaya de las manos.

—Silencio, Doc —interrumpió Rojo—. Él sabe lo que hace, no es la primera vez que...

Y la frase fue cortada por el sonido de la cisterna del baño. Todos se miraron sorprendidos.

—¿Hay alguien más, Doc? —quiso saber Rojo sacando un revólver de su cintura.

Gato dejó de echar gasolina y preguntó desde la parte de atrás:

—¿Y ahora qué hacemos?

—JR —llamó Rojo—. Tú decides.

Esteban salió del baño y se paró en seco al ver a Chuy con las manos en alto. Rojo se acomodó por detrás de su amigo y apuntó con el revólver hacia

la nuca del doctor. El oficial alzó las manos, que brillaron de forma extraña bajo la luz neón, y caminó hacia ellos. Discretamente miró al muchacho del fondo y al chico que se acercó pistola en mano.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Gato.

Rojo se aproximó a JR y le dijo algo al oído.

—Ya lo sé —contestó JR en voz alta.

Esteban se detuvo e intercambió miradas con Chuy.

Rojo se inclinó de nuevo y dijo algo más en secreto.

—Sí, sí —dijo JR—, ya lo sé. ¿Cómo espero ganar el respeto de mi papá si no tomo decisiones como ésta?

Rojo asintió y después ordenó:

—De rodillas —y Chuy obedeció sin objetar.

Gato silbó y sus acompañantes miraron en su dirección. De una de las planchas tomó cinta adhesiva gris y la lanzó. JR la agarró y se giró para quedar frente a Chuy. Se asombró de que los dos estuvieran casi a la misma altura, él parado y el doctor hincado.

—Manos al frente —ordenó JR.

Chuy estiró los brazos y juntó las palmas. Se escuchó el rasgar de la cinta al ser despegada y JR hizo un amarre sobre las manos del médico forense. Después se volteó y caminó con paso firme para llegar con Esteban.

—Ponte de rodillas, puto.

El oficial acató sin reparo.

Chuy miró a su amigo a los ojos y pareció preguntarle: ¿Cómo vamos a salir de ésta?

JR repitió el procedimiento y sujetó con la cinta adhesiva las manos de Esteban.

—Vamos, puedes hacerlo —lo animó Rojo.

El chico respiró y sacó un revólver negro. Su dedo pulgar tiró del martillo y el tambor giró. Lentamente deslizó el dedo índice sobre el gatillo y con mano temblorosa acercó el arma de fuego a la cabeza del oficial. JR miró a Rojo.

Chuy observó a su amigo y éste bajó la mirada. El doctor lo imitó y alcanzó a observar cómo Esteban deslizaba la mano derecha por debajo de la cinta y se soltaba del amarre. No entendió cómo consiguió hacerlo. Chuy echó

un vistazo a sus manos e intentó replicar el movimiento pero no lo consiguió. Lo que no sabía era que su amigo, antes de salir del baño, aplicó una capa de jabón sobre sus manos y antebrazos.

—Lo siento mucho, Doc —dijo Rojo y pegó el revólver contra su nuca.

Chuy agachó la cabeza y movió los brazos con todas sus fuerzas hacia atrás. Su codo se impactó en la entrepierna de Rojo y éste gritó de dolor. El golpe inesperado hizo que su dedo presionara el gatillo del arma y se escuchó la detonación. La bala zumbó por un costado del doctor y se incrustó en el suelo.

Casi al mismo tiempo, Esteban giró medio cuerpo y lastimó la rodilla izquierda de JR con un puñetazo. El menisco y los cartílagos se reventaron con un crujido y el ardor que emergió de la rótula se expandió por toda la espalda para anidarse en la cabeza de JR, quien no hizo más que gritar y desplomarse con un fuerte mareo.

Acto seguido, Gato soltó el bidón de gasolina y buscó su arma.

Chuy entonces apoyó el pie en el suelo y arqueó todo el cuerpo hacia atrás. La parte posterior de su cabeza golpeó el mentón de Rojo. El sicario se llevó las manos a la boca y su revólver cayó al suelo.

El oficial sujetó la pistola de JR y la torció. La muñeca del chico reventó con un chasquido y soltó su pistola.

Enseguida Gato apuntó hacia el doctor y disparó.

La bala se desplazó desde el fondo de la morgue y pasó a través del cabello rizado de Chuy sin lastimarlo. Rojo se incorporó enfurecido con la boca ensangrentada y se colocó por detrás del doctor.

Esteban pasó la mano derecha sobre la tela de su pantalón para limpiar el exceso de jabón, tomó el arma de fuego y se giró hacia el fondo de la habitación. Hizo dos disparos. La primera bala reventó una baldosa blanca de la pared y la segunda se abrió paso por el hombro izquierdo de Gato, tumbándolo.

Rojo volteó a Chuy y le dio un puñetazo en el rostro. Después lo agarró de la bata y lo levantó. Los dos se precipitaron y cayeron sobre el escritorio. La mesa se partió y continuaron la caída hasta el suelo. La cabeza de Chuy se estrelló contra las baldosas con todo el peso de su cuerpo y el de su

adversario encima. Los huesos en su interior crujieron y todo se oscureció para él.

Gato tosió y escupió sangre sobre un charco de gasolina. De reojo alcanzó a ver cómo Rojo caía al suelo encima del doctor. “Ya se lo quebró”, pensó. “Nadie podría sobrevivir a una caída como ésta”. La forma en que la cabeza del médico forense golpeó contra el suelo le provocó escalofrío.

Esteban tomó del cabello a JR y le dio un cachazo encima de la ceja. Lo dejó inconsciente al instante.

Rojo se puso de rodillas encima de Chuy. Con su mano izquierda sujetó la bata y levantó el flácido cuerpo del doctor para regresarlo violentamente al suelo con un revés de su mano derecha. Repitió el ataque un par de veces. La figura de Chuy se movía como si fuera una muñeca de trapo.

Esteban apuntó y disparó. Rojo se llevó las manos al cuello y un géiser de sangre caliente hizo erupción por uno de los costados. El sicario perdió el sentido y se desmoronó sacudiéndose en el suelo.

Gato miró alrededor y descubrió su pistola a varios metros de distancia. No pensó ni dudó un instante: del bolsillo de su pantalón sacó un encendedor negro.

Esteban volteó, empuñó el revólver con ambas manos y caminó. Sus pupilas se dilataron al ver cómo el muchacho sacaba el encendedor y lo accionaba. La piedra raspó contra el metal y una pequeña flama azulosa con cresta anaranjada cobró vida.

—¡Suéltalo! —ordenó el oficial.

Gato hizo una mueca sarcástica:

—Por supuesto —y dejó caer el encendedor sobre un gran charco de gasolina.

El fuego rugió al cobrar vida y se propagó velozmente por todos los espacios donde habían salpicado combustible. Las llamas devorarían la morgue y a cualquiera que se encontrara en su interior en cuestión de minutos. Esteban bajó el arma al ver cómo la lumbre se cernía sobre Gato y lo envolvía en un mortal abrazo que le arrancaría la vida.

Una densa nube oscura se refugió bajo el techo y empezó a descender desafiante. Las ventanas estallaron y el oxígeno que se abrió paso hacia el

interior alimentó ferozmente las llamas. Un fuego anaranjado tomó posesión de los objetos inertes, incluyendo la carpeta roja que se encontraba en el piso y que tenía escrito el nombre de David Rey en su costado.

Esteban se acercó a Chuy e intentó hacerlo reaccionar. No lo consiguió. Con los dedos de su mano izquierda hizo presión sobre el cuello en busca de la arteria carótida. Encontró pulso; aún seguía con vida. Lo arrastró hasta la puerta y se detuvo para mirar sobre su espalda. Regresó la mirada un par de veces hacia la salida, que se encontraba a escasos dos pasos de distancia.

—¡Mierda! —se dijo a sí mismo.

Se pasó la mano por el cabello. Sus pensamientos se debatían entre salir de allí o hacer lo correcto. Los escritorios y los cuerpos sobre las planchas ardían en llamas y todo estaba envuelto por la lumbre. El oficial respiró el humo del ambiente y empezó a toser. Sin titubear se aventuró de regreso al interior del fuego.

Las puertas se abrieron de manera intempestiva y Esteban salió de la morgue. Con una mano jalaba a Chuy de la bata y con la otra arrastraba a JR de un pie. De inmediato fue cegado por las luces brillantes de tres camionetas. El oficial se dejó caer agotado y tosió un par de veces antes de que sus pulmones inhalaran hondo el aire fresco de la noche.

Unas botas grisáceas de piel de cocodrilo y recién lustradas invadieron su campo de visión. Esteban se hizo a un lado para evitar toser o escupirles encima. Sintió los ojos irritados y escozor en algunas partes del cuerpo. Logró distinguir cinco o seis siluetas entrecortadas a contraluz, todas frente a él.

El sujeto de las botas grisáceas de piel de cocodrilo se agachó para observar al sobreviviente y con su mano izquierda ordenó que revisaran los otros dos cuerpos. Esteban lo observó por primera vez: era un tipo grande de piel morena. Vestía camisa negra de seda con delgadas cadenas de oro alrededor del cuello. Sobre su regazo colocó un cuerno de chivo y sacó un paquete de cigarrillos. Sus gruesas manos tomaron uno y lo pusieron en su boca. Después extrajo un encendedor dorado con las iniciales JM, realzadas con gemas preciosas, y lo accionó. El cigarrillo prendió e iluminó su cara: era un rostro inexpresivo marcado por la experiencia que dan los años.

Lo reconoció de inmediato. No porque se tratara de un amigo o un

conocido, sino porque su hermano David le había hablado de él tiempo atrás. El sicario le ofreció un cigarrillo y el oficial declinó amablemente la oferta. Esteban echó el cuerpo hacia atrás y se sentó en el suelo con una pierna recogida y la otra estirada. Ambos quedaron al mismo nivel.

—Sacó al JR, Negro —dijo una silueta—. ¿Qué quieres hacer?

El negro dio una bocanada más y su rostro quedó completamente visible por unos instantes.

—Escogiste bien —dijo el Negro esbozando una sonrisa.

El oficial no contestó. Miró alrededor y supo que estaba a su merced. Su destino y su vida se encontraban en las manos del más temible sicario del norte del estado. Caviló en que estaba a punto de morir por segunda vez en menos de diez minutos y recordó a su mujer y a su hija. Cerca del mediodía se despidió tan tranquilo de ellas que jamás pensó que quizá no volvería a verlas.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó el Negro.

Esteban asintió y el sicario lo miró sorprendido:

—Es bueno saber que mi fama me precede.

Las siluetas rieron como hienas y dos de ellas levantaron a JR y lo subieron en el asiento trasero de una camioneta.

—El chico al que sacaste —dijo el Negro—, al que salvaste de morir, es el hijo menor de mi patrón. JR no hacía más que vociferar que estaba listo para trabajar en el negocio de su padre y le acabas de demostrar que no es así. Por eso nosotros no entramos ni cuando escuchamos los disparos. Era su iniciación y él debía tomar todas las decisiones. Su padre estará muy agradecido porque lo salvaste...

—Yo sólo me defendí —interrumpió Esteban—. No fue mi decisión matar a los otros...

—Los otros conocían los riesgos de este negocio. ¿A qué te dedicas?

El agente guardó silencio un momento y observó la AK47 sobre las rodillas del sicario. Después contestó:

—Soy oficial de la policía de Tapalpa.

El Negro torció la sonrisa, chistó con la garganta e hizo una mueca desaprobatoria.

—Eso no está bien..., oficial. Pensé que llegaríamos a un arreglo por todo

esto.

—¿Qué clase de arreglo?

—Nunca lo sabremos —y suspiró—. Ahora todo cambió. Sabes quién soy y conoces mi cara. Para ciertos trabajos es mejor avivar la leyenda y el anonimato que...

—Ponerle rostro al monstruo —finalizó Esteban.

El Negro miró entretenido. La persona que tenía frente a él había terminado la frase que sólo le decía a sus víctimas antes de matarlas.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi hermano me habló de ti..., de su arreglo.

—¿Quién es tu hermano?

—Era.

El Negro guardó silencio y pensó. Luego sujetó con las manos el rostro de Esteban y se hizo a un lado para examinarlo mejor bajo la intensa luz de las camionetas.

—Me pareces conocido. Pero no sé quién eres o quién era tu hermano.

—Me llamo Esteban Rey..., mi hermano era David Rey, jefe de la policía de El Real.

—¿Tu hermano te contó de nosotros? ¿De lo que ocurrió?

El oficial asintió.

El Negro dibujó una sonrisa y tiró el cigarrillo al suelo.

Una de las siluetas preguntó a otra:

—¿Qué está pasando?

—Creo que se conocen.

—Negro —dijo una tercera—. Tenemos que matarlos. Nadie puede saber que salimos de nuestro territorio. Ya con el tiroteo fue suficiente, no queremos...

El Negro lo miró por encima del hombro y guardó silencio de inmediato. Después miró a Esteban fijamente a los ojos y lo tomó por la nuca. Lo acercó para decirle algo al oído sin que nadie más pudiera escucharlos.

—¿Conoces la historia de La Cantina?

—Sí —dijo el oficial.

—¿Sabes que estoy vivo gracias a tu hermano?

—Sí.

—¿Y sabes que le debo un favor?

Esteban asintió.

—Es una pena que David esté muerto —y echó el cuerpo para atrás—. Era un tipo honrado, justo. Y aun con todo siempre decía que tú eras el mejor de los dos. Que todo lo que sabía lo aprendió de ti, su hermano menor. ¿Qué vamos a hacer ahora? Todo cambió de nuevo.

—Es tu decisión, no la mía —contestó Esteban.

El Negro se levantó y sus rodillas crujieron. Estiró las manos y los pies y miró a sus sicarios. Les hizo una seña para que subieran a sus camionetas. Ellos obedecieron y se marcharon. Sólo uno permaneció, un tipo grande y robusto que entre ellos era conocido como el Carnicero y era su hombre de confianza. El sicario le lanzó el cuerno de chivo y se giró extendiendo la mano. El oficial la agarró y se incorporó con su ayuda.

—Con esto saldo la deuda que tenía con tu hermano —dijo el Negro.

—Está bien —dijo Esteban y se miraron por un largo momento.

—Lamento mucho lo de David —agregó el Negro—. Pero si soy honesto contigo, ni siquiera nosotros tenemos negocios en El Real. Las personas de ese lugar me provocan desconfianza, más de la normal. Son una comunidad cerrada y sólo confían entre ellos. Y luego las historias que cuentan, sus leyendas..., sus lobos.

Entonces se le acercó el Carnicero para decirle algo al oído y el sicario asintió:

—Los vamos a llevar al hospital.

—No es necesario —dijo Esteban—. Puedo manejar.

—No vas a poder —atajó el Negro, y el Carnicero lo sorprendió con un golpe sobre la ceja que lo desmayó.

El Negro y el Carnicero eran tipos grandes y cargaron con facilidad a Esteban y a Chuy para subirlos a la camioneta. Minutos más tarde arrojaron sus cuerpos en la entrada del hospital del municipio de Tapalpa y desaparecieron hacia el norte del estado.

Esteban despertó horas después sobresaltado y se enderezó súbitamente en la

cama. Su corazón estaba acelerado y sintió gotas de sudor escurriendo por la espalda. En la mano izquierda tenía incrustada una aguja y un tubo plastificado por el que bajaba el suero y se introducía en su cuerpo. No reconoció la habitación y notó la boca seca. Observó sus brazos y sus piernas: los tenía vendados. Alcanzó a experimentar cierta irritación en el rostro y las extremidades. Estaba a punto de gritar cuando una mano rozó su espalda y otra se posó sobre su mejilla. El oficial volteó y vio que su mujer se encontraba a su lado.

—Tranquilo —dijo ella—. Estás bien. Estás en el hospital.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está Chuy?

—Está en otra habitación. ¿Cómo te sientes?

La palpitación en su corazón comenzó a disminuir.

—Mareado, me duele la cabeza —y se llevó la mano derecha a la sien.

—Tienes un chichón enorme. ¿Con qué te golpearon?

—No lo recuerdo.

—¿Recuerdas qué pasó en la morgue? Quedó completamente calcinada.

Todo en el interior se quemó.

Esteban revivió en fracción de segundos lo sucedido.

—¿Recuerdas algo? —insistió ella.

—No —dijo en tono extraño.

Marta le sujetó la cara y lo miró directamente a los ojos:

—¿No recuerdas nada?

Él la miró y ella comprendió. Ya se enteraría de la verdad con el paso de los días, pero no en ese momento. La versión oficial sería que no recordaba nada de lo ocurrido.

—¿Cómo llegamos aquí? —preguntó Esteban.

—Los encontraron tirados en la entrada del hospital. Tienes quemaduras leves en brazos y piernas y la contusión en la cabeza.

—¿Isabella?

—En la escuela. Ya vendrá después a visitarte.

—¿Y Chuy? ¿Cómo está?

—Aún no despierta y se encuentra delicado. Lo tuvieron que entubar porque no respiraba por sí mismo.

Esteban apretó el puño.

—Quiero verlo —sentenció.

Marta se levantó y lo ayudó a incorporarse. Pasó la mano de su esposo por encima de los hombros y lo acercó a la orilla de la cama. El oficial bajó las piernas y sus pies se posaron en el suelo. Le llevó un momento permanecer estable de pie y el mareo se intensificó. Ambos salieron pausadamente de la habitación arrastrando el trípode de la sonda como bastón. Caminaron por un estrecho pasillo y pasaron por seis dormitorios hasta llegar a la puerta que mostraba un siete plateado al centro. Abrieron sin anunciar su llegada y descubrieron a Chuy rodeado por dos doctores y una enfermera.

La imagen horrorizó a Esteban. La cara de su amigo estaba irreconocible y desfigurada. De su garganta salían dos tubos verdosos que estaban conectados a una máquina que emitía un funesto sonido de respiración artificial.

—Esteban, no deberías estar de pie —dijo uno de los doctores.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el oficial.

El otro doctor se aproximó para asistirlo a caminar. Marta lo sujetó del antebrazo y entre los dos lo ayudaron a sentarse en el desgastado sillón café que adornaba la habitación. El médico sacó una pequeña linterna del bolsillo de la bata y alumbró los ojos del agente.

—¿Te sientes mareado? —le preguntó mientras hacía reaccionar las pupilas.

Esteban apartó la luz de mala gana y miró al joven con una severa expresión en el rostro. Su paciencia no estaba para realizar pequeños exámenes de rutina sin sentido.

—¿Cómo está Chuy? —inquirió molesto.

—No lo sabemos con exactitud. Ya que despierte tendremos una mejor idea de cómo está su cabeza y qué tanto daño cerebral sufrió.

—¿Daño cerebral? —repitió Esteban.

—Llegó muy golpeado —informó el doctor y respiró resignado—. Tiene fracturas en la nariz y el cráneo. Uno de sus pulmones colapsó antes de llegar a la sala de emergencias y además... —e hizo una pausa para mirar a Marta.

El repentino silencio atormentó sobremanera al oficial, pero su esposa asintió y el doctor prosiguió:

—... tiene fracturadas cuatro vértebras cervicales.

Esteban sujetó con fuerza la mano de Marta.

—¿Y eso qué significa? ¿Quedaré paralítico?

—Es una posibilidad, aunque no hay nada concreto pues tiene estímulos en ambas piernas, pero hasta que despierte no lo sabremos con exactitud. Le realizamos todos los estudios que nos fue posible hacerle después de estabilizarlo y no nos queda más que esperar. Cuando los encontramos en la entrada del hospital tú venías inconsciente pero Chuy llegó muerto. Desconocemos cuánto tiempo permaneció así y las consecuencias que pudo desencadenar.

El oficial sintió desvanecerse y su ánimo se desmoronó como un castillo de arena que es arrastrado por las olas del mar. Se giró, miró hacia la ventana y se frotó varias veces el rostro con las manos. Empezó a llorar y Marta lo abrazó con fuerza. Los doctores se miraron entre sí y la enfermera abandonó la habitación.

—Esteban, ayudaría mucho si nos pudieras decir cuánto tiempo pasó Chuy inconsciente. ¿Lo recuerdas?

Marta apretó la mano de su marido y hundió la cabeza en su hombro.

—No lo sé —dijo—. Puede ser que desde las ocho de la noche perdiera el conocimiento..., quizás antes..., no sé.

El doctor le puso la mano en el hombro:

—No te preocupes, poco a poco irás recordando más detalles. Tenemos la esperanza de que Chuy despierte pronto. Ha respondido muy bien a todo lo que le hemos practicado y seguiremos haciendo todo lo posible para que no se presenten más secuelas.

—Gracias.

Isabella llegó al hospital y saludó al guardia que custodiaba la entrada. Era un chico de diecinueve años, rostro amable y una sonrisa permanente en el rostro. Conocía a la familia Rey desde pequeño ya que vivía apenas a dos casas de ellos.

—Hola, Joaquín —dijo la niña.

—Isabella, mi persona favorita. ¿Cómo estás?

—Bien, vengo a visitar a mi papá.

—Ya lo sé —dijo haciéndole un guiño—. Sabes que lo admiro mucho, ¿verdad?

La pequeña sonrió.

—Dile que si un día necesita un hombre de confianza puede contar conmigo para lo que sea.

—Yo le digo.

—Te registro en la libreta y después puedes pasar.

Isabella siguió las instrucciones y pasó de largo por el pasillo. Luego se detuvo, sacó algo de su mochila y regresó con el guardia.

—Por poco se me olvida —y le entregó un dulce de mazapán.

—Qué bien me conoces —dijo Joaquín sonriendo.

La niña avanzó varios metros y se paró frente a la puerta del cuarto donde estaba su padre. Su mamá le había hablado del accidente de trabajo que tuvo, pero nunca se sabe la gravedad hasta que se tiene a la persona de frente y se le puede mirar a los ojos. No sabía qué esperar al abrir e introducirse en el dormitorio. La pequeña suspiró y entró.

Su madre la recibió con una sonrisa en el rostro, le extendió los brazos y de inmediato supo que las cosas iban bien. Discretamente miró hacia la cama. Su papá tenía las extremidades vendadas y una contusión amoratada encima de la ceja. Su respiración era lenta, apacible. Se veía mejor de lo que había imaginado. Su madre la alcanzó y la abrazó.

—¿Cómo te fue en la escuela?

—Bien.

—Tu papá se acaba de quedar dormido, pero está bien. En un par de días lo dan de alta y regresará a casa con nosotras.

—Está bien.

—¿Te impresionó que estuviera aquí?

Isabella asintió. Luego dijo:

—¿Me puedo acostar junto a él?

—Si quieres, pero ten cuidado con la sonda.

—Está bien.

Isabella dejó la mochila en el suelo, se acercó a la cama y subió por un costado para no enredarse con el tubo plastificado del catéter. Después tomó

el brazo derecho de su padre, se acomodó por debajo y puso la cabeza sobre su pecho. Lo observó en silencio largamente. Jamás había pensado en que podría perderlo, hasta hoy. Cuando llegara el crepúsculo buscaría la primera estrella de la noche para pedir un deseo: que su padre estuviera siempre con ella. Al poco tiempo se quedó dormida en sus brazos.

Durante los siguientes días, al despertar, Esteban caminaba hasta el dormitorio de Chuy y ahí pasaba el resto del día. Estaba convencido de que su amigo lo escuchaba y se daba cuenta de que lo visitaba. Por eso le hablaba, le leía las noticias del periódico y hasta un libro titulado *Carrie* que amablemente le dejó una de las enfermeras. Con cada segundo que pasaba y a cada sutil movimiento en el cuerpo del doctor, el oficial tenía la esperanza de que su amigo despertara en cualquier momento.

Pero no fue así.

Esteban fue dado de alta al cabo de cuatro días.

Dioses falsos

El cine Charles Chaplin, ubicado sobre la avenida López Mateos Norte esquina con la calle José María Vigil, en la ciudad de Guadalajara, era la adaptación de un teatro escolar que tenía capacidad para unas setecientas personas y poseía un auditorio muy peculiar, ya que contaba con dos secciones: el área de platea y el área de balcones. Las butacas tenían la singularidad de estar cubiertas por una tela, color escarlata con vivos dorados, que daba un toque solemne y significativo a la sala.

Pocas veces en la historia del auditorio se vendían todas las entradas para sus funciones, pero este sábado era especial y no quedaba un solo asiento vacío. Los operadores del cine tenían la costumbre de proyectar dos filmes (un estreno y un clásico) por el precio de uno. En esta ocasión le tocó el turno a *Batman*, de Tim Burton, y *El retorno del Jedi*, de Richard Marquand. Cientos de personas hacían fila a las afueras del recinto, aguardando su turno para

tener acceso a la película más popular del verano.

Eran las seis de la tarde cuando se abrieron las puertas laterales del teatro y una oleada de personas salió de su interior. Entre la muchedumbre caminaban Maximiliano, Alfonso, Isabella, Marta y Esteban. Una vez afuera, el espacio entre la gente se amplió y pudieron caminar con mayor libertad y desparpajo. Marta se acercó a su marido y lo tomó de la mano.

—¿Ya viste? —le dijo.

—¿Qué?

—Así se habrían visto.

Esteban no comprendió a qué se refería su mujer y ella sonrió.

—Sí —agregó Marta—. Así sería si hubiéramos tenido tres hijos, justo de esas edades. Doce, nueve y cinco —y recostó la cabeza en el hombro de su esposo.

El oficial le besó la frente y la abrazó con fuerza. Luego le preguntó:

—¿Te habría gustado tener tres?

—Me habría encantado darte un hijo más... —y se sujetó el vientre sin hacerlo consciente.

—Me diste una hermosa hija... y es lo mejor que nos ha pasado en la vida. Con ella es más que suficiente.

—Sí, es hermosa —y observó la imagen de los tres niños que caminaban por delante de ellos—. ¿No te hubiera gustado tener más hijos?

—Lo que me gusta es mi vida con ustedes. No necesito más para ser feliz.

Marta siguió mirando a los chicos y sintió pena por tener una familia tan pequeña. Alfonso e Isabella estaban emocionados por las películas y hablaban de sus escenas favoritas. Sin embargo, Maximiliano caminaba ensimismado por delante de ellos sin intervenir en la conversación.

—¿Te gustaría que fueran todos nuestros? —inquirió Marta resignada.

—Sabes que sí. Me siento responsable de los niños.

Y no era sólo por eso. Recordó la etapa de noviazgo y siempre llegaban a la misma conclusión: “Tendremos cuatro hijos al casarnos”. Y aunque Esteban nunca lo mencionó abiertamente desde que naciera Isabella, ella sabía que era algo que le pesaba y se sintió fatal por no poder dárselos. Llevaba más de doce años purgando esa penitencia en la parte posterior de su cabeza sin poder

hacer nada al respecto.

—Se ven tan felices con nosotros —dijo Marta.

Y lo eran. Los Rey representaban lo más cercano a una familia en este momento de su vida.

—Creo que lo son —dijo Esteban—. Pero sabes que los parientes directos tienen prioridad en este tipo de situaciones. Además, sigo con la esperanza de poder encontrar a la hermana de su madre.

—¿La que vive en Estados Unidos?

El oficial asintió y fueron cómplices de un largo silencio que aprovecharon para disolver la tristeza de no poder adoptar a los chicos. Luego los miró caminar por la acera en dirección al estacionamiento. Maximiliano continuaba por delante y Alfonso e Isabella jugaban a correr, perseguirse y esquivarse en el último momento.

Esteban experimentó coraje y tristeza al recordar que su hermano destrozó la familia de los chicos y que, de alguna manera, él no podría compensar el daño. Prometió cuidar de ellos y llegar hasta el fondo de la investigación. A todas horas pensaba en eso, excepto cuando estaba con su familia. Su esposa y su hija parecían ser el único antídoto contra su obsesión.

Alfonso e Isabella llegaron corriendo.

—¿Podemos? —dijeron los dos.

—¿Qué? —preguntó Marta.

—Comprar un helado —dijo Alfonso—. Son de los que preparan en barquillos de aluminio. Son buenísimos y no tenemos de éstos en Tolvaneras.

Esteban sonrió y metió la mano en el bolsillo de su pantalón para buscar unas monedas.

—Pueden pedir uno cada uno, luego los llevaremos a casa de su tía.

—¿Tan pronto? —se quejó el pequeño—. ¿No podemos quedarnos un día más con ustedes?

Maximiliano se acercó para escuchar mejor la conversación.

—Quizá podríamos llamar a su tía —dijo Marta—, y pedirle permiso para que se queden un día más.

—No, le prometí que los llevaría de vuelta hoy y hay que cumplir siempre las promesas —dijo Esteban.

—Por favor —dijo Alfonso—. Somos felices con ustedes.

—Les prometo que hablaré con ella para que puedan quedarse los fines de semana. Claro, si ustedes quieren.

—Sí, sería genial —dijo Alfonso.

—¿Te gustaría eso, Max? —preguntó Marta.

El chico se alzó de hombros y se mostró indiferente. Su hermano le propinó un pequeño golpe para hacerlo reaccionar.

—Estaría bien, supongo.

—¿Isabella? —dijo Marta.

—Claro —dijo la niña—. Me gustaría tener a mis hermanos todo el tiempo.

—No somos tus hermanos —aclaró Maximiliano—. Y se hace tarde para regresar. No quiero que nos regañen por llegar tarde.

El chico estaba enojado y frustrado. No había pasado ni un año desde que visitara el mismo cine con su papá para ver la película *¿Quién engañó a Roger Rabbit?* Y ahora todo era diferente. Todo había cambiado. La familia Rey era buena con ellos, pero casi no los visitaban. Él no podía defenderlos de ella si decían algo inapropiado o hacían algo que no le pareciese. Sus padres ya no estaban y empezaba a olvidar el timbre de sus voces. Eusebio prometió estar siempre con ellos y los abandonó de improviso. Y así sería con el oficial y su familia, estaba seguro. Prometerían y luego no harían nada. Al menos su tía se portaba bien con ellos si acataban la rutina; no cambios, no contratiempos, no nada. El chico lo había comprendido, ¿por qué los demás no podían hacerlo?

Isabella caminó cabizbaja hasta su madre y se colocó detrás. Estaba avergonzada y entristecida. Su semblante dio un giro de ciento ochenta grados y la sonrisa se transformó en una mueca afligida y apenada.

—No le hagas caso —dijo Alfonso—. Para mí eres mi hermana mayor. Así como Mariana en el pueblo. Es sólo que Max se preocupa por todo. No quiso decirlo, está enojado y culpa a todos de que mis papás hayan muerto.

La niña se enjugó un par de lágrimas.

—No quise hacerlo sentir mal —dijo ella.

Marta y Esteban se miraron sorprendidos. Optaron por guardar silencio y

comprar helados para todos. Luego subieron al coche y partieron rumbo a Tolvaneras, ya que el viaje sería de una hora y cuarenta y tres minutos. Alfonso e Isabella durmieron gran parte del trayecto. Maximiliano miró el paisaje en silencio y rezó para que no tuvieran ningún contratiempo durante el regreso.

La tía Carmen subió a la camioneta y condujo hasta el gran arco de la entrada de la hacienda. Era un trayecto de cuarenta segundos, pero prefirió hacerlo en coche para no tener que fingir la cojera de la pierna. Tardó varios minutos en abrir el portón de metal. Era una actividad que no solía realizar y en esos pequeños momentos era cuando de verdad echaba en falta a Eusebio. Eso sí, tenía claro que jamás regresaría a la hacienda. De nada sirve tener un empleado en el hogar que no sabe seguir unas simples indicaciones, por más que quisiera justificar lo que hacía con los niños. “Qué vergüenza”, pensó. “Utilizar a los nenes para ocultar su desacato”.

Al abrir recibió a los chicos con una gran sonrisa, como si genuinamente le hubieran hecho falta durante el día.

—¡Hola, nenes! —dijo abrazándolos—. ¿Cómo la pasaron?

—Bien —contestaron al unísono en un tono extraño que llamó la atención de los Rey.

—Señora Carmen, buenas noches —saludó el oficial.

—Esteban, gracias por invitarlos a la ciudad.

—No tiene nada que agradecer.

—Buenas noches, señora Carmen —dijo Marta.

—Buenas noches —contestó—. Espero que se hayan portado bien los nenes.

—Sí —aseguró la esposa del oficial—. Los niños son un encanto. De hecho quisiéramos platicar con usted...

—Ya es tarde, querida. Y seguro están cansados. Además les queda el viaje de regreso a Tapalpa.

Marta se sintió incómoda con la respuesta y se acomodó junto a su marido.

—Quizás otro día —propuso Esteban.

—Por supuesto —dijo Carmen—. ¿No les gustaría cenar con nosotros en un mes?

—¿Qué opinas, cariño? —preguntó el oficial y su mujer asintió—. ¿Quiere que traigamos algo?

—Para nada. Ustedes serán los invitados. Los nenes y yo podremos resolverlo.

—¿Aún no reemplaza a Eusebio?

—No —dijo haciendo una mueca—. Parece que nadie está a su altura. Pero para ser sincera, no fue fácil domesticarlo. Tardé más de veinticinco años en hacerlo.

—Me preocupa que esté sola con los niños.

—No se inquiete, oficial. Tengo una escopeta y sé cómo utilizarla.

La señora y los niños se despidieron; Esteban tuvo un extraño presentimiento mientras cerraban la puerta de metal de la hacienda. Algo en la expresión de los chicos lo perturbó. Quiso tocar de nuevo pero se abstuvo.

—¿Qué opinas? —le preguntó a su esposa.

—No me gustaría vivir con ella, eso es todo lo que sé. La señora me provoca aprensión.

—Ya lo sé. Quisiera conocer su historia y saber qué es lo que sucede con ella.

—Lo sabremos el día de la cena —dijo y cambió el tono a uno más burlesco—. Podrás aplicar tu talento de investigador y analizarla en su totalidad.

Él sonrió y ambos subieron al coche. Isabella permaneció dormida en el asiento trasero durante la charla y así se mantendría hasta llegar a su casa. La extraña sensación que percibieron al despedirse desaparecería con el paso de los días.

Mientras tanto, en la hacienda, la señora Carmen estacionaba la camioneta en la entrada de la casa.

—Vamos, nenes. La cena está lista. Vayan a lavarse las manos; los espero en la cocina abierta, la que está junto al patio. No tarden.

Los chicos obedecieron y se limpiaron en el baño. Luego Alfonso corrió hasta el dormitorio y cogió sus muñecos de Luke Skywalker y Darth Vader para llevarlos con él hasta la mesa; aún seguía emocionado por el paseo de ese día. Maximiliano se había serenado al ver que su tía estaba de muy buen

humor y empezó a intercambiar palabras con su hermano sobre las películas que habían visto. Ambos cruzaron el patio de la casa y llegaron a la cocina.

—Fue genial —dijo Alfonso al llegar.

—¿Qué fue genial? —preguntó su tía.

—Ir a la ciudad. El cine, las películas... Vi mi favorita: *El retorno del Jedi*. La Boca de la Muerte es asombrosa.

La tía Carmen sonrió. No le agradó mucho eso de la Boca de la Muerte pero estaba encantada de que sus sobrinos la hubieran pasado genial. A ella también le sirvió no tenerlos en casa y aprovechó para descansar. El pequeño de los hermanos agarró sus muñecos y empezó a jugar con ellos. Hizo sonidos de espadas de luz y pistolas láser.

—¿Qué tal se comportan el oficial y su familia, Max?

—Son buenas personas —contestó el chico.

—Adoro mis monos de *La Guerra de las Galaxias* —dijo Alfonso mientras los paseaba de un lugar a otro.

La sonrisa en el rostro de la tía Carmen se derrumbó como tierra que se desliza por una colina.

—¿Qué dijiste? —dijo la tía Carmen cambiando el tono de su voz.

Maximiliano se percató del cambio en el semblante de la señora. Alfonso, sin embargo, continuó absorto en el juego y contestó sin pensar:

—Adoro mis muñecos, son lo mejor del mundo.

—¿Tienes más? —dijo ella con malicia.

—Los tengo todos. ¿Quieres verlos?

—Desde luego —afirmó torciendo el rostro en una mueca que deformó sus facciones.

El pequeño corrió emocionado hasta el dormitorio. La tía se levantó y avivó el fuego del horno; echó más leña en el interior. Alfonso regresó y dejó caer todos los muñecos sobre la mesa. Maximiliano tuvo un mal presentimiento y se acercó. Discretamente tomó el favorito de su hermano y lo guardó en la bolsa delantera del pantalón.

—Muy bien —dijo la tía Carmen—. Dijiste que los adoras, ¿verdad?

—Sí —contestó con una sonrisa que atravesaba toda su cara.

—¿Cómo alguien tan pequeño puede ser tan idiota?

Alfonso abrió los ojos y miró a su hermano. No entendió lo que acababa de ocurrir.

—Pe... pero... yo —intentó hilar palabras.

—Sólo se puede adorar a nuestro Señor, Alfonso. ¡Sólo al Señor! Y estos muñecos infernales te roban su cariño. No mereces su amor. No mereces su misericordia. Mereces el infierno, imbécil.

El chico pegó la espalda contra la mesa y echó los hombros al frente mientras evadía la mirada de su tía. No entendía qué había hecho mal y no le gustaba la forma en que le hablaba. Buscó la ayuda de su hermano y éste le hizo una señal para que se callara, a la cual no hizo caso:

—Pero mis papás me los regalaron.

—Pues tus papás ahora mismo están muertos y te aseguro que por tu culpa no están en el cielo. Por ayudarte a fomentar la adoración de dioses falsos.

—No digas eso... No me... —y se echó a llorar.

—¿Quieres enmendar lo que has hecho?

Alfonso seguía sin mirarla y su hermano acortó la distancia entre ellos.

—Dime —dijo la tía Carmen—, ¿quieres que el Señor te ame y tus padres puedan descansar tranquilos?

—Sí —dijo casi como un susurro—. Sí, sí quiero.

—¡Pues quémalos! —sentenció ella.

—¿Qué?

—¡Quema tus ídolos falsos!

Maximiliano se acomodó junto a su hermano. Había entendido a la perfección la condena en las palabras de su tía.

—No, no quiero —dijo Alfonso.

—¡Que los quemes! ¡Te lo ordeno! ¡El Señor te lo ordena! Expulsa al demonio de tus pensamientos. Demuéstrale al Señor Oscuro que no lo quieres, que no lo adoras —y extendió el brazo hacia el brasero.

El pequeño miró suplicante a su hermano mayor, no podía hacerlo.

—¡Que lo hagas! —siseó la tía Carmen.

Alfonso brincó y cogió el primer muñeco. Tardó unos momentos pero lo arrojó al fuego vivo.

—¡TODOS!

El niño se sintió desolado y confundido. Cientos de pensamientos cruzaron por su cabeza, en especial los recuerdos de cuando sus padres le habían regalado los muñecos para coleccionarlos. Maximiliano le ayudó y entre los dos arrojaron cada uno de los personajes al fuego.

Uno por uno.

Uno tras otro.

Alfonso lloraba sin parar y le costaba trabajo respirar. Maximiliano miraba la expresión en el rostro de la tía: estaba extasiada.

La odió.

La odió por lo que le hacía a su hermano.

Sin pensarlo, Maximiliano tomó la figura de Darth Vader y la guardó en la bolsa posterior del pantalón. Quería salvarla, era la segunda favorita de Alfonso. Cuando terminaron de lanzar los muñecos al fuego, la tía Carmen se acercó y les dijo en un tono amable, casi maternal:

—¿Arrojaron todos al fuego?

Ambos asintieron.

—¿Seguros?

—Sí —dijo Alfonso llorando.

—Maximiliano, ¿seguro que fueron todos?

—Sí, señora.

—¡MENTIROSO! —dijo sacudiendo la mesa.

La tía Carmen lo tomó por los hombros y lo sacudió violentamente. Luego sacó la figura de Darth Vader de la bolsa trasera del pantalón.

—¿Y éste? ¿Apareció por arte de magia negra en tu bolsillo? ¡Quémalo también!

No tuvo más remedio que obedecer. Caminó hasta el horno e hizo su brazo hacia atrás para arrojarlo.

—No, así no —dijo Carmen—. No lo lances, échalo con la mano.

Maximiliano sintió un hormigueo en el cuerpo. Tenía miedo de quemarse, pero tenía más miedo de lo que pudiera hacerle su tía. El chico extendió la mano hasta sentir el ardor en sus nudillos. La lumbre le calentó la piel y, por simple reflejo, arrojó la figura al fuego. Darth Vader fue envuelto por las llamas y el plástico de la capa se derritió al instante. Después, la figura

empezó a deformarse y Maximiliano se giró con los ojos llorosos tras cumplir con la orden.

—Qué malo eres como hermano —dijo la tía Carmen—. ¿Por qué tenías que quemar el muñeco favorito de Alfonso?

—¿Qué? —contestó.

—¿Querías robártelo? ¿Lo querías para ti?

El chico guardó silencio.

—¡Sácalo! —ordenó, pero Maximiliano se alejó del horno sin dejar de mirarla—. Sácalo del fuego te digo. Lo querías, ¿no es así? Devuélveselo a tu hermano. Dices que lo amas, ¿verdad? Ésta es tu oportunidad de demostrarlo.

—No lo hagas —dijo Alfonso—. Sé que me quieres.

La tía Carmen volteó a ver al pequeño:

—No, no de verdad. No eres nada para él... No le importas... Si te quisiera como nuestro Señor...

Y Maximiliano metió el brazo al fuego y cogió la figura de plástico encendida. Gritó tan fuerte que su lamento se escuchó por toda la hacienda. La pieza continuó derritiéndose en su mano pero no la soltó, quería salvarla. Le quería demostrar a su tía que su hermano era lo más importante para él en el mundo y que lo amaba. El muñeco se fundió sobre la piel de su palma.

—¿Pero qué has hecho? —preguntó asombrada—. ¿Te has vuelto loco? — y salió de la cocina.

Maximiliano no pudo más y arrojó la figura deformada al suelo. La mano le ardía como si la hubiera metido directamente en las llamas. Se le puso roja, hinchada, y algunas ampollas empezaron a formarse alrededor de la carne quemada. Los dos chicos lloraban sin cesar.

La tía Carmen regresó con un botiquín de primeros auxilios y de su interior sacó agua oxigenada y un par de gasas. Con mucha paciencia y sin decir una sola palabra curó las heridas de Maximiliano. Nadie habló mientras se llevaba a cabo el proceso de curación. Al terminar preparó chocolate caliente y les leyó un cuento antes de dormir. Los niños no dejaban de mirarse entre sí, estaban asombrados por el carácter tan volátil de su tía.

Alfonso se giró tan pronto escuchó el cerrojo de la chapa del dormitorio:

—¿Puedes dormir conmigo? —le dijo a su hermano.

Maximiliano se incorporó de la cama con mucho cuidado, tratando de no apoyar la mano vendada. Después caminó hasta la silla donde estaba su ropa sucia y buscó algo en la bolsa delantera del pantalón. Del interior sacó la figura de Luke Skywalker y Alfonso abrió los ojos. Estaba sorprendido y no pudo ocultar su felicidad.

—¡Lo salvaste!

—Shhhh, no hables tan fuerte —y se aproximó hasta la cama—. La guardé para ti porque sé que es tu favorito.

El pequeño lo abrazó con fuerza y le dijo:

—Eres el mejor hermano del mundo.

—No dejes que lo encuentre —y se acurrucó junto a él.

Por un instante olvidaron el horror que habían vivido, esperando que fuera el último.

OTOÑO
1989

El traje del muerto

Abrió la puerta y fue recibida por el aroma a tierra mojada. Aún se escuchaba el golpeteo rítmico de las gotas de agua cayendo contra los charcos formados por la lluvia que había terminado. Nubes grandes y grises se revolvían en el horizonte, alejándose lentamente. El pasto de los jardines, verde e intenso, parecía cubierto por una capa delgada de cristales finísimos que brillaban ante la aparición de algunos tímidos rayos de sol. La luz áurea se abría paso por entre el celaje que enmarcaba la aparición de un arcoíris frente a sus ojos.

La tía Carmen caminó y se sentó en una de las sillas de la terraza. Posó tres objetos sobre la mesa: la Biblia, el bastón y una taza humeante de té de jengibre. Respiró hondo. El aire fresco de la tarde entró en sus pulmones y relajó su cuerpo. Era un buen día. La presión en su cabeza disminuía conforme transcurría la mañana y los chicos se habían portado bien y habían estado jugando en silencio desde que inició la tormenta. Decidió disfrutar del ambiente húmedo, beber su té y leer un pasaje de la Biblia.

Pero la tranquilidad en la que se sumergió le fue arrebatada por el timbre del teléfono. La señora se levantó de mala gana y se desplazó hasta la mesita donde se encontraba el aparato. Los nenes tenían prohibido contestar, así que ella tuvo que tomar la llamada.

—Diga... Sí, ¿qué sucedió?... ¿Ya llamaron a don Alberto?... Está bien, salgo para allá.

Y todo cambió en cuestión de segundos. Maximiliano tenía razón, su tía odiaba los imprevistos. Le hablaron para decirle que una de las bombas

purificadoras de la planta de agua estaba descompuesta. Sus empleados tenían instrucciones claras y precisas de no hacer ningún tipo de reparación si no estaba ella presente. Le gustaba supervisar todo lo que se hacía, de esa manera se evitaba dos cosas: que alguien le viera la cara de tonta y que le cobraran de más por algún trabajo. Tenía que salir un par de horas, así que llamó a los niños:

—Nenes, tengo que salir hacia la purificadora.

—¿Podemos ir contigo?

—No en esta ocasión. Hay muchos pendientes que realizar y ustedes deben hacer la tarea. Cuando sean mayores podrán encargarse de mis negocios. Mientras tanto al dormitorio, que los tengo que encerrar para que no se metan en problemas. Ahí podrán ser niños, jugar, y si se aburren pueden rezar y hablar con nuestro Señor.

Los niños obedecieron sin objeción. En pocos minutos escucharon la camioneta alejarse por el camino y luego, con mucho cuidado, utilizaron la llave que les dejó Eusebio para abrir la cerradura de la puerta de la habitación.

Silencio.

Momentos después, la vieja puerta de metal de la entrada de la hacienda rechinó y se cerró. Los chicos se asomaron por una de las ventanas de la casa para cerciorarse de que la camioneta de su tía ya no se encontraba dentro del terreno.

—¿A dónde iba? —preguntó Alfonso.

—A la purificadora, así que tenemos al menos una hora —dijo su hermano—. ¿Qué quieres hacer?

El pequeño se frotó las manos y brincó emocionado. Muchas opciones para elegir. Pensó por un momento y dijo lo primero que le vino a la cabeza:

—¡Su recámara! Quiero conocerla.

Ambos miraron desde el piso de abajo el cuarto que su tía utilizaba para dormir. Hasta el momento, era la única habitación inexplorada y desconocida de toda la casa. Ya conocían de memoria casi todos los rincones y recovecos y ya les resultaban aburridos.

—No lo sé —dijo Maximiliano.

La casa les pareció más fría y desolada que de costumbre. La habitación no era la mejor opción para jugar en ese momento.

—No estoy muy seguro, Poncho —continuó y luego imitó la voz de su tía en un tono más agudo—. “Si entran en mi dormitorio habrá consecuencias graves”.

Alfonso lo miró confundido, luego le dijo:

—¿Y le piensas decir que nos metimos?

—Estás loco, por supuesto que no... y además siempre cierra con llave.

—Pues la abrimos.

—¿Y cómo, sabiendo?

—Como lo hacen en las películas. ¿Recuerdas que el otro día le pedí a Mariana su prendedor para el cabello?

—Sí.

—¿Para qué crees que era?

Maximiliano no quiso destrozarse la ilusión de su hermano. Estaba completamente seguro de que no tendrían posibilidades de abrir la puerta del dormitorio. Tras meditarlo un poco decidió ser indulgente con su hermano menor:

—Va, lo intentamos.

Ambos atravesaron el patio y subieron por las escaleras a una velocidad envidiable. Estaban emocionados, la anticipación por entrar en un lugar prohibido les provocó una mezcla de excitación y miedo que se paseaba por su cuerpo en diferentes sensaciones. Cuando llegaron a la puerta del cuarto se pararon en seco y la miraron en silencio.

—Ya no sé si quiero hacerlo —le dijo el pequeño a su hermano.

—Yo tampoco.

—¿Lo echamos a la suerte?

—Va.

Alfonso sacó de la bolsa del pantalón la moneda de plata que le trajo el Ratón de los Dientes y la arrojó al aire. Maximiliano la cachó y le dio un pequeño golpe en la nuca.

—Tenemos que escoger antes de lanzarla, ¿recuerdas?

—Ah, es cierto —y sonrió.

—Cara entramos. Cruz, lo dejamos para otro día.

Se la devolvió y el pequeño la lanzó de nuevo. La moneda giró en el aire y zumbó al caer en el suelo. Después de un par de rebotes rodó por debajo de la puerta y se introdujo en el dormitorio de su tía. Los dos se miraron con los ojos bien abiertos y se agacharon para buscarla. Apreciaron el brillo de plata a un metro de la entrada. Ninguno de los dos pudo meter las manos por el angosto espacio que los dejaba observar hacia el interior del cuarto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Alfonso angustiado—. ¿Cómo vamos a saber si fue cara o cruz?

Maximiliano lo miró con poca paciencia:

—No seas tonto. Tenemos que entrar y recuperarla... Si no, va a saber que salimos del cuarto sin su permiso.

—Es cierto —dijo asintiendo.

Ambos se levantaron y echaron un vistazo a la chapa: era una cerradura sencilla, antigua, con forma de círculo en la parte superior y triangular en la base. Alfonso sacó el prendedor de metal de Mariana.

—Tenemos que doblarlo un poco, sin romperlo... Así..., mira —dijo y se lo dio a Maximiliano—. Tú eres más hábil con las manos... —y miró ensimismado la quemadura en forma de Darth Vader.

Su hermano se dio cuenta y trató de evitar que se sintiera mal:

—Está padre, ¿verdad? Ya ves que ha sido la sensación en la escuela y todos quieren una igual.

Alfonso esbozó media sonrisa. Supo lo que su hermano hizo por él y lo agradeció.

—Vamos —agregó Maximiliano—. Tenemos que recuperar tu moneda.

Cogió el prendedor y lo introdujo en la cerradura de la puerta del dormitorio. Dio un par de vueltas sin mucho sentido y lo movió de arriba abajo, sin obtener ningún resultado. Lo intentó de nuevo y su hermano lo detuvo, luego lo observó levantarse y hacer unos movimientos raros con los brazos en el aire, como si abriera una puerta imaginaria.

Alfonso terminó y asintió:

—Gíralo hacia la izquierda... Sí, hacia la izquierda se abre la puerta.

Su hermano frunció el ceño con incredulidad pero decidió hacerle caso.

Se escuchó el chasquido metálico de la cerradura al abrirse. Los chicos se miraron asombrados. La verdad era que ninguno de los dos pensaba que iba a funcionar. Maximiliano empujó la puerta y ésta rechinó sobre sus bisagras, como pasa siempre en las películas de terror.

Un olor a humedad y encierro les dio la bienvenida al dormitorio de su tía. El tufo les hizo pensar que las ventanas habían permanecido cerradas durante años. Los rayos de sol que por ahí ingresaban permitían que se vieran partículas de polvo flotando en el ambiente. La iluminación de la habitación era extraña: más que proporcionar claridad parecía deformar los objetos.

Alfonso vio la moneda de plata y se agachó para recogerla. Antes de alcanzarla sintió un tirón en la camiseta y miró a su hermano extrañado. Maximiliano estaba asombrado, con los ojos y la boca abiertos, señalando hacia la cama. El pequeño volteó para llevar su mirada hasta el lugar indicado.

Hubo silencio.

No dijeron una sola palabra mientras observaban boquiabiertos.

Un borrego berreó en la distancia y los hermanos brincaron, saliendo de su trance.

—Qué miedo —dijo Alfonso.

Maximiliano ignoró su comentario.

—¿De quién será? —continuó el pequeño.

El mayor de los hermanos estiró la mano y apuntó hacia la fotografía que se encontraba sobre una mesita junto a la cama. Detrás del portarretratos sobresalía una urna negra con vivos dorados.

—De él —dijo con seguridad.

Alfonso echó un vistazo y el estómago se le revolvió. Un temblor recorrió su cuerpo y empezó a sudar frío. Él conocía a la persona que sonreía en el retrato. Era un hombre alto de semblante triste y bigote tupido. El mismo que salió por la puerta del guardarropa la primera noche que durmieron en la hacienda. El chico retrocedió dos pasos sin vacilar y se colocó detrás de su hermano.

—Es de él —repitió Maximiliano al tiempo que confirmó que su tía estaba verdaderamente trastornada—. ¿Lo quieres tocar?

—No, estás loco —dijo Alfonso y luego le lanzó una mirada de complicidad—. ¿Tú?

—No sé.

Y los dos dieron un paso al frente, poniendo toda su atención en aquello que yacía sobre el colchón. Esa cosa tenía años ahí, acompañándola día y noche como un coautor silencioso de su demencia. Por eso no quería que nadie entrara a su habitación. El pequeño se acercó y estiró uno de sus dedos para tocarlo. Quería saber si era real o si estaba soñando.

—¡No! —dijo Maximiliano—. No lo hagas, mira bien.

Alfonso se contuvo y comprendió el temor en la frase de su hermano. Una delgada y muy fina capa de polvo cubría un traje elegante de fiesta casi en su totalidad. Existía una pequeña parte, justo en el extremo de una de sus mangas, que se encontraba libre de partículas.

—Sabes que no podemos hablar nunca de esto, ¿verdad?

Alfonso asintió.

—Mejor hay que salir —sugirió Maximiliano—, no me siento a gusto aquí. Tengo miedo.

—Quiero ver el armario. Si esto está en la cama, imagina lo que habrá ahí adentro.

—No, Poncho. Vámonos.

Y no le hizo caso. Caminó un par de metros hacia el guardarropa y estiró sus manos temblorosas para abrirlo. No alcanzó a hacerlo. Su movimiento fue interrumpido por el estruendo de la puerta de metal de la entrada de la hacienda.

Se miraron asustados.

Debían regresar al dormitorio antes de que ella entrara en la casa.

—Toma —dijo Maximiliano y le entregó una llave—. Quédate con ella, es de nuestro cuarto. ¡Ve!

El chico obedeció y escucharon a lo lejos el rechinado del portón que se cerraba. Maximiliano azotó la puerta, tomó el prendedor de Mariana e intentó frenéticamente girar la cerradura de la habitación. No lo lograba. Paró tras varios intentos e hizo los mismos gestos que hizo su hermano momentos antes. “Se cierra hacia la derecha”, pensó. Lo intentaba de nuevo cuando se acordó

de la moneda de plata. Abrió y entró rápidamente, la tomó del suelo y volvió a cerrar la puerta.

Alfonso bajó despavorido por las escaleras de la casa. Corrió y dio vuelta bruscamente al llegar al patio. Sus pies resbalaron en el piso mojado y se cayó. La llave de la habitación rebotó tres veces y se hundió por el orificio de uno de los desagües.

—No, no, no, no, no, no, no —dijo Alfonso.

En el segundo piso, su hermano giraba bruscamente el prendedor cuando escuchó algo quebrarse. Parte de la punta del prendedor cayó al suelo.

—No, no, no, no —dijo y siguió intentando accionar la cerradura.

La tía Carmen, mientras tanto, subió a la camioneta y cambió de posición la palanca de velocidades. Pasó de *parking* a *drive* y pisó suavemente el acelerador. El vehículo inició el recorrido hacia la casa.

Ignorando el dolor, Alfonso apoyó sus manos sobre el suelo mojado y se impulsó con fuerza para deslizarse hasta el desagüe del patio. Sin detenerse a pensarlo, metió la mitad de su brazo por la hendidura en busca de la llave.

A Maximiliano le sudaban las manos y se le dificultaba sostener el prendedor entre los dedos. Su respiración era agitada y su corazón latía a toda velocidad. Dentro de su mente se paseaban todos los castigos a los cuales se harían acreedores si ella se enteraba de que salían de su cuarto cuando no estaba.

Poncho se agachó y no alcanzó a ver más que un simple boquete oscuro y húmedo que servía como conducto de salida del agua. Buscó el brillo plateado de la llave o algún indicio que le indicara en qué dirección buscar. Echó el cuerpo hacia delante y volvió a introducir la mano. Sus dedos se revolvieron entre lodo y líquidos para tocar algo blando y afelpado. Una descarga de terror invadió su cuerpo y retiró de inmediato el brazo.

Las pequeñas piedras del camino crujieron al reacomodarse cuando los neumáticos de la camioneta de la tía Carmen pasaron por encima.

El sonido del coche inquietó y motivó a Alfonso, quien no puso reparo en meter de nuevo la mano en el desagüe. Sus dedos buscaban desesperadamente la llave y rozaron una de las patas de la rata que se hallaba agazapada dentro del conducto. El chico movió la mano y el animal erizó el pelaje amenazando

con un sonido gutural.

El cerrojo se accionó y la puerta del dormitorio quedó cerrada. Maximiliano sonrió y respiró aliviado. Sacó el prendedor del orificio de la bocallave, cogió el pedazo roto del suelo y bajó por las escaleras de dos en dos. Al llegar al patio encontró a su hermano tumbado boca abajo y con medio brazo metido en la hendidura del conducto del agua.

La tía Carmen pisó el freno; las pastillas y el disco de los neumáticos rechinaron. La camioneta se detuvo frente a la entrada de la casa.

—¿Qué pasó? —dijo Maximiliano.

—Perdí la llave —contestó Alfonso.

—¿Qué? Nos va a matar.

La mano del chico se revolvía dentro del desagüe de un lugar a otro, sin aviso ni tregua. La rata se sintió invadida y amenazada; abrió el hocico ferozmente y enseñó los dientes. Alfonso acercó un dedo y la rata lanzó un mordisco.

Falló por poco.

El sonido del motor de la camioneta cesó. Ella pronto cruzaría por la puerta hacia la casa y los sorprendería en el patio.

—Poncho —lo apresuró Maximiliano.

—Ya casi, ya casi.

La palma de su mano se desplazó por el interior del conducto y la rata pegó su cuerpo contra la pared y se apoyó sobre sus patas traseras.

Se escuchó el chasquido de la chapa del vehículo.

—Poncho.

—Ya casi, creo que ya la alcancé..., creo.

El roedor se preparó para lanzar otra mordida.

La puerta de la camioneta se azotó y escucharon los pasos de su tía sobre la grava suelta del camino.

La rata intentó alcanzar uno de los dedos del niño para morderlo. Sus pequeñas patas delanteras se cernieron sobre su palma, pero falló en dos intentos. El animal arqueó el cuerpo para no fallar de nuevo.

Maximiliano volteó a la entrada. Estaba seguro de que escucharía el sonido de la llave dentro de la cerradura en cualquier momento.

Pero no sucedió.

Puso toda su atención y notó que los pasos se alejaban en lugar de acercarse a la puerta. Escuchó que su tía abría la camioneta y volvía a cerrarla.

—¡La tengo! —exclamó Alfonso y sacó la mano del desagüe, intacta.

Corrieron hasta la habitación. Las cerraduras del dormitorio y la puerta de entrada sonaron al unísono: una para cerrar, la otra para abrir. Los chicos, agitados y exaltados, se sentaron sobre las camas tratando de recuperar el aliento.

Maximiliano levantó la vista y miró con terror a su hermano:

—¡Tu ropa!

Alfonso la vio.

—Está toda mojada —agregó.

El miedo se apoderó de su ser. Intentó moverse pero no pudo. Mandó la indicación a sus piernas para levantarse y éstas simplemente no le hicieron caso. Lo ignoraron por completo. El pequeño sintió cómo su cuerpo se estremecía y se le ponía la piel de gallina. No logró articular palabra o ejecutar movimiento alguno.

Maximiliano brincó de la cama y corrió al guardarropa para sacar una camiseta y un pantalón. Alfonso lo siguió con la mirada cuando alcanzó a ver de reojo que una sombra crecía por debajo de la puerta hacia el interior del dormitorio.

Ella estaba justo detrás de la puerta, en el pasillo.

Maximiliano se quedó quieto, mirando la silueta que se escurría invadiendo la habitación.

La llave de su tía Carmen se introdujo en la abertura y el cerrojo chirrió al liberar el pasador de la puerta. Luego les dijo desde afuera:

—Pueden salir a jugar si quieren. Me voy a mi recámara un momento y los veo en media hora para ir a rezar.

Y la sombra desapareció.

Alfonso dejó caer su cuerpo sobre la cama y se tapó la cara con una almohada. Empezó a reírse de nervios.

—Vamos a cambiarte, Poncho —dijo Maximiliano y se acercó sonriendo

—. Tuvimos mucha suerte.
En esta ocasión.

Jacinta

El cielo parecía una pintura hecha con acuarelas y barnices. El infinito, representado con pigmentos azules desde el celeste al índigo, se localizaba suspendido a media altura sobre tenues trazos blancos de nubes deformes y alargadas. La base del celaje originaba matices ambarinos que descendían hasta convertirse en vivos anaranjados y entrecortaba la oscura silueta de la torre del templo en el pueblo. El crepúsculo acechaba a lo lejos mientras las montañas devoraban medio sol amarillo, que ya se retiraba a descansar.

El viejo Dodge Diplomat de la policía de Tapalpa se estacionó en una de las calles paralelas a la plaza del centro. Esteban Rey giró la llave de encendido y el ronroneo del motor cesó. Echó un vistazo a su rostro por el retrovisor y observó las ojeras que enmarcaban sus ojos. Se sentía abatido. Demasiadas cosas habían sucedido en los últimos días y no dormía bien. Los secretos sobre la muerte de su hermano David, y en especial los de El Real, lo atormentaban en sus sueños.

El oficial abrió la puerta del coche y se bajó mientras se colocaba su sombrero blanco. Del asiento trasero cogió su chamarra beige y se quedó parado un momento, inhalando el aire frío que se estaba haciendo presente con la llegada del otoño. Empezó a caminar sin mucho ánimo.

Descendió tranquilamente por las escalinatas del andador hacia el kiosco de la plaza y notó que había menos personas de las habituales para un jueves por la tarde. Decidió visitar a Saúl y beber un whisky. Al alcanzar el último peldaño descubrió que Augusto y sus amigos —los tres individuos con los que su hermano tuvo el percance en el bar— lo miraban desde el extremo sentados en una banca de piedra.

Esteban los observó durante un largo momento y ellos a él.

Dudó si debía acercarse a ellos o no. Bebían cerveza en la vía pública de

forma descarada y su humor no estaba como para lidiar con patanes ricos y prepotentes. Optó por no darles importancia. El oficial hizo un movimiento con su sombrero a manera de saludo y Augusto, en respuesta, levantó el dedo medio de su mano en un gesto procaz. Sus amigos rieron como el par de alcahuetes que eran.

El estado de ánimo de Esteban mejoró al notar que uno de los muchachos no tenía los dientes frontales y recordó que los había perdido en el altercado con su hermano David. Por alguna extraña razón ese hecho lo hizo sentir bien, alegre y despreocupado. Entró al bar con la intención de olvidarse de ellos por un rato.

Tan sólo seis personas en el interior del establecimiento; siete si contaba a Saúl. La canción “Un par de palabras”, de los Hombres G, se escuchaba por las bocinas de la rocola. El oficial caminó y miró con detenimiento a los comensales: un joven en la mesa de la entrada, dos muchachos en otra, uno más sentado en el taburete al final de la barra y una pareja. A esta última la conocía, pero los demás individuos le resultaron ajenos al pueblo. Estaba seguro de que no los había visto en su vida.

—Buenas tardes —dijo Esteban mientras cruzaba entre las mesas.

Uno de los extraños levantó su cerveza y nadie más contestó. Saúl preparaba un plato de cacahuates y frituras de harina, se encontraba distraído por detrás de la barra. El oficial se aproximó a la rocola y buscó entre los artistas algo de rock en inglés. Tenía ganas de escuchar a Lynyrd Skynyrd. Seleccionó una canción del repertorio y luego se sentó en su lugar habitual en la barra.

La pareja que conocía se levantó de la mesa que ocupaba y abandonó el lugar a toda prisa sin decir una sola palabra. Esteban echó un vistazo por encima de su hombro y se percató de que los extraños lo miraban atentamente sin perder detalle de sus movimientos. Se giró de manera sutil hacia el cantinero y colocó sus botas al filo del reposapiés.

—¿Qué tal, Saúl? —dijo.

—Esteban, ¿cómo te va? —dijo mirándolo por el espejo—. ¿Día largo?

—Y lo que falta —repuso haciendo un guiño.

—¿Lo de siempre?

—Sí.

Saúl se dio la vuelta y puso un vaso de cristal sobre el mostrador. Luego le preguntó mientras le servía whisky:

—¿Cómo está la familia?

—Bastante bien. Ya tengo ganas de ver a mis mujeres.

El cantinero se echó el trapo rojo sobre el hombro derecho y apoyó ambas manos en la barra de madera.

—Escuché lo que ocurrió en la morgue. Toda una tragedia.

El oficial bebió un sorbo del whisky ambarino y una sensación de calidez se anidó en su estómago.

—¿Es verdad que Chuy no recuerda nada? ¿Ni quién es o dónde vive? ¿O que tendrá que aprender a hablar y caminar de nuevo?

—Sí, es verdad —asintió resignado.

Esteban era el más afligido con lo sucedido. No era tan sólo que su amigo no recordaría nada de su vida, sino que se había convertido en un infante que tendría que redescubrir el mundo que lo rodeaba. Y para colmo, todas las investigaciones que realizó sobre la muerte de David, todo lo que descubrió sobre el líquido amarillo en la sangre y sus propiedades, todo... todo se perdió junto con su memoria y el incendio. Cualquier detalle que apareció en su averiguación se esfumó como una pequeña nube de humo que se eleva al cielo para perderse en la distancia y en el olvido.

—Qué desgracia —sentenció Saúl.

—Dímelo a mí.

—¿Y de los otros? ¿Los que esperaban afuera de la morgue cuando la incendiaron?

—Nada.

—¿No los han encontrado?

—No —e hizo una pausa—. Tuvimos mucha suerte ese día... dentro de lo que cabe.

Los acordes de la guitarra de la canción “Simple Man” empezaron a sonar por el bar y Esteban sonrió.

—Esas canciones las tengo sólo por ti —dijo Saúl—. Nadie más las escucha en este pueblo —y cogió el plato para llevarlo hasta la mesa de los

dos individuos.

El oficial lo siguió con la mirada y se dio cuenta de que nadie charlaba en el bar, sólo observaban. Echó un vistazo al final de la barra y el extraño bebió de su cerveza. Vestía una cazadora azul marino y llevaba la cabeza rapada. El agente bajó la mirada y advirtió un bulto anormal en su cintura. Después prestó atención a las botas del muchacho, que se revolvían con ansiedad sobre el filo del herraje del taburete.

Esteban giró sobre el asiento y observó a los demás comensales mientras daba un trago a su whisky. Los clientes tenían las manos por debajo de las mesas y el chico de la entrada lo miraba con cierto disgusto. El joven llevaba una camisa de franela, de cuadros rojos y negros, jeans y un sombrero oscuro.

—¿Necesitan algo más? —preguntó Saúl.

—No —contestó uno de los muchachos de la mesa.

Los dos llevaban chamarras negras de cuero y lucían más serenos que los otros. Esteban trató de corroborar si venían todos juntos, pero no lo consiguió. Eso sí, estaba completamente seguro de que lo buscaban a él. Terminó su vaso de whisky mientras Saúl regresaba detrás de la barra y luego se levantó del taburete para estirar un poco el cuerpo. Algunos huesos de su espalda crujieron con el movimiento.

—¿Cómo está Jacinta? —preguntó mientras sacaba un billete de la cartera para pagar por su bebida.

Saúl se quedó asombrado, estupefacto. Sintió como si lo hubieran golpeado en la boca del estómago y dejado sin aire. Un temblor se originó en la base de su columna vertebral y un escalofrío le atravesó el cuerpo como alcanzado por un relámpago. Con absoluta naturalidad agarró el billete y le dio el cambio a su amigo. Después tomó el vaso de cristal y comenzó a limpiarlo con el trapo rojo.

—Ah, ya la conoces —le dijo—. Igual que siempre.

El oficial dejó el cambio sobre la barra a manera de propina. Después le preguntó:

—¿Todavía tiene problemas para girar a su derecha?

—En absoluto, está mejor que nunca.

Esteban asintió y dio las gracias. Luego se desplazó entre las mesas, como

esquivando tumbas en un cementerio, y se acercó a la salida. El muchacho de la camisa de franela le cerró el paso poniéndole la mano en el pecho.

—Lo siento mucho, oficial. Parece que hoy no llegará con su familia.

El joven de la cabeza rapada al final de la barra se levantó y sacó un revólver negro mientras los otros dos sicarios se incorporaban con armas semiautomáticas en mano. Cada uno portaba una Beretta 92 calibre 9 milímetros con cargadores de quince tiros útiles.

Se escuchó el amartillar de las armas.

Saúl recorrió su mano temblorosa por debajo de la barra y palpó a Jacinta. La sujetó con firmeza de la garganta y avanzó su dedo índice hasta el gatillo.

Esteban no dejó de mirar al chico frente a él sin parpadear. El joven sacó un cuchillo y lo puso en la garganta del oficial, haciendo una pequeña incisión amenazadora.

—¡Quítale el arma! —ordenó uno de los compañeros.

El muchacho bajó la mirada e hizo a un lado la chamarra del agente para retirar el revólver de la funda donde reposaba. Su corazón se aceleró y sus pupilas se dilataron asustadas. Regresó la mirada hacia los ojos de Esteban y notó un brillo de astucia en ellos: el arma no estaba en su lugar.

El joven de la camisa de franela sintió una presión en el torso y escuchó un súbito clic metálico, seguido de un estallido que le quemó el pecho. Su cabeza se arqueó y el sombrero oscuro cayó al suelo. La bala que salió del cañón del revólver atravesó y calcinó la piel del muchacho, continuó su camino por el músculo y el tejido, un par de costillas, el pulmón izquierdo y finalmente salió por debajo del omóplato. El sicario se tambaleó y escupió sangre. Antes de derrumbarse, Esteban lo agarró de la camisa y volteó rápidamente para utilizarlo como escudo humano.

El joven de la cabeza rapada levantó el brazo y apuntó a la espalda del oficial. Un estallido se escuchó por detrás de la barra y salió volando dos metros hacia atrás, empapando de sangre la pared. Los dos sicarios de la mesa abrieron fuego contra Esteban y éste, protegido por su escudo humano, avanzó en su dirección. Casquillos humeantes cayeron al suelo y el ambiente se llenó de olor a pólvora.

Saúl se giró con la escopeta emanando humo por uno de los cañones y

disparó contra los asesinos. Los balines despedazaron las botellas de cerveza sobre la mesa e hicieron saltar los platos. Y eso fue todo para él, no había más tiros útiles en el arma de fuego, tenía que recargar. Uno de los sicarios se volteó hacia la barra y descargó su pistola. El cantinero alcanzó a agacharse bajo una lluvia de licor y vidrios rotos.

Las detonaciones se escucharon afuera de la cantina con un sonido hueco, seco y sin eco. Gran parte del sonido era contenido por las gruesas paredes de piedra; aun así, las personas en la plaza empezaron a correr asustadas.

Esteban le apuntó con su revólver y apretó el gatillo; hirió en el hombro al muchacho que le disparaba a Saúl y lo vio caer al suelo. El otro sicario gritó desesperado mientras vaciaba el cargador de su arma contra el oficial. La mayoría de las balas se incrustaron en el pecho del escudo humano, pero el agente reculó al sentir que un proyectil le traspasaba la piel y el músculo del brazo izquierdo. El escozor provocó un golpe de adrenalina en su cuerpo y lo encañonó con mano firme: la detonación liberó una bala que penetró en el ojo derecho del asesino y le voló los sesos.

El bar quedó en silencio, invadido por una densa nube grisácea con sabor a metal quemado. Esteban aflojó su escudo humano, ya sin vida, pero no lo soltó.

—¿Estás bien? —gritó el oficial.

—Sí —contestó Saúl por detrás de la barra.

El sicario que estaba herido disparó dos veces desde el suelo. La primera bala se incrustó en el antebrazo izquierdo de Esteban. La segunda reventó la cabeza del escudo humano y se oyó como si un globo lleno de agua se estrellara con fuerza contra el suelo. Líquido rojizo y partes del cerebro salpicaron la cara del oficial y éste, por puro reflejo, contestó la agresión con un tiro certero en el pecho, a la altura del corazón. El sicario terminó ahogándose con su propia sangre.

Saúl se asomó tímidamente por detrás de la barra y se puso pálido. Un vacío se anidó en su estómago al pensar que le habían pegado un tiro en la cara a su amigo.

—¿Est... estás bien?

—Eso creo —dijo mirando de un lado a otro.

El brazo izquierdo le ardía de manera infernal y sentía la boca seca. Después de un momento dejó caer el escudo humano al suelo.

Augusto entró corriendo a la cantina y se topó de frente con Esteban cubierto de sangre. La impresión del contraste blanco de los ojos con el líquido escarlata fue demasiado para él y gritó. Gritó como si fuera una quinceañera a la que asustan de manera imprevista. El oficial le propinó un puñetazo que lo dejó inconsciente. Luego lo agarró por el cuello de la camisa y lo arrastró hasta la salida.

—¿A dónde vas? —dijo Saúl.

—A arreglar esta estupidez de una vez por todas. Llama a la comandancia para que vengan a asegurar este lugar.

Esteban salió del bar con el cuerpo de Augusto. Uno de sus amigos se acercó para mirar qué había ocurrido y se desvaneció en el momento en que descubrió al agente cubierto de sangre. El otro, Chimuelo, se quedó tan quieto como si lo hubieran convertido en una estatua viviente.

—Tú —dijo Esteban sacándolo de su trance catatónico—. Trae mi patrulla; está en la parte superior de la plaza, en la calle paralela —y le arrojó las llaves.

Chimuelo obedeció y el agente se sentó en el borde de la acera mientras buscaba sus cigarrillos. Encendió uno e inhaló con fuerza para que el humo invadiera sus pulmones. Centró toda su atención en los sonidos a su alrededor mientras esperaba. Levantó su mano derecha y notó que ya no le temblaba, la adrenalina había pasado. Intentó alzar el brazo izquierdo y le fue imposible. Un latigazo de dolor se desprendió desde el antebrazo y el tríceps hasta la mano, y sintió como si cientos de alfileres calientes se incrustaran bajo su piel.

Algunos curiosos empezaron a acercarse a la entrada del bar y en pocos minutos la plaza estaba llena de gente que se asombraba con el héroe teñido de rojo. Chimuelo llegó con el coche y el oficial se levantó con dificultad.

—Ayúdame a subirlo —ordenó.

Chimuelo abrió la puerta del asiento trasero.

—No, ahí no —lo detuvo Esteban—. En la cajuela.

Y entre los dos metieron a Augusto como pudieron. El oficial abandonó la

plaza rechinando los neumáticos del coche sobre las piedras de la calle.

Diez minutos más tarde, el vehículo de la policía llegaba a la entrada de la hacienda de doña Augusta. La señora pertenecía a un largo linaje de políticos mexicanos y era la empresaria más prominente de Tapalpa. Ni siquiera el oficial más respetado del municipio podía presentarse ante ella sin previo aviso y autorización. Uno de los cuidadores del acceso se acercó a la ventanilla del coche y casi se muere del susto al ver a Esteban todo ensangrentado.

—¡Virgen Santa! ¿Estás bien?

—Sí, Alberto. ¿Está la señora?

—Sí. ¿A qué le digo que vienes?

—Vengo a traerle a su hijo.

Alberto echó un vistazo al asiento trasero, no vio nada y agregó algo confundido:

—Ahí no hay nadie.

—Lo traigo en la cajuela.

El cuidador retrocedió y abrió los ojos sorprendido. Se imaginó el peor de los escenarios para el joven Augusto. Tomó el radio de su cintura y anunció la llegada del agente. La puerta de entrada se abrió y Esteban avanzó con la patrulla hasta la hermosa casa de la hacienda.

Doña Augusta era una mujer de cincuenta años, elegante, con mucha personalidad y una presencia intimidante. Estaba acostumbrada a ser el centro de atención y normalmente se hacía su voluntad en los negocios que llevaba. Era recia, obstinada e inteligente; manejaba su vida con dos preceptos: su único hijo era intocable y era justa con las personas que trataba.

La señora se encontraba sentada en un equipal de piel junto a una mesa de su amplia terraza. Admiraba la puesta de sol mientras bebía tequila. Le encantaba observar cuando el cielo dejaba de ser ambarino y se tornaba negruzco. Ese pequeño instante en que el día deja de existir y da entrada a la noche. Sobre el camino apareció la patrulla del municipio y se estacionó a unos metros de ella. Doña Augusta sabía que era bastante extraño e inusual que el oficial decidiera visitarla y se levantó para recibirlo. Su cara se

desencajó al verlo teñido del líquido carmesí y pensó lo peor.

—Su hijo está bien, señora —anunció sereno el oficial mientras abría la cajuela.

El color resurgió en el rostro de doña Augusta.

—Pero no puedo decir lo mismo de los sicarios que contrató para matarme —dijo extendiendo el brazo derecho para saludarla.

La señora parpadeó y salió del trance al escuchar las palabras del oficial. A pocos metros observó a su hijo descender del coche, trastabillar y caer al suelo. Hizo una seña para que se lo llevaran de inmediato de allí y después apretó fuertemente la mano de Esteban.

—Gracias —dijo y luego se dirigió a otro de sus ayudantes—. Manda llamar a Lety. Dile que traiga el botiquín para curar y limpiar a nuestro oficial.

Lo encaminó hasta la mesa y se sentaron. Doña Augusta sirvió un par de vasos de tequila y le ofreció uno a Esteban. Ambos brindaron sin decir palabra.

—Gracias —dijo de nuevo.

El oficial asintió.

Lety llegó y le ofreció una toalla húmeda y caliente al huésped para que se limpiara la cara. Después aseó y desinfectó sus heridas con alcohol. Con mucho cuidado sacó una bala de su antebrazo y cosió las lesiones. Al terminar colocó una tablilla para inmovilizar el brazo de Esteban, lo vendó y le dijo:

—Es lo mejor que puedo hacer ahora. Le recomiendo que vaya al hospital para que le pongan un yeso y se asegure de no tener fracturas.

—Gracias —dijo Esteban.

La chica se retiró y doña Augusta pidió que los dejaran solos.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó ella amablemente.

—Quiero que esto termine.

La mujer asintió.

—Esto debió terminar en el momento que mi hermano falleció. Pero no fue suficiente para su hijo.

—Mi hijo puede ser imprudente en ocasiones, pero le aseguro que no es mala persona.

Esteban levantó el brazo recién vendado.

—Es joven y los muchachos cometen muchos errores a esa edad.

—Cuatro personas murieron hoy.

—¿Todos sicarios?

—Sí.

—Entonces no hubo pérdidas que lamentar.

El oficial apretó los dientes y agregó después de un momento:

—No lo quiero volver a ver en Tapalpa. Si me topo con él lo arresto por intento de homicidio a un oficial municipal.

—Me parece justo. Hoy mismo lo mando a Estados Unidos. Jamás volverá a saber de él.

—Aquí termina todo —sentenció Esteban.

—No, aún no —contestó firme doña Augusta.

El agente la miró desconcertado.

—Aún le debo un favor, oficial. Sólo después de eso estaremos en paz —dijo extendiendo el brazo.

Ambos se estrecharon la mano y Esteban partió rumbo al hospital.

Nunca volverían a verse, pero el agente sí cobraría el favor siete meses más tarde. Y lo haría con una petición muy extraña que doña Augusta cumpliría al pie de la letra sin cuestionar; él nunca dio explicaciones. Ésa sería la última vez que habría contacto entre ellos.

El hacha

Alejandra se estaba quedando dormida cuando fue sacudida por una enfermera:

—Tenemos una emergencia.

La chica se enderezó en el sillón y contestó adormilada:

—Te juro que si es otro tipo que accidentalmente se patinó saliendo de la ducha y por azares del destino cayó sobre una botella de vidrio y la tiene atascada en el ano, renuncio.

—No, es una amputación.

Alejandra se levantó automáticamente sin prestar atención al cansancio físico que arrastraba desde que inició su pasantía en el hospital de Tolvaneras. Más de cuarenta horas sin descanso en el último turno; la práctica del servicio social profesional que prestaba en el pueblo estaba acabando con ella. Salió apresurada de la habitación mientras sujetaba su largo cabello color castaño en una cola de caballo.

La muchacha de veinticuatro años aparentaba ser más joven. Su complexión era delgada y tenía los ojos grandes café oscuro y la piel morena. Vestía el uniforme médico de dos piezas en color blanco. Caminó de prisa por el amplio pasillo, escuchó desde afuera la conmoción en la sala de choque y supo que se enfrentaría con algo grave. Antes de abrir la puerta se preparó para no resultar afectada emocionalmente por la situación del paciente, algo en lo que trabajaba de manera constante desde que decidió convertirse en médico.

La sala era un caos y todo el mundo gritaba entre sí. Las enfermeras, desesperadas, no sabían qué hacer. Un niño, no mayor de diez años de edad, estaba inconsciente y tendido sobre la camilla. Era guapo y tenía el cabello negro, que resaltaba aún más por la palidez de su cuerpo. El chico había sufrido una amputación en la extremidad superior izquierda y estaba empapado en sangre. Los signos vitales eran débiles y el pronóstico no era favorable. La doctora echó un vistazo al niño y salió rápidamente de la habitación sin dar explicaciones.

—¿Qué pasó? —preguntó una enfermera.

—No sé —contestó otra.

—Les dije —opinó la tercera—, ya se volvió loca.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo la primera cuando Alejandra regresó a la sala.

La doctora cargaba un cinto en la mano izquierda y sin decir una sola palabra se acercó al niño y levantó su brazo. Percibió un sutil olor a cebolla que la desconcertó por un momento pero decidió no darle importancia. Utilizó el cinturón para aplicar un torniquete en la parte inferior del antebrazo, justo encima de la muñeca, y limpió la herida antes de vendarla. Las ayudantas miraron sorprendidas mientras ella trabajaba de manera instintiva e

impecable.

—Toma la presión del niño —le ordenó a una de las enfermeras.

Alejandra aprovechó el momento para evaluar la situación y supuso que el chico se encontraba en choque hipovolémico por la pérdida de sangre y que el desmayo era la consecuencia del dolor sufrido durante la amputación. La respiración era lenta y pausada, pero constante.

La asistente terminó de hacer la lectura:

—Tiene la presión muy baja.

—Hipotensión —dijo Alejandra—. Vamos a canalizarlo.

Una ayudanta salió por suero y otra cogió una aguja de un paquete y se la entregó a la doctora. Otra sujetó la extremidad superior derecha del niño y buscó la vena en su antebrazo. Alejandra se hizo con un tubo de plástico y conectó un extremo al punzón y el otro al líquido. Con mucho cuidado introdujo la sonda en la vena.

—Hay que tomar muestras de sangre para cruzar y tipificar su factor. Necesitaremos preparar el quirófano y conseguir paquetes del mismo grupo sanguíneo. Vamos a operarlo en cuanto se estabilice.

—Muy bien, doctora.

—Pónganle una mascarilla de oxígeno mientras hablo con sus papás.

—Sus padres ya fallecieron, doctora. Vive con su tía y su hermano. Ambos están en la sala de espera.

—Muy bien —dijo y abandonó la sala de choque.

Alejandra revisó la hoja de ingreso mientras caminaba y descubrió que el pequeño se llamaba Maximiliano. “Pobre”, pensó. “Se ve que la ha pasado fatal en el último año”. Avanzó por dos puertas hasta llegar a un pequeño recibidor donde esperaba una docena de personas. La doctora se paró junto al escritorio de la recepcionista y llamó en voz alta:

—¿Los parientes de Maximiliano González?

Alfonso saltó de una de las sillas del fondo. Del asiento contiguo se levantó la señora Carmen apoyando el bastón para caminar. Ambos se acercaron con la doctora.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la tía Carmen mientras la examinaba de arriba abajo.

—Perdió mucha sangre pero logramos detener la hemorragia de la amputación. Estamos esperando a que se estabilice para poder intervenir quirúrgicamente.

—¿Y quién realizará la operación?

—Yo, señora.

—¿Y el doctor Fuentes?

—Se encuentra fuera del pueblo.

—¿Y podrás hacerlo, niña?

—Aplicaré todos mis conocimientos, señora. No debe preocuparse.

—Supongo que tendré que rezar a nuestro Señor para que guíe tu joven e inexperta mano.

Alejandra ignoró el comentario y contestó en tono amable:

—Necesito que firme la autorización.

La tía Carmen tomó las hojas, las leyó y firmó.

—Te haré responsable de lo que pueda pasarle a mi querido nene —dijo devolviéndole los papeles—. ¿Cuándo podremos verlo?

—Cuando lo crea prudente —dijo con una sonrisa.

—¿Está despierto? —añadió la tía Carmen—. ¿Estuvo consciente en la sala? ¿Habló con alguien sobre el accidente que tuvo con el hacha?

—No, señora —dijo mirándola extrañada—. Maximiliano estaba inconsciente cuando entré a la habitación para atenderlo. De cualquier manera alguien hablará con ustedes para saber qué sucedió. Por favor, siéntense a esperar y en breve los llamarán de nueva cuenta.

La doctora dio media vuelta y regresó por donde había venido. Alfonso se dirigía a los asientos cuando su tía lo detuvo:

—Ven, nene. Tú y yo tenemos que hablar.

Los dos caminaron en dirección a la salida ante la mirada de los presentes, la tía Carmen apoyaba con fuerza su bastón sobre el ladrillo vidriado del suelo y el golpeteo retumbaba por todo el hospital. El pequeño la siguió con las piernas temblorosas. Después de lo ocurrido durante el desayuno la creía capaz de cometer cualquier locura.

Llegaron hasta el borde de la acera y se detuvieron. Ella se cercioró de que nadie pudiera escucharlos.

—Alfonso —le dijo—. Sabes qué sucedió, ¿verdad?

El chico negó con la cabeza.

—Tu hermano Maximiliano podría haber muerto por tu culpa.

—Pero si yo...

—¡Pero nada! No quiero que digas una sola palabra el día de hoy, si no, habrá consecuencias. Ni una palabra conmigo, ni con las enfermeras, ni con nadie. ¿Te quedó claro?

Alfonso sintió una punzada en la panza y le pareció que el estómago se le hacía nudo. Un escalofrío recorrió su cuerpo y las manos le empezaron a sudar. Estaba confundido, desconcertado, y no tuvo más remedio que acatar las instrucciones que le daban. Su mente trataba de entender qué era lo que había hecho para provocar el enojo de su tía.

—¿Quieres que tu hermano muera por tu culpa?

El chico empezó a hacer pucheros y negó con la cabeza al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Bien, Alfonso, muy bien. Yo tampoco quiero que muera y me duele pensar que todo fue culpa tuya. Pero creo que existe la posibilidad de redimirte y de que logremos acercarte al Señor para que salve la vida de Maximiliano. ¿Quieres que tu hermano sobreviva?

El niño asintió llorando.

—El Señor te protegerá, de eso no tengo duda —dijo haciendo un gesto insidioso—. Y yo los protegeré porque no quiero que te lleven lejos. Y te prometo que, si no lo hago, sucederá, te apartarán de nosotros y te encerrarán en un lugar oscuro y distante. Jamás volveríamos a verte... Pero no queremos eso, ¿verdad? No queremos eso para ti.

El chico se enjugó las lágrimas y sacudió la cabeza.

—Déjame ayudarte..., déjame ayudar a Maximiliano para que todos sigamos juntos... como la familia que somos.

Alfonso la miraba en silencio, observando esos ojos inexpresivos y sin amor.

—Lo único que debes hacer es quedarte callado —continuó ella—. Tan sólo un día. Tan sólo hoy. A su debido tiempo te diré qué contestar a las personas que pregunten sobre lo ocurrido. Ni más ni menos. Y si prestas

atención, te esfuerzas y haces todo exactamente como te diga, te prometo que nadie, escúchame bien, nadie te alejará de nosotros. Así nuestro Señor perdonará tus desafortunadas acciones del día de hoy. ¿Estás de acuerdo?

El niño apartó la mirada y asintió.

—Mírame, Alfonso. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —dijo volteando a verla.

—Muy bien, nene. Así me gusta. Sabía que terminarías por hacer lo correcto —dijo haciéndole un cariño sobre el cabello—. Vamos, volvamos a la sala para rezar y pedirle a nuestro Señor que se haga su voluntad.

Alejandra entró al quirófano quince minutos más tarde. Se lavó las manos y terminó de preparar el equipo para la intervención cuando una de las enfermeras la llamó:

—El chico despertó.

—Hola, Max —dijo la doctora al acercarse—. Tuviste un accidente y estás en el hospital. Te vas a poner bien pero tenemos que operarte. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

—¿Qué accidente? —preguntó con pesadez en la voz—. No sé qué pasó..., no siento ningún dolor.

—No te preocupes. Te dimos medicamentos para el dolor y te pondremos algo que te dará mucho sueño y te permitirá descansar mientras trabajamos. Te prometo que cuando despiertes te sentirás mejor —y se giró para hacer una señal.

El anestesiólogo inyectó un líquido blanco, denso, vía intravenosa y los párpados de Maximiliano empezaron a sentirse pesados. Parpadeó un par de veces, luchando contra la sensación de sueño que acababan de provocarle de manera artificial.

—No te resistas, Max —dijo la doctora—. Déjate llevar por el sentimiento y entrarás en un sueño profundo y plácido. Yo te cuidaré mientras duermes.

El niño cerró los ojos y sintió que su cuerpo era arrastrado por una corriente de agua hacia el vacío. Su conciencia se fue alejando lentamente de la realidad y sus pensamientos fueron envueltos por una quietud que lo hizo dormir cómodamente. La operación duró cuarenta y siete minutos, tiempo que aprovechó para revivir la pesadilla de lo ocurrido por la mañana.

Las actividades del sábado iniciaron como cualquier otro. Los hermanos se arreglaron y salieron a jugar a los jardines de la vieja hacienda mientras la tía Carmen preparaba el desayuno. En esta ocasión: huevos con chorizo y tortillas hechas a mano. Al poco tiempo los llamó y, cuando entraron a la cocina, los chicos encontraron la comida humeante, ya servida en los platos sobre la mesa. Ambos se sentaron y ella empezó a preparar una salsa mientras comían.

—Huele delicioso —dijo Maximiliano.

—Gracias, nene —dijo la tía Carmen sonriendo.

—Hace un día buenísimo —dijo Alfonso—. ¿Podemos ir en la tarde a la plaza del pueblo?

—Me parece buena idea —dijo ella ante el asombro de los dos—. Pero antes iremos a misa.

Los dos asintieron.

La tía Carmen echó cuatro tomates a la olla con agua caliente y se giró hacia el fregadero para lavar un par de cebollas.

—¿Max? —dijo Alfonso susurrando.

Su hermano lo miró.

—Quiero hacer pipí —dijo agarrándose la entrepierna.

—¿Por qué no hiciste antes de sentarnos?

—Porque no tenía ganas... Ahora ya tengo.

—Sabes que no le gusta que nos levantemos de la mesa.

—¿Y qué hago?

—Aguántate.

—No puedo.

—¿Todo bien, nenes? —preguntó la tía Carmen al voltear y dejar las cebollas sobre una tabla para picar.

—Sí —contestaron al unísono.

La tía se agachó para sacar un cuchillo del cajón; Alfonso volvió a sujetar su entrepierna y empezó a mover los pies desesperado. Su hermano hizo un gesto furtivo para que se calmara, la mañana iba tan bien que le preocupaba que todo se fuera por la borda en un instante y por una tontería. El menor de los hermanos apretó los ojos e hizo una mueca de dolor, estaba seguro de que no podría aguantar sus ganas por mucho tiempo más.

—¿Qué te sucede, Alfonso? —dijo la tía Carmen—. ¿No te gustaron los huevos con chorizo? —y empezó a partir la cebolla con el cuchillo.

—No, no es eso —dijo casi sin abrir la boca.

—¿Entonces? —dijo ella cambiando el semblante.

—Poncho —suplicó Maximiliano para que se detuviera.

Y el pequeño soltó unas gotas sobre los calzones y el pantalón. Maximiliano notó la mancha sobre la ropa y Alfonso se levantó dando un salto de la silla; se sujetó con fuerza para no orinarse por completo. La tía Carmen miró el lugar donde se estaba “tocando” y sintió una descarga de fuego que le hirvió la sangre y aceleró su corazón. Sus ojos se encolerizaron y gritó:

—¿Qué es lo que haces? —y caminó hasta él con el cuchillo en la mano.

—Es que tengo muchas ganas...

—¡Jamás debes tocarte así! —gritó acercando la hoja de metal afilada hacia la cara del niño.

Maximiliano se levantó de la silla y se colocó junto a su hermano.

—¿Así cómo? —dijo Alfonso tensando el cuerpo.

—¡Así como lo estás haciendo! —y paseó la cuchilla frente a los ojos del pequeño.

Alfonso sujetó con ambas manos la entrepierna; estaba seguro de que terminaría por hacerse pipí en el pantalón. El brazo de la tía Carmen descendió tan rápido que ninguno de los dos lo vio venir. La bofetada le volteó la cara al niño. El escozor sobre la mejilla hizo que se olvidara por un momento de las ganas de ir al baño y, cuando recuperó la compostura, se percató de que le ardía la cara como si le hubiera tatuado cada uno de los dedos de la mano.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo Maximiliano llorando.

—¿Sabes las consecuencias que trae consigo tocarse así?

—No entiendo —dijo Alfonso—. ¿Qué pasa?

—¡Siempre pasa algo malo cuando hay placer! —dijo encorvándose sobre él.

Su rostro se desfiguró, parecía una demente. La mano se alzó a toda prisa y bajó ferozmente pero algo la detuvo sin su consentimiento. La tía Carmen arqueó las cejas y miró asombrada: Maximiliano había sujetado su antebrazo y

no le permitió golpear de nuevo a su hermano.

Hubo silencio durante tres segundos; sólo se escuchaba el hervir del agua con los tomates.

La tía Carmen hizo un gesto perverso y llevó el brazo de Maximiliano hasta la mesa. Con la otra mano levantó el cuchillo y lo dejó caer con toda su fuerza. La cuchilla de metal entró por encima de la muñeca haciendo un corte limpio que atravesó la piel y los huesos hasta detenerse sobre la madera. El chico abrió los ojos y se desmayó sin poder gritar; cayó al suelo dejando un rastro de sangre.

Alfonso gritó horrorizado y se orinó en el pantalón.

—¿Estarás contento? —dijo ella volteando a ver al hermano menor—. Si no quieres otra bofetada cámbiate de ropa: tenemos que llevar a tu hermano al hospital.

Alfonso no reaccionaba.

Maximiliano comenzó a ponerse pálido y un gran charco de sangre se formó alrededor de la mutilación.

—¡Ahora! —gritó su tía y el niño salió de la cocina.

La tía Carmen envolvió la mano cercenada en papel encerado y se quitó el delantal. Luego tomó al niño por el otro brazo y lo arrastró hacia la puerta de entrada.

—¿Alfonso?

El pequeño salió del dormitorio en calzones.

—Abre la puerta que lo voy a subir a la camioneta.

El pequeño obedeció y regresó a la habitación mientras su tía se dirigía hacia la camioneta. La señora abrió la puerta del vehículo y se detuvo justo antes de acomodar al niño en el asiento trasero. “No”, pensó. “Mejor lo llevo en la caja posterior”.

—¡Alfonso! —gritó—. No olvides traer mi bastón; lo dejé en la cocina — y arrojó al niño como si fuera un costal de papas.

Esperó un momento y después se situó en el asiento del conductor para encender la camioneta. Abrochó el cinturón y su mano izquierda empezó a dar pequeños golpes sobre el volante; accionó el claxon desesperada.

—Vamos, Alfonso. Tu hermano morirá si no te apresuras.

El chiquillo llegó corriendo y se acomodó en el asiento del copiloto.

—¿Y Max? ¿Dónde está?

—Está en la caja posterior, no quiero que manche mis asientos con sangre.

La señora cambió la palanca de la transmisión y salieron rumbo al hospital de Tolvaneras.

Dos horas habían transcurrido desde la operación y Maximiliano sentía como si nadara bajo el agua, con esa grata sensación de flotar sobre líquido en busca de la superficie pero sin experimentar angustia. Sus pensamientos todavía se desplazaban a la deriva, tomando pequeñas bocanadas de conciencia para después sumergirse en una tranquilidad absoluta y profunda. Su cerebro no registraba aún ningún tipo de dolor físico.

El primer sentido en hacerse presente fue la audición. Empezó a distinguir pequeñas vibraciones sonoras, que apreciaba como resonancias bajo el agua, y le resultó complicado precisar lo que eran. Los sonidos se hicieron cada vez más claros conforme pasaron los minutos y su cerebro logró procesar la información: pájaros, voces, ecos de pisadas, el paso de las hojas de un libro y el pitido constante y enfadoso de uno de esos aparatos que registran el ritmo cardíaco.

Su cuerpo continuó adormecido por un rato hasta que poco a poco empezó a sentir un cosquilleo que se originó en los pies y terminó en la cabeza. Arqueó la espalda y se acomodó sobre la cama; estiró las puntas de los dedos de las extremidades inferiores y superiores, o al menos así le pareció.

Inhaló profundamente y olfateó un hedor agrio y penetrante que le provocó náuseas. Intentó abrir la boca para respirar pero la sintió pastosa; costras blancas de saliva se habían formado en las comisuras de sus labios. Necesitaba beber un poco de agua y movió la lengua para descubrir un sabor metálico, tipo cobre, bajo el paladar.

Maximiliano abrió los ojos y un torrente de luz blanca lo hizo parpadear varias veces.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó la tía Carmen.

—¿Dónde estamos? —y la buscó por la habitación.

El cuarto era un enorme rectángulo de concreto azuloso, con cuatro camas

más, donde sólo se podía obtener privacidad mediante unas cortinas de tela que se colocaban o apartaban de acuerdo a las necesidades de los convalecientes. Siguió observando y la encontró sentada en una silla de aluminio junto a la cama, con el bastón sobre las piernas y la Biblia en las manos.

Era más que obvio que la tía Carmen no se sentía cómoda en ese lugar, pero no había otra opción para ella: debía asegurarse de ser la primera persona en hablar con él cuando despertara.

—Tu imprudencia nos trajo al hospital —dijo ella—. Tuviste un accidente con un hacha.

El niño miró en torno suyo: no había nadie más en la habitación; ni pacientes, ni familiares, ni doctores. Sólo ellos dos. Él jamás lo supo, pero su tía pagó una gran cantidad de dinero para cerciorarse de no ser molestados mientras el chico se recuperaba y de que nadie más utilizara esa área del hospital.

Una extraña sensación se anidó en la boca de su estómago y se desplazó por su cuerpo, en especial sobre la mano de su brazo izquierdo.

—No recuerdo nada. ¿Qué pasó?

—Perdiste la mano.

Su corazón se sobresaltó. Echó un vistazo y miró el brazo derecho: estaba completo. Sobre el dorso de la mano sobresalía una gruesa aguja conectada a un tubo de plástico, ensangrentado en la base por donde entraba el líquido del suero al cuerpo. Sintió un dolor que se intensificó en la mano izquierda y la levantó para sacudir el entumecimiento.

Sus pupilas se dilataron y todo desapareció a su alrededor. Llevaba un vendaje amarillento desde el antebrazo hasta la muñeca y daba vuelta de regreso. Pequeños puntos rojos de sangre manchaban el extremo de la tela donde debía comenzar la mano. “¿Cómo es posible?”, pensó. La palma le picaba y sentía comezón. Sin embargo, la vista le mostraba que se la habían cortado. Estaba tan medicado que de milagro no se orinó sobre el colchón.

Maximiliano miró desconcertado.

—No debes preocuparte —inició la tía Carmen—. Hablé con los doctores, las autoridades y las instancias pertinentes sobre el tema. Les expliqué lo

ocurrido con el terrible... terrible accidente que tuviste con el hacha y todos ellos coincidieron en que fuiste bendecido por el Señor. Gracias a él, que guio mis acciones de manera adecuada, pudimos salvarte la vida. Tu vieja y torpe tía reaccionó tan rápido que ya se corre la voz por todo el pueblo de que soy una heroína. ¿Lo puedes creer? Y claro, yo no me canso de explicar que el único héroe es nuestro Señor, quien decidió bendecirnos y determinó que aún no era el momento para llamarte ante su presencia.

El chico se quedó callado. No sabía qué pensar de todas las barbaridades que decía la vieja. Se esforzó por recordar qué era lo que había ocurrido en realidad, pero no lo consiguió. Una densa y enorme nube se formaba alrededor de sus recuerdos y le impedía regresar a ese momento específico de su vida. Pensó que lo más prudente, por el momento, sería seguirle el juego a su tía y no contradecirla para no perturbarla.

—¿Dónde está Poncho?

—En la hacienda.

—¿Quién está con él?

—Nene, no debes afligirte por él ahora, yo ya lo resolví todo. Tus únicas preocupaciones deben ser recuperarte y recordar cómo fue el accidente que sufriste con el hacha.

—¿Hacha? —dijo y pensó que era la segunda ocasión en que la mencionaba y él no recordaba ninguna.

—Tranquilo, nene. No debes alterarte. Vamos a permanecer unos días en el hospital y tendrás tiempo suficiente para memorizar..., para recordar bien la historia. Así que por hoy a descansar y mañana empezamos a practicar.

El chico asintió y se quedó dormido en cuestión de minutos. Las drogas en su cuerpo lo mantuvieron alejado de cualquier dolor y le permitieron descansar sin problema. Despertó un par de veces más durante el día, pero prefirió aparentar que seguía dormido. Estaba seguro de que su tía lo observaba en todo momento y eso lo incomodaba. Su mirada inquisidora lo acosaba como una fiera salvaje que acorrala a su presa y no da opción a defenderse o encontrar una salida.

A la mañana siguiente, justo después del desayuno blando y tan pronto como la enfermera abandonó la habitación, la tía Carmen acercó la silla a la

cama y posó la Biblia sobre el buró. Luego acomodó la espalda muy recta y se irguió con ese porte tan característico en ella. De una de las bolsas del vestido negro sacó un rosario y lo sujetó con la mano izquierda. El chico infirió que rezarían, pero no fue así.

—Vamos a empezar —dijo ella y tomó el bastón para dar un pequeño golpe sobre el suelo, dejándole saber que era el momento preciso de comenzar la historia.

Y así lo repetiría la tía Carmen una y otra vez.

—La clave está en los detalles —decía constantemente—. Así será todo más creíble.

Y ambos reprodujeron la historia sin tregua a todas horas y en cada momento que el niño estaba despierto y consciente. La repasaron cientos de veces hasta que Maximiliano aprendió a recitarla junto a ella, para después apropiársela y hacerla suya. Durante la práctica había momentos donde se olvidaba de alguna parte o tartamudeaba, pero ella golpeaba sutilmente el bastón contra el suelo y le hacía recuperar el hilo para continuar de manera natural y fluida.

Llegó el quinto día y Mariana pasó a visitarlo, pero la tía le prohibió la entrada a la habitación. Argumentó que se encontraba muy delicado de salud y consideraba inoportuno dejarla pasar. La chica pidió como favor que le entregara un obsequio que le había preparado de manera especial y la señora accedió. Era una pequeña caja de zapatos que contenía una carta, un tocacintas con audífonos, un casete etiquetado “mezcla para recuperarse pronto” y un cómic del Santo contra las Momias de Guanajuato. La tía Carmen cumplió la promesa, pero no se la entregó hasta que regresaron a casa, no quería que nada distrajera la concentración de Maximiliano para que terminara de aprender correctamente la historia del accidente con el hacha.

Pasaron tres días más y el chico pareció estar listo para contar la anécdota. La tía no dudó un instante en ponerlo a prueba. Esa mañana recibieron la visita de Lupita, la maestra de tercer año, y la tía Carmen la recibió feliz en la habitación. La educadora trató de ocultar el horror que sintió al ver mutilado al pequeño, pero la mirada de asombro no pasó desapercibida. Charlaron un buen rato sobre temas triviales: de cómo los compañeros del colegio

preguntaban todos los días por él y las ganas que tenían de verlo y visitarlo en el hospital. Maximiliano supo que mentía y entornó los ojos. Sólo dos personas se preocupaban genuinamente por él en la escuela.

Transcurrieron los minutos y llegaron al punto que la tía Carmen había esperado toda la mañana. La profesora se atrevió a preguntar qué había ocurrido, por qué Maximiliano había perdido la mano. El chico echó un vistazo a su tía y ella asintió emocionada. Así fue como inició la primera prueba; estuvo algo nervioso pero su voz no tembló ni una sola vez. Maximiliano narró el accidente con el hacha de forma elocuente y natural, con tanto lujo de detalles que poco a poco fue envolviendo a la maestra hasta hacerla romper en llanto. Lupita se acercó para abrazarlo cuando terminó de contar el terrible suceso.

La tía Carmen esbozó una sonrisa y arqueó las cejas; el niño la había hecho sentir orgullosa como nunca. Su desenvolvimiento la dejó satisfecha y sintió que se llenaba con una alegría que le desbordaba el alma. Sus ojos brillaron por primera vez en muchos años y se revolvía excitada sobre la silla. Estaba emocionada. Todo resultó tal como lo había imaginado, como lo había planeado. Se sentía tan satisfecha de sí misma que osó interrumpir el momento para quitarle protagonismo a Maximiliano.

—Nene, cuéntale a tu maestra lo que dicen los doctores sobre mi hazaña.

—Dicen que estoy vivo gracias a mi tía —dijo bajando la mirada.

Y ella sonrió como un arlequín malvado y siniestro. La boca alargó los labios y la cara se deformó en lo que pareció un gesto de placer. Entonces supo que el chico era suyo, que lo dominaba por completo y que de ahora en adelante jamás se atrevería a levantarle la mano, a cuestionarla o faltarle al respeto de nuevo. “Lección aprendida”, pensó. Y sí, por momentos creía que el castigo de cortarle la mano había sido severo, pero quién era ella para cuestionar los métodos de aprendizaje y las enseñanzas de nuestro Señor cuando se actúa por instinto.

Los tres acordaron, antes de que Lupita abandonara la habitación, que el niño daría varias charlas en el salón de clases frente a los alumnos de los diferentes años para contar la trágica historia del accidente con el hacha. Esperaban concientizar y ayudar para que nunca se repitiera un incidente de

esta naturaleza en Tolvaneras.

Pasaron dos días más y dieron de alta a Maximiliano, ya podía regresar a casa. Alfonso se emocionó por tenerlo de vuelta en la vieja hacienda. Había pasado unos días pavorosos en su ausencia. Vivía con un sentimiento de abandono, de terror y de espanto cada vez que su tía salía para hacer pendientes. Eso sí, siempre lo dejaba encerrado en el dormitorio y durante esa soledad sentía que las paredes de la habitación se cernían sobre su cabeza y los espacios lo cercaban hasta sofocarlo. Sólo tres cosas lo mantuvieron a flote durante esos días: que su hermano estaba bien, que Mariana lo visitaba por las tardes y que las puertas del guardarropa no se abrieron por las noches. Lo agradecía en el alma, en especial esto último.

Al caer la noche y ya solos en el cuarto, Maximiliano aprovechó para preguntarle a su hermano menor sobre lo ocurrido aquel sábado por la mañana. Sobre lo que pasó de verdad en la cocina. Todavía recordaba algunos fragmentos e imágenes, en especial el súbito enfado de su tía, pero nada en concreto. Alfonso se puso nervioso al principio, sin saber qué decir. Cuando se decidió a hablar, contó la misma versión que él, casi al pie de la letra. Algunos detalles eran diferentes ya que Alfonso la contaba desde su perspectiva.

“Qué cabrona”, pensó Maximiliano.

Nunca volvieron a hablar sobre lo ocurrido y el chico lo tuvo todo muy claro: ésa sería la versión oficial de lo que sucedió y no podría hacer nada para recordar con exactitud lo que vivieron en la cocina aquel día. Los tres contarían la misma versión, con pequeñas diferencias, cada vez que fueran cuestionados al respecto.

Esperó de corazón que Mariana lo notara. Con toda su fe, le rezó al Señor para que ella se diera cuenta de que algo no estaba bien con la historia, pero no sucedió. La chica lloró junto a ellos después de escuchar la tragedia la noche siguiente.

Quizá se estaba volviendo loco y los fragmentos de los recuerdos que se paseaban por su mente eran sólo memorias de una añeja y terrible pesadilla. Pero no lo eran. La realidad acabó por convertirse en una extraña y desquiciada fantasía y la historia inventada por la tía Carmen pasó a rellenar

ese amargo vacío para transformarse en la trágica historia que escucharían todos los habitantes de Tolvaneras y los municipios aledaños.

La cena

Llegar a Tolvaneras fue como adentrarse en un extraño sueño. Las montañas secuestraban los últimos rayos de sol y los desaparecían del firmamento, que parecía sangrar bajo la luz escarlata. Los alrededores del camino se tornaron raros, ajenos a un plácido atardecer, y la carretera se llenó de rincones tenebrosos y aterradores. El pueblo se había convertido en una mancha oscura y no encontraban un solo rastro de luz artificial en sus proximidades.

Las calles se habían convertido en largos laberintos de penumbras donde moraban sombras y figuras que rápido se distanciaban de las luces de la camioneta. Las casas daban la sensación de ser extrañas quimeras que aguardaban su momento para despertar y deambular entre las enredosas vías. La campana del templo repicó y el eco retumbó por las avenidas como si fuera el llamado para liberar a los sabuesos del infierno. Ni siquiera un alma caritativa detuvo su trayecto para explicar el porqué del apagón en todo el municipio.

Llegaron a la última casa en la montaña y encontraron la enorme puerta de metal abierta. El vehículo cruzó por debajo del arco de cantera y se desplazó con tranquilidad por el camino hasta la entrada de la casa. La vieja hacienda se advertía como un manicomio por la forma en que su silueta se entrecortaba irregularmente con las sombras de la noche. Algunas velas centelleaban en su interior y la luz azafranada refulgía como ojos de demonios que se asomaban por las ventanas para ver quién se acercaba a su morada.

La familia Rey bajó de la camioneta y Marta sintió que se adentraban en una zona muerta. No se oía ningún ruido y tuvo la impresión de que la naturaleza había muerto a su alrededor. Caminaron hacia el vestíbulo y sus pasos hicieron crujir las pequeñas y finísimas piedras del camino. La puerta se abrió sin que llamaran e Isabella brincó al oír el chirrido de las bisagras. El

viento sopló y las hojas semimuertas de los árboles se revolvieron como si murmuraran advertencias inteligibles.

—Buenas noches —saludó la tía Carmen—. Los esperábamos desde hace quince minutos para cenar —y levantó un candelabro que la hizo lucir como un espectro que acaba de resucitar.

—Discúlpenos —dijo Esteban—. Tuve que manejar despacio, no se veía nada.

—El camino parece una boca de lobo —agregó Marta—. ¿Sabe qué ocurrió?

—Un idiota que conducía borracho chocó contra una de las torres eléctricas y dejó sin luz a todo el pueblo... pero pasen por favor, la cena se está enfriando.

—Trajimos un postre —dijo Isabella mientras mostraba el flan casero que había preparado con su madre.

—Estupendo —dijo Carmen—. Más azúcar para los nenes antes de acostarse —y torció la boca.

La niña no supo ocultar su decepción. Su madre le puso la mano en el hombro y la señora Carmen extendió el brazo para iluminar el pasillo de la entrada: los chicos esperaban por detrás con sus mejores ropas. Entraron a la casa y Marta fue la primera en notar la venda en la mano de Maximiliano. Su rostro palideció y tomó con fuerza el brazo de su esposo.

—¡Dios Santo! —dijo.

—En esta casa no utilizamos en vano el nombre del Señor —dijo la tía Carmen.

—¿Qué sucedió? —preguntó Esteban mientras se llevaba la mano a la boca.

Isabella no comprendió de qué estaban hablando.

—El nene tuvo un pequeño y desafortunado accidente con un hacha —explicó la tía Carmen—. Pero continuemos en la cocina, que ya tendremos tiempo para escuchar la historia —y cerró la puerta al tiempo que se oyó el graznar de unos cuervos.

La siguieron por el amplio patio que parecía alargarse mientras caminaban. A su paso, la luz de las candelas distorsionaban las figuras de los arcos y los

transformaban en gigantes que apoyaban los brazos contra el suelo para mirarlos de cerca. El oficial clavó la mirada en el vendaje del chico y lo recorrió de arriba abajo. Su cuerpo se estremeció al comprobar que no tenía mano. Apretó los dientes para no gritar y un sentimiento de ira empezó a crecer en su interior. Quería saber qué había pasado y lo quería saber ya. La incertidumbre lo estaba volviendo loco.

Entraron a la cocina y la tía Carmen posó el candelabro en el centro de la mesa. Luego se paró en la cabecera y Maximiliano se situó a la derecha. Alfonso caminó un poco más y se instaló a la izquierda de su hermano. Marta e Isabella se les unieron y Esteban eligió la silla frente a la señora, al otro extremo. El oficial miró alrededor y el espacio frente a él le recordó, más que una comida romántica a la luz de las velas, el macabro escenario de una película de terror.

—Siéntense, por favor —dijo la tía Carmen—. Esta noche me ayudará Alfonso con la cena.

Ambos se encargaron de servir la comida y acercar lo necesario para la cena. La señora había preparado carne en su jugo y tortillas hechas a mano. Cuando concluyeron se sentaron con ellos y empezaron a cenar. Más que una reunión con amigos parecía el sepelio de un ser querido. Nadie articuló palabra mientras comían y todas las miradas se centraban en el mayor de los hermanos. El chico se manejó con naturalidad a pesar del accidente y mantuvo el brazo amputado sobre las piernas en todo momento, oculto bajo la mesa.

La tía Carmen se dirigió al muchacho mientras servía el postre:

—Bueno, Maximiliano. No los hagas esperar más. Cuéntales sobre tu imprudencia con el hacha.

El niño alzó el brazo y lo descansó sobre la mesa. Marta apartó la mirada y apretó disimuladamente la pierna de su marido. Se impresionó nada más de ver los puntos de sangre sobre el vendaje. Isabella abrió los ojos asustada y se encogió de hombros. Esteban apoyó los brazos e inclinó el cuerpo hacia delante para poner toda su atención en la historia del muchacho.

Maximiliano miró a su tía y ésta asintió.

“¿Para qué la mira?”, pensó el oficial.

—El sábado por la mañana —inició el chico—, salimos Poncho y yo a

jugar a los jardines mientras mi tía preparaba el desayuno. Cruzamos a la pequeña isla...

Esteban frunció el ceño; la mitad de la cara del muchacho se hallaba refugiada bajo el manto de la oscuridad y no alcanzaba a descifrar bien los gestos y ademanes que hacía. Reclinó su postura sobre la silla y apretó los ojos para observarlo mejor: Maximiliano se escuchaba confiado, sensato y utilizaba buen ritmo verbal para relatar la historia.

—Regresamos y fuimos más lejos —continuó Maximiliano—. Fue entonces cuando vi el hacha y se me hizo fácil tomarla para jugar. Le pedí a Poncho que...

Y el oficial detectó algo raro. Un pequeño gesto repetitivo y fuera de lugar que utilizaba al terminar una idea y lo hacía mirar al costado. “Maldita iluminación”, pensó. “No estoy seguro si miente o no”.

—... y eso fue lo que pasó —terminó Maximiliano después de un momento—. Dicen que estoy vivo gracias a mi tía.

—¿Y eso fue lo que verdaderamente sucedió? —dijo Esteban siguiendo su instinto.

—¿Lo está llamando mentiroso? —preguntó la tía Carmen—. ¿Después de todo lo que ha sufrido tiene la osadía de decir que miente?

—No —dijo tratando de no alterarse—. Pero creo que no está hablando con toda la verdad.

—Oh, disculpe usted, señor policía, que se cree más sapiente que nuestro Señor. Permítame decirle que no sabe de lo que habla y no tiene la mínima idea de lo que han sufrido estos niños. ¿Sabe cuántas veces se han despertado llorando durante las noches y he tenido yo que bajar a consolarlos? ¿Acaso sabe la cantidad de horas que hemos rezado para pedir por el eterno descanso de las almas de sus padres? Almas que nos abandonaron porque su hermano los asesinó.

Los chicos bajaron la mirada.

—Fue un accidente —dijo el oficial apenado.

—No, señor —continuó la tía Carmen—. Cuando hay alcohol de por medio no son accidentes, son enseñanzas. Enseñanzas que nuestro Señor aprovecha para darnos valiosas lecciones que nos marcan de por vida.

Créame, sé de lo que hablo.

Esteban guardó silencio y apretó la mano de su esposa por debajo de la mesa.

—Estos niños deben crecer sin sus padres y mi trabajo es recordarles todos los días que están aquí, vivos, gracias al Señor. Mi deber es explicarles y hacerles entender que deben tener fuerza y voluntad para comprender sus métodos, aunque les parezcan injustos.

—¿No le parece que es algo dura con ellos? —intervino Marta.

—¿No le parece que está metiendo las narices donde no debe? —y volteó a ver al oficial—. Usted los trajo a mí, ¿recuerda? ¿Cómo fue que me dijo?... Ah, sí: “Se han quedado sin nadie en el mundo y sin usted no tendrían dónde vivir”. Era yo la mejor y única opción que tenían y ahora ya no está seguro de ello. ¿Qué ha cambiado ante sus ojos para que piense que no soy digna de cuidarlos?

—Nada ha cambiado, señora —dijo Esteban—. Es sólo que el accidente de Maximiliano me ha dejado perturbado. Quizá si Eusebio regresara a la hacienda todo sería diferente.

—Jamás vuelva a mencionar a ese hombre. Una persona que no es leal no tiene cabida en mi hogar.

—Si tan sólo pudiera explicar qué fue lo que sucedió con él...

—Yo no tengo que dar explicaciones de mis actos —interrumpió—. No me las pide el Señor, mucho menos usted.

—No quiero que lo tome a mal.

—¿Y cómo quiere que lo tome? Viene a mi casa como invitado y cuestiona la forma en que educo a los nenes y las decisiones que tengo que tomar. ¿Acaso yo debato con usted cómo resuelve los asuntos policiacos en Tapalpa? ¿O demando explicaciones de por qué resuelve los conflictos a balazos? No, no se confunda. Usted no tiene autoridad moral para decirme lo que está bien o mal, lo que debo hacer o no. Eso déjeselo al Señor para el día del juicio final.

—Creo que malinterpretó mis palabras, señora. Lo único que deseaba expresar era que si Eusebio hubiera estado en la hacienda quizá... quizás el accidente se habría evitado.

—El que no entiende es usted. El accidente con el hacha habría ocurrido

de cualquier manera... y estamos perdiendo el objetivo principal de esta cena. Usted quería mi permiso para llevarse a los nenes durante los fines de semana, ¿verdad?

—¿Cómo lo supo? —preguntó Marta.

—Ellos me contaron.

—Nos encantaría —agregó Marta—. Pensamos que puede ser beneficioso para ellos salir del entorno de la hacienda de vez en cuando.

—¿Y a usted quién le preguntó? —dijo la tía Carmen haciendo una mueca.

—Cuidemos las palabras entre nosotros —dijo Esteban con calma—, no queremos faltarnos al respeto y decir algo que lamentemos.

—Como le decía —recompuso la tía Carmen—. ¿Quieren a los niños los fines de semana?

—Así es.

—¿Y quién me asegura que estarán bien con ustedes?

—Tiene mi palabra.

—¿Y su palabra qué vale? ¿Cree que porque los visita cada dos meses o los lleva de paseo un par de horas los conoce, que sabe algo de ellos? ¿Si son felices con ustedes o no? Deje de pensar y actúe como el policía competente que todos dicen que es. Los nenes pasaron por una situación traumática y no han estado bien. Y no lo estarán pronto. Eso lleva tiempo y requiere paciencia y amor. Y todo ello lo he proporcionado yo. Yo... sola... sin ayuda de nadie. ¿Y usted cree que porque Maximiliano sufrió un pequeño accidente las cosas van a cambiar? Pues se equivoca.

—¿Le parece poco perder la mano?

—¿Le parece que estarían mejor en su casa?

—Creo que podría ayudarles.

—¿Ayudarles en qué? ¿Qué pasaría si un día los deja solos por cinco minutos y deciden tomar su revólver para jugar?

—Eso jamás pasaría.

—Sólo el Señor tiene la capacidad de conocer el futuro. No juegue con su suerte porque entonces sí que tendríamos una verdadera catástrofe y no una simple imprudencia con un hacha.

Esteban frunció el ceño confundido. Empezaba a creer que la señora no

tenía idea de lo que estaba hablando.

—¿Entonces? —dijo Esteban molesto—. ¿Pueden los chicos pasar los fines de semana con nosotros?

—Mi respuesta es no.

—Señora Carmen —dijo Marta—. Pienso que...

—¿Está usted sorda? Dije que no. Pueden seguir visitándolos cuando lo deseen, pero ésta es su casa y deben siempre dormir en ella, pase lo que pase.

—Yo quisiera explicarle... —empezó Marta.

—Eso es todo —dijo la tía Carmen—. Pueden retirarse.

Y se levantó de la silla para guiarlos hasta la salida.

Día de muertos

Maximiliano y Alfonso jugaban en el dormitorio cuando escucharon un golpe en el batiente de madera de la ventana. Los dos dejaron lo que estaban haciendo y se levantaron de la cama intrigados. Esperaron un momento guardando silencio y se asomaron. Nada fuera de lo ordinario.

El mayor de los hermanos caminó para encender la luz de la habitación y volteó al escuchar un ruido seco, como si algo hubiera golpeado el bastidor. Una piedra cayó dentro de la habitación y Alfonso se agachó para levantarla.

—¿Y esto? —dijo mientras la mostraba.

—No sé. ¿Quién la lanzó?

—Deja me asomo por la ventana.

En el exterior todo era quietud y tranquilidad. Los pájaros se acurrucaban para dormir en las ramas de los árboles y la oscuridad se proclamaba dueña del horizonte. El chico se frotó los brazos al sentir que la temperatura del ambiente descendía.

—No veo nada —dijo Alfonso.

—Fíjate bien —insistió Maximiliano.

El pequeño se apoyó sobre los barrotes de hierro y miró hacia el camino que provenía desde el portón hasta la casa. Si algo o alguien se encontraba ahí

afuera se escondía bajo el refugio de la noche. El pequeño apretó los ojos y trató de distinguir las siluetas entre las sombras.

—Alfonso —se oyó como un susurro.

El niño sintió un calambre en el estómago.

—¿Escuchaste? —le dijo a su hermano.

—No, ¿qué pasó?

—Dijeron mi nombre.

Maximiliano se quedó inmóvil y puso toda su atención en los sonidos a su alrededor. También le había parecido escuchar un susurro pero no estaba seguro de que hubieran mencionado el nombre de su hermano. Quizás era sólo el viento que se desplazaba entre los brotes casi sin hojas de los árboles.

Alfonso centró la mirada en la oscuridad y lo primero que apareció fue una mano huesuda con el dedo índice apuntando hacia él. El niño abrió los ojos, desconcertado y asustado, y sintió cómo se formaba un nudo en su barriga. Su primer pensamiento fue apartarse de la ventana y correr, pero sus pies no le hicieron caso. ¿Sería verdad lo que veía o estaba soñando?

—¿Max? —dijo impresionado.

Su hermano levantó la cabeza pero no pudo ver nada desde el ángulo donde se encontraba.

Una mano esquelética avanzó y asomó una manga con encaje; el resto del cuerpo permanecía bajo el amparo de la oscuridad. La otra extremidad brotó por un costado cargando una bolsa negra y un mazo de madera con un cráneo en la punta. La calavera poseía una cresta de plumas escarlatas, negras, verdes y rosas.

—Alfonso —se escuchó desde las sombras.

—¿Max? —dijo al pensar que sufriría un paro cardíaco.

La huesuda emergió de la penumbra con un hermoso vestido, rojo cenizo y encajes negros, tan largo que arrastraba por el suelo. Llevaba un sombrero con adornos y plumas oscuras. Alrededor de las vértebras cervicales colgaba un collar de piedras circulares color sangre y los hombros estaban cubiertos por una estola negra, hermosa y brillante. Las sombras y la poca luz mostraban un acusado rostro cuyas facciones no podían apreciarse en su totalidad.

—¡Max! —dijo sin poder despegar la mirada.

La parca avanzó y la luna iluminó escasamente su semblante. Poseía un tatuaje sobre la base del mentón: una rosa roja al centro y hojas verdes que se extendían hacia los costados. Los labios estaban pintados de rosa mexicano y la nariz era un hueco sombrío y profundo. Los ojos blancos estaban enmarcados por grandes círculos oscuros delineados con un fino trazo verde y por pequeños círculos rosas, escarlatas y negros. Sobre la cabeza se ceñía una corona de rosas en tonos rosa y carmesí.

Parecía una virgen de la muerte.

—Dime que la puedes ver —suplicó Alfonso y su hermano se acercó.

La Catrina se detuvo justo en la ventana, en el exterior del dormitorio, y los miró directamente a los ojos.

—Quedó padrísimo —dijo Maximiliano sonriendo efusivamente.

Alfonso se giró asombrado. Estaba asustado y no podía dar crédito a las palabras de su hermano.

—Estoy fabulosa, ¿a poco no, Poncho? —dijo la huesuda en un tono de voz muy familiar.

—Totalmente —contestó Maximiliano.

El pequeño miró con detenimiento, prestando atención a cada uno de los detalles. Luego dijo con voz temblorosa:

—¿Mariana?

—¿Y a quién esperabas? ¿A la verdadera Catrina?

—Eres una tonta —continuó el pequeño—. Me asustaste.

—Querrás decir que te quedaste anonadado por lo hermosa que luzco esta noche.

—Eso también, pero tú siempre —y Alfonso se sonrojó.

—Les traje un par de sorpresas —dijo apoyando el mazo de la calavera contra los hierros de la ventana para abrir la bolsa negra que llevaba.

Alfonso estaba sorprendido con el disfraz, había cuidado todos los detalles y lucía impecable. La miró de pies a cabeza para cerciorarse de que fuera en verdad su amiga la que se encontraba debajo de todo el maquillaje y lo comprobó al llegar a los ojos. El chico concluyó que Mariana podría asustar de muerte a cualquier cristiano que se cruzara con ella bajo la luz de la luna llena.

—Primero lo primero —dijo ella—. Hay que poner un poco de música y ambientar este funeral.

—¿Qué quieres que ponga? —preguntó Maximiliano.

—Hoy le toca escoger a Poncho —y lo miró—. Lo que tú quieras está bien.

El pequeño dio tres pasos hasta la caja donde guardaban los álbumes y empezó a barajar opciones. Después de eliminar varias portadas llegó hasta uno que llamó su atención y paró.

—Éste —dijo levantando uno con la mano—. Tiene a un mago en la portada sosteniendo cuatro cartas: un sol... una reina... un rey... y una calavera como tú, Mariana.

—Yo soy la Catrina —dijo con orgullo—, la Muerte... No soy cualquier calavera.

Alfonso sonrió apenado y puso el LP en el tocadiscos. La aguja se deslizó sobre el acetato y empezó a escucharse “This Ain’t the Summer of Love”, de la banda norteamericana de rock psicodélico Blue Öyster Cult.

—¿Qué nos trajiste? —preguntó Maximiliano.

—Ya lo verán... Son unos artículos para su buró.

El niño volteó para observar el viejo mueble de madera y frunció el ceño. Estaba mal pintado, con un cajón inservible y una cubierta de cristal opaco. No lo utilizaban para nada.

—No entiendo —dijo.

—Vamos a hacer un altar de muertos para sus papás.

Maximiliano volteó y miró la fotografía de sus padres que se encontraba sobre la mesita. Era la única imagen que tenían de ellos y la cuidaban más que a nada en el mundo.

—Vamos —continuó Mariana—, hay que venerarlos como se merecen el Día de Muertos.

Los chicos se llenaron de una alegría incontenible y se sintieron fenomenales. Nunca antes habían preparado un altar de muertos y la idea de poder recordar a sus padres con un pequeño homenaje los emocionó. Eran afortunados de tener a Mariana en su vida. A base de paciencia, atenciones, cariño y detalles se había ganado su admiración; los niños la querían y

respetaban como si fuera su hermana mayor.

La chica sacó primero los lentes de la bolsa negra y se los colocó.

—Listo —dijo—. No veía gran cosa sin ellos. A ver, ¿saben lo que se necesita para hacer un altar de muertos?

Ambos negaron moviendo la cabeza.

—Bueno, no pasa nada. Les explico. Pero bueno, ¿sí saben que el Día de Muertos es una de las tradiciones más representativas de México?

—Sí —contestaron al unísono.

—Bien..., ya tienen la foto de sus papás, así que sólo faltan unos detallitos —y metió la mano en la bolsa.

—Hay que comenzar con las flores típicas. ¿Saben cómo se llaman?

Negaron de nuevo.

—Cempasúchil.

Los niños sonrieron emocionados.

—Traje de dos colores: anaranjado y amarillo. Poncho, colócalas sobre el buró, alrededor de la foto y por toda la superficie.

El pequeño cogió las flores y las ubicó formando líneas de colores alrededor de la imagen.

—Ahora tenemos que prender una vela para que ilumine el camino de vuelta de las almas de sus padres hacia ustedes. Toma, Max. Tú te encargarás de eso.

—Pero... —empezó Alfonso y fue interrumpido por un gesto de Mariana con la mano.

—¿Quieres hacerlo, Max? —agregó ella.

El chico asintió y Mariana le entregó la vela a través de los barrotes de la ventana. Maximiliano la agarró con la mano derecha, la posó sobre el suelo y después cogió los cerillos. Sacó uno del empaque y acomodó la pequeña caja contra su pecho, sujetándola con el brazo amputado. Con mucho cuidado raspó la punta del cerillo contra la lija y éste cobró vida con una flama azulosa que velozmente se convirtió en anaranjada. Se agachó lentamente y encendió la vela.

Mariana sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Muy bien —dijo ella—, ahora colócala junto a la fotografía.

El niño obedeció de buena gana.

—¿Alguno de los dos sabe qué nos falta?

—¿Pan de muerto? —dijo Alfonso.

—Punto extra para ti por la respuesta —dijo Mariana mientras se ajustaba los lentes—. En realidad deberíamos poner la comida favorita de sus papás y el pan de muerto. Pero como no sabía cuál era su platillo y bebida favoritos, traje sólo un par de piezas para que se las coman ustedes después de cenar.

—No te preocupes —dijo Maximiliano—. Así está perfecto.

El altar de muertos improvisado lucía fabuloso. Los tres se quedaron observándolo en silencio.

—Están muy solitos sus papás ahí, ¿no les parece?

—¿A qué te refieres? —preguntó Alfonso.

—A que deberíamos acompañarlos —y sacó de la bolsa negra tres calaveras de azúcar.

Los chicos sonrieron emocionados.

—Aquí tenemos una que dice Maximiliano —y se la entregó.

—¿Por qué llevan nombres? —preguntó Alfonso.

—Ah, porque es la forma en que nos burlamos de la muerte —contestó Mariana—. No encontré una con el tuyo, pero la compré sin nombre y ahorita se lo ponemos con un lápiz, ¿te parece?

El pequeño asintió y se levantó del suelo para buscar el rotulador y escribir su nombre sobre la frente de la figura de dulce.

—La última lleva mi nombre: Mariana. No seas malo, Poncho. ¿La pondrías junto a las otras?

El buró se convirtió en un típico y digno altar de muertos mexicano. La superficie estaba tapizada por las flores de cempasúchil en líneas anaranjadas y amarillas. La vela encendida titilaba a un costado de la imagen de los padres de los niños y las calaveras de azúcar, formadas frente a la fotografía, posaban como tres guardianes silenciosos que protegían sus almas. El pan de muerto reposaba en una esquina sobre pequeños pedazos de papel encerado.

—Muchas gracias —dijo Maximiliano.

—Quedó hermoso —agregó Alfonso—. Sé que están encantados con él. No puedo explicarlo, sólo lo sé.

Los primeros acordes de las guitarras de “Don’t Fear the Reaper” se escucharon por los altavoces y Mariana empezó a seguir el ritmo de la canción con la cabeza. Luego se balanceó de un lado a otro con los hombros y, cuando el sonido de las percusiones y el cencerro aparecieron en la melodía, le fue imposible parar. Su cuerpo se llenó con esa vitalidad que sólo la música puede provocar y se puso a bailar junto a la ventana ante la mirada incrédula de los chicos.

—Estás loca —dijo Alfonso y rio.

Maximiliano sonrió. Había algo peculiar en el estilo de baile de Mariana que lo contagió de alegría. Sus movimientos eran ágiles, espontáneos y elegantes. Parecía que llevaba muchos años practicando y bailando al ritmo de la canción.

Alfonso se levantó y la imitó con torpeza.

—¿No bailas, Max? —dijo ella.

El chico echó los hombros al frente y luego contestó:

—No, nunca me enseñaron.

—Pues ésta es tu oportunidad.

El muchacho esbozó una sonrisa pero no se levantó de la cama. Su hermano alzó los brazos y dio vueltas en círculos. Mariana imitó al pequeño y enredó torpemente el brazo con la cuerda de una de las macetas colgantes que pendía junto al marco de la ventana. Los tres recipientes de barro cayeron y se estrellaron contra el suelo haciendo un tremendo escándalo.

Maximiliano rápido se incorporó y paró la música. Luego volteó hacia la puerta del dormitorio. Su piel se erizó y sus piernas empezaron a temblar. Todos los sonidos empezaron a distanciarse y sólo podía escuchar el palpitar de su corazón y de su agitada respiración. Tenía miedo de que apareciera ella en cualquier momento.

—¿Estás bien? —le preguntó Alfonso.

—Sí —contestó entre risas Mariana mientras se limpiaba la ropa y los pies.

—¡Shhhhhhh! —apresuró Maximiliano.

El ruido del bastón se escuchó por las escaleras y luego por el pasillo. Poco después apareció la silueta de la tía Carmen por debajo de la puerta y su

sombra empezó a inundar la habitación como un espectro maligno. Los hermanos se quedaron inmóviles y Mariana se alejó de la ventana. Hubo silencio absoluto adentro y afuera del dormitorio.

La tía Carmen levantó la mano y acercó la llave a la cerradura, pero no la introdujo. Esperó en el corredor como un depredador al acecho de cualquier sonido que saliese del interior para delatar las fechorías de sus sobrinos.

—¿Nenes? —dijo después de un breve momento.

—¿Sí? —contestó Maximiliano.

—¿Están bien?

—Sí —dijo Alfonso—. El ruido vino de afuera.

Maximiliano se giró y lo miró con cara de pocos amigos.

—Ah, muy bien —agregó ella—. Investigaré qué sucedió. Mientras tanto prepárense para cenar, que vendré a buscarlos en un momento.

—Sí, señora —dijo Maximiliano aliviado.

La sombra desapareció de la habitación.

—Te tienes que ir —le dijo Maximiliano a Mariana, quien reapareció en la ventana—. No puede saber que estás aquí.

—No te preocupes —dijo ella.

—Max tiene razón —afirmó Alfonso—. No quiero que te regañe.

Mariana soltó una carcajada.

—No me importa que me regañe, pero tampoco me gustaría que los castigara por mi culpa. Daré la vuelta por el otro lado de la casa para que no me vea y vengo a despedirme de ustedes, ¿les parece?

—Está bien —dijo Maximiliano.

—Oye... —empezó Alfonso.

—¿Sí? —dijo ella mientras tomaba el mazo de calavera.

—Te ves bonita de Catrina.

—Gracias —dijo Mariana con una amplia sonrisa y desapareció.

Los hermanos empezaron a poner orden en el dormitorio. Maximiliano apagó el tocadiscos, sacó las pijamas del guardarropa y las colocó sobre la cama. Alfonso recogió los juguetes que habían dejado en el suelo y los guardó en una caja de cartón.

—¿Crees que se enojará por las macetas? —dijo Alfonso.

—Quizá. Pero lo bueno es que no se alcanzan desde adentro, así que nosotros no pudimos haberlas tirado.

—Uuuuffff, qué suerte. La última vez que se enojó así nos fue.

—Ya sé.

—¿Y si le decimos que escuchamos un gato o algo y que tiró las macetas?

—¿Crees que es buena idea mentirle?

El pequeño se quedó callado un momento. Luego le dijo:

—Tienes razón.

—Mira, le vamos a decir que estábamos jugando sobre una de las camas y escuchamos el ruido de las macetas, y que cuando nos asomamos no alcanzamos a ver nada.

Alfonso se acercó y miró por la ventana.

—¿Max?

—¿Sí?

—Si ella viene hasta acá se va a dar cuenta de que nos visita Mariana.

—¿Qué dices?

—Mira —dijo señalando al suelo.

Las huellas de su amiga se notaban perfectamente sobre la tierra que había caído de las macetas.

—No, no, no, no, no, no, no —dijo Maximiliano.

—¿Qué vamos a hacer?

—No sé —y buscó desesperado la respuesta en su cabeza mientras comenzaba a punzarle la mano amputada.

—Tengo miedo, Max.

—El pantalón —dijo ensimismado—. Mi pantalón sucio de la escuela. ¡Pásamelo!

Alfonso corrió hasta el extremo de la recámara donde se encontraba la silla sobre la cual colocaban la ropa sucia. Sin detener el impulso agarró el pantalón y regresó velozmente con su hermano. Maximiliano se acomodó entre los barrotes de hierro, sacando los brazos tanto como le fue posible. Con la mano izquierda levantó una de las piernas de tela y con la derecha intentó apuntar en la dirección adecuada. Arrojó la prenda sobre los montículos de tierra.

Falló.

Intentó una vez más.

Falló de nuevo.

Le costaba trabajo guiar la ropa sin la ayuda de su mano izquierda. Empezó a enojarse por la frustración de no poder hacerlo bien.

—Poncho —dijo volteando—. Tienes que hacerlo, yo no puedo.

—¿Qué?! No creo que pueda.

—Lo intentamos entre los dos.

—No puedo —dijo dando un paso atrás.

—Yo te ayudaré.

—No puedo —aseguró casi rompiendo en llanto.

—Sí puedes..., yo sé que puedes hacerlo.

El pequeño se colocó junto a su hermano, agarró el pantalón con ambas manos por fuera de la reja y lo lanzó.

Falló.

El hermano mayor se puso por detrás y le ayudó a situarse mejor.

—Tranquilo —le dijo—. Sé que podrás hacerlo.

—No puedo.

—Poncho, tienes que hacerlo. No quiero que nos vuelva a lastimar. No quiero más consecuencias.

—Yo tampoco.

El niño suspiró y notó que las manos le temblaban. Trató de concentrarse lo mejor posible y arrojó la prenda.

Falló.

—No pasa nada —dijo Maximiliano—. Lo intentaremos una vez más.

Alfonso pensó en su madre y le pidió de corazón que guiara su mano. No quería que su tía los castigara de nuevo. Sin muchas esperanzas, cerró los ojos y lanzó la prenda.

El pantalón cayó sobre la tierra.

—Muy bien, Poncho —dijo Maximiliano—. Ahora muévelo despacio de un lado a otro para borrar las huellas de Mariana.

Repitió el mismo procedimiento un par de veces más y terminó de eliminar cualquier tipo de evidencia que probara que alguien hubiera estado por fuera

del dormitorio junto a la ventana.

—¿Así?

—Así está perfecto —dijo su hermano reconfortándolo—. Sabía que podrías hacerlo.

El pequeño lo miró tiernamente y supo que su hermano estaba orgulloso de él. Eso no sucedía muy a menudo.

—Nos salvamos —agregó Poncho.

—Sí.

—¿No habrá consecuencias?

—No habrá consecuencias —y se abrazaron.

El estruendo del disparo se escuchó por toda la hacienda y los sacudió violentamente. Los hermanos se sobresaltaron sin entender nada; los pájaros que descansaban en los árboles volaron asustados.

Después hubo silencio.

Los chicos se tomaron de las manos y Maximiliano pensó en Mariana. Ambos se asomaron por la ventana.

En la distancia empezaron a escuchar el ruido de un metal que se arrastraba por encima de las piedras del camino. El sonido era constante, hueco y acarreaba las diminutas rocas a su paso. La resonancia se intensificó y apareció la tía Carmen por entre la negrura de la noche; caminaba sin el bastón y no mostraba señales de cojera. Avanzaba con pies pesados y la mirada inexpresiva, perdida, jalando la escopeta como si pesara cien kilos. El cañón del arma aún emanaba humo.

Al cruzar por la ventana les dijo sin siquiera detenerse para mirarlos:

—La muerte venía por ustedes..., venía por ustedes y se lo impedí... El Señor me dio fuerza para hacerlo... Yo tengo... —y desapareció bajo el manto de la oscuridad acompañada por el retumbar metálico de la escopeta que remolcaba por el suelo.

El ambiente cerca de la ventana quedó impregnado de un espeso olor a pólvora.

Los chicos no creyeron las palabras de su tía. No aceptaban que lo hubiera hecho. No sería capaz de dispararle a Mariana nada más porque sí. Sería ir demasiado lejos. Los dos se pegaron a los barrotes de fierro de la ventana y

empezaron a llamarla.

—¡Mariana! —gritaron una y otra vez.

—¡Mariana! —se oyó por todo el terreno.

Nada.

No recibieron respuesta.

Alfonso miró a su hermano llorando. Se resistía a creerlo. No podía ser cierto. Corrió hasta la puerta y empezó a sacudirla con vehemencia. Quería escapar, quería ir a buscar a su hermana y saber que se encontraba bien.

Pero no lo estaba.

Maximiliano lo abrazó por la espalda y ambos se derrumbaron.

Poco después llegó la ambulancia, pero ya era demasiado tarde. Mariana llevaba muerta más de quince minutos. Tenía destrozado el pecho y la mitad de la cara. El disparo de la escopeta había sido a quemarropa y mortal.

Los hermanos lloraron hasta quedarse dormidos sobre el suelo, junto a la entrada del dormitorio. Habían perdido a su mejor amiga.

La tía Carmen rindió declaración horas más tarde en la comisaria de la policía municipal de Tolvaneras y el suceso fue declarado como un desafortunado accidente. Pronto volvió a casa con los niños y demostró no tener el más mínimo remordimiento por lo sucedido con Mariana.

El suceso conmocionó al pueblo y se convirtió en la tragedia más grande de toda su historia. O al menos así lo fue durante un par de meses.

INVERNO
1989

Luna gibosa menguante

Saúl accionó la palanca y saltaron chispas. “Mierda”, pensó. “Tendré que cambiar la toma de corriente también”. La caja metálica que contenía los fusibles emitió un zumbido y una vibración empezó a tomar fuerza; la electricidad se distribuyó por los cables y alimentó de vida las entrañas del bar para iluminarlo. El espacio se veía impecable, mejor que nunca. Los arreglos realizados después del tiroteo entre Esteban Rey y los sicarios de Augusto le habían sentado más que bien.

Un fino entarimado de maderas en varios tonos cubría el suelo y, a petición del mismo dueño, las mesas de piel y los equipales fueron sustituidos por sillas y tablones de roble pardo. Por detrás de la barra se extendía un espejo largo y rectangular que facilitaba la vista hacia todos los rincones del lugar. No quería más sorpresas. Deseaba estar pendiente de los movimientos de los clientes cuando se encontrara de espaldas.

El cantinero salió de la bodega, echó un vistazo y apreció el espacio moderno y elegante. Se congratuló al descubrir que conservaba esa calidez que lo distinguía de los demás establecimientos. “Ya era hora”, pensó. “Es momento de renovarse o morir”. Saúl se colocó el delantal negro y sacó una bolsa de plástico. Del interior sacó un trapo rojo nuevo y arrojó el viejo al cesto de la basura. Hacerlo le propició nostalgia, se lo habían regalado cuando abrió el negocio como amuleto de buena suerte y lo había tenido siempre con él. Recapacitó y lo recogió. Después lo dobló con mucho cuidado y lo guardó a un costado de Jacinta.

—Ahora sólo faltan los clientes —se dijo a sí mismo.

Hacía ya dos días que había reabierto el negocio y ni una mosca se había parado. “Hoy es jueves”, pensó. “Los jueves siempre son diferentes”. Y se preparó una bebida mientras esperaba a que alguien cruzara por la puerta de entrada. Comenzaba a extrañar el barullo de los comensales y las singulares selecciones musicales de su amigo Esteban.

Tímidamente, los clientes habituales empezaban a asomarse y a quedar gratamente sorprendidos por las novedades del bar. Poco después ya atendía a una veintena de personas que no dejaban de felicitarlo y decirle que se lo recomendarían a todo el pueblo. “Deben visitarlo”, decían. “Quedó fabuloso”.

Como a las cinco de la tarde llegó un tipo desconocido con porte de ranchero y algo extraño, a juicio de Saúl. El cantinero lo miró con recelo mientras caminaba hacia la barra y comprobaba que no le gustaba para nada su aspecto. Tomaría sus precauciones y lo vigilaría de cerca, ya que el lugar estaba abarrotado.

—Buenas tardes, señor —dijo el extraño mientras se quitaba el sombrero.

—Buenas tardes.

—Busco al oficial Esteban Rey y me dijeron que quizá podría encontrarlo aquí.

—Él está trabajando —contestó y lo miró para cerciorarse de que no tuviera ningún bulto extraño sobre la cintura o debajo de la chamarra—. Suele venir los jueves al terminar su turno. Si desea puede esperar en una de las mesas, pero tendrá que ordenar una bebida.

—Ta bueno, señor. Cerveza oscura está bien.

Saúl le dio la cerveza y el extraño se sentó en una esquina del bar. El tabernero tuvo un mal presentimiento así que discretamente agarró el teléfono y marcó a la comisaria. Dejó aviso a su amigo de que lo buscaban y le pidieron que no perdiera detalle de los movimientos del forastero.

El oficial llegó hora y media más tarde y lo primero que hizo fue acercarse a la barra. Estaba preocupado porque el lugar estaba lleno y no quería que ocurriera una masacre. En el pueblo ya se había corrido la voz de la remodelación del bar y las personas seguían llegando para comprobarlo por ellas mismas.

—Lleva esperándote casi dos horas —informó Saúl.

Esteban miró en dirección a la mesa que señaló el cantinero.

—Jacinta está lista en caso de que la necesites —agregó.

—Dejemos descansar a Jacinta —dijo el oficial—. No habrá necesidad de utilizarla esta noche. Te encargo dos tequilas y dos cervezas, por favor.

—Por supuesto.

Esteban caminó hasta la mesa y el forastero se levantó para saludarlo de mano.

—¿Cómo estás, Eusebio?

—Bien, don Esteban. Pa' qué nos quejamos.

El oficial se sintió incómodo de que lo llamara de esa manera.

—¿Todavía le duele el brazo? —continuó el rancharo.

—Un poco, pero estoy mucho mejor. ¿A qué debemos el honor de tu visita a Tapalpa?

Ambos se sentaron.

—Me preocupa mi patrona —y se quedó callado. Le resultaba difícil pensar en ella como su expatrona—. Bueno, la señora. Pero me preocupan más los niños.

Saúl dejó las bebidas sobre la mesa y se retiró. El oficial echó los hombros al frente y levantó el vaso tequilero. Los dos brindaron y bebieron.

—¿A qué te refieres, Eusebio? —preguntó Esteban.

—Haiga de cuenta que la señora no es mala persona, pero no está bien. Fui a hablar con ella para que me dejara regresar al trabajo y ni siquiera me recibió. Cerró la puerta en cuanto supo que era yo. Yo creía que me iba a perdonar con los días pero me equivoqué. La señora es más terca que una mula.

—La señora Carmen puede ser muy testaruda.

—Y no es nada más eso, don Esteban... Vaya usted a saber si algo no está bien. No sé si me explico, en su cabeza, los cambios de ánimo, en esas cosas. Mi patrona puede llegar a ser muy temperamental y no creo que sea bueno para los niños.

El oficial guardó silencio un momento y después inquirió:

—¿Crees que puede llegar a ser peligrosa?

Eusebio se encogió de hombros y dio un sorbo a la cerveza.

—¿Violenta? —añadió el agente.

—Mire, don Esteban..., pienso que ella tiene un problema fuerte, algo malo acá arriba —dijo señalando su cabeza—. Siempre le duele, se queja..., y los dos accidentes.

Esteban frunció el ceño. “Dos accidentes”, pensó y decidió no interrumpir.

—El hacha —continuó Eusebio—. Al paso de los días me crucé con los niños saliendo de misa y le pregunté al muchacho qué había ocurrido. El pobre Max no paraba de mirarla. Haiga de cuenta que le pedía permiso hasta para hablar.

—A mí también me extrañó ese detalle. Hizo lo mismo con nosotros cuando nos contó la historia.

—Y luego lo de Marianita..., pobre muchacha. No quisiera hablar sin saber, pero ¿vaya usted a creer que no tuvo oportunidad de darse cuenta de quién era?

—¿Qué pasó con Mariana?

—¿No sabe?

—No.

—Pues la mató. La patrona le disparó porque entró a la hacienda disfrazada de la muerte, de la Catrina, y se toparon de frente y no la reconoció. No supo que era ella y le disparó a bocajarro con la escopeta. Le destrozó la cara y el pecho a la pobre muchacha, que en paz descansa.

Esteban reventó el vaso tequilero que tenía en la mano y su palma empezó a sangrar.

—¿Está bien, don Esteban? —preguntó impresionado el rancharo—. Creo que se lastimó la mano.

—Eusebio...

—Su mano está sangrando —interrumpió.

—Eusebio...

—Tome un par de servilletas y haga presión —continuó sin escucharlo.

—¡Eusebio!

El rancharo lo miró a los ojos.

—¿Los niños?

—Mire, don Esteban. Yo lo único que...

—Mierda, Eusebio..., ¿los niños?

—Yo pienso que sí, don Esteban —y bajó la mirada como si hubiera hecho algo malo—. Mire, usted es oficial de policía y podría hacer algo por ellos. Yo ya no puedo hacer nada —y sacó un pañuelo para vendar la mano del oficial.

Esteban se recargó sobre el respaldo de la silla mientras le quitaban dos pedazos de vidrio de la palma de la mano. El ranchero terminó de colocar el vendaje improvisado y se levantó; buscó la cartera en el bolsillo del pantalón y el oficial lo detuvo.

—Yo pago, Eusebio, no te preocupes.

—Mire, don Esteban. La patrona no es mala, pero eso que tiene en la cabeza no está bien, no la deja pensar. Yo intenté, de verdad, pero no deja que me acerque a los niños. Mi cargo de conciencia es suyo ahora y pienso que usted sí puede hacer algo por ellos. Yo soy un simple ranchero y usted representa a la ley. De otro municipio, pero lo respeta más a usted que a mí. Su opinión vale mucho más para ella. Ahora depende de usted lo que suceda con los muchachos... y son buenos. Demasiado buenos para vivir con ella —y salió del bar sin decir una palabra más.

El oficial se quedó sentado y sin hablar con nadie durante media hora hasta que alguien se sentó en la silla que antes ocupó Eusebio.

—¿Qué tal, Esteban? —dijo una voz ronca del otro lado de la mesa.

El agente levantó la mirada y sonrió cortésmente:

—Hola, Roberto. ¿Qué haces en Tapalpa?

—Vine a cenarme a una vieja amiga.

—¿Cómo dices?

—Dije que vine a cenar con una vieja amiga. Todo aquí es tan diferente a El Real... Me despidió en una hora —dijo desilusionado.

Esteban intentó esbozar un gesto amable y sonar interesado, pero no tenía cabeza para lidiar con trivialidades.

—¿Viste la luna ayer? —agregó Roberto.

—¿Qué? —contestó el oficial.

—¿La luna llena?

—No.

—Estaba más grande que nunca. Tenía un tono amarillo y parecía llena de vida y misterio. Por primera vez la experimenté fuera de El Real y fue emocionante.

—Me parece muy bien, Roberto.

—¿Te invito algo de beber? Quisiera brindar por tu hermano David.

—No, gracias. Y discúlpame pero no puedo quedarme. Tómate algo a su salud, yo invito —y el oficial arrojó un billete sobre la mesa.

—Gracias.

Esteban salió bruscamente del bar como si alguien lo llamara a gritos. Estaba confundido y desesperado. No sabía qué hacer y quería respuestas. Sólo pudo pensar en un lugar para encontrarlas y tardaría unos cuarenta minutos en llegar.

Las noches eran cada vez más largas, el pasto de la montaña estaba seco y el frío aumentaba con la llegada de cada crepúsculo. La luna gibosa menguante apareció en el horizonte rodeada de un ejército de estrellas y se adueñó del firmamento. Nada se cruzó por el camino de terracería mientras el coche del policía de Tapalpa lo transitaba.

Se había hecho tarde y Esteban estaba inquieto. Por primera vez en muchos años no escuchaba música mientras manejaba. Sus pensamientos estaban enmarañados y no encontraba la forma adecuada de ordenarlos. Razonaba sobre los niños, la muerte de David, El Real, la chica despedazada de la camioneta, Chuy y su familia: Marta e Isabella. Miró la luna a través del cristal y sintió escalofríos. Minutos después estacionó la patrulla afuera de la casa de la Nahuala y los frenos rechinaron al detener el vehículo.

Se quedó un momento dentro del coche observando los alrededores. Notó que no había ninguna luz prendida en el exterior o interior de la casa. “Qué extraño”, pensó. Estiro la mano izquierda y accionó el interruptor para detener el funcionamiento de los faros; con la derecha giró la llave para apagar el motor. Todo quedó en completa paz y oscuridad. No encontró nada fuera de lo ordinario. Decidió sacar un cigarrillo de la chamarra y lo encendió. El tabaco crepitó al ser consumido por el fuego.

Pasaron diez minutos y nada cambió: ningún movimiento o sonido en el interior de la casa. Tomó la linterna de la guantera y bajó del coche. Los viejos fierros de la puerta chirriaron al abrirse. El oficial inhaló la última bocanada del cigarrillo y lo arrojó al suelo; lo pisó con el tacón de una de sus botas.

—Vamos —se dijo a sí mismo.

Con el dedo pulgar presionó el botón situado en el mango y la linterna cobró vida. Un halo de luz brillante ahuyentó la oscuridad que lo rodeaba, haciéndose difuso varios metros más adelante. “Con eso bastará”, pensó y caminó hacia la entrada de la casa. Su llegada fue anunciada por el ulular de un búho en la distancia.

Esteban iluminó la barda que impedía el acceso a la propiedad y lo primero que notó fue que el pequeño portón de metal había sido arrancado de sus goznes. Lo buscó por el suelo y lo encontró maltrecho y doblado. La piel se le erizó. “¿Quién tendría la fuerza suficiente para hacerlo?”, pensó.

Se acercó a la casa y observó la puerta de entrada. Las láminas de madera estaban partidas por la mitad. La parte superior había sido despedazada como si algo la hubiera atravesado. El oficial desenfundó el revólver y empujó con el cañón la parte inferior. Para su sorpresa, las bisagras no rechinaron. “Vaya”, pensó. “Eso nunca sucede en las películas de terror”, y se adentró en la oscuridad del interior de la finca.

Caminó con pasos lentos y cautelosos, tratando de hacer el menor ruido posible pero sus botas crujían al pisar las pequeñas piedras sobre el suelo de tierra. La luz de la linterna se extendió por la habitación emanando una irradiación azulosa que iluminaba partículas de polvo que bailaban caóticamente en el ambiente. Esteban observó con detenimiento hasta el último de los detalles.

Con el pie derecho pisó algo blando que provocó un pequeño chapoteo. Bajó la linterna y la luz se apagó. “Mierda”, pensó. El agente se quedó inmóvil con el pie en el aire por la repentina oscuridad a su alrededor. Agitó con fuerza el mango de la linterna, las baterías se sacudieron en el interior y la luz renació. Bajó el pie y lo colocó sobre un charco de sangre semiseco, al costado de una piel desollada.

Se agachó para mirar mejor. Sí, era la piel del pequeño perro negro que lo había ignorado la primera vez que visitó la casa de la Nahuala. Removió el cuero con el cañón del revólver y descubrió que no había nada debajo. Las entrañas, vísceras, músculos y huesos habían desaparecido y no los pudo encontrar por ningún lado.

Se adentró un poco más y se detuvo bajo el marco que daba entrada a la recámara. Apreció algo de luminosidad y olfateó un extraño olor que le revolvió el estómago. Se llevó la mano al rostro para impedir que la pestilencia invadiera de nuevo sus pulmones y la linterna se apagó.

—¡Chingado! —exclamó en voz alta.

Movió el mango con fuerza y la luz se encendió justo frente a sus ojos, cegándolo momentáneamente.

—¡Su puta madre! —dijo mientras se frotaba los ojos.

Oyó un sonido en el suelo y algo cruzó entre sus piernas. El oficial brincó. No veía más que puntos verdes y negrura. Trató de tranquilizarse y se quedó atento escuchando. Las diminutas pisadas se alejaron de él y desaparecieron. Poco a poco empezó a distinguir siluetas y formas hasta que recuperó la vista con normalidad.

La claraboya al centro del techo permitía la entrada de un halo de luz de luna a la habitación pero las cosas estaban diferentes a como las recordaba. No había ninguna mesa, ¿o sí? El lugar estaba cubierto por manchas y charcos de sangre. Pedazos de madera y astillas esparcidas por todo el lugar.

—¿Qué chingados pasó aquí?

Revisó, empezando por la derecha; al llegar al punto ciego sobre su costado izquierdo fue sorprendido por un bulto acurrucado en la esquina. Suspiró resignado y se puso en cuclillas mientras guardaba el revólver. Eran los restos de la Nahuala, pero más bien parecían el alimento que un animal disfrutó y abandonó en el rincón.

Esteban cerró los ojos, apretó los dientes y sintió la sangre hervir en su interior.

—¡Chingada madre! —y se levantó.

Pateó la pared una... dos... tres veces y alzó los brazos exasperado. Necesitaba pistas y en su lugar encontraba más dudas, más obstáculos y más

incógnitas. Todo lo orillaba a creer que El Real era el único lugar donde podría resolver el misterio sobre la muerte de David.

El oficial parecía un toro de lidia que espera para salir al ruedo. Arrastraba los pies de un lugar a otro y bramaba enfadado. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar sin obtener respuestas. Decidió abandonar la finca y dando tropezones salió de la habitación. Miró encolerizado y encontró la cabeza de la Nahuala, o lo que quedaba de ella. Algunos pedazos de piel aún cubrían el cráneo, pero el interior estaba vacío. Lo habían devorado por completo.

Esteban salió tambaleándose y se dejó caer junto a la patrulla, llorando. Gritó tan fuerte como le fue posible. Sacó un cigarrillo y lo encendió. El humo le invadió los pulmones y se sintió reconfortado. No lo podía creer. No podía creer su suerte. Tenía que actuar rápido, si no las pocas pistas que existían desaparecerían de la memoria de los testigos.

—¿Qué más puede salir mal? —dijo mientras se incorporaba.

Se subió al coche y agarró la llave de encendido. La giró y el motor hizo un intento por arrancar sin conseguirlo. Lo intentó una vez más obteniendo el mismo resultado.

—No puede ser —y sonrió abatido.

Lo intentó por tercera ocasión y el tablero del coche se apagó. Se llevó las manos a la cara y se apoyó sobre el volante. Después de meditarlo cerró las ventanillas y salió del coche. Con absoluta serenidad se acomodó el sombrero blanco y empezó a caminar rumbo al pueblo, silbando “Wild Horses” de The Rolling Stones. Tendría tiempo suficiente para analizar y pensar sobre la situación antes de llegar a casa, dos horas más tarde.

La historia de la tía Carmen

La tía Carmen abrió los ojos y se notó desorientada. Algo le faltaba y esa sensación la hizo sentir rara, extraña. Se quedó un rato mirando el techo, concentrada sólo en su respiración. Pequeños rayos de sol dorados

comenzaron a filtrarse por las ventanas; un cacareo se oyó a lo lejos y en ese momento se dio cuenta: no tenía la presión de la cabeza con la que normalmente se levantaba. Ese incómodo y molesto dolor, que le punzaba por debajo de las sienes y la acompañaba a todas horas, no había despertado junto a ella. “Parece que hoy será un día fenomenal”, pensó y se sentó sobre la cama para frotarse los espacios laterales de la cabeza como lo hiciera cada mañana.

Agradeció al Señor por un día más de vida y se giró sobre el lecho:

—Buenos días, Primitivo —dijo y acarició la manga del traje del muerto que se hallaba a su lado.

Se levantó, llevaba puesto un camisón negro que le cubría desde el cuello hasta los tobillos, y caminó hasta el baño sin utilizar el bastón y sin cojear. Abrió el grifo del agua caliente y se miró al espejo, poniendo especial atención en las arrugas debajo de sus ojos; los años habían sido benevolentes con ella. Al terminar de enjuagarse colocó la toalla de mano en su lugar y se apoyó bajo el marco de la puerta, contemplando la cama.

Extendido sobre el lecho se encontraba el traje de Primitivo Torres, su difunto esposo. La indumentaria lucía acartonada, tiesa, con manchas de sangre seca en las mangas y en el pecho; sobre la tela descansaba una gruesa capa de polvo, a excepción del espacio donde lo tocaba todas las mañanas. Desde el primer día que empezó a vivir en la vieja hacienda lo colocó sobre la cama. Era lo único que guardaba de aquel fatídico día y así lo quería conservar.

Siempre que lo miraba sonreía y, cuando se descubría haciéndolo, se persignaba y daba gracias al Señor por haberlo conocido. También agradecía que su marido se encontrara en el cielo y, siendo ella una simple y devota mortal, agradecía al Señor por haberle demostrado la magnitud de su poder y sabiduría. Aún recordaba el suceso como si hubiera sido ayer, pero ya habían transcurrido más de treinta años desde que su esposo falleciera y la dejara como única heredera de todas las empresas y tierras.

Su situación y estatus social en el pueblo cambiaron al enviudar, en especial cuando tomó el control de todo lo que era propiedad de Primitivo y recibió algo que jamás había conocido: el poder.

Y le gustó.

Se convirtió en una mujer directa, de trato escueto y perspicaz para los

negocios. Muchos hombres se acercaron a ella para engatusarla y adueñarse de todo lo que poseía, pero nunca jugó a ese juego, no le llamaba la atención. Lo único que verdaderamente le importaba era la palabra del Señor y el camino hacia la gloria eterna.

La tía Carmen miraba las botas de su marido al pie de la cama y se extrañó que el dolor de cabeza siguiera sin hacerse presente. Avanzó y abrió el guardarropa: sólo vestidos de duelo. Jamás vestía de otra manera y respetaba tajantemente el recuerdo y la memoria de su marido, aunque sólo duraran casados unas cuantas horas. Ella se había casado para toda la vida y cumpliría la promesa hecha en la casa del Señor el día de su boda.

Primitivo Torres era un hombre viudo que no tuvo hijos con su primera esposa y por eso buscó a Carmen. En aquel entonces, ella era una muchacha tímida y bien educada, mucho más joven que él, con quien podría formar una familia. La cortejó durante meses, siempre con el consentimiento de sus padres, y descubrió que la chica era poco sociable y le costaba trabajo entablar cualquier tipo de conversación. Eso sí, siempre fue muy religiosa y apegada a la palabra del Señor y sus caminos, así que tras formalizar el noviazgo le propuso matrimonio ante la algarabía de toda su familia.

Todo pasó muy rápido cuando contrajo matrimonio y su cabeza sólo conservaba pequeños recuerdos específicos de aquel día. Recordaba la iglesia del pueblo atiborrada de adornos, de diferentes formas y tamaños, con sus flores favoritas: gerberas amarillas, violetas, rosas rojas y rosadas, nenúfares flotando en agua dentro de esferas de vidrio, hortensias y alstroemerias embelleciendo las esquinas de las bancas del templo. Quién hubiera pensado que con el paso de los años llegaría a detestar cualquier tipo de arreglo floral.

También recordaba las felicitaciones de cientos de personas a las que apenas conocía y cuya alegría desbordante resultaba abrumadora. No lo comprendía: se casaba con un buen hombre y aun así parecía que las personas estaban más interesadas en congratularla porque “le había tocado la lotería y había asegurado su futuro”. Primitivo, antes de la boda, la había hecho firmar unos documentos donde la nombraba dueña de todo lo que tenía. “Este matrimonio será para toda la vida”, aseguró su prometido. “Ésta es la forma en que cumpliré mi palabra, hija”.

Con el paso de los días, y después de anunciar el compromiso, Carmen se convirtió en la comidilla de algunas mujeres del pueblo, quienes ni tardas ni perezosas empezaron a esparcir rumores sobre ella; se jactaban de contar, a cuanta persona ociosa decidiera escucharlas, que había conquistado a don Primitivo gracias a su vasta experiencia en el arte de la seducción. Y la verdad es que esas leyendas sobre sus destrezas en la cama sólo le provocaban hilaridad. Si ellas supieran que nunca había compartido su lecho con nadie, seguramente lucirían caras de asombro e ingenuidad que les llegarían hasta el suelo y se preguntarían cómo habría sido posible tal conquista.

Lo cierto es que ni ella misma supo con exactitud qué fue lo que Primitivo le vio. Según su padre, la eligió por ser una buena muchacha con la que podría tener hijos. Ni más, ni menos.

Después del regocijo de la ceremonia religiosa vino la fiesta, a la que todo el pueblo estuvo invitado. Duró más de doce horas y tuvo de todo: banda, mariachi, grupo versátil, cabrito asado, antojitos mexicanos, elotada y alcohol. Mucho alcohol, tanto como para emborrachar a toda Babilonia. Cuando Carmen reparaba en la cantidad de vino que se consumió aquel día, siempre llegaba a la misma conclusión: exceso. El exceso fue lo que obligó al Señor a brindarle una valiosa enseñanza en su joven e inexperta vida.

Primitivo insistió en conducir la camioneta cuando llegó el momento de retirarse del festejo. Obviamente estaba intoxicado y apenas y podía mantenerse en pie. Pero como buen macho mexicano fue tajante y no estuvo dispuesto a soltarle el volante a nadie. Tomó a su flamante esposa y la subió al asiento del copiloto. Después volteó para despedirse de los invitados que disfrutaban de los chilaquiles que se ofrecieron para el desayuno. Ambos partieron rumbo a la hacienda, hacia la última casa en la montaña, entre aplausos y silbidos de ánimo de los presentes. La camioneta desapareció en zigzag dejando una nube polvorienta a su paso.

—¿Cómo se siente, hija? —preguntó Primitivo arrastrando palabras.

—Bien —contestó Carmen y se encogió de hombros—. Un poco cansada.

—De eso nada, hija. Nos falta lo más importante de la noche de bodas. Quiero empezar a formar una familia hoy mismo.

Ella asintió apenada.

Su madre no ayudó para nada en ese tema. Las únicas palabras de aliento que tuvo para ella fueron: “Duele... duele mucho y hay que complacerlos cuando les dé la gana”. Así que no sabía qué esperar de la famosa noche, o en su caso, día de bodas.

Primitivo empezó a acariciarle la pierna sobre la tela del vestido.

—No se preocupe, hija. La voy a tratar bien..., como se merece una muchacha de su categoría. Como una reina... Seré cuidadoso, ya lo verá.

Carmen sonrió, le tomó la mano y se la besó tiernamente.

—Levántese el vestido, hija. Quiero tocar su pierna.

Agarró la falda y la alzó hasta las rodillas. El movimiento del vehículo la hacía sentir mareada y confundida. El camino sinuoso por donde viajaba la camioneta empeoraba la borrachera que llevaba encima. Observó a su marido y lo notó tranquilo, como si estuviera sobrio.

—Un poco más, hija.

Lo miró a los ojos y Primitivo guiñó, reconfortándola, dejándole ver que todo iba a estar bien. Decidió obedecer y levantó la falda hasta la mitad de sus muslos.

—Muy bien, hija. Así está mejor.

Su esposo estiró el brazo derecho y posó las yemas de los dedos sobre su muslo izquierdo; empezó a acariciarla lentamente, de arriba abajo. El roce de los dedos sobre la piel desnuda de su pierna la hizo sentir rara y, al mismo tiempo, emocionada. Una diminuta descarga de calor recorrió su cuerpo y se anidó en la parte baja de su estómago. Jamás la habían tocado y la sensación fue sublime.

Primitivo estaba complacido. Su esposa aparentaba no tener miedo y lo estaba disfrutando. “Lo sabía”, pensó. “No me equivoqué con ella. Escogí bien de nuevo”. La idea de llegar a la casa para que su esposa diera rienda suelta a sus deseos carnales le hizo pisar con fuerza el acelerador. De acuerdo con su experiencia, las mujeres que llevaban una vida religiosa y dedicada al Señor en extremo se comportaban con mayor lujuria una vez que se apagaban todas las luces del dormitorio.

Continuó acariciando el muslo de su mujer y poco a poco deslizó los dedos

hacia la entrepierna. Carmen tembló en una mezcla de emoción, excitación y temor, el cual derivaba de lo que su madre le había revelado al respecto. Su esposo subió la mano por el interior del muslo y ella lo detuvo. No quiso hacerlo, sólo sucedió.

—No se preocupe, hija —dijo soltando una carcajada—. Todo va a estar bien. Aprenda a confiar en mí, su marido.

Carmen asintió. Le gustaba lo que estaba experimentando, pero al mismo tiempo sentía pánico de llegar a la hacienda. Primitivo acarició de nuevo su muslo, erizándole la piel, y la tocó suavemente por encima de la ropa interior. Algo en su cuerpo despertó y, por simple instinto, tomó la mano de su marido y la apretó con fuerza contra su entrepierna para que hiciera mayor presión. Lo estaba disfrutando.

Él se congratuló y empezó a menear los dedos en movimientos circulares, suaves pero firmes, sobre ella. Carmen cerró los ojos y gimió sutilmente. Se sentía bien, demasiado bien. Pensó que quizá no debería sentirse de esa manera. Quizás el Señor se molestaría con ella por disfrutarlo. Entonces recordó lo dicho por su madre como si fuera una advertencia para no cruzar las puertas del Hades. Y más que las palabras fue la dureza en su rostro mientras le decía: “Duele... duele mucho”. Al escucharla de nuevo en su cabeza se asustó y pensó: “Señor, no quiero llegar a casa”.

Y eso es lo último que recuerda del día de su boda.

Nunca supo qué fue lo que pasó. O si su marido sufrió al morir. Despertó una semana después con un dolor en las sienes que la hacían sentir como si su cráneo se partiera por la mitad. Odiaba a todos, en especial a los que la miraban con lástima cuando la visitaban en el hospital. Fue entonces cuando entendió la magnitud del poder del Señor y entendió el peligro y la responsabilidad de invocar en vano su ayuda. Desde aquel día decidió dedicar su vida plenamente a Él y se puso como meta personal enseñar a las demás personas el camino correcto para la vida, alejada de todo placer carnal que pudiera distraerla.

El cuerpo de Primitivo fue incinerado sin su consentimiento. Ella jamás lo hubiera permitido, pero estaba inconsciente cuando tomaron la decisión y la llevaron a cabo. Por alguna extraña razón, alguien decidió conservar el traje

que llevaba puesto su marido al fallecer y se lo entregó semanas después cuando recibió el alta del hospital. Decidió conservarlo, era lo único que poseía de él y la tristeza de perderlo había sido demasiado grande.

Lo primero que hizo al abandonar el nosocomio fue pasar a recoger las cenizas de su esposo. Esperaba en una pequeña sala cuando un tipo bastante extraño se le acercó por detrás y le dijo al oído: “El fuego purifica”. Carmen volteó pero nadie más estaba en la habitación. Entonces lo entendió todo. Comprendió que había hecho mal en emborracharse y disfrutar mientras la tocaba en el coche.

Al principio fue fácil alejar los deseos carnales de su vida, pero el objetivo se complicó conforme pasaron los años. En un par de ocasiones sintió ganas de replicar aquella sensación e intentó satisfacerla sin éxito. Un día mintió y pidió que no la molestaran durante una hora; su padre falleció mientras ella se tocaba en su dormitorio. La segunda vez que se dejó vencer por el deseo murió su madre. Así, empezó a asociar el placer con la muerte y fue la constante en su vida desde entonces.

La tía Carmen abandonó sus recuerdos y sacó un vestido negro del ropero. Terminó de arreglarse para bajar a desayunar. Antes de salir observó la fotografía de Primitivo: posaba muy serio con el mismo traje que ahora yacía sobre la cama. Era la única fotografía que conservaba de él y la imagen había sido tomada antes de partir hacia la iglesia para casarse con ella.

Al terminar con la rutina matutina se despidió de él y abrió la puerta de la habitación. Dio dos pasos al frente y al recordar que salía sin el bastón, regresó para agarrarlo. Su mano se afianzó al mango de plata y lo apoyó con firmeza sobre el suelo. Luego empezó a caminar apoyada en él, fingiendo una leve cojera en su pierna izquierda, la misma que acarició su marido en la camioneta antes de fallecer.

Reflexión

Era tarde para estar despierto. El reloj octagonal del buró marcaba con sus

manecillas fluorescentes las tres con cuatro de la madrugada. Esteban se paseaba de un lado a otro en su espacio de la cama. Estaba intranquilo y somnoliento. Su cabeza era una marejada de pensamientos erráticos sin orden ni tregua que lo acosaban en todas direcciones y vertientes. Empezó a hacer respiraciones profundas para tratar de poner su cabeza en blanco y relajarse.

Marta encendió la lámpara de la mesita junto a la cama y el oficial se exaltó.

—¿Estás bien? —preguntó su mujer.

El oficial se frotó varias veces la cara y dejó escapar un suspiro. Marta se acomodó sobre la cama y pegó la espalda contra la cabecera; abrió los ojos para despertar un poco más.

—Veamos... ¿Te duele el brazo?

—No.

—Está bien... ¿Qué es lo primero que te viene a la mente?

—Los niños.

—¿Qué de los niños?

—No lo sé..., todo. Algo me tiene intranquilo y sé que las cosas no están bien. Han pasado por mucho últimamente: el accidente del hacha..., la cena... y lo que me contó Eusebio hoy. No sé, no puedo sacarlos de mi cabeza. Siento que es mi obligación ayudarlos y que deberían estar viviendo en otro lugar. No creo que estén seguros con ella.

—¿Los podrías traer a casa?... Bajo esa premisa de protección.

—No es tan sencillo. ¿Y sabes qué? Creo que la señora Carmen puede ser peligrosa. Aún tengo mis dudas respecto a la historia de Max durante la cena. Creo que nos mintió.

Marta guardó silencio, asimilando las palabras de su esposo. Luego le dijo:

—Mira, el domingo vas a darles una vuelta después de tu guardia. Habla con los niños, pero, más que hablar, observa... quizás así entiendas mejor qué les aflige y eso te ayudará a descubrir qué es lo que te está incomodando. Pon especial atención a su tía y observa bien la casa... Confía en tus instintos, siempre has sido muy bueno juzgando a las personas.

Esteban intentó tocar la pierna de su mujer pero el dolor del brazo

izquierdo se lo impidió. Aún se encontraba limitado en sus movimientos.

—¿Qué más? —inquirió ella.

—Mi hermano.

Marta le puso la mano en el hombro y lo acarició.

—¿Qué de tu hermano?

—Tengo tatuada la imagen de su cabeza cuando la encontré tras el accidente..., de los ojos inexpresivos que me miraban sin vida, tan diferentes a como era él, ¿recuerdas?

—Sí.

—Y luego todo lo que ha sucedido con la investigación, lo que pasó con Chuy, las rarezas de El Real, el asesinato de la Nahuala —y se sentó sobre la cama—. No saber quién era la muchacha en la camioneta... Tengo más dudas que al principio y no sé qué puedo hacer, dónde investigar o qué línea seguir.

—¿Descubriste algo en la casa de la Nahuala?

—Nada, y eso es lo más extraño de todo. Quizá fue atacada por un animal salvaje, pero no hay testigos..., no hay muchas pistas... No tenemos nada. Me hace pensar en David por lo parecido que es todo y ni siquiera... —dijo levantándose bruscamente de la cama en busca de algo.

Su esposa lo siguió con la mirada. Sabía que cuando se comportaba de esa manera, haciendo movimientos repentinos y en silencio, era porque había llegado a una conclusión y quería corroborar una teoría. El oficial sacó la libreta del bolsillo de la chamarra y empezó a revisar los apuntes.

—Pendejo... ¡Cómo no me di cuenta! —y se sentó en una silla del dormitorio.

—¿De qué?

—La casa de David y la casa de la Nahuala quedaron casi igual después de los ataques. Las dos tenían marcas de garras en las paredes y puertas... Todo quedó destrozado... A ella se la comieron..., a mi hermano lo mordieron... ¿Estarán relacionados directamente?

—Quizá, pero ¿cómo?

—Podría asegurarte que fue el mismo animal, o al menos uno muy parecido. Necesito saber qué le ocurrió a David, qué fue lo que lo asustó tanto como para venir a buscarme —e hizo una pausa.

—¿Pero? —dijo ella.

—Pero nada. Tengo miedo de no poder descubrir jamás lo que sucedió en El Real. Me da la impresión de que todo está encerrado en una estúpida esfera de hermetismo que me impide conocer la verdad de lo que pasó.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero saber qué ocurrió.

—Eso es lo que quieres saber, pero te pregunté qué quieres hacer.

—Descubrir la verdad. Obtener respuestas.

—¿Y la puedes encontrar investigando desde aquí?

—No.

—Entonces está decidido —y se levantó para darle un beso en la frente.

Él acarició con ternura su mejilla y le preguntó intrigado:

—¿Qué está decidido?

Marta caminó de regreso a la cama y apagó la luz.

Esteban se quedó estupefacto, mirándola confundido y sin saber con exactitud qué era lo que acababa de ocurrir. Se paró tranquilamente y regresó con ella. Marta sonrió al sentir el cuerpo de su marido.

—¿Qué está decidido? —presionó, amable.

—Nos mudamos a El Real.

—¿Estás segura? —y la abrazó con fuerza.

—Sí. Creo que podrás resolverlo todo viviendo allí. Además el pueblo tiene mucho potencial, podríamos ayudar a que lo renueven..., atraer turistas y dejarlo tan hermoso como lo han hecho en Tapalpa.

—Te amo —dijo él.

—Y yo a ti. Pero tú serás quien tendrá que decirle y explicarle a Isabella que nos vamos.

—Está bien.

Marta volteó y lo tomó del rostro con ambas manos:

—Eres como un perro..., cuando te aferras a un hueso no lo sueltas hasta que terminas con él.

Esteban sonrió y la besó.

Ambos se quedaron plácidamente dormidos.

El fuego purifica

Hoy no era un buen día. Sentía la presión y el dolor de cabeza como nunca. Los murmullos de la gente la sacaban de sus casillas. Muchos la creían culpable por lo ocurrido con Mariana, otros se compadecían de ella. Los detestaba y deseaba que todos murieran de una vez. La tía Carmen y los niños salieron de la iglesia al mismo tiempo que Esteban llegaba a casa para comer con su familia.

La tía oyó algo a lo lejos, un sonido distorsionado, como cuando se intenta hablar debajo del agua y se oye pero no se entiende. Después de un momento logró ubicar la resonancia que la llamaba y miró a los chicos confundida.

—¿Podemos? —repitió Alfonso.

—¿Qué? ¿De qué carajo están hablando?

—Comprar un helado —dijo tímido Maximiliano.

Ella asintió de mala gana y los observó partir a toda prisa.

—Ah, los niños —dijo una voz misteriosa—. Tan llenos de vida..., tan llenos de energía —y la silueta se colocó por detrás.

La señora miró por encima del hombro. No reconoció a la persona.

—Es maravilloso que la tengan a usted para enseñarles el camino —añadió la figura—. Sin usted, ellos estarían perdidos..., condenados... Caminarían por la oscuridad y el sendero del mal... alejados de tu Señor.

La tía Carmen sonrió. El extraño tenía razón.

—¡Termínelo! —siseó en su oído y los ojos de la tía Carmen brillaron—. Acabe con todo y deles paz —dijo acercándosele—. El fuego purifica —y se marchó.

—El fuego purifica —repitió ella y observó a la figura retirarse.

Akbal caminó sin despegar la mirada hasta perderse entre la gente de la plaza del pueblo. Era bajo de estatura, delgado y tenía la piel morena. Vestía de negro y el gorro gris de su sudadera salía por encima de la chamarra de piel. Sus rasgos eran indígenas. El brillo de sus ojos color violeta fue lo último que dejó ver antes de desaparecer por completo.

Los sobrinos regresaron con sus helados.

—El fuego purifica —repitió sin que los niños comprendieran a qué se refería.

La tía Carmen salió de su trance y los contempló en silencio. Les regaló una sonrisa que, más que animarlos, los inquietó.

—Vamos, nenes. Hay que regresar a casa, hoy no es un buen día y quiero descansar.

Los hermanos obedecieron y se subieron a la camioneta sabiendo que les esperaba toda una tarde de encierro en la recámara. El vehículo arrancó y se dirigieron hacia la última casa en la montaña.

La tarde transcurrió sin contratiempos. Comieron en silencio y después se retiraron a dormir la siesta. Mientras tanto, Esteban se preparaba en Tapalpa para ir a visitarlos y procurar llegar antes del anochecer, casi a la hora de cenar.

El silencio predominó en la habitación de los niños durante un rato hasta que fue interrumpido por el crujir de la madera. Alfonso se sentó súbitamente sobre la cama con el corazón revolucionado y miró a su hermano, quien dormía tranquilamente.

—Max —susurró—. Max...

La madera se estrujó de nuevo y las bisagras del guardarropa rechinaron. Alfonso sujetó la sábana con fuerza y la levantó hasta su nariz con ambas manos. Sabía que de un momento a otro vería salir la garra desde la oscuridad del armario para posarse sobre el filo del borde.

Pero eso no sucedió.

Las puertas del guardarropa se azotaron al abrirse y una mujer salió a toda prisa en dirección a Alfonso, dejando una estela etérea a su paso. El niño se asustó y con los pies empujó su cuerpo sobre la cama hasta que pegó la espalda contra la pared. Después se cubrió con la sábana. Su respiración se aceleró y se colocó en posición fetal al sentir que la invasora se sentaba sobre el colchón.

—Poncho —dijo la mujer.

El niño reconoció la voz.

—Mírame —agregó ella.

—Alfonso se descubrió la cara para cerciorarse de que fuera ella.

—Soy yo... Mamá.

Alfonso derramó una lágrima.

—Mira, toca mi mano —y extendió la palma.

El pequeño miró la mano y luego los ojos de su madre. Era ella. Estiró el brazo y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Aquí estoy, Poncho..., siénteme... Soy real y estoy junto a ti.

Estaba seguro de que soñaba. Su madre acercó la manita de su hijo y la colocó sobre su pecho.

—Mira..., siente mi respiración. Imítala..., síguela.

Y los dos sincronizaron el ritmo de las inhalaciones.

—¿Hasta dónde te quiero? —preguntó su mamá.

—Hasta la luna —contestó Poncho y empezó a llorar—. De ida y de regreso. Subiendo por una planta de frijoles mágicos y sin despertar al gigante del castillo.

—De ida y de regreso —repitió su madre y ambos sonrieron—. Necesito que pongas mucha atención, ¿está bien?

Alfonso asintió y preguntó con timidez:

—¿Eres real?

—Sí.

—No entiendo.

—No importa, corazón.

—Pero ¿cómo?

—Escúchame bien —y lo tomó por el rostro para mirarlo a los ojos—. Lo que voy a decir es muy importante: quiero que se vayan de aquí, de la casa. No importa a dónde, a cualquier lugar..., el que sea será mejor que este infierno.

—¿Por qué?

—Porque quiero que vivan.

Alfonso la miró con incredulidad, no estaba seguro de entenderla.

—Mira —dijo su madre—. Huele mi mano.

Se acercó y olió; el olor le provocó náuseas y asco.

—Apesta a gasolina.

—No soy yo, es toda la casa. Despierta a tu hermano y escapen.

Alfonso echó un vistazo en dirección a su hermano y cuando volteó, su madre ya no estaba. El hedor se intensificó y por debajo de la puerta empezó a filtrarse un líquido amarillento. Sin perder más tiempo saltó a la cama de Maximiliano.

—Max, despierta —dijo mientras lo sacudía—, despierta.

—¿Qué pasa? —preguntó adormilado.

—Mamá quiere que escapemos.

Maximiliano lo contempló pasmado, jamás había bromeado con algo parecido. Se frotó los ojos y respiró profundamente. El fuerte olor a combustible le invadió los pulmones y le provocó repugnancia. Se levantó y echó un vistazo por el orificio de la cerradura de la puerta: alcanzó a ver a su tía Carmen con los brazos extendidos en forma de cruz.

—El fuego purifica —dijo ella y arrojó una antorcha al suelo.

El fuego cobró vida y su aullido fue estremecedor. El sonido se escuchó como el rugido de un animal salvaje que anuncia una feroz cacería. La tía Carmen desapareció de su vista y no podía encontrarla por ningún lado; sólo llamas y humo. El chico se alejó de la puerta, buscó frenéticamente debajo del colchón y cogió la llave que les había dejado Eusebio. No quería morir quemado.

—Vámonos de aquí —le dijo a su hermano.

El pequeño asintió preocupado.

—Cualquier lugar será mejor que este infierno —sentenció Maximiliano como si repitiera las palabras de su madre.

El humo empezó a filtrarse por debajo de la abertura como una especie de ente maligno que busca asfixiar a sus víctimas.

—Agarra la fotografía de mis papás —ordenó Maximiliano—. No regresaremos jamás.

Alfonso corrió hasta el buró y tomó el portarretratos, lo abrió y sacó la imagen del marco. Luego se giró y dio dos pasos para detenerse. Algo lo hacía dudar y no sabía qué debía hacer. Finalmente se decidió y volteó la almohada de su cama. Debajo estaba la figura de Luke Skywalker. La llevó con él.

Maximiliano introdujo la llave en el orificio de la chapa y la giró. La puerta se abrió y fueron recibidos por una oleada de calor. Los pasillos

estaban rodeados de fuego y se apreciaba más avivado en la entrada de la casa y la puerta que daba hacia los jardines. No existía ninguna salida. Las llamas crepitaron y se abrieron paso hacia el interior del dormitorio.

—¡El fuego purifica! —escuchaban desde el segundo piso, una y otra vez, como un cántico demencial.

—La escalera —recordó Maximiliano.

Entre los dos la sacaron de una de las habitaciones y la colocaron como siempre lo hacían cuando tenían que limpiar la azotea. El menor subió primero y luego la detuvo para que su hermano pudiera ascender. Iba muy lento, le faltaba el agarre de su mano izquierda; con mucho esfuerzo alcanzó la parte superior de la casa y se recostó sobre la cornisa; el humo negro del incendio empezó a formar una espesa nube rodeando la casa. Maximiliano se incorporó y miró a un lado y a otro.

No tenían a dónde ir.

No podían escapar a ningún lado.

No había salida.

Morirían quemados.

—¿Max?

—Dame un momento, Poncho.

—Tengo miedo.

—Yo también, Poncho —confesó girándose hacia su hermano con un brillo especial en los ojos—. Las rejas de la ventana.

Alfonso asintió y los dos corrieron hacia la esquina de la ventana de su cuarto. Las rejas de fierro que la protegían se encontraban a metro y medio de distancia. Era su única oportunidad y tendrían que jugárselo todo para alcanzarlas. Maximiliano asomó la cabeza por el coronamiento y experimentó un hueco en el estómago. El vacío lucía imponente, terrorífico y los barrotes, inalcanzables.

—Vamos —le dijo a Poncho y tragó saliva—. Te ayudo a bajar primero.

El cielo había oscurecido más pronto de lo debido, pero el humo no era el culpable. Gruesas y densas nubes que viajaban por el horizonte rugieron al mezclarse con la humareda y se posaron por encima de la vieja casa. El ambiente se humedeció, la temperatura bajó y el celaje produjo un estruendo.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Alfonso.

Maximiliano alzó la mirada y una gota de agua fría cayó sobre su frente. Levantó el brazo izquierdo para limpiarse y una cantidad enorme de lluvia descendió sin tregua sobre ellos, limitándoles la visibilidad. Las gotas eran gruesas, pesadas y rápidamente llenaron de charcos la azotea. Por un instante sintió que su suerte cambiaba, pero el breve momento de emoción fue aplastado por la realidad: la precipitación no sería digna adversaria para sofocar el fuego de la casa; éste ya se había afianzado sobre los cimientos de la finca y el aguacero no representaba una amenaza real para extinguirlo.

A pocos metros cayó un rayo y pegó sobre un árbol, iluminando la repentina oscuridad. Maximiliano tuvo un extraño presentimiento y volteó hacia la escalera. No alcanzaba a ver por la lluvia, pero estaba seguro de que no se movía, de que nadie subía por ella. Con un nudo en el estómago tomó a Alfonso por el hombro y lo acercó a la cornisa.

—Tenemos que apresurarnos —le dijo.

Una sombra se movió por detrás.

—El fuego purifica —dijo atrayendo la atención de los niños.

Ambos voltearon hacia la voz.

La tía Carmen levantó la escopeta y amartilló el gatillo.

Los chicos retrocedieron, quedando al borde del precipicio sobre la faja horizontal y estrecha que corría alrededor de la casa. La tía Carmen caminó sin prisa empuñando el arma.

—El fuego purifica..., ¿no lo entienden? ¡El fuego purifica!

Las palabras despertaban angustia en los niños, que no hacían más que mirarla como si fuera un ángel de la muerte que se desplazaba sin caminar acortando distancia. Alfonso cerró los ojos y se aferró a la espalda de su hermano. La tía Carmen se detuvo y sonrió, levantó el cañón de la escopeta y lo colocó en la frente de Maximiliano.

—El fuego purifica —dijo como si le estuviera ofreciendo una medicina que curaría todos sus males.

El chico la miró. No había vida en esos ojos, no existía amor. Sólo un vacío interminable, oscuro y profundo.

—El fuego...

—Purifica —interrumpió Maximiliano.

La tía Carmen ladeó la cabeza como un animal que no comprende lo que está sucediendo y bajó el arma. Maximiliano agarró el cañón y jaló tan fuerte como le fue posible sobre su costado. La tía Carmen sujetó enérgicamente la garganta de la escopeta y no tuvo más opción que irse de bruces al vacío. Al pasar junto al chico lo sujetó de la camiseta para arrastrarlo junto a ella al precipicio.

La caída pareció interminable. La tía Carmen atravesó cortinas de humo y descendió junto con la lluvia hasta estrellarse contra el suelo. Primero la mandíbula y los brazos, luego el resto de su cuerpo. Sus huesos crujieron; muchos se partieron y sintió las extremidades entumecidas. Sus sentidos empezaron a nublarse y experimentó una sensación de pesadez que le imploraba cerrar los ojos y descansar. Antes de quedarse dormida miró a los costados: la escopeta a su derecha y nada a su izquierda. El niño no estaba por ningún lado, no había caído junto con ella.

Alfonso se asomó y descubrió que su hermano se aferraba a la vida con una sola mano. De pura suerte alcanzó a sujetarse de un canalón que sobresalía en la azotea, pero la lluvia que caía dificultaba su agarre. El pequeño se tumbó boca abajo y sacó las manos por la cornisa.

No lo alcanzaba.

—Por favor, no te sueltes, Max.

La escopeta se descargó y pedazos de cemento volaron cerca de la cara de Maximiliano. El niño percibió el olor a pólvora y supo que su tía había fallado por poco; casi le volaba la cabeza en cachos. A lo lejos se escuchó un golpe brusco y seco sobre la puerta de entrada de la hacienda. Alfonso echó un vistazo pero no alcanzó a distinguir nada bajo la tormenta. El portón de metal fue embestido de nuevo y los metales crujieron mientras cedían.

—Vienen por nosotros —dijo Maximiliano con una sonrisa alentadora e intentó levantarse.

Su mano resbaló y cayó al vacío.

Alfonso gritó al ver que su hermano desaparecía a través de la humareda y se precipitaba sin nada que pudiera frenar su caída. Escuchó cómo el cuerpo de su hermano se estrellaba contra el suelo sin poder verlo. El pequeño se

levantó y observó que la azotea era invadida por las llamas; pronto lo alcanzarían.

Se puso en cuclillas y lentamente gateó hacia atrás. Los pies se asomaron por el saliente y con cuidado desplazó el cuerpo hasta que la gravedad lo hizo bajar de golpe. Sintió de una forma espantosa ese segundo que experimentó de caída libre. Su estómago se revolvió y sufrió un pinchazo en la cabeza. Todo se desvaneció cuando se dio cuenta de que estaba sujeto a los barrotes de fierro de la ventana.

En la distancia escuchó el chirrido de metales y las feroces revoluciones del motor de un vehículo que cruzaba a toda velocidad por debajo del arco de cantera de la entrada a la propiedad.

El niño se deslizó por los barrotes, llegó hasta la base del marco de la ventana y dio un pequeño salto. En cuanto sus pies tocaron el suelo miró exaltado la sombra que se acercó sobre su hombro.

—Corre —le dijo Maximiliano—. Aún está viva.

Lo miró con una mezcla de temor y emoción.

—Corre —insistió—. Ya viene.

Alfonso echó a correr hacia la salida. Se alejó unos metros de la casa y de pronto una luz lo cegó, eran los faros de una camioneta. El chico plantó los pies y paró su carrera para no ser atropellado. Los neumáticos intentaron detener el movimiento del vehículo y patinaron sobre las diminutas rocas de la vía.

“Me van a atropellar”, pensó el pequeño y cerró los ojos.

Pero no sucedió.

El calor del motor y su vibración hicieron que abriera uno de sus ojos. La defensa se encontraba a escasos milímetros de su cara. Alfonso suspiró y la puerta de la camioneta se abrió.

—¿Estás bien? —gritó Esteban mientras se acercaba.

Alfonso asintió recuperando el aliento.

—¿Dónde está Max?

—Justo detrás —y volteó para mirar pero no lo encontró por ningún lado.

—Poncho, sube a la camioneta. Voy a buscarlo. ¿Dónde lo viste por última vez?

—Junto a la ventana del cuarto..., afuera de la casa.

—Espera aquí —le dijo cerrando la puerta.

Esteban corrió hacia la vieja casa que se caía a pedazos por las llamas, avanzó hasta la entrada y descubrió que el fuego consumía ferozmente la gran puerta de madera. No podía entrar. Dio media vuelta, dobló la esquina y llegó hasta la ventana del dormitorio de los chicos.

Nada.

Caminó desesperado unos metros más, sintiendo el calor del fuego sobre la piel. No tenía idea de dónde buscar al niño. Siguió y un bulto apareció en el suelo; su corazón se aceleró. “Dios, que no sea Maximiliano”, pensó. Apresuró el paso y se agachó para comprobar que sus peores temores estaban bien fundamentados: era Maximiliano. El oficial se levantó desconsolado y se frotó la cara. Se agachó de nuevo.

—Vamos, tienes que estar bien —dijo.

Buscó el pulso del muchacho y no lo encontró. Luego se percató del charco oscuro alrededor de la cabeza y un pequeño hilo de sangre que salía de su boca. Se incorporó sin querer aceptarlo. No quería creer que Maximiliano había muerto. Se mordió la mano desesperado para no gritar y el sonido de un metal siendo arrastrado por el suelo llamó su atención.

—Poncho —dijo para sí mismo.

Se maldijo por dejar solo al pequeño en la camioneta y empezó a correr. Sus botas pisaban con fuerza el suelo y los charcos que salpicaban agua a su paso. Corría a toda velocidad y creía que jamás llegaría a tiempo. Al pasar frente a la puerta de entrada fue interceptado por una silueta que le cortó el camino y lo obligó a detenerse. Tuvo que mantener el equilibrio para no resbalar.

Levantó la mirada. Un resplandor cegador e instantáneo se produjo en las nubes por una descarga eléctrica e iluminó el rostro demacrado de la tía Carmen. Esteban observó los ojos blancos, sumidos dentro de las cuencas; la mandíbula estaba fracturada, rota, y se suspendía de milagro hacia su costado izquierdo. La lengua colgaba de la boca y se movía como si fuera la de una serpiente. Con el brazo derecho arrastraba la escopeta.

El oficial se llevó la mano al revólver de su cintura.

—El... uego... uri... ca —dijo el esqueleto viviente.

Esteban echó un vistazo a la casa que ardía en llamas y comprendió todo. No titubeó. Con mano firme sacó el arma de su funda y apretó el gatillo para poner una bala en la frente de la tía Carmen. La detonación se escuchó y el esqueleto arqueó la cabeza hacia atrás soltando la escopeta. El cuerpo se desplomó ya sin vida.

Alfonso oyó la explosión y brincó sobre el asiento. Con la palma de la mano limpió el vapor que se había formado sobre el vidrio de la camioneta y pegó la cara para mirar el camino. Pasó un momento antes de que pudiera distinguir el contorno del cuerpo del oficial entrecortado por la oscuridad, la lluvia y las luces de los faros. El agente caminaba hacia él y cargaba a Maximiliano en sus brazos.

Esteban abrió la puerta y subió al chico junto a su hermano, en la parte media del asiento, como si durmiera plácidamente.

—¿Está bien? —preguntó Alfonso.

El oficial lo observó con lágrimas en el rostro y negó con la cabeza. Después lo tomó por el cuello y lo acercó. Lo abrazó con fuerza mientras lloraban sobre el cuerpo sin vida de Maximiliano.

—Yo lo vi —dijo Alfonso—. Estaba bien..., me dijo que corriera.

El agente estaba acongojado. Quería decirle que su hermano estaba bien, que sólo descansaba y que despertaría de un momento a otro como si nada hubiera pasado. Imaginó que ambos se alegrarían porque sólo había sido una amarga pesadilla, que no había sucedido nada en realidad... pero no pudo hacerlo y no supo darle frases de aliento.

Cerró la puerta de la camioneta afligido, agarró la palanca de velocidades y puso el pie en el acelerador. Esteban, Maximiliano y Alfonso abandonaron la última casa en la montaña, que, horas más tarde, terminaría por convertirse en escombros y cenizas.

Un mes después

3 de enero, 1990

Alfonso miró por la ventana del coche y suspiró; se sentía nervioso, abrumado, y no sabía qué esperar de todo lo que iba a suceder en su vida. Más cambios, una nueva familia y dejar a Esteban, Marta e Isabella. Sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos y pensó en cómo Maximiliano le había salvado la vida. Le estaba agradecido y lo extrañaba. Todavía despertaba por las noches, empapado en sudor frío, llamándolo a gritos cuando tenía pesadillas en las que soñaba que la tía Carmen salía por debajo de la cama para incendiar el dormitorio.

Sus manos se revolvían con la figura de Luke Skywalker y la sujetaban con fuerza; la cuidaba más que a nada en el mundo, era su mayor tesoro, junto con la fotografía de sus padres que recuperó la noche del incendio. El pequeño la miraba, la estrujaba e imaginaba el sonido de las espadas láser golpeando entre sí, era como alejarse de todo y regresar para estar junto a su familia, en especial con su hermano.

Estaba ansioso, demasiado ansioso y Marta lo sabía. Quería abrazarlo y decirle que todo iba a salir bien. En apenas un mes había llegado a conocerlo tan bien que lo sentía como su propio hijo. Y así lo quería. Así lo apreciaban todos en la familia Rey. La mujer se inclinó desde el asiento frontal y le acarició la mejilla. El niño levantó la mirada intrigado, frunció el ceño y resopló con fuerza.

—¿Vas a estar bien? —preguntó Marta.

—Eso espero —contestó nervioso.

Esteban lo miró con estima por el espejo retrovisor.

—Te queremos mucho —agregó Marta.

—Y yo a ustedes... Gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer —dijo el oficial.

—Gracias por intentar que me quedara con ustedes.

—Siempre serás parte de esta familia —dijo Esteban y se giró para hacerle una seña a su hija.

Isabella le entregó un obsequio.

—¿Y esto? —dijo Alfonso.

—Es un regalo especial que escogí para ti. Le pedí a mi papá que lo consiguiera. ¡Ábrelo! —dijo con tierna sonrisa.

El chico quitó la envoltura y se quedó sorprendido. Su cuerpo se llenó de una emoción incontenible y la miró a los ojos.

—Es perfecto —dijo casi llorando y la abrazó—. Siempre, siempre serás mi hermana.

Marta le hizo un cariño a su marido y sonrió emocionada con un nudo en la garganta tratando de contener las lágrimas. Habían sido tantas emociones en tan poco tiempo, que no sabía si podría separarse de Alfonso.

Alfonso no paraba de mirar su obsequio con una efusiva sonrisa. Pensaba que jamás volvería a conseguir una igual y, sin embargo, la tenía ya en sus manos. “Es genial”, pensaba una y otra vez. El regalo de Isabella había sido una figura de Darth Vader, igual a su favorita.

—¿Estás listo? —preguntó Esteban.

El niño asintió.

—Ahora vuelvo —le dijo a Marta y se bajaron del coche.

Ambos se dirigieron hasta la entrada del hotel que se encontraba a dos calles de la glorieta Minerva, en la ciudad de Guadalajara. Los tonos vivos, cálidos, de las paredes y el techo les dieron la bienvenida, animándolos mientras cruzaban por el enorme y amplio pasillo de la recepción. Caminaron tomados de la mano durante el trayecto; Esteban cargaba la mochila con ropa que le habían comprado mientras vivió con ellos.

Pasaron por unas puertas de cristal corredizas y llegaron hasta el área de la

terraza, donde se ubicaba el restaurante. Justo al salir, una pareja que se encontraba en una de las mesas los observó y se puso de pie. Alfonso les sonrió y levantó la mano para saludarlos.

—¿Son ellos? —preguntó Esteban.

—Sí —dijo el chico con seguridad.

—¿Ya los conocías? —preguntó sin que pudieran escucharlos.

—No, pero son ellos.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo Max.

Esteban se detuvo asombrado y sin saber qué decir. Se sorprendió por la naturalidad del muchacho y un escalofrío recorrió su espalda. Cualquiera hubiera pensado que Maximiliano se encontraba ahí, junto a él. Miró sus ojos y su instinto le dijo que no mentía; el chico creía en sus palabras.

La pareja aguardó. Dudaron en acercarse o esperar a que ellos caminaran. Ambos parecían nerviosos y emocionados por conocer al pequeño, que no paraba de mirarlos con gesto amable, feliz.

—¿Estarás bien? —preguntó Esteban mientras reparaba en que había sonado como si fuese su padre.

—Creo que sí —y miró hacia delante.

Detrás de la pareja se encontraban su papá, su mamá, Maximiliano y Mariana. Contentos y emocionados. Alfonso no pudo evitar sonreír y derramar una lágrima. No lo creía, lucían tan reales que no parecían ser tan sólo un grupo de fantasmas que daban su aprobación a la nueva familia. El chico se conmovió, era la primera vez que los veía a todos reunidos; se sintió afortunado.

Max levantó el brazo izquierdo y lo saludó. El menor contestó sutilmente el saludo, sin llamar la atención de los presentes. Derramó otra lágrima al notar que su hermano tenía la mano completa y que sonreía como nunca lo había hecho. Después miró a Mariana y sus ojos terminaron por llenarse de tristeza líquida. Le dio pena verla tan hermosa y sin vida.

—Estoy bien —dijo ella y Alfonso la escuchó en su mente.

“Lo siento tanto”, pensó Alfonso.

—No quiero que te sientas mal, no tuviste la culpa de nada. Sabes que te

quiero y que siempre voy a cuidar de ti, como te lo prometí. De otra manera pero...

—Buenas tardes —interrumpió Esteban sin saberlo, porque la pareja se acercó a ellos.

—Buenas tardes —contestó la mujer y luego se agachó—. Hola, Poncho. Soy tu tía Lily, hermana de tu mami. Me da mucho gusto conocerte. Te presento a mi esposo Antonio.

—Mucho gusto —dijo Antonio y estrechó firme la mano del pequeño.

—Sentimos mucho todo lo que pasó —dijo ella sinceramente—. Es una lástima que no pudieran localizarnos antes.

—El chico ha pasado por mucho —dijo Esteban—, trátenlo bien.

—Lo haremos —dijo Antonio—. Se lo prometo.

Alfonso volteó hacia el oficial y, abrazándolo, le dijo:

—Voy a estar bien.

El oficial se hincó para quedar al mismo nivel.

—Eso espero..., mereces ser feliz.

—Sí —contestó—. Todo va a estar bien.

—Te voy a extrañar.

—Y yo a ustedes —continuó el pequeño y se acercó a su oído—. Ellos son amor, me lo dijo mi mamá. Me cuidarán y me ayudarán a resurgir de las cenizas como si fuera un ave fénix.

Mariana lo miró llena de orgullo.

Esteban se quedó desorientado por segunda ocasión. El chico no titubeaba al mencionar que las personas fallecidas le hablaban. Lo notaba tan sincero, con tanta seguridad al expresarse, que ya no estaba seguro de qué era lo que creía. Una lágrima rodó por su mejilla y sintió un nudo en la garganta. Optó por tomarlo con fuerza y lo abrazó por un largo momento. Parte de él se iba junto con el pequeño.

—¿Esteban? —rompió el abrazo el niño.

—¿Sí, Poncho?

—¿Estás seguro de querer vivir en El Real?

El oficial asintió.

—Tu hermano no quiere que vayas.

—¿Qué?

—David no quiere que lo hagas. Dice que lo olvides todo.

Esteban lo tomó por los hombros y lo miró desencajado.

—No vayas, por favor —siguió el chico—. No quiere que les hagan daño.

—¿Quién? ¿Quién puede hacernos daño?

—Las bestias.

El oficial se enjugó las lágrimas y se llevó la mano al pecho para frotarse encima del corazón con movimientos circulares. Sintió un mareo y una ansiedad que no había conocido antes. No le gustó la dirección que estaba tomando la conversación. Trató de calmarse y después agregó:

—¿Por qué me dices esto?

—No soy yo —dijo genuinamente apenado—, es él quien me pide que lo diga.

Esteban guardó silencio y su respiración volvió a la normalidad. La ansiedad en su pecho desapareció y clavó la mirada en los ojos del chico para sugerirle:

—Dile que cada uno tiene que seguir su propio destino.

Ambos se dieron un fuerte y último abrazo.

El oficial se despidió y salió del hotel con sentimientos encontrados y una sensación agrisulce que lo dejaba angustiado. Por un lado, dejaba al muchacho con la hermana de su madre; ella y su esposo parecían buenas personas y Alfonso no se cansó de asegurarle que lo eran. Por otro lado sentía impotencia y enojo por las palabras finales del pequeño. “¿Por qué tuvo que nombrar a David?”, pensó.

Caminó en dirección al coche y encendió un cigarrillo. Por primera vez desde que falleciera su hermano dudaba si mudarse a El Real era lo más adecuado para encontrar las respuestas que no lo dejaban dormir por las noches. “No puedo”, pensó. “No puedo abandonar la investigación a la mitad”. Recordó las advertencias de la Nahuala y se estremeció; estaba confundido y detestó sentirse sin rumbo.

Llegó hasta el coche y se detuvo antes de abrir la puerta. Arrojó el cigarrillo y lo pisó con el tacón de su bota. “Se lo debo a David, a la chica que murió con él, a Chuy... y a mí. Debo terminar con esta locura y saber lo

que ocurrió”, pensó y subió al auto. Su esposa lo abrazó en cuanto se sentó y después su hija se unió a la sesión de cariños.

—¿Qué te parecieron? —dijo Marta.

—Amables, educados, buenas personas.

—¿Y Poncho?

—Estaba contento. Le dieron buena espina y dijo que estaría bien, que no nos preocupáramos de nada.

Marta exhaló aliviada pero notó inquieto a su marido.

—¿Todo bien?

—Sí..., eso creo. ¿Nos vamos a El Real?

Su mujer asintió.

—¿Lista, Isabella? —preguntó Esteban.

—Listísima —dijo emocionada.

—Muy bien —dijo volteando a ver a Marta—. Gracias por todo..., por apoyarme con esto.

—Somos familia y siempre vamos a estar juntos.

Esteban asintió con cierta nostalgia y giró la llave de encendido del coche. El motor cobró vida y el vehículo se meció con un suave ronroneo que apaciguó su mente. Marta le dio una palmadita en la espalda y después se abrochó el cinturón de seguridad.

—El Real será —dijo el oficial y el coche arrancó.

Epílogo

La voz del locutor fue desapareciendo hasta convertirse en estática y ruidos extraños. Esteban empujó el casete y lo introdujo en el estéreo del coche. Los engranajes en el interior giraron y la cinta magnética se desplazó alrededor de la cabeza para dar inicio a la canción “Heart of Gold”, de Neil Young.

Marta e Isabella se habían quedado dormidas en el coche. El viaje había sido largo y las dos descansaban mientras llegaban a su destino, a su nuevo hogar. Un pueblo tan antiguo y oscuro que cargaba una maldición desde los tiempos de la Conquista de México y sobre la cual no se podía encontrar referencia en los libros de historia. La misma maldición que condenó la vida de David y su prometida, la que todos conocían en el pueblo pero de la que nadie hablaba.

El vehículo pasó por debajo del arco de cantera de la entrada de El Real y el oficial bajó la ventanilla para respirar aire fresco. Había oscurecido y no encontró ningún transeúnte en las calles. “No es tarde”, pensó. “Parece un pueblo fantasma”. Hizo un poco de presión sobre el pedal del freno y el coche disminuyó la velocidad. Se le puso la piel de gallina al recordar que éste sería el nuevo lugar donde vivirían.

Todo era silencio y las casas estaban iluminadas por dentro. “Es cierto, nadie sale por las noches”, recordó. Continuó el recorrido y llegó hasta la entrada del hotel donde se hospedarían durante un par de semanas, hasta terminar con los arreglos de la cabaña de su hermano. Esteban se bajó y prendió un cigarrillo antes de despertar a su esposa e hija.

“Tengo que ser inteligente y ganarme la confianza de todos”, pensó. “Tendré paciencia para descubrir lo que pasó con mi hermano”, y observó la luna menguante en el firmamento, sin ninguna nube que la tapara.

Despertó a Marta e Isabella, quienes se registraron mientras él terminaba de fumar y bajar el equipaje. Cerca de ellos, a un par de manzanas, se escuchó un aullido que lo inquietó. “El Real y sus malditos lobos”, pensó, y entró al hotel.



No te pierdas

LOBOS

de Xavier M. Sotelo

A VECES, EL VERDADERO TERROR LLEGA CUANDO SOBREVIVES...



Un terrible accidente automovilístico cambia para siempre la vida de los pequeños Max y Poncho, así como la del oficial Esteban Rey. Para los niños, perder a sus padres tal vez no sea la mayor desgracia que enfrentarán, pues se verán obligados a vivir con una pariente que jamás han conocido: la tía Carmen, cuyas ideas y convicciones son más horribles que los FANTASMAS de la casa que habitarán.

Esteban Rey, mientras tanto, está demasiado atormentado y cegado por su propia pérdida, y hará caso omiso de las advertencias que recibe. No detendrá su investigación hasta descubrir las verdaderas causas del accidente, y se irá convirtiendo en el mejor aliado de los niños en su intento por sobrevivir la pesadilla de **LA ÚLTIMA CASA EN LA MONTAÑA**.



Xavier M. Sotelo nació en Guadalajara, Jalisco, en diciembre de 1977. Estudió la licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Desde niño ha sentido una gran fascinación por el cine, las novelas y los videojuegos. Aficionado a las historias de terror, es también autor de **LOBOS**, novela con la que regresó a los hombres lobo a su origen, al lugar que se merecen como los “niños de la noche”. Implacables cazadores, feroces y nada románticos.

La última casa en la montaña

Primera edición: septiembre de 2018

D. R. © 2018, Xavier M. Sotelo

D. R. © 2018, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-242-4

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Índice

La última casa en la montaña

PRIMAVERA

1989

VERANO

1989

OTOÑO

1989

INVIERNO

1989

Epílogo

Sobre este libro

Sobre el autor

Créditos